EL BOTÍN

TANIA JAMES



salamandra
NARRATIVA

EL BOTÍN

TANIA JAMES

Traducción del inglés de
Magdalena Palmer

salamandra
NARRATIVA

Para Luka y Sajan

SRIRANGAPATNA, MYSORE

1794

1

El día que lo separan de su familia, Abbas está tallando un pavo real en la puerta de un armario. Guía la punta de la gubia por la madera de palisandro y ajusta la presión con el índice. Los surcos se vuelven más profundos, aparece un pico. Después pasa a esculpir las plumas, superpuestas como escamas. Es una tarea que domina con maestría y nunca se ha aburrido tanto en su vida.

Sentados cerca, en esteras de fibra de coco, están su padre y sus dos hermanos mayores, Junaid y Faruk. Con el *tac-tac* de su mazo y su formón, Junaid arranca virutas del poste que sostiene en el interior de la rodilla. Faruk dibuja un par de pavos reales para un cabezal. Su padre lija un poste ya terminado, deteniéndose de vez en cuando para dirigir a Abbas una mirada de advertencia.

—Se acabaron esos juguetes tuyos —le ha dicho su padre en privado—. Camas y armarios, nada más. Los juguetes sólo traen problemas.

Deteniéndose para arquear la espalda, Abbas se distrae con una paloma que baja aleteando desde un tejado a la calle. ¿No es curioso que los pájaros muevan la cabeza mientras andan, pero nunca cuando vuelan? (A Abbas le parece curioso, aunque hay quien diría que la curiosidad es precisamente su problema.) Se pregunta si tendrá algo que ver con un mecanismo de conexión entre la pata y

el cuello. Si construyese una paloma mecánica, ¿cómo diseñaría la cabeza para que se moviera a cada paso?

Entonces recuerda lo que le dijo un amigo.

«Preguntas demasiado, y, como sigas así, las preguntas te las harán a ti.»

Abbas está cambiando de gubia cuando en el umbral aparece un hombre con una bayoneta que lo supera en altura. Las rayas atigradas de sus mangas indican que es miembro de la guardia real del sultán Tipu.

—¿Eres Abbas, hijo de Yusuf Muhammad? —empieza el guardia.

—¿Quién lo pregunta? —responde Abbas, sin la calma que le habría gustado aparentar.

El guardia coge aire.

—El Sultán Tipu Fath Ali Khan, Tigre de Mysore, Padsha de Patan, Vencedor del Coronel Baillie y Supervisor del Estado por Voluntad Divina... —al otro lado de la calle, un torno chirría hasta detenerse; los artesanos levantan la cabeza de su trabajo— convoca a Abbas, hijo de Yusuf Muhammad, para que acuda al Palacio de Verano.

—¿Fuera de las murallas? —pregunta Abbas, que nunca ha salido de los muros de la ciudad.

—¿Acaso hay otro Palacio de Verano? —dice el guardia—. ¡Levántate!

Abbas se pone en pie. Le hormiguean las piernas. No sabe si se desmayará.

—Espera —dice Yusuf Muhammad, siguiendo al guardia y a Abbas a la calle—. Sólo tiene diecisiete años. Déjame responder por sus crímenes.

—¿Qué crímenes son ésos? —pregunta Junaid—. ¿Qué pasa?

—¿He dicho crímenes? Quería decir fechorías. —Yusuf Muhammad baja la voz—. ¿Es por el eunuco?

—¿Eunuco? —pregunta el guardia, ofendido.

—Puedo hablar por mí —dice Abbas rápidamente.

Sigue las instrucciones del guardia y empieza a andar tres pasos por delante sin volverse para mirar a su familia ni una sola vez, consciente de que es demasiado tarde para explicarse y pedir que lo perdonen.

Se dice que en Srirangapatna hay más espías que habitantes. Está la red de espías y mensajeros del sultán Tipu, que transmite mensajes desde y hacia la capital, y luego están los espías de los enemigos de Tipu: el nizam de Hyderabad, los nairs de Malabar, los marathas, los ingleses y los católicos de Mangalore. (En presencia de Tipu a esos católicos no hay que mentarlos, porque le puede dar un ataque áureo y mayestático.) Tipu también tiene espías en las cortes de sus amigos y enemigos que siempre están enviándole información, lo que complica las cosas porque eso sólo aumenta su ansia de más información.

Y es que éstos son tiempos complicados.

El reino de Tipu apenas ha sobrevivido a la guerra más reciente con los ingleses cuando la posibilidad de otra asoma en el horizonte. La población nunca sabe quién viene de dónde para quitarle qué a quién. Lo único que puede hacer es someterse al poder cada vez que éste cambia de manos, cada vez que los poderosos deciden volver a decorarlo. Éste quiere un nuevo calendario. Aquél quiere su cara en una moneda. Con cada alteración, grande y pequeña, el

suelo se vuelve más precario bajo sus pies y es casi imposible que alguien deje su huella.

Ahora mismo Abbas no tiene el menor interés en dejar huella alguna. Lo único que quiere es no meterse en líos, aunque quizá ya sea demasiado tarde para eso.

Abbas nunca ha estado en el Palacio de Verano, pero ha tallado ocho juguetes para la begum Zubaida, una de las consortes de alto rango de la zenana del sultán. Los animales tallados —elefantes, tigres y caballos— se mueven mediante una manivela. En cuanto Abbas le hizo el primero a la begum Zubaida, ésta le pidió siete más, uno detrás de otro.

El encargado de recoger los juguetes de la begum era un hombre llamado Khwaja Irfan. Abbas lo veía bajando la calle desde lejos, inconfundible con sus llamativos ropajes de color verde o dorado, sedas que hablaban de regios lugares. Tenía la barbilla puntiaguda, la mirada afilada y ni asomo de vello facial que cubriese la delicadeza de sus rasgos.

—¿Qué pasa? —le preguntó a Abbas cuando se conocieron—. ¿Nunca has visto a un eunuco?

Abbas negó con la cabeza.

—Pues entonces soy el primero. Qué gracioso.

Khwaja Irfan cerró la sombrilla con la que se había protegido del sol. Abbas se quedó prendado del mango, que se curvaba en forma de cabeza de tigre.

Khwaja Irfan reparó en que lo estaba mirando.

—Bonito, ¿verdad? Marfil puro de elefante.

Abbas observó la talla de los dientes y respondió:

—No.

—¿Cómo que no?

—Es madera que imita al marfil. Quien le dijo lo contrario, mentía.

Khwaja Irfan lo evaluó con una sonrisa socarrona.

—De acuerdo, sabelotodo.

El mensajero se las apañaría para embutir ese apelativo en cada una de sus visitas, una broma que lo hacía parecer de la familia. O al menos del tipo de familia que Abbas habría elegido, de haber podido opinar al respecto. Sus hermanos parecían tallados del mismo bloque de piedra que su madre: bruscos, criticones, desconfiados de las personas sonrientes. Su madre decía que los eunucos eran unos chismosos y no se podía confiar en ellos.

Su familia veía los juguetes de Abbas con una mezcla similar de desprecio y escepticismo. Sólo su padre se interesaba tímidamente y de vez en cuando le pedía una demostración, que solía acabar con él diciéndole: «¿Cómo se te ocurren estas cosas?» Para Abbas, ése era el mayor de los elogios.

Y se enorgullecía el doble cuando le entregaba el pago de la begum a su padre. Las rupiya siempre llegaban en una bolsa de seda con cordón y la insignia del tigre de Tipu bordada en oro. Antes de entregarle la bolsa, Abbas se permitía un momento para acercársela a la nariz e inhalar.

Agua de rosas. Betel. Misteriosos aromas femeninos.

—El original huele mejor —fue el comentario de Faruk, seguido de risas.

Abbas camina delante del guardia ante la hilera de artesanos ordenados según la nobleza de sus oficios: los alfareros, los tejedores y los bordadores, los orfebres y los herreros, los muralistas y los miniaturistas. («Al menos no somos vecinos de los curtidores —decía su padre, pues a éstos los habían relegado al final—. Vivimos bastante alejados de ellos.») Allí están Ustad Mahfuz y Bilal el sordo, Madhava el Joven y Madhava el Discípulo, Tariq y Khandan y el viejo Ustad Saadat con su extraño ojo de cristal, dándole un poco de pan a un perro flaco.

Algunos se lo quedan mirando. Otros son más sabios.

Aunque las fraguas han quedado atrás, Abbas aún puede oír el tintineo de un martillo contra el hierro, aún puede imaginarse la vara blanca y anaranjada marchitándose como por arte de magia, con el aire centelleando en lo alto. Siempre le ha gustado observar a los herreros. De pronto se le ocurre que quizá no vuelva a verlos nunca más.

Un par de higueras sagradas lo saludan, sus hojas comadrean suavemente a su paso.

Pronto llega a la Puerta del Agua, el túnel que permite a la plebe entrar y salir de la ciudad. La misma puerta por la que Yusuf Muhammad los condujo doce años atrás junto con otros carpinteros de Shimoga, todos reclutados por el padre de Tipu para tallar los muros y columnas del Palacio de Verano. Yusuf Muhammad contempló la capital —las caprichosas pasarelas y las fuentes doradas, las impresionantes gopuras de los templos y los elevados minaretes, sin ningún pobre a la vista, hasta los perros callejeros holgazaneaban satisfechos— y pensó: ¿Por qué marcharse? ¿Qué

razón habría para abandonar los muros protectores de Srirangapatna?

Ahora, mientras Abbas pasa bajo los cuerpos colgantes de los murciélagos, siente que Srirangapatna lo está abandonando a él.

—¿Cómo llamas a un sabelotodo que no sabe nada? —le preguntó Khwaja Irfan la última vez que se vieron.

Abbas reflexionó.

—Europeo.

Khwaja Irfan se echó a reír.

—No está mal, chiquillo.

—No soy ningún chiquillo. —Abbas puso su última creación sobre la mesa—. ¿Haría esto un niño?

Era un caballo de madera pintada que llevaba a lomos un sultán Tipu también de madera. Abbas giró suavemente la manivela y el caballo empezó a galopar: la cabeza se movía adelante y atrás, las patas se abrían y cerraban en forma de tijera y la cola se extendía como un banderín al viento.

—*Shabash* —dijo Khwaja Irfan suavemente, dejando las bromas de lado.

Abbas le ofreció que lo probara. Khwaja Irfan accionó la manivela, primero con timidez, después con fascinación.

—Quizá sí que lo sabes todo —le dijo a Abbas antes de detener el caballo.

Mientras empaquetaba el juguete en una caja forrada de paja, Abbas preguntó, con la mayor despreocupación posible, si la begum Zubaida había dicho algo del último juguete.

—Le gustó —fue la respuesta de Khwaja Irfan.

Abbas guardó silencio un momento, consciente de que no debía seguir preguntando.

—¿Qué aspecto tiene?

Khwaja Irfan enarcó una ceja.

—Cuidado.

—Sólo pregunto.

—Preguntas demasiado, amigo, y, como sigas así, las preguntas te las harán a ti.

Abbas terminó de empaquetar en silencio y cerró la caja con un clavo.

—Aquí lo tienes —dijo mientras empujaba la caja hacia el eunuco, que miraba la calle con preocupación.

Cuando habló, lo hizo en voz baja, casi un murmullo.

Si un artista me eligiera de modelo...
¿Cómo dibujaría la forma de un suspiro?

—¿Qué es? —dijo Abbas.

—Es un poema que ella escribió. —Khwaja Irfan guardó un silencio contemplativo—. Es una poeta, una artista. Igual que tú.

Abbas esperó a que dijera algo más, mientras su pecho empezaba a palpitar con una especie de agradable turbulencia.

Pero entonces Khwaja Irfan se dio la vuelta y salió a la calle con el paquete en los brazos. Por encima del hombro, gritó:

—¡*Khuda hafiz*, sabelotodo!

Abbas murmuró el poema para sí, memorizándolo.

Sólo después (demasiado tarde) descubriría la sombrilla con cabeza de tigre, rugiendo silenciosamente contra la pared.

Por indicación del guardia, Abbas sube unos escalones y atraviesa un arco de arenisca que los conduce a Daria Daulat Bagh. Es un jardín como un océano, poblado de plantas frutales y florales de todo el mundo. Las palomas revolotean y zurean desde un palomar abovedado; entran y salen con mensajes atados a las patas.

Sigue andando por el camino de piedra lisa, entre arbustos transformados en esferas, árboles tallados en forma de lanza y hierba rasurada como una alfombra. Más allá está el Palacio de Verano, sus oscuras fauces recortadas por columnas. Nunca lo ha visto, sólo ha oído la descripción de su padre. Pero a su padre se le ha olvidado mencionar las enormes jaulas que flanquean la entrada, cada una con una réplica de un tigre. Tan reales, piensa Abbas mientras se acerca y observa el trazo perfecto de cada línea, el cuarzo de cada ojo...

Uno de los tigres mueve la cola y Abbas retrocede de un salto.

—Es Bahadur Khan —dice el guardia—. Se pone nervioso a la hora de comer.

Cuando pasan por delante, el tigre levanta la cabeza con expresión atenta, como si desnudara a Abbas de arriba abajo.

En el interior, las paredes del Palacio de Verano están cubiertas de batallas pintadas donde la caballería de Tipu ensarta a soldados

vestidos de rojo. Aunque también hay otras paredes con murales de delicadas enredaderas trepadoras y flores de color carmín y azul.

No hay tiempo para maravillarse. El guardia lo guía entre bosques de fragancias —madera de sándalo, teca— y al doblar una esquina topan con una escalera oculta.

—Arriba —dice el guardia.

Abbas se sorprende, pues daba por sentado que la única dirección que tomaría sería descendente. Al llegar al rellano se encuentra con un majestuoso pabellón sostenido por columnas, donde en todas las cornisas espumean volutas y arabescos. Y allí, en el extremo más alejado, está sentado el sultán, apoyado despreocupadamente en una almohada. Hay una amplia alfombra a sus pies y un criado vestido de forma exquisita lo abanica con unas plumas blancas de pavo real. El criado calza zapatillas.

Abbas junta sus huesudos pies, deseando habérselos lavado.

—Tú, el del dhoti amarillo —dice Tipu, lo que confunde a Abbas, pues creía que su dhoti era blanco—. Acércate.

Es entonces cuando Abbas repara en un europeo vestido con pijama y turbante, sentado a la derecha del sultán. El europeo tiene una cara larga y rosada que le recuerda a un mandril y los ojos entornados de un marrón dorado, tan penetrantes que parecen capaces de leerle el pensamiento, en concreto el del mandril. Abbas baja la vista a la alfombra, donde florece una cenefa de tulipanes rojos cuyos tallos conducen al círculo donde se encuentra el sultán.

—*Salaam* —le saluda Tipu.

Abbas se inclina y clava los ojos en las espuelas de los zapatos de cuero del sultán.

El sultán Tipu tiene una cara redonda y apacible, la mirada de un halcón y la barbilla de un ratón. Deja pasar un largo silencio.

—Tú eres el juguetero —dice por fin.

—Sí, padsha. —Abbas une las manos—. Soy Abbas, hijo de Yusuf Muhammad.

—Conocí a un Abbas, hijo de Yusuf Muhammad.

Todo el mundo conoce a ese Abbas, hijo de Yusuf Muhammad, el general traidor recientemente ejecutado mediante estrangulamiento.

—Ningún parentesco —dice Abbas.

—Pero creo que sí que conoces a otro traidor. Trabajaba para la begum a quien tanto le gustaban tus juguetes. Ahora sabemos el motivo. Esa termita de Nana Phadnavis los tenía en el bolsillo, a ella y al eunuco. Lo que nunca entenderé es por qué iba alguien a confiar en un maratha. ¿No es así, Musa?

—Es su naturaleza —dice el europeo, ¿con nombre árabe?, en un canarés sorprendentemente fluido—. En realidad, ni siquiera un maratha confía en otro maratha.

Tipu levanta un dedo. Aparece otro sirviente que lleva un caballito de madera, el que tiene un sultán Tipu sobre el lomo.

A Abbas se le revuelven las tripas.

—¿Es tuyo? —le pregunta el sultán.

—Sí, padsha.

Tipu hace girar la manivela y estudia el galope. Los ojos de Abbas se encuentran con los del europeo Musa, que no está mirando el juguete, sino a él.

—Los caballos no galopan así —dice Tipu con voz neutra—. Has hecho que las patas traseras y las delanteras se muevan a la vez, como las de un perro. Cuando un caballo galopa, cada casco toca el

suelo en un momento distinto. Soy un experto en caballos gracias a mi padre, alabado sea su recuerdo. Mi padre podría haber escrito un tratado sobre equitación que rivalizaría con el de Jenofonte.

—Perdóneme, padsha.

—Tu segunda ofensa es hacer una efigie de mi persona —Tipu señala la figura de madera que lo representa— en la que mis piernas son ridículamente cortas. Esta ofensa se castiga con la muerte; lo cierto es que cualquier cosa se castiga con la muerte, si lo digo yo.

Abbas intenta suplicar por su vida, pero se le atragantan las palabras. Las columnas empiezan a moverse a su alrededor.

—Pese a todos tus errores —continúa Tipu—, veo tu talento natural. Como también lo ve mi amigo francés aquí presente. Éste es Musa Du Leze, el mayor inventor de Francia. Ha accedido a trabajar contigo en la construcción del primer *automate* de Mysore. —Tipu hace una pausa—. Asientes con la cabeza pero no entiendes. ¿Musa?

—Puedes imaginarte que es un gran juguete móvil —le dice Musa Du Leze en canarés.

Abbas se los queda mirando, mientras procura por todos los medios no mover la cabeza.

—Esto nos está llevando una eternidad —dice Tipu—. Trae el arma.

Du Leze desdobla las largas piernas. Un criado le entrega un rifle y, por un momento, Abbas siente el fantasma de una bala que le atraviesa el pecho.

—Espere... —le dice, levantando las manos.

Pero Du Leze le da la vuelta al rifle, invitando a Abbas a observar el adorno de la mira.

—*Et voilà.*

El francés se inclina y le señala un diminuto hombre de bronce atrapado por un diminuto tigre de bronce. Las dos figuras están maravillosamente detalladas, al punto de que Abbas distingue las botas y el sombrero, esas señas de identidad de los europeos.

—Tú y yo lo construiremos —dice Du Leze. Su voz es de barítono; su aliento, excepcionalmente rancio—. De madera y a escala humana.

—Quiero que sea tan alto como Musa Du Leze. Y quiero los colmillos hincados en el cuello del infiel. —Tipu señala las coordenadas exactas en su propia garganta y añade que el autómata también debe rugir—. Y también quiero música. Sería divertidísimo que fuese un juguete musical.

El sultán Tipu y Du Leze hablan sobre qué clase de música. Abbas estudia la filigrana del rifle e intenta imaginarse un músico agazapado en el interior del tigre, quizá tocando la flauta...

—Dentro de seis semanas se celebrará la fiesta de su presentación —dice Tipu—. Espero la perfección.

—*Évidemment*, padsha. No ofrecería menos.

—¿Qué sigue, Raja Khan?

El criado con zapatillas se inclina para hablar.

—Una reunión con los comisionados de la junta de comercio...

—¿Con los nueve?

—Con los nueve, padsha. Y después otra con el maestro artesano de los cohetes.

—*Ya Allah.* He echado cabezadas más interesantes. —Tipu se levanta apoyando una mano en la rodilla—. ¿Aún sigues aquí? —le

dice a Abbas, que se ha quedado en el borde de la alfombra esperando a que lo despidan—. Ah, claro.

Tipu le hace un gesto a Raja Khan, que se saca un pequeño monedero de seda del bolsillo. Otro criado le entrega el monedero a Abbas.

—Llévaselo a tu padre —dice Tipu—, en reconocimiento a su lealtad.

Al recibir el monedero con ambas manos, Abbas agradece al padsha su infinita generosidad. La bolsa, bordada en oro con la insignia del tigre, le pesa en las palmas.

—He notado algo —añade el sultán—. No me has preguntado por Khwaja Irfan. ¿No sientes curiosidad?

La pregunta es inocente; la forma en que se ofrece es como una mano abierta dispuesta a aplastar los huesos de otra.

—Supongo que ha sido castigado, padsha.

—Castigado —repite Tipu secamente—. ¿Y cómo crees que debo castigar a alguien que ha comido mi sal y ha vestido mis sedas y ha actuado de forma tan traicionera?

—No me corresponde a mí saberlo, padsha.

—Un chico listo. Aunque la mayoría de la gente no es tan lista como tú. Así que si alguien es tan tonto como para preguntarte qué le he hecho a Khwaja Irfan, les dirás que he preguntado: «¿Quién es Khwaja Irfan?»

Por fin, con un gesto, Tipu libera a Abbas de su presencia. Abbas retrocede con una reverencia arrastrando los pies a lo largo de todo el pabellón, como si caminara por un tablón tan estrecho que no pudiera volverse, sino sólo andar, paso a paso, hacia atrás.

Cuando Abbas encontró la sombrilla con forma de tigre, no pudo contenerse y la cogió para estudiar la talla del mango. Le gustaba especialmente la boca abierta, los colmillos como espinas. Introdujo la punta del dedo en las fauces y rozó el borde de algo. Sin pensarlo, tiró de lo que resultó ser un papel enrollado hasta sacarlo a medias de la boca del tigre, antes de volver a introducirlo con el estómago revuelto.

—¿Qué es eso? —preguntó su padre.

Abbas se volvió como un resorte, con la sombrilla apretada contra el pecho.

—¿Qué es qué?

Su padre le arrancó la sombrilla de las manos y sacó el papel enrollado del hueco. Hoja de palma. Al fijarse más, se le oscureció el semblante. El papel estaba repleto de unas letras difusas que colgaban de barras horizontales.

—Maratí —dijo su padre con un susurro apagado.

—No sabemos lo que dice.

Su padre enrolló la nota y la devolvió a la boca del tigre. Cogió su chal del estante y cubrió con él la sombrilla.

Abbas trotó tras él calle abajo.

—Deja que se lo guarde, volverá enseguida.

Su padre aceleró el paso.

—¿Quién es él para ti? Nadie.

—¡Es mi amigo! —gritó Abbas detrás de su padre sin saber si eso era verdad, si Khwaja Irfan habría dicho lo mismo.

Su padre lo apartó de la calle sin mirarlo a los ojos, mientras lo cogía de la nuca como si fuera a abrazarlo.

—¿Quieres vivir —le dijo en voz baja— o quieres amigos?

La pregunta, el contacto... aturdieron a Abbas. Cerró los ojos ante un mundo que lo obligaba a elegir.

Su padre se alejó sin decir nada más, sujetando la sombrilla como un arma que podía estallarle en las manos.

Du Leze sale del palacio con paso confiado, con Abbas siguiéndolo a una respetuosa distancia. El cielo está encapotado. Un cielo que ha estado a punto de perder.

A la mitad del camino empedrado, el francés se detiene para oler una rosa de un color rojo vivo.

—Siento que hayas perdido a tu amigo —murmura a la flor.

Abbas no responde, reacio a admitir que dicha amistad existió.

—Pero ahora es mejor que te olvides de él —añade Du Leze mientras hunde la nariz en otra flor.

—Sí, Musa sahab.

—No me llamo Musa. —Una sonrisa juguetea en la boca del francés—. No he tenido el placer de dividir el mar Rojo.

—Pero el padsha lo ha llamado Musa.

—Quiere decir *Monsieur*. Es un término de respeto en francés. Me llamo Lucien Du Leze.

Abbas asiente con la cabeza.

—Musa Lusen Du Lis sahab.

—Da igual, sahab está bien. Sígueme.

Cuando llegan al arco de arenisca, Du Leze se detiene y exhala, como aliviado por la distancia que lo separa del sultán. Se vuelve hacia Abbas.

—Este encargo requerirá largas jornadas de trabajo, por lo que te propongo que duermas aquí.

—¿Dentro del palacio, sahab? ¿Con el padsha?

—Casi nunca viene por aquí. Sólo para recibir a los extranjeros. Pero la presentación se hará en este recinto, por lo que debemos quedarnos hasta el final. Ahora quiero que vayas a informar a tu familia y que vuelvas antes de que cierren las puertas.

Abbas asiente con una pequeña reverencia y da media vuelta para irse.

—Una cosa más —le dice Du Leze—. El dispositivo giratorio que hay debajo de la plataforma, ¿quién te enseñó a hacerlo?

—¿Enseñarme, sahab? Nadie me ha enseñado.

—¿No fue tu padre?

Abbas lo niega.

—¿Estaba mal? —le pregunta a Du Leze.

—No, ni mucho menos. —El francés observa a Abbas con interés renovado—. Date prisa, ve a casa.

Abbas inclina la cabeza y se marcha.

Du Leze se queda mirando al muchacho que cruza corriendo el arco; las pálidas plantas de sus pies resplandecen de forma intermitente. Se toca un costado de la patka, donde una botella plana de plata aguarda en su cintura. Sólo un tonto se arriesgaría a tomar un sorbo en el jardín del padsha, hay ojos en todas partes, y el alivio es sólo temporal.

Sin embargo, ya ha tomado otras decisiones descabelladas en su vida. Espera que Abbas no sea una de ellas.

Hace dos semanas, el sultán Tipu lo invitó a ver los juguetes móviles de la begum Zubaida que había confiscado en la zenana. El

sultán le dijo que era improbable que el hijo del carpintero hubiese estado implicado en el complot; improbable, o quizá lo bastante probable como para justificar su ejecución. Una forma de atar cabos sueltos.

—A menos que creas que vale la pena que conserve la vida para que te ayude con el autómata. —Tipu le mostró el tigre que corría—. Éste es excelente, ¿verdad?

Du Leze le dio la vuelta al juguete, observó los tornillos y los discos apilados, y se preguntó por qué había aceptado el encargo del autómata. (No es que Tipu le hubiese dejado otra opción, ya que era el único relojero de la corte.) En París había construido varios junto a un socio con el que trabajó durante décadas y con quien tenía una relación tan profunda que podían leerse el pensamiento. Y ahora Du Leze debía elegir un nuevo socio, un desconocido que dominara el estilo figurativo local. Había pensado preguntar por ahí, estudiar el trabajo de diferentes artesanos y luego elegir al mejor, pero eso fue antes de que Tipu pusiera la vida de un muchacho en sus manos. Un chico prometedor. Un chico de diecisiete años. La edad exacta en la que el talento de Du Leze había empezado a destacar, hasta el punto de construir un reloj sin la ayuda de su maestro.

En ese momento, Du Leze casi deseó que el chico se hubiera confabulado con el eunuco. Al menos así habría podido dejar su conciencia de lado.

—¿Y bien? —dijo Tipu—. ¿Qué te parece?

Du Leze dejó el tigre de juguete, esperando que lo que prometía se cumpliera, y lo calificó de obra maestra.

Durante gran parte del camino de vuelta a casa, Abbas mantiene la mirada fija en el suelo, apartándose de vez en cuando para dejar pasar un carro de dos ruedas. La bolsa de seda, oculta bajo el turbante, se mueve sobre su cabeza. Dinero ensangrentado, un peso casi insoportable.

¿Cómo explicará a su familia lo que es *l'automate*? Sabe que debería estar practicando, intentando reunir las palabras adecuadas.

«¿Cómo dibujaría... la forma... de un suspiro?»

Ésas son las únicas palabras que se le ocurren.

Ha estado recitando el poema desde la última visita de Khwaja Irfan. Una mujer escribió esas líneas. Una mujer que quizá esté muerta. No le ha hecho falta preguntar al sultán por ella; todo el mundo sabe que se llevaron a la begum Zubaida para encarcelarla en uno de los fuertes recién bautizados por Tipu. Sin embargo, Abbas sigue murmurando el poema de vez en cuando, como si se hubiera instalado en su caja torácica, donde revolotea, se queda inmóvil y vuelve a revolotear.

Se detiene en el mismo lugar donde su padre lo había abrazado. Todavía siente la presión en la nuca.

«¿Quién es él para ti?», había dicho su padre.

Para su padre, Khwaja Irfan era el eunuco embustero que casi consiguió que su hijo acabase en las mazmorras.

Para Abbas, Khwaja Irfan era quien le dijo: «Ella es una poeta, una artista. Como tú.» Y algo nuevo había despertado en Abbas, un deseo que por fin se hacía visible.

Sumido en sus pensamientos, va directo hacia alguien que le advierte:

—Cuidado.

Es la voz de Khwaja Irfan o, por un instante milagroso, eso le parece a Abbas.

Pero no, se da cuenta de que es sólo Alma, un adicto local que va de aquí para allá murmurando para sí. Lo llaman Alma porque su cuerpo tiene un aspecto tan consumido y espectral que bien podría estar a punto de ascender. Normalmente Abbas se taparía la nariz y pasaría de largo, pero Alma lo inmoviliza con una declaración:

—Te encadenan los brazos y te meten en agua hasta la barbilla.

—¿Quién? —pregunta Abbas, aunque ya ve la respuesta: Khwaja Irfan, jadeando, con el agua rozándole el labio inferior. Abbas sacude la cabeza, pero la imagen permanece, permanecerá para siempre.

—Fíjate por dónde andas —le dice Alma antes de alejarse.

El cielo palidece a su paso y el aire del camino se ondula como en la fragua, donde el metal se hace y se deshace.

¿Y cómo acabará él?, se pregunta Abbas, aterrorizado. ¿Hecho o deshecho?

2

Como bien saben todos, de los muchos hijos del sultán, su favorito es Muiz-ud-din.

Muiz tiene cinco años. Su piel es tan clara como la de su padre; sus ojos, igual de grandes y límpidos, y posee el espíritu y la autoridad de un monarca nato.

Su hermano mayor, Abdul Khaliq, resulta algo menos impresionante. No sólo por su piel oscura y sus labios carnosos, ni siquiera por su nariz chata; no, el problema es su semblante apesadumbrado, como si siempre estuviera a punto de disculparse.

Tipu cree que un príncipe no debe disculparse. Ni tampoco un rey. Por eso él no se disculpó ante sus hijos cuando se los entregó a lord Cornwallis dos años atrás, tras la humillante derrota de Bangalore. Cornwallis había exigido a los niños como garantía, en caso de que Tipu no cumpliera los términos del tratado de paz.

Aunque ningún artista occidental estuvo presente cuando Tipu se despidió de sus hijos, la escena fue representada varias veces por artistas occidentales con inmenso e inexacto detalle, y reproducida en estampas y grabados. Ahí estaba el hermoso Muiz, alejándose del grupo de angustiados hombres de tez oscura hacia las filas ordenadas de los hombres blancos, la mano del niño cada vez más blanca en la palma de Cornwallis. Cuando se incluyó a Abdul, él

también recibió un tratamiento blanqueador y así la nación salió de la barbarie, al menos temporalmente.

Ahora, en 1794, los niños han vuelto a Mysore gracias al buen comportamiento de Tipu y a su pago puntual de un crore y sesenta lakhs, una suma extraída como tributo al pueblo de Mysore, muchos de cuyos habitantes, incapaces de someterse a este «regalo obligatorio», han huido a distritos vecinos.

Los niños nunca hablan de lo que vieron e hicieron en Madrás bajo el cuidado de Cornwallis. No es que Tipu pregunte. Expresar curiosidad al respecto está fuera de lugar, al igual que dar las gracias. ¿Le dio su padre las gracias después de que él, a los dieciséis años, dirigiese el ejército de Haidar Ali a las provincias carnáticas y sitiara Ambur? No, no lo hizo. No es el padre quien debe dar las gracias al hijo; es el hijo quien debe decir: «¿Puedo hacer algo más, padre?»

Pero Tipu no es como su padre. Quiere expresar su agradecimiento con un regalo que sus hijos nunca hayan visto. (A diferencia del poco imaginativo palanquín que Cornwallis envió de vuelta con ellos y que Tipu guardó, aún envuelto, en lo más profundo de su cripta.) El tigre autómata será un regalo de tal grandeza y ferocidad que silenciará cualquier recuerdo del exilio que tengan los muchachos.

¿Y qué sabe Abbas de todo esto, de cuánto importa el éxito del autómata? Muy poco, lo que tal vez sea preferible. Que duerma en el suave esplendor del palacio; que sueñe con flautistas que salen de

la boca de tigres vivos. Tiene mucho que aprender. Por ahora, lo dejaremos descansar.

3

Abbas se despierta aterrorizado: no sabe dónde está. Después cae en la cuenta: en los aposentos del francés en el Palacio de Verano. Y de nuevo el pánico: no sabe dónde orinar.

Una rápida investigación lo conduce a un recipiente con tapa junto a la cama. Ha oído que los ricos se alivian en la vajilla. Hasta ahora, no se lo había creído.

Coloca el recipiente en el centro de la habitación. Es liso y blanco, de cerámica. Retira la tapa y en el interior descubre la caricatura de un soldado inglés con nariz de cerdo y las palmas levantadas a ambos lados de su cara frenética, a punto de que le orinen encima. En la pared interna del recipiente hay una pequeña rana esculpida, un adorno desconcertante hasta que Abbas comprende que es allí donde debe apuntar.

Después de ahogar al puerco inglés (lo que, a decir verdad, le resulta placentero), Abbas pone la tapa y se pregunta dónde depositar el recipiente. Éste tiene un mango que probablemente alguien asirá, una idea de lo más humillante. Lo desliza debajo de la cama.

Una vez vestido y aseado, se queda plantado en el centro de la habitación sin saber en qué dirección está la Qibla. Mira a su alrededor en busca de alguna señal. Junaid diría que la dirección en

la que se reza no importa, siempre que la intención sea auténtica y la mente no divague. Pero los pensamientos de Abbas suelen revolotear, y ése es sólo uno de sus problemas, según Junaid: ésa es la razón de que carezca de verdadera piedad.

Abbas despliega su estera y mira hacia una ventana tallada al estilo jaali que se llena de una luz rosada, acompañada por el adhan más puro que haya oído recitar a un muecín cuyo oído debe de ser el del mismísimo Alá. Y, sin embargo, él añora estar codo con codo con sus hermanos, el crujido de las rodillas de Junaid, los perpetuos carraspeos de su padre, y de nuevo sus pensamientos se alejan, revoloteando.

Después de la oración, oye un ruido al otro lado de la puerta. La entreabre y se asoma al salón.

La puerta del francés está cerrada. Alguien ha extendido sobre la alfombra un paño blanco bordado donde han colocado una serie de cuencos de bronce, uno lleno de agua fresca. Abbas se sienta en un cojín adornado con las figuras doradas de dos bailarinas. Bebe del cuenco y espera a que Du Leze salga a desayunar. ¿O debería él comer en su habitación, apartado del francés? El arroz está humeante, cargado de ghee. En un arrebato de hambre, coge dos puñados y luego arregla el montón para que no se note. «Tienes que saber cuál es tu sitio —le advirtió su madre antes de que se fuera—. Que no se te hinche el turbante.»

Por fin, Du Leze abre la puerta y se detiene en el umbral. Lleva otro pijama de seda con la jama abotonada por debajo del brazo izquierdo, al estilo musulmán. Pulcro del cuello para abajo, toda la parte superior parece arrugada: pelo blanco desordenado, bolsas sombrías bajo los ojos.

—El chico de ayer, ¿verdad? —dice el francés, entornando los ojos.

—Abbas.

—Abbas —Du Leze se rasca la mejilla barbuda—, ¿has dormido en esa habitación?

—Usted me lo dijo, sahab.

—Me acuerdo —dice el francés, un poco a la defensiva. Lentamente hinca una rodilla en la sábana—. Has comido, ¿verdad?

Du Leze se inclina sobre la comida para enjuagarse las manos en el cuenco de agua, que resulta que no es para beber.

—¿Sahab no desayuna?

Du Leze saca un botellita de plata cuyo líquido transparente vierte en una taza de café tibio. Lo remueve con el meñique, se lo bebe en tres tragos y se estremece.

—Desayuno —dice, y luego coge el cuenco de frutos secos—. Almuerzo.

Abbas no sabe si le corresponde mencionar que el sultán Tipu abolió recientemente el consumo de licor, junto con otras sustancias embriagadoras como la amapola blanca y el cáñamo. ¿No debería un hombre como Du Leze, con su dominio del canarés, conocer bien las normas?

Antes de que Abbas pueda decidir si abre la boca, Du Leze se levanta.

—Mucho que hacer, *tak tak*, vamos.

Abbas lo sigue, algo rezagado, mientras el francés avanza por los pasillos y atraviesa un patio. Llega a un cobertizo pulcro y encalado,

empuja una puerta corredera por una barandilla horizontal y un pájaro atrapado sale volando.

De todas las estancias donde Abbas ha entrado los dos últimos días, es ésta —el taller de Lucien Du Leze— la que le quita el aliento.

Las paredes están cubiertas de herramientas, al menos tres de cada tipo y tamaño: escoplos, sierras, azuelas y hachas, gubias tan pequeñas y con tantas puntas distintas que no puede predecir cuál es su función. Tampoco sabe qué hacer en su presencia, qué tocar primero o no tocar en absoluto. Ve un ramillete de largos tablones de madera dentro de un cubo. Un torno aguarda. Y sobre una de las dos mesas descansa un gran bloque de madera despojada de su corteza, apoyado sobre uno de sus lados.

Abbas lo recorre todo con la mirada, deteniéndose en un artilugio extraordinario que consiste en una mesa plana de madera con un pequeño asiento de hierro debajo. En el centro de la mesa se alza en vertical una hoja dentada tan larga como el brazo de un hombre y tan fina como una uña. Abbas se acerca con cuidado, como si el artefacto pudiera cobrar vida en cualquier momento.

—Una sierra mecánica de marquetería —dice Du Leze, orgulloso—. La he hecho yo mismo, pero no nos distraigamos.

Du Leze lo llama a una mesa donde hay un cuaderno abierto con un palo afilado en el pliegue del centro.

—*Un stylo* —le dice blandiendo la punta afilada, la barra de grafito restante envuelta en madera. Abbas sigue examinando el *stylo* cuando Du Leze deja el rifle del día anterior sobre la mesa—. *Alors* —añade, señalando el adorno del tigre y el soldado—. Veamos si puedes dibujarlo desde el lado izquierdo.

Abbas aprieta el *stylo* entre los dedos. Mira el mayor tiempo posible el adorno antes de posar la punta en el papel. Unos primeros trazos vacilantes se convierten en ágiles líneas. El grano del papel susurra entre las yemas de sus dedos mientras el dibujo se convierte en una imagen no creada por él, pero que va haciendo suya.



Una vez terminado, Abbas se sienta, devuelve el *stylo* al centro del cuaderno y espera los elogios.

Du Leze empieza a dibujar apresuradamente encima del boceto, explicándole que el tigre estará hueco, con un fuelle en la cabeza y un órgano en el cuerpo. Un corte lateral justo por encima de las orejas creará una especie de tapa que, al retirarse, dejará al descubierto los tubos del órgano. Una puerta a lo largo de la caja torácica se abrirá a un teclado de marfil que tocará un organista situado en el flanco izquierdo del tigre.

—¿Y dónde nos escondemos? —pregunta Abbas.

—¿Por qué íbamos a escondernos?

—Para hacer los rugidos desde dentro del tigre.

—No, ya te lo he dicho, el fuelle... —Du Leze lo descarta con un movimiento de la mano—. Explicarlo me llevaría demasiado tiempo. Tú trabajas el exterior y me dejas el interior a mí.

Usando una regla plegable, el francés marca con tiza las dimensiones del autómata en el gran bloque de madera. Abbas pasa una mano por encima. El veteado es prieto y uniforme; la madera es esponjosa, ligeramente drenada de sus jugos, aunque no lo bastante para que se resquebraje al primer golpecito.

—Ahora tú. —Du Leze le ofrece la tiza a Abbas para que dibuje el contorno del tigre y el soldado sin salirse de los márgenes que le ha marcado. Aparece el yunque de la cabeza, la línea de un muslo, el arco del vientre, el bulbo del hocico, la curva de una extremidad. Vacilante al principio, cuanto más dibuja, más seguro es su trazo. Después de que los dos hayan comprobado las medidas cinco veces, Du Leze se dirige a su mesa—. Empezaré con el órgano.

—¿Y yo, sahab?

Du Leze se encoge de hombros, como si la respuesta fuera evidente.

—Tú haces el tigre.

Abbas intenta ignorar el retortijón de sus tripas mientras se dirige a la pared de las herramientas. Los ojos le saltan de una a otra, abrumados por los formones, la mente en blanco. Se queda muy quieto, desconcertado por cada instante que pasa sin haber hecho nada.

—Abbas, ven aquí un momento —le dice Du Leze.

Con un suspiro, Abbas se acerca al francés, que está junto a la sierra de marquetería.

Du Leze señala con la pipa.

—Dale un tironcito. A la hoja.

Abbas toca la hoja de la sierra como si rasgueara la cuerda de un instrumento. Suena con una vibración.

—Si la hoja está demasiado tirante, se partirá —le dice Du Leze—. Si está demasiado floja, se partirá. Debe tener la tensión justa. *Tu vois?*

—¿Quiere que use esta sierra?

—No, no, te digo que te apresures despacio. Es algo que solía decirme mi padre... el único consejo útil que me dio. *Festina lente*.

La frase no tiene mucho sentido para Abbas, pero cuando vuelve a la pared de las herramientas el miedo se ha disipado un poco, hasta el punto de que se atreve a sacar una de las gubias más grandes, cuya punta curva es tan ancha como su pulgar. Levanta la herramienta para examinar el mango, fino y estriado, perfectamente alineado con la espiga. A continuación escoge un mazo de cabeza redonda, bien fijada en su mango. Estas herramientas son superiores a cualquiera que haya utilizado antes, pero, como él bien sabe, las herramientas no hacen al tallador.

Bien armado, se acerca al bloque de madera y, antes de quedarse paralizado una vez más, estudia el dibujo y empieza por donde siempre: por el punto más alto. Golpea el mazo contra la gubia. Otro golpe, y otro, los golpes firmes pero escasos.

La madera empieza a perder su anonimato. Abbas conoce su fragancia y su veteado. Endereza la gubia y golpea hacia lo que imagina que es un tigre a la espera de ser liberado.

Está tallando la parte frontal del tigre, que algún día será la curva del cuello inclinado, cuando oye algo maravilloso.

Ahí está Du Leze, sentado ante la sierra de marquetería, pedaleando bajo la mesa diminuta. El largo brazo de la sierra se mueve a una velocidad imposible, la hoja sube y baja mientras Du Leze la alimenta con un trozo de madera clara. Abbas se acerca,

olvidándose de dejar sus herramientas, y observa el vuelo de las virutas entre las ruedas de hierro mientras el otro brazo de la sierra golpea bajo la mesa y la madera se va cortando tan fácilmente como el pan.

Du Leze deja de pedalear: la sierra de marquetería se detiene. Levanta un rectángulo fino.

—Joli, n'est-ce pas?

Abbas está asombrado. Daría cualquier cosa por probarlo él mismo. Antes de que pueda preguntar, Du Leze reanuda el pedaleo.

Al mediodía Abbas sale a rezar. Casi espera que Du Leze se una a él, ya que se ha integrado en casi todos los demás aspectos, pero el francés no levanta la vista del trabajo, ni siquiera parece oír al muecín. Aprieta una regla sobre una amplia hoja de papel y traza líneas rectas a lápiz para formar un misterioso diseño en forma de diamante.

Después les sirven el almuerzo en el patio, donde han tendido una sábana blanca. La hierba brota suave bajo sus pies. Esta vez Abbas se lava las manos en la jofaina adecuada, preguntándose qué tendrá el agua que transmite esa sensación de verdadera riqueza.

Entretanto, Du Leze se ha sentado en un taburete bajo a cierta distancia de la sábana. Levanta un trozo de cuero pálido al cielo, con el ceño fruncido.

A Abbas le gruñe el estómago; se muere por hincarle el diente a la ternera aderezada con coco y a los nidos de idiyappam. Observa a Du Leze, que al parecer no ha visto que les han servido el almuerzo y que él lo está esperando.

—*Dommage* —murmura el francés—. Este cuero tiene demasiadas zonas finas, que dejan pasar aire y se desgarran fácilmente... —Mira a Abbas—. ¿Me estás esperando?

Abbas asiente con vehemencia.

Du Leze suspira, deja las pieles sobre el taburete y se reúne con él en la sábana. Abbas sirve a los dos, pero Du Leze vuelve a sacar la botella plateada y vierte su contenido en un vaso de zumo de guayaba. Lo apura de un trago y cierra los ojos.

—Pagué un buen dinero por esas pieles de oveja.

Abbas habla con la boca llena.

—¿Para qué son, sahab?

Para el tubo del gruñido, explica Du Leze, algo que funcionará como un fuelle y emitirá el sonido del tigre desde el interior de la cabeza.

—Los costados serán de cuero, pero por las zonas finas se escapa el aire y eso compromete la calidad del sonido. La palabra «animal» procede del latín *anima,* que significa «aliento». Así que, por supuesto, la apariencia del tigre debe ser sorprendente, pero es el sonido lo que le dará la apariencia de estar vivo. ¡Ah! ¿Es eso pitaya? Me encanta la pitaya.

—Sahab... —Abbas vacila mientras Du Leze muerde una lámina blanca y reluciente—, ¿es cierto que es usted el mayor inventor de Francia?

Du Leze se ríe.

—Claro que no.

Ambos se detienen, como si de pronto comprendieran que esta respuesta implica que el sultán Tipu no ha sido sincero.

—Me envió su majestad Luis XVI —aclara Du Leze—. Llegué con los tres enviados de Mysore. ¿Has oído hablar de ellos?

Abbas asiente. Otro tema para andarse con cuidado en el entorno del sultán.

(Unas breves palabras sobre los enviados reales: el sultán Tipu envió tres nobles a París con la orden de que trajeran de vuelta una selección de artesanos e ingenieros franceses, jardineros y médicos, creadores de porcelana, cristal, relojes, armas, lana y, sobre todo, la promesa de una alianza política. En cambio, los enviados regresaron de Francia con una cachimba de porcelana y con Du Leze. Se dice que Tipu montó en cólera, pues ya tenía muchas cachimbas; lo que quería era una alianza y artesanos que lo ayudaran a establecer una fábrica de porcelana. Uno de los enviados fue sabio y huyó de Mysore. Los otros dos, Akbar Ali Khan y Muhammad Ousman Khan, aceptaron la invitación de Tipu de pasear por el jardín, donde los mandó ejecutar, y corrió la voz por todo el reino de que los tres habían traicionado a su soberano.)

—Traicionaron a su soberano —dice Abbas.

—Eso he oído. A mí me parecían muy dignos. —Du Leze se acaricia la barbilla con los dedos, un gesto contemplativo—. Pensaba quedarme en Mysore sólo un mes, pero entonces... las cosas se complicaron en mi país.

—¿Se complicaron?

—Guerra.

Abbas se acaricia la barbilla imberbe, imitando a Du Leze.

—Aquí siempre estamos en guerra —dice.

—Esto es Mysore en guerra con otros. Aquello es Francia en guerra con Francia. Encarcelaron al rey y a la reina, invadieron el

palacio...

—¿Quiénes?

—El pueblo de París.

—¿La plebe?

—*Insurgés*. Pero mis amigos de París me dicen que está empezando un nuevo orden, que dará el poder a la clase intermedia.

—¿Clase intermedia?

Du Leze une las palmas, que abre y cierra hasta darse por vencido con un frustrado:

—Uf, qué más da. Blaque dice que se acerca la paz.

—¿Blaque es el nuevo rey?

—¡Ja! —Du Leze sonríe—. Blaque tiene una opinión muy elevada de sí mismo, pero no. Fue mi alumno, hace tiempo. Ahora es mi socio, un relojero de mucho talento.

Du Leze se abstiene de seguir hablando, porque Abbas no necesita saber más. No le hace falta saber, por ejemplo, que Blaque es diez años más joven y medio palmo más bajo que Du Leze. Ni que todas las mañanas Blaque come ajo crudo y afirma que ésa es la razón de que nunca se resfríe. Que tiene una marca de nacimiento en el interior del muslo. Que estornuda de tres en tres. Que rechaza el contacto visual cuando está enfadado con alguien, lo que a Du Leze le resulta de lo más ofensivo. Nada de eso incumbe a Abbas. El francés coge un albaricoque seco de un cuenco.

—¿Los has probado? Son del sultán de Rum.

Abbas le da un mordisco al albaricoque mientras Du Leze observa su reacción.

—¿Rico, eh? —dice el francés.

Abbas asiente. Tan rico como masticar un trozo de zapato azucarado.

Du Leze introduce la mano en el otro lado de su patka —una prenda de sorprendentes bolsillos y recovecos— y saca un disco de plata maciza. Pulsa un botón en el lateral del disco y se abre una tapa. Sin invadir el espacio del francés, Abbas intenta ver qué hay dentro.

—*L'horloge* —dice Du Leze extendiendo la palma, donde el objeto encaja a la perfección—. Me dice la hora, como el reloj de sol de lo alto de la mezquita, pero con mucha más precisión.

Abbas estudia la disposición circular de las marcas negras sobre la superficie blanca. Dos líneas parten del centro del reloj, una más larga que la otra, y una tercera, fina como una pestaña, avanza a trompicones por el círculo.

«Pero ¿cómo pueden avanzar sin que nadie las mueva?», piensa Abbas.

Como anticipándose a la pregunta, Du Leze le da la vuelta al reloj y abre otra tapa, que descubre una serie de delicados engranajes dorados que giran enfrentados. Se mueven solos, los dientes encajan perfectamente en los huecos. Qué extraño que éste sea el lado que se oculta, cuando es mucho más maravilloso que el anverso.

—Hice un reloj así para Tipu —le dice Du Leze—. Entre tú y yo, éste es mejor.

—¿Por qué, sahab?

—Es más preciso, más elegante. Verás, lo hizo Blaque. Él es más bueno que yo. —Du Leze inclina la cabeza con curiosidad—. ¿Se dice así?

—Mejor que yo.

—Mejor que yo, *oui*.

Du Leze contempla la esfera del reloj como si leyera la historia inscrita en sus manecillas.

—En enero llegué a Mysore. En julio cayó París.

—Qué inoportuno —dice Abbas.

Du Leze levanta la vista con una carcajada sorprendida. Abbas sonríe, orgulloso de haberla provocado.

4

Los tres días siguientes transcurren sin calamidades.

Durante este período, Abbas aprende que hay dos versiones de Du Leze. La versión preferible suele aparecer poco después del mediodía, tras la segunda dosis de «desayuno», cuando las mejillas del francés se sonrojan y sus ojos adquieren un brillo vidrioso. El Du Leze menos preferible, pálido y de ojos hinchados, gruñe a modo de saludo.

Siempre empieza el día dibujando bocetos en su libreta, con la pipa sujeta entre las muelas. La pipa —que nunca enciende en horas de trabajo— parece crucial para el proceso, al igual que el *stylo.* Abbas no puede ver mucho más desde su mesa. Desea acercarse, ver qué dibuja Du Leze en el cuaderno con febril concentración. ¿Y por qué corta el cuero en esas tiras anchas? ¿Por qué las dobla una y otra vez en forma de estrechos abanicos? Ahora está sujetando los abanicos con pequeños tornillos, tal vez para ayudarlos a mantener sus pliegues. Pero ¿para qué son los abanicos?

—*Pas de temps à perdre!* —dice Du Leze cuando sorprende a Abbas mirando—. Vuelve al trabajo.

Abbas vuelve a centrarse en el bloque de madera. Ese pedazo de árbol sigue siendo una especie de desconocido para él, algo con lo que empieza a familiarizarse mediante una conversación continuada.

Y, como ocurre con cualquier charla entre desconocidos, los inicios son tímidos. Golpea el mazo contra la madera, afloja el índice y el pulgar, gana velocidad a medida que avanza, las astillas salen disparadas aquí y allá mientras él se disuelve en el trabajo y deja de ser un juguetero al servicio del sultán Tipu. Es madera, mazo y formón. Un aroma a nuez se eleva de la carne de la madera, su superficie tan veteada como el agua que ondula el viento.

Todo va bien hasta que un gruñido brutal rasga el silencio, un sonido tan desgarrador y antinatural que le resbala el mazo y le patina el formón...

Siente un dolor intenso en el dorso de la muñeca. Y allí: un corte blanco tan largo como su pulgar, del que mana sangre espesa. Du Leze se acerca corriendo, gritando en francés.

—*Ta main! Que t'est-il arrivé?*

La sangre le palpita caliente, muñeca abajo.

—He oído algo... —murmura Abbas, su visión poblada de puntitos negros.

Du Leze envuelve la herida con su patka roja, acompaña a Abbas hasta la pared y le ordena que se siente con la mano en alto. Él se queda de pie, rascándose la nuca. Su jama flota, fantasmagórica, a su alrededor.

—Sahab —dice Abbas en voz baja—, su patka...

—Se puede reemplazar, a diferencia de tu mano.

—¿Qué ha sido ese ruido?

—*Quoi?* ¿El tubo?

El francés saca una caja con tapa curva de su mesa de trabajo. En el fondo de la caja hay un fuelle, sujeto por trozos de piel doblados en forma de abanico. Du Leze presiona con dos dedos la parte

inferior del fuelle. La caja emite un gruñido gutural, el mismo que Abbas ha oído poco antes.

—Lo que has oído es esto —dice Du Leze—. Esta caja irá dentro de la cabeza del tigre.

—Otra vez —dice Abbas, asombrado.

Du Leze aprieta el fuelle: un tigre gruñe.

—Es una especie de tubo de órgano —le dice mientras le muestra el extremo abierto de la caja, donde Abbas ve la fina pared que separa el hueco en dos cámaras desiguales—. Tendría que haberte avisado.

Abbas baja la vista: su sangre salpica el suelo. Le viene a la cabeza un recuerdo: alguien, quizá un primo, lo levantó para mostrarle el tronco del árbol donde un tigre había afilado las garras, un frenesí de tajos, cada uno tan profundo como dos dedos humanos.

Hace una mueca de dolor cuando Du Leze retira la tela; se le han pegado pequeños hilos en la carne viva.

—Demasiado profundo —dice el francés, exhalando por la nariz—. Tendré que coserte.

Abbas espera no haber entendido bien una parte de esa frase.

Poco después Du Leze enhebra una aguja sobre una jofaina llena de agua.

Abbas mira hasta el último momento y luego cierra los ojos. Se estremece con el primer pinchazo, pero recobra el aliento.

Más inquietante que el dolor es el sonido de la costura, el susurro de la aguja que penetra la tela de su persona, la herida sellada con pulcras puntadas blancas.

—Listo —dice Du Leze mientras aparta la jofaina de agua ensangrentada—. Tendrás que reposar una semana.

—Pero ¿quién acabará el tigre, sahab? —Se le ocurre otra pregunta y siente pánico—: ¿Me va a sustituir?

Du Leze se frota la nuca con expresión dolorida.

—Si te despidiera ahora, me temo que no volverías a casa. —Antes de que Abbas pueda preguntar adónde iría entonces, le responde—: Quizá a las mazmorras. O algo peor.

Abbas da un respingo; seguro que lo ha oído mal.

—¿Por qué? ¿Qué he hecho?

—Tallar efigies. Conspirar con un traidor. ¿Acaso no has oído a tu rey?

—Pero me dejó ir... Me recompensó...

—Recompensó a tu padre. Respecto a ti, está indeciso.

Abbas mira la piedra de afilar. Esa misma mañana se había considerado afortunado porque hacía días que no mellaba la hoja.

—Deja que tu mano repose —le dice el francés—. Luego decidiremos.

Durante los cinco días siguientes, Du Leze le prohíbe coger herramientas con la mano herida. Abbas procura seguir siendo útil y acepta las tareas más sencillas, por aburridas que resulten. Cortar un trozo de cuero. Tallar tornillos. Está decidido a hacer lo que sea —incluso trasladar el orinal del francés— con tal de que no lo reemplacen (o algo peor), y entretanto aprender cuanto pueda.

Finalmente Du Leze parece acostumbrarse a la presencia de Abbas y hasta le cuenta lo que hace. Le explica, por ejemplo, que en el

cuello del tigre montará una rueda dentada de madera con cuatro palas de hierro, que la rueda girará gracias al engranaje helicoidal de la manivela y las cuatro palas activarán el mecanismo del tubo que produce el gruñido.

Cuando Abbas finge entender lo que es un engranaje helicoidal, Du Leze sorbe entre dientes con toda la irritabilidad de un lugareño.

—No se aprende nada asintiendo sin más, ¿sabes? Si no entiendes, pregunta. Aprende.

Y Abbas empieza a preguntar y preguntar. Sorprendentemente, la paciencia del francés no se acaba nunca. En lugar de irritarse por las preguntas, Du Leze coge su cuaderno de dibujo. No sabe cómo traducir términos exactos como mecanismo de vaivén, válvula de escape, cigüeñal o biela, pero lo que le falta en vocabulario lo compensa con sus esquemas detallados.

Abbas siempre recordará esta época, la efervescencia diaria y la emoción de aprender. Aunque hay mucho que sigue siendo un misterio. Cuando está a punto de entender un concepto —el movimiento de una leva y una palanca, por ejemplo—, Du Leze lo complica con dos añadidos mecánicos y, una vez más, lo que Abbas empezaba a comprender se hunde en la oscuridad.

—No puedes aprenderlo todo en una semana —le dice su maestro tras descubrirlo inclinado sobre un boceto, intentando descifrar un cigüeñal—. Los jóvenes estudian durante años.

Abbas lo mira esperanzado.

—Lamentablemente, pienso marcharme pronto.

—¿Cuándo, sahab?

—Dentro de unos meses. Vuelvo a París.

—¿Y la guerra?

—La guerra me puede besar la nalga izquierda.

Abbas se queda perplejo ante esa imagen.

—Guerra o no guerra —dice Du Leze—, mi vida está allí.

Esa noche Abbas se revuelve en la cama. Aún no se ha acostumbrado a dormir en un colchón elevado del suelo. Prefiere el jergón de su casa, en el porche, rodeado de los ronquidos de sus hermanos que se niegan a reconocer que roncan. («Demuéstralo», le dice Faruk, el más empírico de los dos.) Abbas se queda un rato mirando la pared de enfrente, donde la ventana de talla jaali ha convertido la luz de la luna en un mosaico.

Sabe que su inquietud nada tiene que ver con el colchón ni con el silencio. Es otra cosa, una sensación de indignación, de que hay algo incompleto, algo que no se ha dicho o no se ha hecho y le impide respirar. «Mi vida está allí.» «¿Y qué pasa con la mía?», piensa Abbas, y luego se reprende, porque tiene una vida a la que, de haber podido, le habría encantado volver la semana anterior.

Sin embargo, algo ha cambiado en él, la aparición de una nueva posibilidad, un futuro en el que puede hacer algo más que juguetes y figuritas. ¿Es el efecto de vivir en el Palacio de Verano, de presenciar la grandeza de tanto cielo? ¿De contemplar el horizonte y preguntarse qué hay más allá?

Hubo un tiempo en que las figuritas eran más que suficientes, con sus descubrimientos casuales, sus fracasos y, a veces, su placer. Las mejores se las daba a Faruk, que entonces tenía doce años, dos más que Abbas; tan cercanos en edad y ánimo que Abbas solía adivinarle el pensamiento. Faruk prefería las figuras de animales: una cabra,

un pavo real, un elefante y un cocodrilo, cada una más refinada que la anterior. Las había alineado en la pared junto a su jergón y les hablaba en la oscuridad. Sin embargo, cuando Abbas le trajo una figura humana —un niñito de madera—, Faruk se quedó callado y se limitó a darle vueltas entre los dedos.

Esperaba que su hermano se quedase pasmado por el realismo de la cara, que había sorprendido hasta al propio Abbas. El refinamiento de la nariz, la simetría de cada ojo. Incluso la sonrisa. Se había sentido tan orgulloso del niño de madera que casi había querido quedárselo, para recordarse de lo que era capaz.

Sin embargo, Faruk no le hizo ningún cumplido. Tenía la mirada fija pero distante, como si viera en la estatuilla algo que Abbas no alcanzaba a ver.

—¿Querías otra cosa? —le preguntó Abbas.

Faruk respondió por fin:

—Quiero lo que tú tienes.

Y luego le devolvió el niño de madera, que Abbas tiró, avergonzado y sintiéndose culpable. Al cabo de unos pocos días, todas las figuritas habían desaparecido de la pared. Faruk dijo que se las había dado a unos niños pequeños del barrio, de una edad más adecuada para entretenerse con juguetes.

En aquel entonces a Abbas le había parecido una respuesta ingrata. Ahora lo entiende. Lo que Faruk le dijo aquel día es precisamente lo que Abbas le diría a Du Leze si pudiera reunir la sinceridad necesaria. «Quiero lo que tú tienes.»

Por la mañana, en el taller, Du Leze le quita los puntos con unas tijeras pequeñas. La cicatriz es de un rosa vivo. Du Leze la cubre con una gasa.

Abbas se pone a trabajar en el tigre de inmediato, pues sabe que no tiene tiempo que perder. La superficie es irregular, una forma hinchada como un gran animal atrapado en una bolsa. Coge el mazo y el formón con un gesto de dolor.

A medida que avanza el día, evita mirar lo que está haciendo su maestro. Se concentra en la tarea que tiene entre manos, ya sea dar forma a una oreja o afilar el hocico. Éste, y sólo éste, es su trabajo.

Normalmente, cuando termina la jornada laboral, Du Leze lee sus libros o escribe cartas mientras Abbas toma una cena sencilla en su habitación. Después Abbas reza y se prepara para acostarse temprano.

Pero esta noche Du Leze lo llama al salón. Está en la butaca de teca con un grueso libro rojo en el regazo.

—De ahora en adelante habrá tutoría todas las noches.

—¿Tutoría, sahab?

—Quiero decir que te enseñaré francés. Y después, cuando yo me haya ido, podrás aprender mucho más por tu cuenta con los libros que voy a dejarte. Tengo una excelente traducción del tratado de Turriano sobre el Monje Mecánico, que se completó a finales del siglo XVI, y también un buen libro de relojería. Bueno para empezar. En cuanto tengas conocimientos suficientes, se te abrirá un mundo entero. El Cisne de Plata, *par exemple*, tiene un mecanismo de relojería bajo las plumas y un acabado exquisito. —Du Leze se detiene—. ¿Por qué estás tan callado?

—¿Va a dejarme libros, sahab?

—Sólo dos, sí. No puedo llevármelos todos de vuelta a Francia.

Abbas no sabe cómo responder, qué palabras pueden corresponder a la magnitud del regalo. No ha poseído un libro en su vida. Aprendió a leer en una pizarra de arena.

—También tengo aquí los *Contes de ma mère l'Oye*. —Du Leze levanta el libro, cuya cubierta tiene letras de un dorado resplandeciente—. El rey Luis me lo entregó como regalo para Tipu, pero al sultán le pareció demasiado tonto. El título significa «Cuentos de... la madre ganso».

—¿Una gansa?, ¿la hembra del ganso?

—No, es una mujer a la que llaman mamá gansa. Una mujer humana.

Abbas y Du Leze se miran, intimidados por el abismo que separa sus lenguas.

—*Alors*, ¿empezamos? —dice el francés.

Abbas se sienta en el diván y acoge el tomo en el regazo. El idioma no le resultará fácil, pero recordará durante mucho tiempo el momento en que levantó la cubierta por primera vez e inhaló la fragancia que se escapaba de esas páginas como el aliento evocador de la mismísima Francia.

5

Una mañana, Du Leze se despierta con una agresiva resaca. La única cura —más vino— está en el armario, pero al abrir las puertas y comprobar las botellas (vacías, vacías) sólo puede maldecirse. Una sustancia avinagrada le resbala lastimosamente por la garganta.

Decidido a reponer sus existencias, se viste rápidamente con una jama y una patka. El espejo de la puerta se le enfrenta con su reflejo. Por lo general, prefiere no mirarse hasta el mediodía, si es que no le queda otra, porque su imagen siempre provoca la misma pregunta: «¿Qué te ha pasado?» Tiene cincuenta y siete años, ni rastro de frescura en su cara. Amaga una sonrisa y ahí está, el viejo tunante con ese hueco entre los dientes, o al menos lo que queda de él. Blaque fue la primera persona en decirle que le gustaba el hueco entre sus paletas. No sólo le gustaba. «Echo de menos meter la lengua en él», le escribió. Eso fue en París. Las últimas cartas de Blaque han sido secas como la tiza debido a los espías y censores de Tipu, aunque la última incluía un pequeño esbozo de una sonrisa de dientes separados.

Esa carta llegó hace un año, junto con una botella de armañac. Nada desde entonces.

Después de vestirse apresuradamente, Du Leze pasa por el salón. Abbas ya ha terminado de desayunar y está sentado en la butaca,

examinando una ilustración de *Los cuentos de Mamá Ganso.*

Abandonaron el libro después de la primera sesión, cuando Du Leze se dio cuenta de que progresarían más con palabras y frases sencillas que podían combinarse para construir frases. «*Bonjour*.» «*Bonsoir*.» «*Quel est votre nom?*» «*Bonne nuit.*» Du Leze se pregunta si no habrá sido demasiado ambicioso con sus predicciones, Turriano y demás. Pero ¿quién sabe de lo que es capaz ese chico de carácter obstinado, de mandíbula decidida?

Abbas levanta la vista.

—Bonne matin, monsieur.

—Tengo recados que hacer —dice Du Leze con brusquedad, sin poder evitar ser grosero, de camino a la puerta—. Hoy sigue sin mí.

—Pero, sahab, sólo nos quedan dos semanas...

—Trabaja mucho, entonces. Volveré pronto.

Nota que el ceño fruncido del chico lo sigue hasta la puerta.

Du Leze se agencia una yegua soñolienta del establo y deposita en la alforja las botellas vacías, que tintinean por el estrecho sendero que conduce a los Peñascos Franceses, el destacamento francés al pie de las colinas de Hirodi.

El camino se curva entre tamarindos que le ofrecen una sombra pasajera, sus copas refinadas como encajes de Bretaña. Los charcos brillan con la lluvia de la noche anterior. Al menos aún no hace un día agobiante, piensa, hasta que sale de la sombra arbolada y se adentra en el calor blanco sin sol; en cuestión de minutos, un lago de sudor se acumula en la parte baja de su espalda. La yegua, que tropieza de vez en cuando, tiene el cuello tan mojado como él.

Apenas hay gente. Una mujer vestida de rosa ordeña una vaca. Otra corta un puñado de plantas con un largo cuchillo curvo. Hay un niño sentado en la hierba, apoyado en las palmas de las manos y rodeado de cuatro búfalos blancos en diversos estados de ramoneo y descanso. El niño se lo queda mirando y Du Leze inclina el sombrero al pasar, sin obtener respuesta.

Una hora más tarde aparecen las colinas, peñascos apilados y pulidos por el viento. Debajo hay filas y más filas de tiendas grises que brotan como setas.

Después de alimentar a la yegua, Du Leze cruza el campamento respirando sólo por la boca, aunque no hay forma de escapar del hedor. «¿Dónde está la letrina?», había preguntado años atrás, cuando visitó el campamento por primera vez . «¡Estás justo encima!», se burló un soldado. Fue entonces cuando Du Leze decidió limitar sus visitas a los Peñascos Franceses.

Se dirige directamente a un cobertizo separado de las tiendas, donde cuelga un cartel en canarés y en francés: «Venta de licores espirituosos SÓLO A FRANCESES.» El vendedor, Gourcuff, está hablando con un oficial, asintiendo periódicamente mientras el militar declama a las masas invisibles:

—Mire lo que les ha pasado a nuestros vendedores de seda. No hay nada mejor que la seda lionesa, decía siempre mi madre. Pero cuando la élite se contagie de la indomanía, se extenderá como la maldita disentería, se lo aseguro. Pedirán muselina *india*, algodón *indio*, ¡y usarán la seda de Lyon para limpiarse el culo! Puede que ya esté pasando y no lo sepamos porque estamos atrapados en estos peñascos, a saber por qué...

Du Leze deja ruidosamente sus botellas vacías sobre el mostrador. El oficial enmudece al verle el turbante, la jama y las sandalias, que en su conjunto hacen que murmure para sí:

—Que el cielo nos ayude.

—Buenos días —le dice Du Leze a Gourcuff.

—Monsieur Du Leze —saluda Gourcuff, echando un vistazo a las botellas—. ¿Se lo bebe o se baña en él?

—Una pregunta en confianza —le dice Du Leze en voz baja—. ¿Por casualidad no tendrá brandy guardado en algún sitio? ¿Alguna reserva propia?

—¿Ve algún viñedo por aquí?

—Importado, evidentemente. Le pagaría el doble.

—Tengo feni de anacardo. Recién llegado de Goa.

Sin gran entusiasmo, Du Leze se decide por una botella de vino de palma y cuatro de feni.

—¿Conoce al teniente Laurent? —pregunta Gourcuff, retrocediendo a los estantes—. Laurent, éste es monsieur Du Leze.

Du Leze saluda rápidamente a Laurent, un tipo bronceado con mala dentadura en una cara agradable. No está de humor para charlas. Cruje los nudillos para disimular el temblor de las manos.

—¿Tipu le obliga a llevar esos ropajes? —pregunta Laurent.

—Bajo pena de muerte —dice Du Leze, sin mirarlo—. Pero mis calzoncillos son de pura seda lionesa.

—¿Está de broma? ¿Se está burlando? —le pregunta Laurent a Gourcuff, que agachado entre las cajas inclina las botellas para leer la etiqueta.

Du Leze se lleva las manos a la palpitante cabeza.

—Por Dios, ¿está aprendiendo a leer, Gourcuff?

—No le hagas ni caso —le dice Gourcuff a Laurent—. La vida en la corte se le ha subido a la cabeza.

—¿De dónde es usted? —le pregunta Laurent a Du Leze.

—Ruan —responde Du Leze por fin.

—¡Así que es normando y Gourcuff es bretón! —Laurent sonríe—. ¿Conoce ese chiste del...?

—Del recién nacido normando y el recién nacido bretón, sí.

—Si los lanza al aire, sobrevivirán los dos. El bretón porque tiene la cabeza tan dura que rebotará. El normando porque es tan agarrado que se sujetará con los deditos al alero.

Du Leze lo mira con el ceño fruncido.

—Por si le interesa, he vivido veinte años en París, en Le Marais.

—Ah, Le Marais —dice Laurent con nostalgia—. Me declaré a mi mujer en sus jardines. —Se acoda en el mostrador y suspira mirando al cielo—. *Oh là*, algún día, pronto.

—¿Pronto qué?

—Volveré.

—Yo decía lo mismo. Y aquí estoy cinco años después.

Laurent se endereza.

—Me iré. Lo digo en serio.

—No hace falta sulfurarse. Yo también pienso volver.

—¿Usted? ¿Y cómo?

—Pues en barco, como todo el mundo.

—Pero no puede.

Du Leze y Laurent se miran con el ceño fruncido, como si ya no hablasen el mismo idioma.

—¿Cómo que no puedo? —pregunta Du Leze con falsa despreocupación. Gourcuff ha llegado cargado de botellas, que deja

en el mostrador—. ¿Qué está diciendo este tipo?

—Y yo qué sé, si me ha mandado a buscar su adorada bebida...

Laurent responde con el tono frío y directo de un burócrata.

—La Ley de Extranjería prohíbe a todos los emigrantes no militares volver a Francia. Sus bienes han sido confiscados; sus propiedades, nacionalizadas y vendidas. Si un emigrante regresa, le espera la pena de muerte.

—Ah, eso —dice Gourcuff sin inmutarse—. ¿No lo sabía usted?

Du Leze dice que no.

Gourcuff llena un vasito con lechoso vino de palma.

—Debería pasarse por aquí más a menudo, Du Leze. Así se enteraría de ciertas cosas. Yo no estoy preocupado. No pueden controlar a todos los desgraciados que se han ido.

—Sí que pueden —dice Laurent—. Hay listas de emigrantes en todas las comunidades del país, departamentos creados específicamente para tenerlos registrados.

—Le aseguro que nadie tiene registrado al viejo Gourcuff. No soy tan importante.

Los dos hombres se vuelven al mismo tiempo hacia Du Leze.

Una carcajada a su espalda, un fuerte olor a orina. No vuelve a casa, entonces. No tiene ningún hogar al que volver.

Gourcuff empuja el vaso hacia Du Leze, que toma aire y apura el que será el primero de muchos.

Existen dos Francias, la Francia *dedans* y la Francia *dehors*. Esta última la componen los emigrantes, los exiliados y los extranjeros, ahora agrupados por la ley. Hay los que saben todo sobre la

situación en Francia y los que saben aún más. Y a nadie se le da mejor discutir sobre la madre patria —sobre prioridades y política y progreso y su opuesto— que a los que ya no están en la madre patria. Desde la distancia, todo se ve claro.

Excepto para Lucien Du Leze, que se encuentra en lo alto de la colina de Hirodi. Desde aquí, el borde del mundo se curva a lo lejos, desconcertante.

Ha sido un ascenso torpe y ebrio; se ha ido agarrando a la hierba alta que crece entre los peñascos, decidido a llegar a la cima. La yegua espera abajo, cargada de botellas. Ojalá le hubiese aligerado la carga llevándose una con él.

Ahora jadea de cansancio, empapado en sudor. Se frota las manos, en carne viva por la escalada. Cuando era pequeño, su padre se sentaba frente a él y le crujía cada uno de los nudillos de la mano derecha y luego de la izquierda. Si Du Leze hacía una mueca de dolor, su padre lo acusaba de «tener la piel fina» y le advertía que, si no dejaba de lloriquear, volvería a enseñarle el bastón. Así que Du Leze practicaba en su tiempo libre, con sus propias manos, para poder mirar a su padre a los ojos durante toda la prueba sin inmutarse.

De joven fue aprendiz de su padre, un hombre amargado que amargaba a cualquiera que trabajara para él. Du Leze superó rápidamente las habilidades paternas y pasó a trabajar con otros maestros relojeros, pero hay cosas que nunca superaría: su oreja caliente en la mano de su padre, oír el castañeteo de sus propios dientes como un eco en la cabeza. Todo, supuestamente, por no limpiar bien una herramienta. Sin embargo, Lucien sabía que había

otra razón, algo en él que siempre podía provocar la furia paterna, estuvieran limpias las herramientas o no.

Recuerda a Blaque, muchos años después, besándole los nudillos y diciéndole: «Es una costumbre repugnante, Lucien. Por favor, para.»

Blaque. Todo esto es culpa suya por negarse a acompañarlo, por insistir en quedarse y apoyar una monarquía ya sentenciada y luego una monarquía constitucional, y luego, cuando ya no había monarca, esconderse para dedicarse a escribir cartas desprovistas de humor y cuajadas de citas, como si estuvieran destinadas a que las leyera un estudiante de historia cien años después.

> *Duquesnoy dice que ni los magnates ni los bandidos son el pueblo. Dice que el pueblo está formado por la burguesía, esa multitud de hombres trabajadores y virtuosos a quienes no corrompe ni la opulencia ni la pobreza; ellos son verdaderamente la nación, el pueblo.*

Así lo había escrito Blaque en su última carta. A lo que Du Leze había querido responder: «Si quisiera tener noticias de Duquesnoy, estaría fornicando con Duquesnoy.»

Y: «Nosotros no somos el pueblo del que habla.»

Pero: «Eres mi alma gemela.»

Y también: «Dime más cosas del hueco entre mis dientes.»

Se habían visto por primera vez en una fiesta de la reina, que llevaba un tocado diseñado por Lucien: una peluca alta como una nube donde dos pájaros autómatas de color azul volaban en círculos. El carisma de la reina era tal que podía llevar una cofia y seguir

acaparando la atención de toda la sala. (Recuerda que los ojos de ella bailaban al encontrarse con los suyos, los mismos ojos, oyó Lucien más tarde, que examinaron a la plebe cuando el verdugo levantó su cabeza degollada.) Y allí había un joven ensimismado que no miraba ni la peluca con pájaros ni a la reina. «¿Quién eres?», pensó Lucien al ver a Blaque aquel día. ¿Quién podía ser tan reservado?

Du Leze ha escrito a amigos comunes y, sin embargo, nada sabe del paradero de Blaque, desconoce si su amado está vivo o muerto. Una vez —sólo una vez—, en la cúspide de su nostalgia y su tristeza, Lucien mantuvo un encuentro rápido en sus aposentos de palacio. Un cortesano compacto, con la cara en forma de pala. Después pasó semanas angustiado, seguro de que lo descubrirían y ajusticiarían por esos diez dulces minutos con el compacto cortesano, por ese jadeo ahogado en la luminosa oscuridad.

Y había sobrevivido, pero ¿para qué? ¡Qué agotadora es la vida en una tierra tan extraña, donde hasta el tiempo está sujeto a reglas distintas, el día dividido no en horas de sesenta minutos, sino en ghatis de veinticuatro! Tardó un año entero en comprender, sin hacer cálculos mentales, el significado de «Venga a cenar tres ghatis después del atardecer». Y aún había tantas palabras incomprensibles, tantas bromas malinterpretadas... Lo más insoportable es ser el chiste, el relojero que no sabe medir el tiempo, el relojero sin hogar.

Ahora, desde lo alto de la colina de Hirodi, le parece que la muerte es el único hogar que le queda.

Toma aire y se asoma al borde. Abajo hay una losa tan plana como una lápida. Se pregunta cómo planear la caída para que su

coronilla se tope con ella.

Se pasa horas recorriendo la cima de la colina, acercándose aquí y allá a un precipicio distinto. Se sienta, se acerca al borde, se pone de lado y empieza a descender por la pared rocosa. Sus pies encuentran agarre en dos puntos. Se apoya en los codos. Respira de forma rápida y vigorosa. Vuelve a lo alto de la cima y se tumba bocabajo sobre los antebrazos, con el sol abrasándole la nuca. Se siente débil, se nota los músculos convertidos en cuajada.

Una abeja pasa zumbando junto a su oreja. Du Leze da un respingo, luego resopla al comprobar que su miedo a las abejas supera su miedo a la muerte.

La abeja vuelve a acosarlo. El francés se tumba de costado e intenta aplastarla, pero le desconcierta que la abeja se convierta en dos abejas, luego en tres. Y entonces cae en la cuenta:

Es un enjambre. Hay cientos de abejas.

Se incorpora apresuradamente y se acuclilla en una grieta entre las rocas. Un movimiento estúpido, comprende. No tiene adónde ir. Espera a que el enjambre pase por la grieta y acabe con él. Sin embargo, la nube negra se queda suspendida. Él mira, asustado y fascinado a un tiempo. El enjambre parece un único ser consciente que le llena cada hueco del cuerpo con su zumbido sobrenatural, y Du Leze empieza a preguntarse si ese zumbido no será un mensaje secreto destinado a él.

—¿Blaque? —susurra.

Y el enjambre empieza a diluirse, como velos que se descorren, hasta que de pronto desaparece.

Du Leze no cree en fantasmas, ni en abejas enviadas por Dios, ni en las supersticiones que parecen regir la vida de todos los nativos que conoce. Las abejas simplemente han interrumpido su misión de acabar con su vida, igual que él ha debido de interrumpir la ruta migratoria de las abejas, enloqueciéndolas. Sólo ha sido eso, piensa mientras baja la colina notando un zumbido en los huesos.

Se le pasa la borrachera a lomos de la yegua. La próxima vez, nada de acantilados vertiginosos. Veneno, quizá, o una hoja afilada en las muñecas.

Una voz interior le dice que espere, que tenga en cuenta al chico, Abbas, que no está en condiciones de acabar solo el autómata. ¿Qué implicaría abandonarlo ahora, dejarlo como un cabo suelto? Pero ¿qué le debe a un muchacho que acaba de conocer?

Du Leze cierra los ojos e intenta pensar. Se entrega al ritmo de la yegua, al tintineo de las botellas. Imagina la pajarera que una vez coronó a la reina, esos dos pájaros entrando y saliendo de su peluca. Seguro que la habrán destruido o quemado con sus otras creaciones. ¿Por qué no, entonces, completar el tigre y que le sobreviva alguna de sus obras?

Puede dedicarle unas semanas más. Puede llevar a cabo el proyecto y luego salir de escena, en ese orden. Al menos puede intentarlo.

6

A nuestro querido hijo Abbas, la paz sea contigo y con nuestro padsha el sultán Tipu.

Te escribimos con la esperanza de que estés bien de salud y de ánimo. ¿Es así? No hemos recibido noticias tuyas desde que te fuiste de casa hace varias semanas. Seguro que estás trabajando mucho y engordando con la comida de palacio. Le damos las gracias a Alá, bendito sea su nombre, y al padsha y al sahab francés por concederte este honor.

Tu madre dice que deberías buscar trabajo como escriba durante tu estancia en el Palacio de Verano. Dice que es cuestión de ir preguntando y que si no preguntas no llegarás a ninguna parte. Yo preferiría que volvieses a casa. La tienda está demasiado tranquila últimamente. Además, los pavos de Junaid parecen pelícanos y, como ya sabes, no se toma bien las críticas.

Espero verte pronto. Hasta entonces, que Alá te guíe y te mantenga a salvo.

ABBA

Después de leer la carta, Abbas escribe una rápida respuesta: «Todo va bien, *abba*. Mucho trabajo. Volveré pronto. Tu hijo Abbas.»

Du Leze accede a enviar la carta por él, lacrada con su propio sello.

—Estoy seguro de que la abrirán en algún punto del trayecto —le dice, soplando en la cera—. Pero así es más probable que le llegue a tu padre.

Tras entregarle la carta a un criado, Du Leze se encamina al taller.

—¿Cómo están tus padres? —le pregunta a Abbas, que lo sigue.

—Bien, sahab.

—¿Están preocupados por ti?

—Igual que otros padres, supongo.

—Eso de «otros padres» no existe. Sólo los propios.

El silencio se dilata entre ellos. Abbas se pregunta si no habrá sobrepasado algún límite personal, aunque ha sido Du Leze quien ha dado el primer paso.

Mientras pasan junto a un cactus cola de mono, el francés roza con la mano las aterciopeladas candelillas, como si él y las flores fueran amigos.

—*En tout cas*, diles que pronto habrá acabado todo.

Durante toda esa semana, Abbas se queda en el taller hasta más tarde que Du Leze, a veces dormitando en su mesa con la cabeza en los brazos y despertándose por el ruido del formón al caerse al suelo. Aunque está satisfecho, en general, con el aspecto del tigre, a veces se siente ajeno a lo que está haciendo, casi convencido de que una energía oscura palpita en las vetas de la madera. Lo nota una

vez, mientras entinta la línea de la frente del animal. Y de nuevo cuando retira la mitad superior para lijarla por dentro: descubre que puede ver el exterior a través de la boca del tigre, como si sólo fuese comida viva en su tripa.

Por la noche, Du Leze le enseña francés con paciencia y un vaso de té, sin perder nunca los nervios. Abbas se pregunta si algún día esas palabras escurridizas le serán de utilidad. Se queda despierto, murmurando el francés que ha aprendido de su maestro, imaginándose una tierra que, curiosamente, sólo tiene una palabra para la lluvia.

Al menos Abbas está orgulloso de que el tigre cobre forma entre sus manos. Él sabe hacer tigres. Viven en las leyendas y en las junglas, en estatuas y en pinturas, en todas partes y en ninguna a la vez.

De soldados ingleses sabe poco y le importan menos. La perspectiva de tener que tallar uno le preocupa.

En cualquier caso, con el tigre siempre queda algo por hacer: garras que afilar, patas que laminar, una lengua que tallar e introducir en la boca. Y así sigue perfeccionando al enemigo que conoce, y aplazando al que no.

Antes de empezar con el soldado, Abbas obtiene permiso para ver los murales del interior del palacio, específicamente la batalla de Pollilur.

Con su libro de bocetos en mano, se aleja unos pasos de la pintura y deja que su visión se llene de figuras. Aquí están Haidar y

Tipu, padre e hijo, presidiendo tranquilamente la violencia a lomos de sus elefantes. Y el coronel Baillie en un palanquín, mordiéndose un nudillo al ver estallar su carreta de pólvora mientras la caballería de Mysore se desplaza al galope, soltando flechas y clavando lanzas. Entretanto, el ejército inglés está paralizado en tres prietas filas, con las armas apuntando aquí y allá. En la hierba yace una de sus cabezas decapitadas.

Después de concluir sus bocetos, un guardia lo acompaña a la salida. Abbas recorre con la mirada las tallas de las columnas y de las jarokhas, todo el follaje de madera que parece crecer de las paredes. Está casi seguro de poder distinguir las flores que ha tallado su padre, cuyos pétalos tienen tres finas líneas. Su padre pasó seis años de su vida en el Palacio de Verano; sin embargo, nunca lo ha visto y probablemente nunca lo verá.

Está cruzando el jardín cuando repara en una bailarina de nautch vestida de blanco que danza descalza en la hierba. Abbas se detiene. Ha visto bailes populares en festivales, mujeres de pies ligeros que tocan pequeñas lámparas de arcilla, pero a nadie con el arte de esta joven.

Podría alcanzarla con tres pasos, si se atreviera. Su visión se estrecha hasta centrarse sólo en ella.

La bailarina se mueve con sombría meticulosidad pues, según las directrices de Tipu, las nautch deben abstenerse de miradas o movimientos lascivos. Tiene cara de aburrimiento. No es la danza lo que la aburre, sino el guardia, que se pasa la lengua por su diente más afilado. Le ha dirigido ese gesto innumerables veces en silencio mientras está plantado detrás de algún invitado de palacio. Es un gesto destinado a desarmarla, a hacerla tropezar o perder la

compostura. Poco sabe él que ella ha soportado agarrones de culo, toqueteos soeces y un sinfín de humillaciones mientras actúa; poco sabe él que mientras ella desliza lentamente por la hierba un pie delicado y teñido de rojo con henna, está rajando mentalmente el cuello del guardia con un cuchillo de cocina e imaginando sus gorgoteos mientras se ahoga en su propia sangre.

El agua brota serenamente de una fuente de piedra.

La bailarina mira al joven invitado, que asiente brevemente, como avergonzado, antes de alejarse.

«Virgen», piensa ella mientras gira lentamente sobre la hierba.

Sólo quedan diez días: Abbas necesitaría mucho más tiempo para tallar el soldado de un solo bloque de madera de yaca, como hizo con el tigre, por lo que decide construirlo uniendo diferentes piezas.

Abbas y Du Leze están en pleno proceso de encajar el orificio del tubo en la boca cuando alguien golpea con un bastón la puerta del taller.

—¡Aquí estás, bribón! —El hombre del umbral se quita el sombrero y descubre una cabeza calva rodeada de una fina franja de pelo—. Escondiéndote del mundo, para variar.

Abbas entiende un poco el francés que habla el hombre; mira a su maestro, que cierra los ojos y suspira como esperando que, cuando vuelva a abrirlos, la visita se haya esfumado.

—Mi querido Martine —dice Du Leze—, ¿qué te ha alejado de las fraguas?

—¡No te hagas el tonto, me has invitado tú! —Martine cuelga su sombrero en el torno.

Du Leze conoce a Martine un poco, pues se formaron en la misma escuela de relojería en París. Sin embargo, Du Leze siguió con los relojes mientras que Martine se pasó a la ingeniería y lleva diez años trabajando en la armería de Tipu. Una vez, durante una larga comida en casa de un ministro, Martine le confió a Du Leze los tristes pormenores de su matrimonio: que se había enamorado de una musulmana acomodada, había convencido a la otra familia para que aceptara su propuesta matrimonial en contra de los deseos de la suya propia, y su amada bibi Shaheena había muerto dos días después de dar a luz a su hija, Jehanne. «Nunca se vio una mujer más hermosa», le había dicho, mientras una lágrima caía en los restos de su leche especiada. Du Leze le dio el pésame y se juró no volver a sentarse junto a monsieur Martine.

—Mi hija quería ver la creación —dice ahora Martine, pasándose la mano por la cabeza mientras observa el taller—. Y yo también, francamente.

Sólo entonces Du Leze repara en una niña de nueve o diez años que aguarda en el umbral. Entra en el taller, tímida y cauta, vestida con una falda de seda amarilla. Martine le murmura algo; rápidamente la niña le hace una reverencia a Du Leze y luego observa las paredes, con el pelo castaño peinado en dos trenzas bien aceitadas y las manos entrelazadas como si le hubieran advertido de antemano que no tocara nada.

En canarés, Du Leze le dice a Abbas que le haga una peonza a la niña con la pieza ya montada en el torno. Abbas asiente y retira del torno el sombrero de Martine, sujetándolo con ambas manos mientras espera que él lo coja y lo deje en otro sitio.

Pero Martine no se da cuenta.

—Es increíble cómo has aprendido la lengua local —le dice a Du Leze en francés—. Con los ojos cerrados, cualquiera te confundiría con un nativo.

—No si ese cualquiera fuese un nativo —responde Du Leze.

Martine suelta una ruidosa carcajada. Abbas cuelga el sombrero en la pared.

Du Leze conduce a las visitas hasta el tigre y Abbas se sienta en el torno. Hoy tenía previsto convertir la pieza montada en el antebrazo del soldado, una de las diecisiete tareas urgentes que le esperan, como afinarle la barbilla. Y la nariz. También la boca. La boca ni siquiera es realmente una boca, sólo un agujero para encajar la abertura del tubo curvado. Es muy inferior a la boca del flautista de Vaucanson, un autómata cuyos sutiles labios se hallan tan meticulosamente construidos que, según Du Leze, puede tocar una canción entera.

Abbas acciona el pedal y la pieza empieza a girar. Acerca una gubia de desbaste a la madera, inclinando la pieza, y luego estrecha el soporte con una gubia de husillo. Las virutas vuelan y le cubren el dorso de la mano. Sólo es vagamente consciente de la presencia de la niña, que lo observa desde el otro lado.

Para hacerse oír entre los chirridos, la niña le grita en canarés:

—¡Papá me llama Jehanne, pero mi verdadero nombre es Jehan!

Abbas se limita a asentir con un gesto. Sabe que no debe llamarla de ningún modo, considerando su estatus.

La niña ladea la cabeza y estudia el hombre de madera.

—Tiene un aspecto divertido —añade—, como en una broma. Me gustan las bromas.

Abbas le da más fuerte al pedal, esperando que el ruido ahogue la conversación.

La niña se inclina hacia delante y acerca la nariz a la pieza que gira en el torno, hasta que él le advierte:

—No tan cerca... ¡te arrancará la nariz!

Ella retrocede de un salto, cubriéndose la nariz con la mano.

Abbas sonríe para tranquilizarla.

—¿Quieres ver algo?

La niña se suelta la nariz y asiente.

Abbas aplica un bastoncillo de barniz rojo a la punta de la peonza y la tiñe de un carmesí intenso. Con otro bastoncillo dibuja un anillo de color caléndula en el resto. Trabaja el color hasta conseguir una capa brillante y uniforme sin dejar de mirar la pieza, consciente del creciente interés de la niñita.

Finalmente corta el soporte y hace girar la peonza, un torbellino amarillo y rojo. La niña observa con los labios separados y él observa a la niña. Nunca ha visto a nadie de ese color: piel ámbar, ojos grises, cejas pobladas. Se le ocurre que esos rasgos se deberán a la confluencia de monsieur Martine y una esposa de Mysore.

La peonza cae de la mesa a la mano de Abbas, que se la ofrece a la niña. Ella la sostiene en la palma y luego levanta la vista y lo mira como si Abbas ya no fuese un carpintero, sino el mago de un cuento.

Más tarde, después de que monsieur Martine y su hija se hayan marchado, Du Leze introduce el tubo en la boca del hombre. Después retrocede con Abbas y evalúan... ¿qué? ¿Qué es esta

criatura con cara de melocotón, nariz en forma de cuña y redondos ojos azules sin pupilas? No se parece a lo que Abbas había pretendido o imaginado después de hacer tantas muecas ante el espejo del francés, después de dibujar tantas bocas y ojos angustiados. Ahora la angustia la sufre él.

—Servirá —dice Du Leze, misteriosamente impasible.

—Apenas parece humano, sahab.

—Ni debería; de ser así, lo compadeceríamos. No, debemos despreciar a ese hombre, desear que sufra.

Abbas mira al francés con el ceño fruncido.

—Quizá podemos darle la vuelta para que esté de cara a la pared —añade Du Leze.

La semana anterior, siguiendo las instrucciones de su maestro, Abbas ha tallado una serie de letras francesas en la parte inferior del tubo. Sólo después le ha explicado Du Leze el significado. «*Faite par L. Du Leze & Abbas*.» Abbas se ha quedado perplejo. ¿Su nombre? ¿En la misma línea, al lado del de su maestro? Le cuesta creerse merecedor de ese honor.

—*Tak tak* —dice Du Leze, dándole una palmadita en la espalda.

Abbas lo interpreta como un gesto de extrema compasión y eso no lo tranquiliza.

7

La mañana de la fiesta, Abbas viste ropa demasiado refinada para alguien de su condición. Es un regalo de Du Leze, que insiste en que se la ponga. La jama es corta, de una fina muselina blanca que se abrocha debajo del brazo izquierdo. El pijama de seda verde se le ciñe a los tobillos en pulcros pliegues diagonales. Como toque final, Du Leze le regala un par de mojari.

—De piel de camello —dice el francés cuando Abbas niega con la cabeza al ver las zapatillas—. ¿Qué? No escupen.

—No sería apropiado, sahab.

—¿Y quién se va a fijar en lo que llevas en los pies?

Abbas enarca una ceja.

—Bueno, sí —dice el francés—. Él.

Por su parte, Du Leze viste con el propósito de llamar la atención. Todo su atuendo es un atlas de tejidos, desde la qaba afgana de brocado que le ciñe la cintura, estampada con flores y abrochada con perlas, hasta el shahtu que lleva al hombro, su suave lana recogida de las espinas donde las cabras monteses de Cachemira han rozado el vientre al pasar... o al menos eso le ha dicho el vendedor.

—¿Y esto? —le pregunta Du Leze, deslizándose un anillo de turquesa en el pulgar—. ¿Es demasiado?

—No, sahab. La turquesa protege al portador de la mala suerte.

—Un poco tarde para eso —dice el francés.

Abbas no sabe cómo interpretar el comentario y no tiene tiempo de preguntarle, porque la guardia ha llegado para conducirlos a la fiesta.

El Rag Mahal se encuentra en el extremo suroeste del jardín real, una humilde salita que cabría en un bolsillo del palacio. Sin embargo, el interior de la sala abandona todas sus pretensiones de humildad, pues está decorado para parecer una jungla exuberante. Hay palmeras y aves del paraíso que enmarcan platos de panes y galletas, huevos rasgulla en nidos de azúcar que los criados abanican para que el azúcar no se funda, bolas doradas de caramelo, loros de pista barfi y abejas de mazapán que revolotean sobre dulces florales. Abbas nunca ha visto nada parecido y se acerca a una abeja de mazapán para admirar cada línea perfecta, sabiendo que nunca la olvidará.

—¡Bu! —dice Jehanne, asomando la cara entre las abejas—. Te he asustado.

—*Bonjour, mademoiselle*.

Abbas inclina la cabeza. Jehanne le sonríe como si él fuera la única persona en la sala.

—Tengo la peonza que me hiciste. —Le da un mordisco al laddu que lleva en la mano y añade—: Está en mi bolsillo.

—Muy bien, *mademoiselle*.

Jehanne engulle el resto del laddu y habla tapándose la boca con la muñeca.

—De mayor quiero ser juguetera. Mi padre dice que sólo un tonto querría ser juguetero. —Mastica pensativa, luego traga—. Pero tú no pareces tonto.

—Gracias. ¿Y dónde está tu padre?

—¡Ahora te lo voy a buscar! —dice ella, y se aleja apresuradamente.

Para su alivio, llaman a Abbas para que ayude a los tres sirvientes encargados de colocar la mitad inferior del tigre sobre el cuerpo del soldado. Du Leze los dirige lentamente hasta que, por fin, los cuatro agujeros del soldado —dos en los muslos, dos en los hombros— reciben los largos tornillos de madera alojados en los pies del tigre.

A Abbas le gustaría que los tornillos no fuesen tan visibles. Le gustaría haber unido el brazo del soldado por el codo, y no por debajo del codo. Y quizá haya sido mala idea adornar la casaca roja con flores doradas. Le había parecido que la casaca resultaba demasiado sosa y que las flores harían que la tosquedad del rostro pasara más desapercibida. Se tira de la parte delantera de su nueva jama, consciente de las manchas de sudor que ya le asoman en las axilas.

El autómata está envuelto en una sábana satinada de algodón blanco que ondea sobre el contorno del objeto que oculta.

Du Leze y Abbas aguardan junto al autómata mientras los invitados empiezan a entrar, anunciados uno a uno por un chobdar que lleva una maza. Entre ellos se encuentran los oficiales de Tipu más distinguidos: Sayyid Ghaffur, Mir Sadiq, Muhammad Raza, Khan Jehan Khan y Purnaiya, supuestamente el único brahmán en quien Tipu confía.

(Todos saben que Purnaiya es una figura controvertida. Hay quien dice que Tipu debería deshacerse de él, que no debería depositar su confianza en un hindú. Otros dicen que la buena fe de Purnaiya es incuestionable y citan lo bien que sirvió al padre de Tipu, Haidar Ali. Cuando Haidar murió en una tienda, en el campo de batalla, fue Purnaiya quien evitó que se extendiera el rumor de la muerte del monarca, lo que habría incitado a otros a ocupar su puesto. Fue Purnaiya quien envió un mensaje secreto a Tipu —«Cabalga a Srirangapatna y reclama tu herencia»— y fue Purnaiya quien ocultó el cuerpo de Haidar en un cofre ornamentado y lo llenó de caléndulas, claveles y plantas aromáticas para que durante todo el trayecto nadie sospechara que contenía un cadáver putrefacto. Si Tipu no puede confiar en Purnaiya, ¿en quién puede confiar?)

De todos los invitados espléndidamente vestidos que entran en la sala, de todos los guerreros y héroes del campo de batalla, sólo uno hace que Abbas olvide su propio nombre, uno cuyo título conoce desde la infancia:

La Mano Maravillosa, superintendente de orfebres, quizá el más grande del siglo, una leyenda entre los artesanos. Du Leze lo saluda estrechándole las manos y Abbas enmudece de asombro. (Aunque esperaba que la Mano Maravillosa fuese más alto.) Quizá Abbas no parezca el tipo de persona que entiende de oro, pero conoce la buena artesanía y sabe que la Mano Maravillosa es el autor del anillo que ahora rodea el pulgar de Tipu, en cuyo interior el título del sultán está escrito en una caligrafía de pequeños rubíes planos incrustados. Ese anillo hizo que el sultán lo nombrara *aja'ib-dast.* La Mano Maravillosa.

—Dime, Musa —dice la Mano Maravillosa mientras mira por encima del hombro de Du Leze—, ¿qué es lo que ocultas bajo esa sábana?

—Una creación que sin duda no llegará a la altura de las tuyas, *mon cher*. —Du Leze inclina la cabeza hacia Abbas—. Éste es mi cómplice.

Tanto Du Leze como la Mano Maravillosa se lo quedan mirando. Sin habla, Abbas sólo puede llevarse una mano al corazón e inclinarse.

—Tiene mucho talento para tallar madera —sigue diciendo el francés—. Es el mejor tallador de Mysore que he conocido y espero que el tigre sea sólo el inicio de sus logros.

Que Abbas sea el único tallador de Mysore que conoce Du Leze es algo que Abbas pensará más tarde. De momento, está conmovido.

Llegan más funcionarios, ministros y sus familias. Aquí están los doce hijos de Tipu y su séquito, los criados vestidos con libreas granates a juego. Los hijos tienen diferentes estaturas y diferentes parecidos con su padre. Éste tiene la barbilla de Tipu, ése sus piernas cortas. El menor, Ghulam Muhammad, ha salido a su madre, pero para compensarlo adopta la mirada regia del sultán. Todos llevan la misma jama larga de color blanco y el mismo rubí grueso en el turbante, del que surge una pluma blanca de pavo real. Los hijos en cuyo honor se celebra la fiesta, Abdul Khaliq y Muiz, permanecen unidos en todo momento, tiesos y perfectos, vestidos con sus mejores galas.

Las esposas y las hijas de Tipu están confinadas en la zenana, detrás de ventanas de teca labrada al estilo jaali que les impiden ver y ser vistas. (Sin embargo, ellas saben ver lo que no deben ver;

llevan siglos viendo así las cosas, hacia dentro, y si intentáramos el mismo método quizá veríamos la punta del dedo de una niña siguiendo una oquedad en la celosía jaali que, para ella, tiene la misma forma que el ojo de tigre que se imagina.)

El último en ser anunciado es el sultán Tipu.

Los invitados se vuelven hacia la entrada y contemplan al padsha que asciende por los escalones alfombrados mientras un abanico regio gira lentamente sobre su cabeza. Se detiene junto al autómata, saluda a Du Leze con un rápido *salaam* y se vuelve para dirigirse al público.

En el Rag Mahal reina el silencio.

—He aquí —dice el sultán Tipu mientras se saca de la patka una pequeña vara de cristal, que levanta a la vista de todos—. El barómetro.

Todos se quedan mirando la varita, que no es mayor que la mano de Tipu.

—Es un artefacto para medir el aire, como indica el mercurio de la estrecha línea central—. Tipu señala el mercurio con el meñique—. El barómetro o *howarnuman*, como lo he bautizado, nos permite medir con precisión la presión del aire. Lamentablemente, este barómetro en concreto, que me envió el gobernador francés de Pondicherry, es defectuoso debido a la antigüedad del mercurio, por lo que le he solicitado uno en buen estado de este mismo año, así como un tratado europeo para su uso que me propongo traducir personalmente al persa.

Tipu le entrega el barómetro defectuoso a su criado Raja Khan, que lo muestra por la sala.

—Bien —continúa el sultán—, creo que no es casual que el gobernador de Pondicherry haya enviado al padsha de Mysore un *howarnuman* viejo y roto. Por qué semejante engaño, os preguntaréis, si somos aliados de Francia; ¡Francia es nuestra amiga! Eso es casi cierto. Sin embargo, Europa nunca nos querrá en pie de igualdad.

Un murmullo afirmativo recorre la estancia.

—Bajo mi liderazgo —prosigue Tipu, alzando la voz para llenar el Rag Mahal— no sólo igualaremos, sino que superaremos sus avances científicos. Ésa es la única forma de proteger nuestras fronteras de la codicia y la corrupción de los nazarenos. Para tal fin, el reino de Mysore está trabajando en nuevos inventos y creaciones en todos los campos, desde la medicina a la botánica pasando por la orfebrería. He contratado a artesanos franceses e ingleses para que nos enseñen a copiar toda la variedad de sus artefactos, desde mosquetes mejorados hasta tijeras, relojes de arena o barómetros que realmente funcionen.

»Y ahora, para celebrar el nacimiento del príncipe Muiz-ud-din y para conmemorar su glorioso regreso y el del príncipe Abdul Khaliq, os presento otra innovación, obra de un francés que algunos de vosotros quizá conozcáis. Se trata de Musa Lucien Du Leze, el mejor relojero de Francia y un verdadero amigo de Mysore. ¡Con cada día que pasa se parece más a un nativo de esta tierra! Eso es muy bueno. No voy a estropear la sorpresa, pero baste decir que esta fantástica curiosidad tiene un propósito distinto al de las demás innovaciones que he encargado, aunque igual de importante. —Tipu hace una pausa significativa—: Ensanchar la imaginación.

Tipu se dirige a su lugar entre Abdul y Muiz, que se apartan para hacerle sitio.

Durante todo el discurso, Abbas se ha mantenido inmóvil, incapaz de entender nada porque el sultán hablaba en persa. Da igual. Esos sonidos sofisticados y suntuosos lo han adormecido y tranquilizado hasta hacerle creer que está presenciando un drama ajeno a su persona, que sólo atañe a un ser de presencia divina. Abbas recuerda su primer encuentro, la inmensa alfombra de tulipanes carmesí en cuyo extremo se sentaba Tipu. Ahora todas las cabezas del Rag Mahal son como esos tulipanes, todas sus miradas se dirigen al padsha como tallos hacia la única fuente de agua.

—Les presentamos —dice Du Leze, pellizcando la sábana entre sus dedos y sacando a Abbas de su ensimismamiento— el Tigre de Mysore.

Aparta la sábana.

La sala contiene el aliento.

Du Leze se coloca entre el tigre y la pared. Abre la puerta del flanco para descubrir las teclas del órgano, que el público no podrá ver. Abbas sujeta la manivela con la palma sudorosa. Tras un gesto de asentimiento de su maestro, empieza a girar la manivela y el francés pulsa las teclas, pero aparte del *ploc* de la mano que el soldado se lleva a la boca, no se oye sonido alguno.

Abbas siente náuseas. Es un fracaso, han fracasado.

Sin inmutarse, Du Leze se dirige a los cuartos traseros del tigre y empuja las dos válvulas situadas en la nalga izquierda, ganándose el bufido de uno de los invitados. Luego vuelve a su sitio y empieza de nuevo.

Siempre que Du Leze ha tocado en el taller, a Abbas le ha parecido que la música del órgano era nasal y discordante, una especie de armonio quejumbroso. Ahora comprende que las notas del órgano estaban atrapadas en el techo bajo del taller. En el Rag Mahal se elevan.

Mientras gira la manivela, Abbas procura no distraerse al pensar en la cadena de causa y efecto: cómo el giro de la manivela activa la válvula giratoria que aplasta el fuelle que impulsa el mecanismo que mueve el brazo del soldado. Cada cuatro gruñidos del tigre, el soldado gime.

Abbas mira a Du Leze, esperando su señal para detenerse. El francés tiene la vista fija en las teclas y perlas de sudor en la nariz.

—Es suficiente —dice el sultán Tipu.

Du Leze libera un último acorde prolongado y vuelve a ocupar su lugar junto a la cabeza del tigre. Como han practicado, él y Abbas miran a Tipu y hacen una reverencia.

Pocas personas en el reino de Mysore han visto sonreír a Tipu de oreja a oreja, ni en persona ni en los cuadros. No resulta fácil de seducir. Y, sin embargo, ese día en el Rag Mahal sonríe, liberado del miedo a que el juguete no saliera como esperaba, a que el público lo encontrara demasiado extraño, demasiado excéntrico. Tipu une las manos y aplaude con fuerza, como el primer trueno de una tormenta que abre el cielo y provoca una lluvia de aplausos y gritos de *Shabash!*

Sólo ahora repara Abbas en el sudor que le baja por la espalda; su euforia es tan intensa que aprieta los puños. Nunca lo olvidará: el placer de sorprender a todos, incluso a sí mismo.

Abbas se pierde en el torbellino de felicitaciones hasta que Tipu se acerca abrazado a Abdul Khaliq y Muiz. Su presencia inquieta a Abbas, pero se recuerda que lo peor ya ha pasado; Tipu está contento.

—Tenías razón sobre el juguetero —le dice Tipu a Du Leze en canarés.

—Gracias por vuestra confianza, padsha.

Tipu baja la voz y su expresión se vuelve grave.

—Es una pena lo de la nueva ley en Francia.

Du Leze parpadea, desprevenido.

—Sí. Así es.

—Aquí tienes un hogar. —Tipu señala a Abbas con la cabeza—. Y ahora un aprendiz.

Abbas mira a Du Leze en busca de una explicación, pero el francés se ha inclinado para dirigirse a Abdul Khaliq y Muiz.

—Espero sinceramente que el regalo haya sido del agrado de los príncipes.

—¿Y bien? ¿Te ha gustado, Muiz?

—Sí, padre, gracias.

Tipu se vuelve hacia su hijo mayor.

—Estos hombres también pueden hacer lo que quieras por tu cumpleaños. ¿Qué quieres, Abdul? ¡Abdul!

A la segunda mención de su nombre, Abdul sale de su ensimismamiento.

—¿Sí, padre? ¿Qué quiero?

—Por tu cumpleaños.

Pensativo, Abdul se mete la lengua detrás del labio inferior.

—Para, no hagas eso —dice Tipu. Abdul para—. ¿A ver, qué quieres por tu cumpleaños?

Abdul medita la pregunta. Con cada segundo que pasa, el silencio crece y toda la sala se tensa por la expectación hasta que, desesperado por liberarse, Abdul grita:

—Tarta. Un *trifle*.

Tipu hace una mueca.

—¿Un qué?

—Me gustaría... —Abdul traga saliva—. ¿Me gustaría un *trifle*?

Sin comprender, Tipu mira a Du Leze, que se encoge de hombros.

—Es pastel, luego crema y luego pastel —dice Abdul, el pobre Abdul, que representa las capas poniendo una mano sobre otra.

—Y luego crema —añade Muiz, intentando ayudar. Abdul baja las manos a los costados.

—¿Dónde has comido eso? —pregunta Tipu.

—Nos lo daba lord Cornwallis.

Para entonces todas las conversaciones se han interrumpido. La expresión de Tipu se enfría.

—¿Sabías que esta persona a la que llamas lord se llevó un ejército a América y acabó expulsado por una banda de granjeros? —le dice Tipu—. ¿Es ésa la conducta de un lord? O igual él no te contó esa historia... ¡a lo mejor se limitó a llenaros la boca de trufa!

A casi todos los presentes les parece que Abdul está a punto de romper a llorar, tan rígida es la expresión de su cara. La mitad de los hombres de esa sala se habrían derrumbado ante semejante regañina. Pero estos hombres no son Abdul Khaliq; no llevan la sangre de Haidar Ali en las venas. Eso es lo único que puede explicar

que un niño de ocho años soporte una reprimenda pública con semejante compostura y diga sin vacilar:

—Padre, la trufa es un hongo.

Tipu dirige una mirada fulminante a Abdul y luego a Muiz, que se muerde el labio sin acabar de disimular su sonrisa. El sultán está a punto de echar a sus dos hijos de la fiesta, pero otra idea revolotea en su furia. ¿Desde cuándo están tan inquietos sus hijos? Solía desayunar todas las mañanas con Abdul y Muiz, y era fácil y agradable convivir con ellos; a saber por qué, hacía que se sintiera más cerca de su propio padre y los reprendía suavemente con las palabras exactas de Haidar. En cambio, últimamente no sabe qué decirles. Desde que Abdul y Muiz han vuelto, más de una vez le ha parecido que no son los mismos sino más bien réplicas de sus verdaderos hijos, y que estos últimos siguen atrapados en casa de Cornwallis, rechazando todas las ofertas de *trifle* y declarando lealtad al Tigre de Mysore.

Una idea tonta, que no se ciñe a la realidad.

Y ahora aparece Purnaiya, el leal Purnaiya, con toda su sangre fría y su sentido común, siempre dispuesto a sacarlo de una situación desagradable.

—El almuerzo está listo en el jardín —anuncia.

Tipu se aparta de los niños, diciéndose que debe hablar a sus madres sobre ese nerviosismo.

Todos se sientan alrededor de un inmenso mantel blanco extendido sobre el césped, bajo una carpa cuyos bordados plateados bailan al sol. Abbas observa la escena sentado junto a Du Leze. Hay dos

calderos burbujeantes cuyo fuego mantiene un hombre agitando un abanico de mimbre. Otro criado asa chapatis en una parrilla. Dos cocineros dan la vuelta a un gigantesco shish kebab de cordero sobre una hoguera mientras otros dos transportan en una parihuela una enorme olla de arroz que colocan en el centro de la sábana. Todos los sirvientes llevan máscaras blancas sobre la boca para proteger la comida de su aliento. Sus caras brillan de sudor, que no se atreven a secar en público.

Siempre que un criado pasa con un cuenco de esto o una fuente de aquello, Abbas pide más con la cabeza. El aburrimiento despierta su glotonería y come hasta hartarse, demasiado deprisa para darse cuenta de que ya hace dos kebabs que estaba lleno.

La conversación fluye a su alrededor. De forma absurda, rompe una caléndula entre los dedos para llamar la atención de Du Leze, pero el francés está sumido en un profundo diálogo con la Mano Maravillosa. ¿Cuál era la nueva ley de la que ha hablado Tipu? ¿Y por qué su mención hace que el francés tuerza el gesto? ¿De verdad se quedará en Mysore y tomará a Abbas como aprendiz? Abbas espera la oportunidad de preguntarle, pero a medida que avanza el festín se hace evidente que Du Leze lo evita.

Tras la marcha de los dignos comensales, unos jóvenes invitan a Abbas a fumar shisha. Visten ropa llamativa y llevan las puntas del bigote enceradas como espuelas. Al parecer, creen que Abbas ascenderá en el mundo o al menos en la corte de Tipu, y ansían entrar cuando aún ocupa la planta baja.

Abbas encuentra a Du Leze toqueteando una de las abejas de mazapán con expresión grave.

—Ah, no —responde Du Leze a la invitación de Abbas—. Tengo que retirarme temprano. Y mejor que esta noche duermas en casa de tu padre.

—¿Esta noche, sahab? Es que mis cosas...

—Puedes recogerlas mañana. Disculpa, pero debo insistir.

Du Leze aparta la mirada. Hay algo extraño en su actitud, una agitación oculta. Abbas no puede callar más tiempo.

—Sahab —dice enérgicamente—, ¿no vuelve a Francia?

Una expresión de nostalgia cruza la cara del francés.

—No, no vuelvo. Y no voy a aceptar ningún aprendiz en este momento.

—¿Y en otro momento?

Du Leze niega suavemente con la cabeza.

—Sahab... —Abbas siente que se le escapa la oportunidad—. A lo mejor no tengo el talento de sus otros alumnos, pero trabajaría mucho...

—Te sobra talento a quintales, Abbas. No es eso.

—Entonces, ¿qué es, si puedo preguntar?

Du Leze se detiene para coger aire.

—No, no puedes.

Abbas empieza a protestar, hasta que, al ver que es inútil, murmura «muy bien» y cierra la boca.

Du Leze le planta las manos en los hombros y sigue diciéndole cosas alentadoras. Abbas escucha a medias y aprieta los dedos de los pies en la hierba. No hay ninguna oportunidad perdida, se recuerda. ¿Cómo puede llorar la pérdida de algo que nunca ha

existido? Aunque ojalá hubiese aceptado las mojari, no para calzárselas, sino para recordarse que una vez había estado por encima de su condición.

Y así Abbas sigue a sus nuevos amigos por la Puerta del Agua, desandando los mismos pasos de lo que le parece otra vida. Se reúnen en la azotea de un haveli de tres plantas desde donde puede contemplar la ciudad bañada por la puesta de sol, los conocidos barrancos y callejuelas, las risueñas cuerdas de ropa tendida, las casas de los brahmanes con sus puertas cerradas, los restaurantes musulmanes que abren hasta tarde. Los perros merodean en la creciente oscuridad. La ciudad nunca ha parecido tan pequeña.

La azotea se va llenando de hombres. Brindan por Abbas y lo alaban como constructor del Tigre de Tipu, el autómata descrito en términos hiperbólicos. Él intenta explicar que sólo era el ayudante del gran inventor francés Lucien Du Leze. Nadie lo escucha. Exhalan columnas de humo y cuentan chistes desconcertantes. «Todos los hombres deberían tener cuatro esposas —declara el joven que ha invitado a Abbas—. Una persa para conversar, una turca para las tareas de la casa, una hindú para criar a los hijos y una uzbeka a la que pegar como advertencia para las demás.» (¿Por qué una uzbeka?, se pregunta Abbas, que siempre ha considerado a los uzbekos una raza de invasores; probablemente, si alguien golpea a una uzbeka, acabará con un brazo roto.)

El hombre que está a su lado le ofrece un trago de su botellín plateado. Abbas lo rechaza:

—Es *haram*.

—*Haram, haram* —gime el hombre—. Harún al-Rashid amaba a sus mujeres y la bebida. ¿Quién es más justo que él, dime, quién tiene más *taqwa*? ¿El que va por ahí diciendo *haram haram* o el que inició la Edad de Oro del islam?

Abbas casi no habla después de eso, y la próxima vez que le llega la botella se sirve un poco en su vaso de zumo de limón. El sabor dulce adquiere un regusto desagradable. Las brasas chisporrotean cuando alguien remueve los carbones. Abbas los observa, cada vez más taciturno.

No es el sermón sobre al-Rashid lo que le inquieta, sino las palabras de despedida de Du Leze. Talento a quintales. Es el mayor cumplido que le han hecho jamás. Y, sin embargo, ese talento no ha bastado para merecer la tutela del francés. Para eso, Abbas necesitaría... ¿qué? ¿Toneladas? Pero ¿no hay que empezar por los quintales? Se pregunta si no sería más feliz sin talento; aburrido pero sin preocupaciones.

El cielo se oscurece sobre la ciudad. Cierra los ojos, agotado; descansará un momento antes de levantarse e irse a casa. Mientras dormita, nota una mano encima de la suya, acompañada de una voz cálida:

—¿Por qué esa cara larga, sabelotodo?

Abbas mira asombrado a Khwaja Irfan, que está sentado enfrente. La luz de las velas muestra los cambios de su rostro: pómulos más afilados, ojos hundidos. Una cicatriz rosa le siega la mejilla. Su túnica de seda reluce con tonalidades cambiantes —turquesa con una luz, violeta con otra—, pero su esplendor no ha cambiado.

—Amigo mío —dice Abbas cuando recobra la voz—. Te daba por muerto.

—Una suposición justificada.

—Pero ¿qué ha pasado, dónde has estado? Cuéntame.

Khwaja Irfan lo somete a una fría evaluación. Sus ojos parecen vidriosos, las pupilas tan grandes y negras que se tragan la luz de las velas sin dejar ni un destello.

—De nada sirve mirar atrás —le dice—. Créeme, la vida es demasiado corta.

—¿La vida de quién? —pregunta Abbas, pero Khwaja Irfan no lo oye. Está observando a los otros hombres, hasta que por fin su mirada vuelve a Abbas—. ¿La vida de quién? —insiste Abbas.

Khwaja Irfan ladea la cabeza con expresión apenada.

—No —murmura Abbas—. Aún no...

Entonces nota un golpe en el costado y se despierta.

—¿Aún no qué? —le dice un guardia con expresión torva.

Abbas se endereza. Lo rodean miradas inescrutables, ninguna de Khwaja Irfan.

—Espabila. Solicitan tu presencia.

A lomos del caballo real, Abbas intenta mantener el equilibrio mientras cruzan galopando otra puerta —ésta para personas importantes— y llegan rápidamente al Rag Mahal.

Cuando entra, Tipu está mirando con el ceño fruncido el órgano del autómata.

—No sale ningún sonido de las teclas —le dice el sultán, irritado—. Ni siquiera cuando tiro de los registros.

—¿Me permite, padsha?

Tipu asiente y Abbas se acerca a la manivela mientras le explica que, al girar, la manivela activa los fuelles internos que bombean aire por los tubos, mientras intenta no pensar en que le está hablando al sultán Tipu.

—Gírala, entonces —dice Tipu—. Para que yo lo vea.

Abbas gira la manivela. Tipu toca unas teclas y produce un sonido agudo y discordante. Gruñe a modo de aprobación.

Mientras retrocede con una reverencia, Abbas nota una oleada de gases moviéndose en sus tripas. Culpa a la shisha, a los kebabs y al hombre de la botella que lo ha sermoneado.

—¿Tú sabes tocar? —le pregunta Tipu.

—Perdone, padsha. Monsieur Du Leze sí que sabe; ¿quiere que lo llame?

—No, no. Sólo quería distraerme un poco.

Tipu posa una mano en el cuello del tigre y observa, pensativo, una de las rayas. Tiene los ojos enrojecidos por la falta de sueño, supone Abbas, aunque suponer cualquier cosa sobre el padsha le parece mal, por lo que se concentra en controlar su flatulencia; sin embargo, cuanto más piensa en controlarla, menos control parece tener. Aprieta todo su ser y reza para que la reunión sea breve.

—Esta noche he soñado algo —empieza Tipu, echando por tierra toda esperanza de brevedad—. Un joven apuesto, un desconocido, aparecía y se sentaba a mi lado. Charlaba con él con ligereza y bromeaba como haría con una mujer. Finalmente el hombre se levantaba y se quitaba el turbante, y todo su cabello largo y fragante, francamente muy femenino, se le desparramaba por los hombros. Eso es lo primero que me pareció raro. Y luego se abrió la

túnica y mostró unos senos de mujer. —Tipu mira a Abbas con sus ojos sanguinolentos—. Unos senos de mujer. ¿Qué significa?

Abbas no tiene ni la menor idea de qué responder.

—¿Por qué le pregunto a un juguetero? —dice Tipu justo cuando Abbas nota que se le rebela el cuerpo, que los gases descienden y, para disimularlo, suelta lo primero que se le ocurre.

—Los ingleses llevan peluca.

Tipu lo mira ofendido, Abbas no sabe si por su respuesta o por sus gases.

—Los ingleses llevan peluca de mujer —continúa Abbas, vacilante —, por lo que, aunque vistan ropa de soldado, acaban huyendo del campo de batalla, como mujeres.

La cara de Tipu sigue inexpresiva, sellada a muestras manifiestas de emoción. Sin embargo, inicia un lento asentimiento de cabeza que a Abbas le parece tan increíble como un abrazo.

—Eso tiene sentido.

—Es como en la pintura, padsha. El coronel Baillie ni siquiera iba a caballo, ¿verdad? Llegó en una especie de palanquín cubierto, como una novia.

—Una novia horrorosa.

—A punto de que la tome el tigre.

Tipu frunce el ceño.

—No me gusta la lascivia.

—Perdonadme, padsha.

—No, pero tu teoría es inteligente. Muy inteligente. Veo por qué Du Leze te ha elegido como aprendiz.

—Gracias, padsha.

—Musa Du Leze tiene que enseñarte a tocar esto. Con unas pocas canciones basta. La mayor parte de tu tiempo debes dedicarlo a aprender la mecánica del autómata hasta que puedas concebirlos y crearlos por ti mismo, sin su ayuda.

Abbas intenta objetar, pero Tipu ya no lo mira a él, sino a algún punto en la media distancia.

—Ahora mismo, en Europa, se están construyendo autómatas capaces de hacer cosas que superan tus sueños más descabellados. Hay un autómata con forma de turco, sentado ante un tablero de ajedrez, capaz de ganarle la partida a cualquier oponente humano que lo desafíe. Hay otro autómata del siglo pasado, un pato que puede comer del suelo, digerir y excretar, ¡exactamente como un pato de carne y hueso! Pero no debemos dejarnos llevar por la arrogancia de los que llevan sombrero, que sólo crean cosas para competir con el Todopoderoso. Eso es herejía. Lo que quiero son autómatas que puedan hacer el trabajo de veinte jugueteros, o bordadores, o herreros. Con estas creaciones no estaremos compitiendo con Alá, sino elevando Su Reino a través de la industria y el comercio para que nadie se atreva a intentar dominarnos de nuevo. —Tipu se detiene, mirando a un público imaginario, y se rasca la nariz—. Sigo trabajando en la conclusión; aún no está perfecta.

—Me parece muy enardecedor, padsha.

—Bien por ti. —Tipu despide a Abbas con un pequeño gesto de los dedos—. Mañana vuelves a empezar con Du Leze.

—Perdonadme, padsha, pero... —Abbas vacila— sahab ha dicho que no me tomará como aprendiz.

Una arruga se ahonda en la frente de Tipu.

—Pero él me ha dado su palabra.

—Quizá él no lo ha entendido bien, padsha.

—O me ha mentido.

—Quizá yo no lo he entendido bien, padsha.

—¿Me estás mintiendo?

Abbas se queda muy quieto.

—No, padsha.

—Entonces ve en paz.

Mientras lo acompañan a los aposentos del francés, Abbas ya ha llegado a una conclusión: Du Leze no estará allí. Se encontrará a medio camino de Mangalore o Pondicherry, posiblemente a caballo, tal vez ayudado por algún enemigo de Tipu. Nadie rechaza una petición del sultán y se queda en sus fronteras. Du Leze se ha marchado. Interrogarán a Abbas. O algo peor. Piensa en el Khwaja Irfan de su sueño —¿ha sido un sueño?— y se le revuelve el estómago.

Se detiene ante la puerta de Du Leze. No está entreabierta como de costumbre, sino cerrada. *Au revoir*, le ha dicho el francés en la fiesta. Nunca se había despedido en francés, sino en canarés: «Hasta luego.»

Todos los indicios apuntan a una marcha definitiva.

Abbas llama, espera y vuelve a llamar. No hay respuesta. Se atreve a abrir la puerta.

Allí está Du Leze, dormido en su cama; tumbado de lado sobre el edredón, aún con su ropa de gala, probablemente demasiado borracho o agotado para ponerse la camisa de dormir. Tiene la

cabeza apoyada en el brazo y una rodilla levantada. Duerme serenamente, con un hilo de saliva en la comisura de los labios.

Abbas suspira, aliviado, aunque también perplejo.

Al dar media vuelta para irse, ve algo plateado en las manos de Du Leze. Se acerca unos pasos: es una cuchara.

¿Por qué una cuchara?

Esta pregunta lo lleva a otras:

¿La piel del francés siempre ha sido tan pálida?

¿Tiene los labios teñidos de morado?

¿Es vómito lo que hay en la comisura de la boca?

¿Respira?

La respuesta a esta última pregunta, cuando Abbas se inclina sobre Du Leze y percibe un tufillo agrio, parece ser no.

Se aparta bruscamente de la cama y choca con una mesita de noche. Sobre la mesita hay un papel sujeto bajo un vaso de agua. El papel tiene varias líneas escritas en francés. Lo único que puede leer son las tres últimas palabras, cuyas letras coinciden con las que grabó en el fuelle.

«L. Du Leze.»

Una nota.

Du Leze odia las notas.

Su visión se ensombrece. Siente un hormigueo en todo el cuerpo, un entumecimiento al comprender: la cuchara tenía un propósito; su maestro se ha envenenado.

Sin pensárselo dos veces, Abbas coge el vaso de la mesita y le echa agua en la cara al francés. Nada. Le da una fuerte bofetada en la boca. Otra bofetada y nada. Una vez vio a alguien abofetear a Alma en circunstancias similares, y cuando eso no consiguió

despertarlo —Alma yacía casi muerto bajo el toldo de una tienda de bidis—, el vendedor, un tipo corpulento enfurecido porque Alma había traído la muerte a su puerta, se arrodilló e hincó los nudillos en el pecho del moribundo haciendo movimientos circulares con el puño. Que el vendedor supiese hacer eso fue todo un misterio para Abbas, un misterio que no importa ahora mientras se sube a la cama y lo imita: aprieta con los nudillos el esternón del francés y amasa vida en sus pulmones, le exige al cuerpo que haga su trabajo. Du Leze no responde. Abbas vuelca toda su furia en el puño, maldiciendo y rezando y disculpándose e hincándole los nudillos en círculos irregulares hasta que tal vez, sólo tal vez, oye el más leve de los gemidos.

—¿Cómo se encuentra? —pregunta Abbas.

Du Leze se toca el esternón con un gesto de dolor.

—Como si mis pulmones fuesen masa húmeda de pan.

Abbas se acaricia los nudillos, que todavía le duelen.

Ahora están en la sala. Tras pasar largo rato en el suelo, Du Leze ha permitido que lo ayude a sentarse; cojea pesadamente y el aliento le huele a vómito y, por debajo, a otra cosa: sésamo. Vacilante, le ha confesado su plan a Abbas: había oído que una bibi se quitó la vida ingiriendo una gran cantidad de opio con varias cucharadas de aceite de sésamo. No sabía cuánto opio. Lo único que había oído era que la bibi había ingerido el opio como si fuera queso, bocado tras bocado. Y, haciendo lo mismo, se había quedado dormido.

Du Leze está sentado en el sofá, con las palmas apoyadas en los cojines. Abbas está desplomado en un sillón.

—Ahora mismo daría cualquier cosa por un trozo de *pain de campagne* —dice Du Leze con la vista perdida al frente—. Caliente, con mantequilla.

—¿Por qué estamos hablando de pan, sahab?

El estómago de Du Leze se queja ruidosamente.

—Ésa es la razón. No sabía que morirse despierta tanto el apetito. —Cuando Abbas no responde, Du Leze añade con cautela—. Debía de tener un aspecto bochornoso.

Abbas lo fulmina con la mirada.

—A ver, ¿quién te ha dicho que volvieras? —pregunta el francés—. Te dije que te fueras a casa, ¿verdad?

—¡Si me hubiera ido a casa, ahora usted estaría en el infierno!

Abbas guarda silencio. Su intención era salvar el alma de su maestro; sí, ésa era la explicación caritativa de su intervención. Sin embargo, hay otra que lo inquieta: la ira incipiente, la indignación que sintió al ver a Du Leze y la nota, cuando todas las piezas encajaron. No, su heroísmo no está exento de egoísmo. Du Leze es su maestro. También es su oportunidad de alcanzar cosas mayores.

—¿Nunca te lo has planteado? —le pregunta Du Leze por fin.

—Mi vida no me pertenece.

—Eso no es una respuesta.

Abbas intenta imaginarse cómo sería querer acabar con su vida.

—Si pudiera, viviría para siempre.

Du Leze se burla y luego se lleva la mano al esternón.

—Terrible —dice, aunque Abbas no está seguro de si se refiere al dolor o a una posible inmortalidad.

—¿Volverá a hacerlo, sahab?

Du Leze escucha su respiración que entra y sale pese a sus esfuerzos anteriores. Cuando mira a Abbas, ve a un chico que en este momento no quiere la verdad, que no quiere saber que Lucien no tiene ni idea de lo que hará dentro de cinco días o de cinco minutos, si la misma desesperación que lo arrastró a la cima de Hirodi acabará con él de una vez por todas. Abbas está enfurruñado como un niño. Tiene bozo en el labio superior. No lo entendería.

—No —dice Du Leze—. No lo haré.

Una punzada de culpabilidad acompaña lo que quizá sea una mentira. O la verdad. ¿Quién sabe, precisamente ahora?

Abbas suspira y se recuesta en la silla. Escuchan juntos el croar de las ranas. A lo lejos, fuera del alcance de su oído y de su vista, una tortuga sale de un estanque, atrapa a una garceta por la pata y la arrastra hasta el agua, algo que sólo perciben como un leve chapoteo.

SRIRANGAPATNA, MYSORE

1798-1799

1

Una apacible mañana de invierno envuelta en niebla, la madre de Abbas le sirve una taza de café y le dice que ya es hora de que se case.

El café le sube por la nariz y a Abbas se le saltan las lágrimas.

—Tampoco es para llorar —comenta su madre.

Abbas le dice que es demasiado joven. Pasas de los veinte, le recuerda ella.

—Pero ¿y mi aprendizaje con Musa sahab? ¡Apenas he empezado!

Su madre suspira. (En realidad, debería ser el padre de Abbas quien le hablase de estas cosas, pero ése ha sido siempre el problema de su marido, en su opinión: el fervor con el que evita las conversaciones serias.)

—Hijo mío —le dice con voz suave y apremiante—, ¿qué estás aprendiendo que te obliga a dejar de vivir? ¿Y adónde te llevará este aprendizaje después de que Musa vuelva con los suyos?

Abbas responde describiendo un futuro prometedor en el que terminará su aprendizaje con Du Leze y se convertirá en el primer relojero de todo el reino de Mysore, quizá incluso del subcontinente. En ese futuro, todas las ciudades tendrán una torre del reloj y habrá un reloj en cada bolsillo. Además de relojes, Abbas construirá autómatas de su propia creación; hasta se rumorea que Tipu creará

un Ministerio de Avances Técnicos y otorgará a Abbas un título. (Se rumorea poco, pero bueno.) ¿Cómo va Abbas a mudarse de nuevo con la familia para casarse en semejante coyuntura?

Su madre lo asimila todo con una mirada franca y escéptica, y finalmente pregunta:

—¿Te estás viendo con alguien?

—Claro que no.

—Abbas —dice su madre, firme. Pero él insiste en negarlo.

La verdad —al menos en lo que atañe a su futuro— es que el sultán Tipu parece haber perdido el interés en los autómatas. Durante los meses posteriores a la inauguración, a Abbas y Du Leze los invitaban de vez en cuando a tocar el Tigre Musical. Du Leze hasta aprendió a interpretar cuatro melodías más. ¡Qué afortunados fueron aquellos días, cuánta ansiedad, qué deseos de agradar! Sin embargo, Tipu rara vez se mostraba complacido. Se limitaba a contemplar al tigre devorador con la mirada perdida.

De pronto, las invitaciones cesaron. Se rumoreaba que Tipu aparecía con menos frecuencia en la corte, que estaba ocupado construyendo su arsenal, extrayendo metal para fabricar pedernales, perfeccionando sus cohetes y construyendo barcos de guerra en el puerto de Mangalore. Abbas supone que el animal ha caído en el olvido y que está criando una capa de polvo.

Otra verdad: hasta ahora, el aprendizaje de Abbas ha sido lento. Dedicaron una semana entera a los fundamentos de una postura de trabajo adecuada. Su mesa tenía que estar a la altura del pecho y se había construido una para tal fin. Debía apoyar las manos en el tablero. «Siéntate derecho», le repetía Du Leze, pero tantos años de

trabajar sentado en el suelo habían afectado irremediablemente su postura.

Luego vinieron meses en los que únicamente aprendió a limpiar distintas clases de relojes. ¿Quién iba a decir que la limpieza requería tanta concentración? Retirar cuidadosamente con pinzas las manecillas de las horas y los minutos, la esfera y el cristal. Sacar la suciedad de los orificios de las joyas con un palito puntiagudo. Limpiar meticulosamente el mecanismo del reloj con un cepillo de cerdas tan finas como las pestañas de un niño.

A cambio de alojamiento y comida en casa de Du Leze, Abbas hace repartos, pequeñas reparaciones y ayuda a Devi, la cocinera, encargándose de los viajes al mercado. Devi lo excita: los bhajans desentonados que tararea, la llanura de su espalda mientras escarda. La mirada de reojo que le dirige cuando lo sorprende mirándola; no ofendida, sino levemente interesada. Según Lucien, enviudó a los dieciséis años, pero se escapó de casa antes de que pudieran recluirla en un ashram. A Abbas le intriga esa parte salvaje y cómo Devi la esconde en el bosque de su silencio. ¿Cuánto hace que huyó? ¿Qué edad tendrá ahora? Tiene la piel tersa y oscura de una mujer de entre treinta y cincuenta años, pero Abbas no reúne el valor para preguntárselo, ni siquiera después de hacer el amor en la cama del maestro, cuando Du Leze está fuera.

—¿Qué te pasa? —le pregunta ella después, mientras Abbas yace inmóvil y sin aliento—. ¿Tienes miedo de ir al infierno por yacer con alguien de mi condición?

—No —dice él, inseguro, y se vuelve para abrazarla. Le pasa el pulgar por una vena de la muñeca, gruesa como un tallo bajo la piel —. A ti nada te asusta, ¿verdad?

Devi lo piensa.

—El cielo me asusta. No conocería a nadie.

Abbas nunca ha tratado a una mujer como ella, ajena a toda noción de timidez o vergüenza. Devi cree que todos los cuerpos necesitan alivio, que ella y Abbas simplemente se lo dan el uno al otro. Se lo dan en la despensa. Se lo dan en la cocina, en el jergón donde ella duerme. Se lo dan en la azotea donde, una noche, el gemido de Devi hace que un perro responda aullando. Se separan, riendo, pero muy pronto él vuelve a desearla.

Durante un tiempo, Abbas disfruta de esta agradable vida secreta ajena a la vista de águila de su madre. Ha estado ocupada organizando las bodas de Junaid y Faruk con un par de hermanas, cuyo padre, un rico mercader de Somnathpur, ha ofrecido una parcela de tierra como dote de cada una de ellas. Las ganancias de Abbas con el autómata han financiado las bodas, además de una nueva mano de pintura para la casa, elaborada con cal y panela. Ahora las paredes están tan blancas que Abbas apenas reconoce el que fue su hogar y muchas veces pasa de largo, en busca de los muros de barro ceniciento que recuerda.

Una vez concluidas las bodas, la vida adquiere un ritmo relajado entre el día y la noche, Devi y el resto... hasta que un día un hombre llega jadeando y le dice a Abbas que ha ocurrido un accidente, que su padre se está muriendo y no hay tiempo para explicaciones. El desconocido tiene un tumor espantoso en la base del cuello y, por un momento, es eso lo que deja a Abbas subyugado hasta que Du

Leze le da un empujón y le dice que se levante y se vaya a casa... *¡vete!*

Su padre ha recibido una coz en la cabeza por haberse acercado demasiado a un caballo irascible y asustadizo, poco habituado al chirrido de la piedra de afilar. Varias personas que pasaban lo han ayudado a levantarse. Aunque entumecido, parecía encontrarse bien para volver andando a casa. Allí se ha tumbado en su jergón y, al despertarse, no tenía sensibilidad en las piernas.

En los días que siguen, Abbas frota las piernas de su padre durante horas y horas, mientras lo escucha describir el accidente innumerables veces con una voz suave y vacilante. Ni todas las friegas del mundo pueden restablecer su cabeza ni sus pies. El padre que todos conocían se desvanece.

La madre de Abbas consulta curanderos, imanes y astrólogos. Duerme junto a su marido toda la noche, perturbada por sus sonidos espasmódicos, silbidos y jadeos como si intentara respirar entre los escombros incrustados en su pecho. Durante el día ella se mueve en silencio, con los ojos enrojecidos, sin apenas escucharlo cuando Abbas le dice que él tiene que volver a trabajar.

—No esperaba que volvieras tan pronto —dice Du Leze al ver a Abbas una semana después. El francés está sentado en la veranda con un libro abierto en el regazo—. ¿Cómo está tu padre?

Abbas le informa sucintamente.

—Dios santo. —Du Leze lo observa con atención—. ¿Por qué no pasas un par de semanas más en casa? No hay problema, Sukumaran me hace compañía.

—¿Sukumaran?

—La sustituta de Devi.

—¿Devi se ha ido?

—Sin avisar. Simplemente dejó de venir. —Du Leze baja la voz—. Echo de menos su pescado frito, pero qué se le va a hacer.

Después, en la cocina, Abbas se enfrenta a Sukumaran, de pecho caído y un afán casi agresivo por agradar.

—¿Café o té? —le ofrece Sukumaran—. ¿Zumo? ¿Limón? ¿Limón con menta? ¿Pepino? ¿Qué?

Abbas huye de la andanada de ofrecimientos y se refugia en el taller de la trastienda.

Los relojes aguardan con sus caras blancas y anodinas, pero está demasiado desorientado para sentarse. Se queda un rato allí plantado muy quieto, sujetándose los codos.

Con el tiempo llegará a ver a Devi de otra manera, desconcertado por la frialdad que ha mostrado y por su propia ingenuidad. Su ausencia dejará de dolerle. Pero ahora siente cada latido de su propio corazón y aún puede oír el eco de la risa de Devi en la azotea.

Seis meses después, en una sofocante mañana de julio, Abbas acompaña a Du Leze al patio de armas para asistir a la fiesta de una nueva organización francesa: el Club Jacobino de Srirangapatna. Casi todo el público es francés, con cabezas de diferentes tonos: anaranjado, marrón, ceniza, pajizo. Desde la distancia, Abbas apenas alcanza a distinguir la figura del sultán Tipu, de pie en una tarima elevada. Lleva jama y turbante sencillos de muselina, acordes con el gusto del público no aristocrático.

De los jacobinos, Abbas sólo sabe que son un grupo de franceses radicales que han viajado a Mysore para aliarse con Tipu. En privado, Du Leze le ha dejado claro lo que opina de los jacobinos («vagos, escandalosos, sucios») y de su líder, el almirante Ripaud:

—No es un almirante, es un pirata. Ha sido una tormenta lo que lo ha traído a estas costas, aunque el supuesto almirante afirme que ha venido con el único propósito de responder a las plegarias de Tipu y levantar un ejército francés. ¡Antes podría levantar a los muertos de sus tumbas!

—¿Cómo sabe todo eso, sahab? —le pregunta Abbas en voz baja, mirando por encima del hombro. Aunque andan solos por el paseo, hasta el aire tiene oídos, suele decir Du Leze.

—Por mis amigos de los Peñascos Franceses. —Du Leze hace una pausa—. Por lo que he oído, no puede salir nada bueno de una alianza tan pública.

En la fiesta, Du Leze se guarda sus opiniones y mantiene una cara inexpresiva y benigna mientras Tipu se dirige a la multitud en francés.

Abbas divisa la rechoncha figura de monsieur Martine delante de la multitud, abanicándose la cara con el sombrero. Martine, que ha diseñado para Tipu una nueva máquina perforadora para aumentar la producción de cañones. Martine, que ha desplazado a Du Leze como el francés favorito de Tipu. Abbas se pregunta si su hija estará correteando por el recinto, aunque no lo ve probable en una reunión de hombres tan andrajosos.

Ripaud avanza y preside la plantación de un árbol adornado con cintas. Cuando se ha aplastado la última palada de tierra sobre las

raíces, una brisa levanta las cintas tricolores y las hace ondear y revolotear como si el cielo diese su aprobación.

—Donde sopla el viento —dice Du Leze en voz baja—, allí va Ripaud.

Ripaud levanta los brazos hacia la multitud.

—*Citoyens!* —grita—. ¿Juráis odiar a todos los reyes excepto al sultán Tipu, el Victorioso, Aliado de la República Francesa? —La multitud vocifera diversas afirmaciones—. ¿Declaráis la guerra a todos los tiranos y el amor hacia vuestro país y el del ciudadano Tipu? —Más afirmaciones—. Entonces repetid conmigo: ¡Nosotros los jacobinos juramos vivir libres o morir!

—¡Juramos vivir libres o morir!

—¡Que os oigan en Calcuta, en Madrás!

—¡JURAMOS VIVIR LIBRES O MORIR!

Tipu rasga el aire con un dedo. Los cañones con cabeza de tigre disparan y se tambalean, echando humo por las fauces abiertas. Al final los coheteros, vestidos a rayas como tigres, se arrodillan para dirigir sus cohetes hacia el cielo. Éstos se elevan más que cualquier otro proyectil que Abbas haya visto jamás, llenándolo de asombro y miedo, como si temiese que cualquier cosa que el sultán Tipu lance al cielo acabe regresando algún día.

Como tiene el resto del día libre, Abbas se va a casa a ver a su familia. Lo reciben como al invitado excepcional que es y lo observan pellizcar trozos de una bola de ragi que luego moja en salsa de cordero. Ha echado de menos su antiguo desayuno. Lo único que le

frena el apetito es ver a su padre tumbado en un charpai junto a la pared, con las piernas como un par de nabos bajo el edredón.

—Sahra ha preparado el cordero —le dice su madre.

Sahra Bhabhi, la mujer de Junaid, está apoyada en el umbral. Es una mujer menuda de barriga protuberante que aún no le ha perdonado que, la segunda vez que se vieron, Abbas le preguntara si estaba embarazada (no lo estaba).

—El cordero está delicioso —dice Abbas.

—Ammi me ha enseñado —responde Sahra secamente—. Lleva mucho trabajo.

—Considérate afortunada —dice la madre de Abbas—. Muchas viejas no permiten que sus nueras pisen la cocina.

—No llames vieja a mi madre.

Todos se vuelven hacia Yusuf Muhammad, que acaba de hablar con una extraña lucidez aunque sus ojos siguen cerrados.

—Creía que dormías —dice la madre de Abbas.

—Es lo que siempre piensas —responde él.

Unos murmullos desvían su atención a la ventana, donde dos niños vecinos se han encaramado a los barrotes.

—*Ei*, ¿qué estáis mirando? —dice la madre alegremente—. ¿Es él Bahadur Khan?

Abbas gruñe a los niños, que se sueltan y caen al alféizar chillando.

—Abbas es famoso —dice Sahra. Abbas nunca sabe cuándo Sahra se está burlando, lo que le molesta un poco—. ¿Qué te está enseñando ahora el sahab francés?

—Relojería.

—¿Aún?

Antes de que Abbas se ofenda, su madre interviene:

—Abbas, ¿has preguntado por ese trabajo de escriba? Tendrás que empezar desde abajo como mozo ayudante, pero puedes ir subiendo hasta ser escriba de farsi, les pagan el triple que a los de canarés.

Abbas se exaspera.

—¿Debo decirle al padsha que voy a abandonar la formación que él me concedió porque mi madre quiere que me dedique a rellenar tinteros?

—No creo que se diera cuenta —responde su madre—. Dicen que Tipu se pasa el día entre cohetes y barcos de guerra.

—El padsha hace muchas cosas con su tiempo —dice Abbas—. A veces, cinco cosas a la vez.

—Oímos cohetes a diario —interviene su padre. Abre los ojos como si tuviera una revelación—. A lo mejor fueron los cohetes de Tipu lo que asustó al caballo.

—No fue eso —dice Abbas.

—No, es cierto —coincide solemnemente su padre—. Fue ese eunuco que me maldijo.

Abbas se vuelve para mirarlo.

—¿Qué? —dice su padre—. Debe ser eso.

Su madre baja la voz hasta convertirla en un susurro.

—Se pasa el día hablando de un eunuco. No sé de dónde saca esas ideas.

—Los eunucos no son de fiar —dice su padre.

—¡Basta ya de eunucos! —exclama su madre—. Te oirán los vecinos.

—Abbas sabe de lo que hablo. Cuéntale, Abbas, cuéntale del eunuco que me maldijo.

Abbas trata de razonar con él, trata de recordarle que su lesión ha sido simple mala suerte. Alarga la mano para tocar el brazo de su padre, pero éste la aparta de un codazo.

—Vaya, ¿conque ahora lo sabes todo? —dice su padre—. ¡Si ni siquiera recuerdas a ese maldito eunuco!

Sahra se retira a la cocina.

Para sorpresa de Abbas, es su madre la que interviene con voz fuerte y apaciguadora. Le dice a su esposo que deje de gritar porque gritar le dará sed y eso hará que beba demasiada agua, y luego habrá que coger la palangana, y nadie quiere manejar la palangana, ¿verdad? No, dice su padre, nada de palanganas. La madre le da un apretón en los dedos de los pies cubiertos por la manta; es la primera vez que Abbas la ve tocarlo. Pero su padre permanece impasible, con la misma expresión decidida que cuando se llevó la sombrilla con cabeza de tigre en busca de alguien a quien contárselo y nadie pudo detener esas piernas, esa voluntad.

2

En los primeros meses de 1797, uno de los enviados de Tipu vuelve de Persia no con un ejército, sino con un libro. Es un ejemplar de *El libro del conocimiento de los ingenios mecánicos*, escrito en el siglo XIII por Badi'al-Zaman ibn al-Razzaz al-Jazari, también conocido como el Prodigio de la Época, también conocido como el Hijo de un Comerciante de Arroz, y más conocido como Al-Jazarí.

Tipu se pasa días y noches con *El libro del conocimiento*, privándose de toda compañía en favor de las proezas de ingeniería que en él se detallan: árboles de levas, cigüeñales y mecanismos de deslizamiento de cigüeñales, engranajes segmentarios, bombas hidráulicas de cadena, bombas de succión de doble acción con válvulas y pistones de movimiento alternativo, relojes de vela, relojes castillo, relojes de agua accionados por pesas y autómatas humanoides que llevaban siglos de ventaja al Pato de Vaucanson y que, en opinión de Tipu, eran muy superiores, ¡pues los autómatas de Al-Jazarí servían para algo!

Por ejemplo, el autómata lavamanos, diseñado para ayudar al rey en sus abluciones rituales. Construido con cobre articulado, el autómata sostenía en su mano derecha un aguamanil de latón en forma de pavo real y, en el momento preciso, vertía suavemente, sin salpicar, un chorro de agua limpia del aguamanil a la jofaina. Cuando

la jofaina estaba llena, el autómata se enderezaba y extendía con el brazo izquierdo una toalla, un peine y un espejo para que el rey pudiera secarse la cara y arreglarse la barba.

Suficiente para hacer suspirar de envidia a cualquier otro rey, por imberbe que fuera.

Acompaña a cada dispositivo y creación una perfecta pintura en miniatura, también realizada por Al-Jazarí, con abundantes tonos púrpuras ciruela y dorados relucientes, así como notas al margen que explican cada mecanismo. El más ingenioso de los ingenios mecánicos es el Reloj Elefante, de dos pisos de altura: consiste en una torre sobre un elefante de tamaño natural e incluye un mahut que toca el címbalo, un escriba giratorio, dos dragones, una serpiente, un fénix y un árabe con turbante en la parte superior. Estas figuras cobraban vida cada hora y no sólo entretenían al espectador, sino que también marcaban el tiempo con precisión. La miniatura es cautivadora, pero lo que hace que el Reloj Elefante fascine a Tipu, lo que hace que le parezca una idea surgida de su propia cabeza, son las palabras de Al-Jazarí que la acompañan:

> El elefante representa las culturas india y africana, el fénix representa la cultura persa, el dispositivo de agua representa la cultura griega, y el turbante, la cultura islámica.

Al-Jazarí le habla a través del tiempo, del espacio y de una dimensión sobrenatural, escribiendo sobre el pasado pero también sobre un futuro posible en el que Europa no merece siquiera una nota a pie de página.

Tipu ordena a sus escribas que traduzcan la página del persa al francés y le entreguen la traducción a monsieur Du Leze. Purnaiya indica a Du Leze que el Reloj Elefante de Mysore debe estar terminado para su exhibición en el festival de Dasara de septiembre. Tienen seis meses. Una tarea compleja para acabarla en tan poco tiempo, pero el pueblo necesita una distracción. Tipu ansía que la población hable de algo que no sea la muerte prematura de su rey Wodeyar.

Se decía que la línea de la monarquía Wodeyar llevaba quinientos años sin romperse y que un Wodeyar siempre había sucedido felizmente al anterior. (Al menos según las crónicas reales.) Luego llegó el padre de Tipu, Haidar Ali, y se hizo con el poder. Evidentemente, un musulmán no podía desplazar sin más a un hindú —un hijo de la tierra, nada menos—, por lo que Haidar permitió que el rey siguiera siendo nominalmente rey y mantuviera ciertas costumbres como la de la primera noche de Dasara, cuando el monarca aparecía en la veranda de palacio, sentado en su trono, rodeado de asistentes que se turnaban para abanicarle y esparcir perfume y pétalos sobre su larga cabellera lustrosamente aceitada. No es que ese tipo de tradición fuese del agrado de Haidar, ni tampoco de Tipu, pero lo toleraban. Vive y deja vivir, decidieron, en lo referente a los hindúes y cristianos pacíficos del reino.

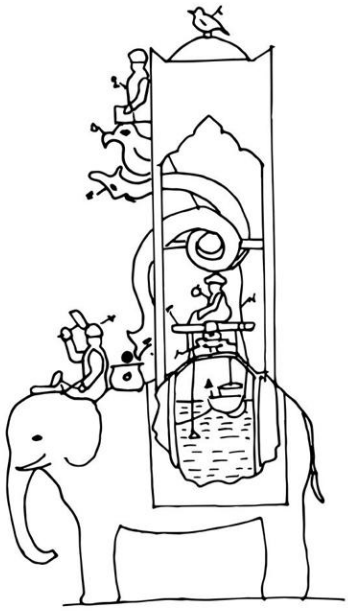
Hasta que en la primavera del año 1796 falleció el rey más reciente, Khasa-Chamaraja Wodeyar. Que tuviera veintitrés años en el momento de su muerte y que ésta fuese repentina e inexplicable llevó a pensar en manejos turbios. Tipu no respondería a estos rumores ni a las críticas sobre su siguiente movimiento: expulsar a la

familia Wodeyar de palacio, ignorar sus reivindicaciones sucesorias y convertirse en el único gobernante del reino de Mysore.

¿Un movimiento audaz? Sin duda. Pero ¿favorece la historia a los audaces o a los perfumados?

Dos años después, los monárquicos continúan quejándose por su difunto rey. Para sofocar las murmuraciones, Tipu traerá al festival una nueva atracción principal, que espera que provoque en las masas un sentimiento de temor y de su prima hermana: la obediencia.

Abbas dibuja el Reloj Elefante en una hoja de papel, mientras el corazón le late con fuerza con cada mirada al texto de Al-Jazarí. Sabe que es sólo una copia de una copia de una copia y, sin embargo, parece como si los trazos de su lápiz convocaran al alma de la mismísima leyenda.



Du Leze y Abbas empiezan construyendo un prototipo que les llega a la altura de la cadera. El prototipo les permite ver de qué manera los mecanismos internos forman una compleja cadena de causa y efecto, todo ello vinculado, sorprendentemente, a algo tan simple como un cuenco con un agujero en el fondo.

Oculto en el vientre del elefante hay un depósito de agua, donde flota el cuenco perforado. En el transcurso de treinta minutos exactos, el cuenco se llena de agua, se inclina y se hunde, activando un sistema de poleas que asciende hasta la parte superior de la cúpula y a su vez inclina un canal oculto de bolas y un tapón que se levanta para liberar una sola de esas bolas, que cae sobre la pala de una rueda y hace girar al fénix que está en lo alto de la cúpula.

Sin embargo, la bola no ha terminado su cometido. Todavía oculta, se desliza por otro canal y luego emerge del pico de un halcón de donde va a parar a la boca de una serpiente que retrocede por el

peso de la bola y tira de una cuerda oculta que extrae del agua el cuenco perforado en el vientre del elefante para reanudar el proceso una y otra vez.

¿Se ha mencionado que la bola cae en un recipiente y hace que el mahut toque el címbalo que marca las medias horas? ¿O que el escriba giratorio lleva todo el tiempo marcando los minutos con su pluma? ¿O que el caudal del agua debe modificarse diariamente mediante un regulador para adaptarse a la longitud desigual de los días a lo largo del año?

Y esto es sólo el prototipo. Los errores y las mediciones se repiten una y otra vez, hasta tal punto que Du Leze acaba descuidando su aspecto; barba desaliñada y vello facial que le baja por el cuello mientras murmura al libro de Al-Jazarí como si pudiera arrancarle sus secretos.

La parte positiva es que ahora Abbas cuenta con dos talladores que trabajan para él. El más viejo tiene la cara flácida y el aliento le huele a café. El joven presume de su bigote y se lo acaricia a menudo con el meñique; sin duda es un penacho envidiable que a Abbas no le crecería ni en sueños. Sin embargo, hablando de lo importante, los sueños de Abbas se han hecho realidad. ¿Cuántos jóvenes de origen humilde pueden presumir de relacionarse con el sultán Tipu? Si los otros dos talladores están resentidos por trabajar a las órdenes de alguien tan joven, lo disimulan.

Hubo un momento de desavenencia, una vez que Abbas salió a tomar el aire y al volver se encontró a los dos talladores hablando del desayuno del sultán.

—He oído que todas las mañanas se come una cucharada de sesos de gorrión —decía el más joven, que explicaba el motivo llevándose un lápiz a la entrepierna para luego levantarlo en horizontal—. Te apuesto doscientos mohúres a que es verdad.

Abbas levantó su gubia.

—Yo no haría esas apuestas.

—El chico estaba bromeando —dijo el hombre mayor—. No ha visto un mohúr en su vida.

Abbas levantó un largo y rizado zarcillo de madera con la gubia.

—Si el padsha os oyese hablar de sus dotes, podría hacer algunas modificaciones en las vuestras.

La gubia siguió *zzzip zzzip*. Los hombres no abrieron la boca durante el resto del día.

A Abbas no le molesta el silencio; en realidad prefiere la soledad de la talla, que tiene algo sagrado. La forma en que la madera casi muestra una inteligencia propia, cómo hace y deshace sus propias reglas. Que un corte no pueda enmendarse. Que la veta cambie en función del corte. Que esperemos que una línea vaya en una dirección y de pronto se desvíe. Que nunca tengamos el control absoluto.

Por la noche, en la cama, Abbas piensa en Al-Jazarí, un hombre de inicios humildes, hijo de un comerciante de arroz. Para Abbas, éste es un detalle lleno de misterio y significado que le invita a imaginarse en el lugar del gran hombre. Sabe que no es Al-Jazarí, desde luego, y que nunca lo será. No tiene cabeza para concebir ingenios, aunque en los instantes previos al sueño imagina un escuadrón de caballos mecánicos perfectamente articulados que galopan por un campo de batalla, disparando balas del tamaño de

un puño por sus grandes ollares. O una hilera de nautch mecánicas, bailarinas que giran con el paso de las horas. Las nautch tendrían rasgos idénticos, frente alta y ojos grandes, como la que hace años vio bailar en los jardines de Tipu. Aunque no la ha vuelto a ver, aún la recuerda. Algunas noches la reinventa con todo lujo de detalles y también a Devi, hasta el punto de que acaba manchando las sábanas.

No importa que no sea capaz de hacer un reloj con bailarinas nautch o un caballo de batalla. Por la noche, su futuro le parece expansivo, oceánico. El futuro aún no lo ha puesto a prueba, aún no le ha presentado la decisión más difícil de su vida. Tiene cientos de ideas brillantes en la cabeza, pero no sabe cuánta suerte necesitará.

3

Llega la época de la cosecha y con ella el festival de Dasara, que honra el triunfo del bien sobre el mal, de la diosa sobre el demonio búfalo; sus efigies pintadas, altas como árboles de teca, se enfrentan en una batalla perpetua.

Fuera del terreno donde se celebran la mayoría de los festejos, un volatinero con zancos se mezcla con el público. Viste como un inglés, con un sombrero negro en la cabeza, la cara pintada de blanco y unos gigantescos calzones negros que le cubren los zancos. Finge beber de una botella de licor e inhalar rapé de una lata mientras va improvisando bufonadas. La gente pasa a su lado para conseguir asiento en el recinto donde se desarrolla el verdadero espectáculo: grandes ciervos que entrechocan sus cornamentas, elefantes que pelean levantados sobre sus patas traseras, luchadores que se lanzan a la cara guirnaldas de flores antes de asestar el primer puñetazo con sus garras de acero, burros ebrios y tambaleantes que son enviados al interior del recinto de un tigre... un poco de alivio cómico antes de la lucha de tigres, un espectáculo que mantiene a todos en vilo hasta que se engatusa al tigre ganador para que vuelva a su jaula y el tigre perdedor, sangrando por la boca, acaba con la cabeza aplastada por la pata de un elefante.

Estos espectáculos no difieren de los que se vienen celebrando desde hace cien años. La única novedad es el Reloj Elefante. Se ha instalado en un patio independiente y tiene la altura de dos colmillos puestos en vertical, uno encima del otro.

Abbas ya no está mirando el reloj. Le parece más interesante el público: cómo el sobrecogimiento puede transfigurar a una persona y hacer que escape de su vida en un instante, cómo puede rejuvenecer las caras de todo un grupo de asombrados hombres, mujeres y niños.

Hay una espectadora que lo mira más a él que al Reloj Elefante. Tiene la piel clara y un moño adornado con jazmines. Lo mira como si se conocieran.

En cuanto el Reloj Elefante se detiene, el público se le acerca con preguntas; quieren saber qué significa el fénix y cuánto pesa la bola de oro. La joven espera hasta que se quedan solos y luego lo saluda con una pequeña reverencia.

—¿Sabes quién soy? —le pregunta con una media sonrisa que él reconoce enseguida.

—Mademoiselle Jehanne —dice Abbas. Repara en que tiene los pómulos más pronunciados y es tan alta como él—. Ha crecido.

Un comentario muy trillado, pero ella asiente con energía.

—Soy casi tan alta como mi padre.

—¿Cómo se encuentra monsieur Martine? ¿Está aquí?

—No, dejó de asistir a los *melas* después de que alguien le robase la peluca. —Lo dice con placer, como si fuera ella quien se la hubiese arrancado—. ¿Y tu familia? ¿Ha venido?

Abbas se resiste a hablar de la perturbada cabeza de su padre y del pelo de su madre, que se ha vuelto blanco en el plazo de un año.

—Prefieren no viajar.

Ella asiente despacio y se toca el moño, como para asegurarse de que sigue de una pieza. Por un momento parece que no tienen nada más que decirse. Ése sería el momento natural para separarse, pero ninguno de los dos lo desea.

—¿Estás harto de explicar cómo funciona?

—¿Cómo funciona qué?

—El Reloj Elefante.

Avergonzado, Abbas vuelve la cabeza y empieza a describir, con todo lujo de detalles, envuelto en el fragante perímetro del cabello de Jehanne, la reacción en cadena y la historia de Al-Jazarí.

Al final ella dice:

—Menuda máquina habéis hecho.

—Bueno, el diseño es de Al-Jazarí. Sahab Lucien y yo sólo hemos construido una réplica del original.

—Quizá algún día construirás algo de lo que también hagan réplicas siglos después.

Él no responde, pues ese comentario se acerca demasiado a sus sueños más ambiciosos.

Un hombre que pasa por allí los interrumpe para preguntar cuándo será la próxima exhibición. Cuando la pluma del escriba se alinee con la trompa del elefante, dice Abbas. Antes de alejarse, el hombre asiente con un gesto y les dirige una mirada extraña, como si detectara algún comportamiento inapropiado entre los dos jóvenes.

—Tendría que ir a buscar a mi tía —dice Jehanne, y luego, vacilando, le tiende la mano para darle algo—. Esto es para ti. A cambio de la peonza que me hiciste.

Es un pañuelo de algodón blanco doblado. Al desdoblarlo, Abbas ve cuatro flores bordadas, suaves bajo la yema de sus dedos.

—Lo he hecho yo misma. También el patrón.

—Es muy bonito —dice él, alzando la vista para mirarla.

A Jehanne le sube un tono rosado por la garganta; con una enérgica inclinación de cabeza y una reverencia, se marcha.

Abbas todavía no ha visto a Tipu en el festival.

—Bueno, sólo han pasado dos semanas —dice Du Leze, mientras pasean juntos por el *mela*.

(Sólo han pasado dos semanas de la muerte de la esposa de Tipu, la begum Khadijah. De sus cuatro esposas, era su tercera favorita. La primera y la segunda favoritas también han muerto, lo que le deja con su primera esposa, que él no eligió ni tampoco es su favorita, pero que insiste en que la llamen Tipu Begum.)

Du Leze ha apartado a Abbas del Reloj Elefante por un asunto de urgencia: urgencia de la buena, no de la mala, le ha dicho. Ahora lo conduce tranquilamente a los puestos de comida mientras se rasca las picaduras de las manos, donde los mosquitos también han encontrado su cena.

—¿Has visto a Jehanne Martine? —le pregunta Du Leze con picardía—. Ella te ha visto a ti. No creo que haya visto nada más.

Abbas finge no oírlo mientras pasean entre aromas de masa frita e hileras de dulces elaborados con leche en forma de bolas, cajas y flores. Las rosas y los jazmines cuelgan en húmedas guirnaldas, tan frescas que las abejas siguen pululando entre las flores en busca de néctar. Du Leze se detiene a comprar dos conos de papel repletos de

cacahuetes calientes. Debajo de un baniano, a cierta distancia del *mela*, le ofrece un cono a Abbas y levanta el suyo en el aire.

—¡Por un nuevo comienzo! —brinda.

Abbas se impacienta. Du Leze se echa un par de cacahuetes a la sonriente boca, prolongando la intriga.

Resulta que ha recibido una carta de su hermana desde Francia. Es una mujer piadosa que todos los domingos va a misa a una iglesia cristiana donde reza para que su hermano pueda regresar sano y salvo, y luego va a la ciudad a comprobar la lista de emigrados para ver si su Dios la ha escuchado.

—Lleva haciendo lo mismo todas las semanas desde hace tres años. Dice que durante varias semanas de enero mi nombre aparecía tachado y que en febrero el nombre había desaparecido.

—¿Y eso qué significa?

—Quizá había dos Lucien Du Leze. A lo mejor el otro murió, ¿quién sabe? Isabelle dice que en esas listas se producen errores constantemente. —Tiene los ojos animados, resplandecientes—. Considera que ya es seguro que vuelva a casa.

Abbas busca las palabras adecuadas.

—*Mashalá*.

—Y deseo que me acompañes.

—¿A Francia?

—Sí, a Ruan.

—¿Ruan? —Abbas sólo lo ha oído hablar de París—. ¿Ru...?

—Ruan. —Du Leze pronuncia la palabra como si intentara aclararse la garganta—. Una ciudad preciosa. Seguirías estudiando conmigo, un poco más de relojería no te vendría mal. Luego algo de ingeniería básica, física, mecánica, construcción de autómatas, y

después... —Du Leze se encoge de hombros—. Debes decidir si prefieres quedarte o volver a tu casa.

—Pero ¿cuándo...?

—Salen dos barcos mercantes de Pondicherry; uno dentro de un mes, otro dentro de seis meses. Tengo la intención de embarcar en el primero y preferiría que me acompañases.

—¿Dentro de un mes, sahab?

—Es pronto, lo sé. Pero no pienso desperdiciar esta oportunidad. Puedes despedirte a lo largo de las próximas semanas, ¿verdad?

Abbas se queda mirando el suelo mientras sus pensamientos corren hacia el futuro, por tierra y por mar.

Y entonces se acuerda de su padre. Su padre, que se está muriendo. Abbas nunca se ha permitido pensar en su padre como alguien que agoniza, pero ¿cómo llamar si no a su constante deterioro, a la forma en que la familia lo rodea, le sirve, esperando lo que no se puede nombrar?

Cuando Abbas se lo menciona, a Du Leze se le ensombrece la cara.

—Tu padre. Por supuesto. —El francés se pellizca la barbilla, pensativo—. ¿Su estado habrá cambiado dentro de seis meses? ¿Desearía él que perdieras esta oportunidad?

Abbas guarda silencio y piensa en su padre, que en sus momentos de mayor tranquilidad mira fijamente la pared junto a su catre; sus deseos sólo los conoce él.

—Ven en el segundo barco, entonces —dice Du Leze—. Te advierto que no será fácil viajar por tu cuenta. La travesía dura un año, con muchas paradas. Y tu francés es tan precario...

—Pero ¿qué ha dicho Tipu? ¿De mi partida?

Du Leze abre la boca, suspira.

—¿No le ha preguntado? —dice Abbas.

—Sería mejor irnos sin preguntar. Sin que él lo sepa.

—El sultán lo sabría cuando yo volviera y le pidiese mi antiguo trabajo.

—Dudo mucho que preste tanta atención a un tallador. Tiene problemas más acuciantes, por si no te has enterado.

Con esa charla se están encaminando a la traición. Comprenderlo da vértigo.

—La Compañía de las Indias Orientales estrena nuevo gobernador —continúa Du Leze—. Y, por lo que he oído, es mucho más severo que su predecesor. La menor provocación, como ese asunto del Club Jacobino y Ripaud... —El francés guarda silencio y espera a que pase un desconocido. Después ese hombre altísimo e impresionante como un árbol, a cuya sombra Abbas se ha sentido seguro los últimos cinco años, avanza una zancada—. No tienes que decidirlo ahora, muchacho. Piénsalo unos días y luego me respondes.

Du Leze le da una fuerte palmada en el hombro y desaparece entre la multitud.

Abbas se agacha entre las raíces del baniano y observa a la gente. Hay un hombre —el de los zancos, todavía disfrazado pero ya sin ellos— que intenta cerrar la boca alrededor de un dulce entero. Aún tiene la cara pintada de blanco pero no se ha pintado el dorso de las manos, que son de color marrón oscuro. (Algo en esa discrepancia inquieta a Abbas.) Un niño se hurga los dientes con el cálamo de una pluma hasta que su madre se la tira de un manotazo, diciéndole: «*Chi!* Está sucia, déjala.» Más lejos, en lo alto de un muro, ve un cuervo en el lugar perfecto donde un soldado inglés

podría apuntar su rifle y dispararle en la nuca al niño que sigue paseando alegremente con su madre.

4

Du Leze está en la playa, vestido con un abrigo de tela aceitada y fascinado con la bahía de Bengala. Sigue con la vista los pliegues del agua que rompe en la orilla, una amalgama de rocas oscuras pulidas por la marea. A su espalda está Pondicherry, una ciudad que desprende un esplendor embriagador y también cierto cansancio tras siglos de resultar atractiva a tantos conquistadores y aspirantes a conquistador. A esa hora temprana, Pondicherry deja escapar un suspiro triste. Du Leze lo percibe en el aire. Y él siente algo similar, aunque sobre todo lo que siente es perplejidad.

Vuelve a casa.

Cuando llegó, hace once años, Pondicherry pertenecía a Francia. Ahora ondean banderas inglesas en todas las murallas. Qué aspecto debieron de tener estas aguas, llenas de fragatas inglesas, el cielo negro por el fuego de mortero... Su guía le dijo que los franceses apenas habían opuesto resistencia. En realidad, añadió secamente, lo único que se había llevado la guarnición francesa era una jarra de cerveza, con la que se habían emborrachado demasiado para rendirse como es debido.

El guía era cortés, y su francés, inusualmente fluido. Había cabalgado dos días con Du Leze y luego lo había llevado a un hotel del Distrito Blanco, la parte de la ciudad que daba al mar y que habían reclamado los gobernantes franceses, dejando el Distrito Negro para los gobernados. Todo esto lo explicó el guía sin asomo de resentimiento ni resignación, en una actuación consumada. Incluso se aseguró de señalar los dos elementos que más interesaban a las personas que guiaba: la iglesia más cercana y la panadería francesa del otro lado de la calle. Aunque Du Leze se había encariñado con él, el hombre aceptó el dinero con un seco gesto de gratitud y se marchó al Distrito Negro sin mirar atrás.

Du Leze lleva varios días caminando por las calles del Distrito Blanco, que le parece extraño y familiar a un tiempo: lleno de ángulos y orden, frontones y pilares, la seriedad de la arquitectura aderezada con tonos rosa pálido, amarillo mantequilla y azul claro. Anoche escuchó el romper de las olas desde el otro lado de su ventana y se preguntó si volvería a ver a Abbas.

¿Se esforzó lo suficiente en convencer al muchacho? ¿Le explicó cuán difícil sería la travesía sin acompañante ni intérprete? No, invirtió la mayor parte de sus poderes persuasivos con los mercaderes del bazar, mientras corría de aquí para allá comprando regalos para llevárselos a Ruan. No podían encontrarse esas telas en Europa, sedas iridiscentes con espejos bordados, chales de pashmina con tonos luminosos. Se imagina la reacción de su hermana Isabelle al recibir un sari de Kanchipuram; probablemente

lo mirará con desconfianza y le preguntará si todos los indios se visten con colores circenses.

Blaque sabría qué hacer con esas telas; las transformaría en chalecos fastuosos, cortinas o cualquier otra pieza llamativa. Pero Blaque, por lo que ha oído, está en algún lugar de Austria, si es que no ha muerto. Y volver a París es demasiado arriesgado; seguramente su taller y su piso están habitados por desconocidos.

Du Leze se dice que ya no desea ni París ni a Blaque. Antes solía imaginar no su propia muerte, sino cómo la noticia de su fallecimiento afectaría a su amado. Ahí estaba Blaque, cayendo de rodillas sobre los adoquines austríacos. Ahí estaba Blaque, rebuscando las cartas de Lucien, que había conservado en su totalidad, y leyéndolas con ternura y lágrimas en los ojos. ¿Cómo habría muerto ese otro Lucien? ¿Cortándose las venas? ¿Pidiendo una pistola? La desesperación que casi acabó con él se ha desvanecido; no sabe ni cómo ni por qué. Sin embargo, aunque la muerte no le resulta ya tan atractiva, la fascinación que siente por ella perdura.

Últimamente se siente atraído por las posibilidades de su nueva vida. En Ruan puede volver a empezar, quizá alquilándole una habitación a Isabelle y comenzando con la reparación básica de relojes. No le importa vivir en el campo y trabajar en algo que le sosiegue el ánimo. Y, si todo sale según lo previsto, Abbas llegará al cabo de seis meses. El gremio le pondrá trabas por tener a un extranjero como aprendiz, por no hablar de las objeciones de Isabelle en lo referente a alojar a un indio, sea aprendiz o no. Es sólo algo temporal, la tranquiliza mentalmente.

La cuestión es si Abbas llegará.

«¿Por qué te importa tanto su futuro?», ésa es la pregunta que le planteará Isabelle, o algo similar a: ¿Qué significa él para ti?

Es decir: ¿estás enamorado de esa persona? Su hermana siempre ha tenido sus sospechas.

No es amor. Pero desde el día que lo conoció, a Du Leze le ha intrigado Abbas, ha sentido tanta curiosidad por el chico y por su talento como indiferencia ha mostrado el resto del mundo.

Nunca pensó que le gustaría ser maestro. Sólo ahora, a la milagrosa edad de sesenta y tres años, comprende cuánto puede revivir a una persona, cómo puede devolverle esa antigua emoción. Y qué placer ha sido ver a Abbas crecer en todos los sentidos, en altura y habilidad y experiencia, desde sus preguntas vacilantes hasta sus sinceras opiniones. Pero ¿qué pasará a partir de ahora?

En lugar de comprar sedas, tendría que haber vuelto a reunirse con Abbas. Tendría que haberle dicho: Yo también fui un muchacho como tú, que se mataba a trabajar en la tienda paterna hasta que mi tío me sacó de allí y me envió a París con un relojero. Nunca volví a ver a mi padre —murió antes de que yo volviese—, pero ya no formaba parte de mi vida. Lo mismo debes hacer tú con la tuya. El talento no te llevará muy lejos ahora que Tipu tiene otras prioridades. Necesitas tiempo y aprendizaje. Necesitas mi ayuda y yo necesito saber que he hecho algo de utilidad antes de morir.

Después de desayunar, el guía lleva a Du Leze a la oficina portuaria con los baúles a cuestas. Evitan la plaza, que ya es un hervidero de mercaderes. Du Leze repara en el diseño ordenado: las esbeltas columnatas que recorren los muros de enlucido chunam, los

arbolillos plantados a intervalos regulares. El guía señala la corbeta de Du Leze entre las demás embarcaciones que bordean el muelle. Una placa en el puente reza: *Aurore*. Un gallardete rojo ondea en el mástil más alto.

Du Leze siente un arrebato de euforia. Y de miedo.

Primero el *Aurore* parará en la Isla de Francia, frente a las costas de Madagascar; luego en el cabo de Buena Esperanza, luego en la isla de la Ascensión, luego en la isla de Gorea, luego en Málaga y luego en Tolón, antes de emprender él por tierra el trayecto a Ruan. Recuerda lo que vivió años atrás en su viaje a Mysore: Malos vientos. Rufianes. Escorbuto. De este último le ha ofrecido a Abbas una explicación precisa; con cada síntoma, la cara del chico se retorcía de asco. «Llévate varios tarros de limón encurtido, por si te encuentras en un barco que se ha quedado sin remedios para el escorbuto.» Du Leze también le ha dejado una bolsa de tela llena de dinero, cuatro veces la cantidad necesaria para comprar un pasaje a Francia. Abbas objetó débilmente, pero Du Leze no lo escuchó. «Pregunta cómo llegar a la oficina portuaria, lleva ropa limpia, a ser posible calzones (ya te conseguiré unos), y pide un pasaje de ida a Tolón. *Et voilà.*»

¿Es tan fácil?, se pregunta Du Leze mientras observa el puerto. ¿Siempre ha estado este sitio tan lleno de gente, lascares en movimiento cargando cajas en las bodegas, velas desplegadas restallando al viento? ¿Cómo diantres va a encontrar Abbas el camino?

Suena una sirena que invita a los pasajeros a subir a bordo.

En la cubierta, Du Leze estrecha la mano de monsieur Martine.

—¡Casi había olvidado que venías! —exclama Martine, con las mejillas rosadas por el entusiasmo o por el sol—. Pero ¿dónde está Abbas?

—Tomará el próximo barco. Dentro de seis meses.

—¿Solo?

—Es muy capaz —responde secamente Du Leze.

—Vaya —dice Martine, encogiéndose de hombros—. Pobre Jehanne, se llevará un disgusto.

—¿Un disgusto? ¿Por qué? —pregunta Jehanne, uniéndose a ellos. A Du Leze le sorprende la gruesa línea de kohl que le bordea los ojos de color gris claro y el punto negro en la mejilla que la hace parecer mayor de los catorce años que tiene. Lleva un vestido blanco y parece tan incómoda con él como Du Leze con sus calzones —. ¿Dónde está Abbas?

—No viene, querida —dice Martine.

—Pero vendrá después —añade Du Leze—. En otro barco.

Jehanne mira a un hombre y luego al otro.

—¿Lo ha abandonado? —le pregunta a Du Leze en voz baja e incrédula.

Esa pregunta escuece.

—Vendrá —repite Du Leze, con menor seguridad—. Más tarde.

Jehanne le mira las manos. Sólo entonces repara Du Leze en que ha estado chasqueando los nudillos. Ella se aleja.

—Jehanne —la reprende Martine.

Ella se vuelve y hace una reverencia.

—Disculpas —dice antes de dirigirse al costado del barco para mirar la orilla.

—Alégrate de no tener una hija —dice Martine—. A estas edades son un bullir de emociones. Pero al menos alguien me cuidará cuando sea viejo.

Du Leze observa a Jehanne. Su espalda recta, su figura inmóvil.

—Un momento —le dice a Martine, y se reúne con ella.

Al principio se queda algo apartado a fin de darle a la joven un momento de intimidad para que se seque las lágrimas. Pero Jehanne no se mueve, ni siquiera cuando él la mira, sorprendido al ver que no está llorando. Su expresión es de triste incredulidad. Du Leze sigue su mirada hasta la orilla y siente un deseo repentino de haberse llevado una piedra, o al menos un puñado de tierra.

Olvida por qué se ha acercado a ella, qué pretendía decirle. ¿Algo para tranquilizarla o para tranquilizarse él?

El *Aurore* zarpa y Du Leze levanta la vista a las nubes. Una bandada de pájaros, demasiado lejanos y pequeños para que pueda identificarlos, cruza el cielo azul. Cuanto más mira, más pájaros salen como puntitos de las nubes, al principio desdibujados como marcas de lápiz, hasta que acaban cobrando vida.

—Mira eso —dice, señalando el cielo.

Jehanne mira, pero se queda tanto tiempo callada que él supone que no ve nada.

Y entonces ella dice:

—Oh.

—¿Los ves?

—Sí.

Los dos guardan silencio y contemplan los pájaros que, uno tras otro, se materializan en el aire.

Los últimos meses del sultán Tipu

1799

Dos meses antes de su muerte, el sultán Tipu reza su plegaria al alba. El resto del mundo impío duerme, por lo que se siente como si conversara personalmente con Alá. Su vientre está vacío, y su cabeza, limpia. Normalmente la *sura* fluye a través de él, pero esta mañana avanza a trompicones. Otras palabras le embotan el pensamiento, las palabras de esa almorrana andante, el gobernador Wellesley.

> Es imposible que me crea ignorante de las relaciones que subsisten entre usted y los franceses...

Tipu suspira con desdén y se yergue, lo que le pinza un nervio de la espalda. Se toca la zona lumbar, dolorido y luego molesto. Su espalda, ese súbdito rebelde. Intuye que Raja Khan está detrás, desplazándose de un pie a otro, listo para proporcionarle una bolsa de agua caliente. Él quiere continuar con la *raka.*

> Guíanos por el camino recto.
> No me puede imaginar indiferente...

Su propia respuesta no escrita irrumpe en sus pensamientos. «¿Sabes lo que no puedo imaginarme? No puedo imaginarme que estés urdiendo una guerra con la excusa inespecífica de que cien franceses feos han desembarcado en mis costas, si llamas a eso

"relaciones", ¿por qué no escribes a todos los príncipes con los que los franceses han estado manteniendo "relaciones" y...»

Tose. El dolor le recorre el pecho. Respira suavemente y apoya la frente en la alfombra.

Casi toda la culpa es del gobernador de la Isla de Francia, colonia francesa y supuesta aliada. Tipu había enviado emisarios a la isla para participar en una reunión secreta con la que esperaba formar un ejército francés clandestino, ¿y qué hace el gobernador de la Isla de Francia? ¡Publica una maldita proclama en el periódico! EL SULTÁN TIPU BUSCA SOLDADOS, ¿HAY INTERESADOS? (Wellesley lo estaba, y mucho.) El resultado de todo el esfuerzo fue un único barco lleno de franceses enviados a Mysore, «voluntarios» pálidos y pulgosos, probablemente sacados de las fosas de la prisión.

Un error, confiar en los franceses. Una lección que Tipu ha aprendido una y otra vez. Quizá debería haber hecho comprobaciones con ese consulado improvisado en París, tendría que haber visto que estaban demasiado preocupados por las guerras en el Mediterráneo para gastarse una miseria en el sultán Tipu.

Se han cometido errores. Y sin duda su padre está en el cielo, contando todos y cada uno de ellos, para que puedan pasarse toda la eternidad hablando de lo que Haidar habría hecho en su lugar.

Una carta al califa. Una carta a Wellesley. Una carta al sha. Una carta al mayor Doveton. Una carta a Baji Rao. Una carta al peshwa. No confía en nadie más que en él mismo para escribir estas cartas, en nadie más que en él para estampar su sello personal en el papel.

Lo que le cansa no es escribir. Es la sensación de que es más vendedor que sultán, yendo de reino en reino con un producto que nadie quiere comprar. Todos están más o menos de acuerdo en que hay que echar a los ingleses de la India. Todos dicen que les encantan los regalos que Tipu envía con las cartas. Sin embargo, nadie es capaz de decir que no y prefieren la educada indecisión al rechazo rotundo. Y algunos desean que fracase porque no desciende de reyes, sino de un mercenario analfabeto.

Sólo los norteamericanos parecen apreciar ese tipo de historias de los que vienen de la nada. Su primer presidente brindó una vez por el padre de Tipu; incluso bautizaron uno de sus barcos con el nombre de *Hyder Ally*, que era como pronunciaban Haidar Ali. Pero ahora los norteamericanos tienen problemas con la piratería y los franceses con el Mediterráneo, y Tipu no tiene a nadie.

Por lo que sigue enviando cartas y regalos, el último al sha de Persia, junto con aves exóticas, joyas, ropa, marfil, sándalo y especias.

«A Su Grandeza Fath-Ali Shah Qajar», escribe Tipu, consultando las notas del escriba para apuntar todos los títulos reales del sha, Señor de Esto, de Aquello y de lo Siguiente...

Se detiene en el último título.

En voz alta lee:

—¿Muy Formidable Señor y Maestro de la Enciclopedia Británica? —Mira a Raja Khan en busca de confirmación.

—Un libro de referencia europeo —le informa éste—. Su Grandeza ha leído los dieciocho volúmenes.

—Persas —dice Tipu, aunque no sin un tono respetuoso. Qué haría él con tanto tiempo libre. Toda su biblioteca le espera,

descuidada.

Pero ahora posa la pluma sobre el papel.

«Muy Formidable Señor y Maestro de la Enciclopedia Británica...»

La carta conmoverá al sha, sobre todo su mensaje de que los ingleses planean conquistar la India y luego continuar por Arabia, destruyendo el islam a su paso. A cambio, el sha enviará a Mysore una embajada de hombres para negociar una alianza con Tipu, que cuando lleguen ya habrá muerto.

Tipu desayuna con Sayyid Ghaffur, su mejor general. Reclutó a Ghaffur hace muchos años, cuando pasaba por Honnali. Allí, Tipu vio que un hombre que montaba a caballo sin manos de repente se agarraba a la rama de un árbol y, utilizando sólo la fuerza de las piernas, hacía que el caballo se detuviera y girase sobre sí mismo. Como general, Ghaffur ya no hace trucos ecuestres, pero sus muslos siguen siendo gruesos como dos barriles.

También cuenta con Purnaiya, un hombre enjuto en comparación, aunque no parece nada intimidado por Ghaffur. Ambos se sientan ante el desayuno que les han servido: dal y roti, huevos de paloma, leche especiada. Unos cuadrados de tela blanca cubren los platos y las tazas de Tipu para indicar que el catador ha hecho su trabajo y ha sobrevivido.

Hablan del ejército de Harris, veintiún mil hombres marchando desde Vellore hacia Mysore. Hablan de las dieciséis mil tropas

inglesas de Hyderabad, listas para unirse en Ambur. Por no mencionar las fuerzas de Trichinopoly que avanzan desde el sur.

Hablan de atacar de noche, robar cañones, asaltar con caballería ligera al enemigo mientras duerme.

—Pero ¿cómo detendrán estas tácticas de guerrilla a un ejército tan numeroso? —pregunta Purnaiya.

—La mitad de su ejército son bueyes —dice Ghaffur, con el bigote cubierto de leche especiada. Tipu se limpia el suyo, pero Ghaffur no capta la indirecta—. Con sus camellos, cocineros, esposas e hijos, avanzan tan despacio que las lluvias llegarán antes.

—Ojalá —dice Purnaiya.

Ghaffur toma nota del comentario de Purnaiya con un movimiento de la boca. Un tic de enfado. Un tic del tipo «no confío en ti».

—Sólo tenemos que acosarlos por el camino. Quemar el forraje antes de que lleguen sus caballos.

—Puedo vigilar los movimientos de Harris —dice Purnaiya—. Con Sayyid Saheb.

—No necesitamos observadores —dice Ghaffur—. Necesitamos guerreros. Guerreros leales.

Purnaiya no responde, como si hubiera pasado por alto la insinuación de Ghaffur. (Por supuesto, Purnaiya no pasa nada por alto; simplemente ha perfeccionado el arte de fingirlo.)

—General —dice Purnaiya al fin—, tiene leche en el bigote.

El general se lo limpia, echando chispas por los ojos.

Y así empieza una discusión en la que Tipu no tiene intención de mediar. Está concentrado en los restos del desayuno de sus dos invitados. Hay una tela blanca pulcramente doblada junto a su plato, pero no ve ninguna junto a su taza. ¿Ha llegado con una tela

encima? No se acuerda. Ya se ha terminado el té. No recuerda si la taza ha llegado cubierta con una tela blanca.

—¿Esta taza estaba cubierta cuando la han traído? —pregunta bruscamente.

Purnaiya y Ghaffur lo miran y luego miran la taza en cuestión.

—Sí —dice Purnaiya.

Tipu asiente con la cabeza. Parece que el momento de tensión ha pasado. Ghaffur se está volviendo de nuevo hacia Purnaiya cuando Tipu pregunta:

—Y el catador, ¿cómo se llama?

Ghaffur sonríe.

—¿Por qué el Tigre de Mysore necesita saber el nombre de un vulgar catador?

Tipu lo mira y Ghaffur se calla.

—Porque así lo deseo.

Purnaiya se lo dice: Riyad.

—Y este tal Riyad, ¿cuántos años lleva con nosotros? —insiste Tipu.

—Diez, como mínimo. Lo contrató el superintendente de las Cocinas Imperiales, cuya reputación, como el padsha sabe, es impecable, e insiste en que también lo sea la de todos los trabajadores de las cocinas que contrata.

Tipu permite que sus invitados continúen con la discusión sobre estrategia militar. Sin embargo, en privado piensa en su padre, que casi murió envenenado en Bednur, una ciudad que había invadido, pero no sometido. A la tarde siguiente, casi recuperado, Haidar reunió a sus hombres para regresar a la capital, donde comería manjares preparados por personas de su confianza. Detrás, en

Bednur, dejó a trescientos hombres y mujeres, presuntos conspiradores, colgando de las puertas de la ciudad.

Mañana Tipu marcha hacia Maddur; desde allí seguirá hacia el este y sorprenderá al general Stuart.

Hoy sale a caminar por Daria Daulat Bagh. Los cipreses bordean el paseo y ofrecen sombra. Aquí está el granado, enjoyado de frutos. Aquí están los árboles más exóticos, manzanos y melocotoneros, que se niegan a medrar. Le dice a Raja Khan que los replante en una zona más sombreada. Continúan paseando entre hierbas, orquídeas y hortensias de color púrpura.

Al llegar al otro extremo del paseo, Tipu se vuelve y contempla el palacio. Se imagina a una horda de casacas rojas subiendo por el camino. Se imagina el palacio en llamas detrás de pilares castrados, con sólo los tamarindos en pie, temblando con terribles visiones.

Son pensamientos rebeldes, que dan por hecha su derrota.

Pero debe prepararse para esa posibilidad.

También ha estado preparando la ciudad. Ganjam evacuada. Hombres llamados a filas, sus familias enviadas a otras partes de Mysore. La experiencia no importa. Llama a los que saben y a los que no saben de guerras, a cocineros y herreros y cesteros, a chicos de apenas catorce años, a hombres que sólo han tenido en sus puños las herramientas de su oficio. Ha mandado encalar los muros del fuerte y borrar todas las caricaturas, por si los ingleses lo asaltan y tiene que negociar otro tratado; las efigies de ingleses con narices de cerdo no ayudarán a su causa. Ni tampoco un tigre autómata devorando la garganta de un inglés. Sin embargo, este objeto debe

quedarse donde está, en el Rag Mahal. Que vean el alcance de su odio, si llegan tan lejos dentro de sus muros. Que lo sepan.

Gira el anillo de rubí que lleva en el meñique. Está más suelto que de costumbre. Su apetito ha disminuido estos últimos días, sus sueños lo alimentan con inquietantes visiones de ese eunuco traidor, el que ayudó a la begum Zubaida. En el sueño, el eunuco está de pie en una cuba con agua hasta la barbilla y los brazos encadenados a la espalda, las mismas condiciones en las que probablemente murió. Y sin embargo, en el sueño es Tipu quien se defiende ante el eunuco, admitiendo que sí, ha cometido actos brutales, muchos actos brutales, pero ¿no es la brutalidad un requisito de la guerra? ¿Y no es obvio lo que ocurrirá si ceden ante los nazarenos? La brutalidad de éstos se extenderá durante siglos, tendremos sus botas pisándonos el cuello y todo nuestro aliento se destinará a construir su riqueza al otro lado del mar.

Sin embargo, el eunuco nunca levanta la cabeza.

Tipu toquetea el rubí, que se dice que disipa las dudas. Y dice en voz alta:

—Meterán sus caballos en nuestra *masjid*.

Raja Khan pregunta con tiento:

—¿Quiénes, padsha?

Tipu lo mira de reojo mientras espera que Raja Khan diga lo que dice todo el mundo, que las lluvias llegarán pronto, que el río crecerá. Que los ingleses se ahogarán al intentar cruzarlo.

Sin embargo, inesperadamente, Raja Khan deja de mirar a su amo y se vuelve al jardín.

—Si no se los han comido ya todos.

—¿Comido?

—Es cierto, padsha. Los paganos comen caballo.

—No comen caballo.

—Y hacen otras cosas con sus caballos, por lo que he oído.

—Raja Khan —dice Tipu en tono de ligera censura. Pero, por primera vez desde hace mucho tiempo, sonríe.

Desde los desastres de Maddur y Malavalli, Tipu tiene pesadillas. Para evitarlas, encuentra consuelo en el versículo en que Alá le dice a Mahoma a través de Gibreel: «Hemos creado al hombre para enfrentarse a la dificultad. ¿Acaso cree que nadie tendrá poder sobre él?»

En cuanto Tipu se levanta de su alfombra de oración, el dolor le apuñala un lado de la rodilla; una pálida sombra del dolor original, causado por la espada del enemigo. Se levanta con las manos en los muslos, respirando hondo. «Te hicieron para ser humillado —piensa —. Te hicieron para este dolor.»

Recibió la estocada en Malavalli. Todo iba muy bien al principio, por la mañana temprano, mientras él y sus tropas avanzaban por la jungla. Se dividieron en dos flancos, y entonces, en el momento preciso, los dos flancos atacaron las tropas de Montresor por la retaguardia y por el frente. Justo cuando la matanza concluía llegó Stuart, el maldito Stuart informado por sus malditos espías de que habían avistado la tienda verde de Tipu cerca de Maddur. Más carnicería, más confusión; Tipu acabó retirándose con lo que quedaba de su ejército.

Alguien dijo que Benki, el primo de Tipu, estaba entre los muertos. Lo habían visto por última vez tendido en el suelo, con los

ojos inmóviles mirando al cielo.

Se dice que rugía como un león mientras luchaba, rodeado de caballos ingleses que caían relinchando sobre las bayonetas de Mysore. Benki Nawab, su gordo y fiel primo, que se había ganado su fogoso nombre por incendiar Malabar. Siempre listo para vencer a cualquier precio. A veces va demasiado lejos, como en el caso de Malabar, pero así es Benki.

Así era Benki.

No hay tiempo para lamentaciones. Tipu debe nombrar un sustituto como jefe de su escolta personal. Primero piensa asignar el puesto a Purnaiya, pero vacila y finalmente se decide por Raja Khan. No es que no confíe en Purnaiya, no es eso. Probablemente Purnaiya está ahora mismo a caballo, junto con Sayyid Saheb y un puñado de tropas, quemando forraje en el camino del general Harris para que su séquito de toros, cabras y caballos sólo pueda llevarse ceniza a la boca. Probablemente.

En los últimos días, los cohetes de Mysore han silbado en el cielo, música para los oídos de Tipu. El sultán observa desde las fortificaciones del sur, donde ha montado su tienda. Con cada explosión, aprieta los dientes. Sabe qué aspecto tendrán para los ingleses: unos artefactos maravillosos y temibles que se elevan mucho más de lo esperado. Tipu está orgulloso de sus cohetes. Fue él quien concibió la fabricación de cámaras de combustión de hierro donde la energía del estallido alcanzaría alturas sin precedentes; los esquemas están registrados en su tratado sobre cohetería.

Unos años después, sir William Congreve fabricará una réplica del cohete de Tipu y lo llamará Congreve. Sin embargo, de momento los cohetes son del sultán Tipu, con espadas en las puntas, volando hacia el enemigo.

Los cohetes se lanzan desde Sultanpet, un bosque a las afueras de la fortaleza. Harris ordena a sus hombres que sometan la artillería de cohetes. Sus hombres están débiles, famélicos porque sólo se alimentan con medias raciones de arroz, las únicas provisiones que les quedan. Un viento fuerte podría derribarlos.

Muchos de los hombres de Harris mueren esa noche, tratando de tomar Sultanpet. Por la mañana, la fortuna se vuelve a su favor. Wellesley ha llegado —el hermano menor, no la almorrana andante, aunque este Wellesley pronto resultará igual de molesto para Tipu.

Alimentados, reforzados, toman Sultanpet.

Ahora están a mil quinientos gaz del fuerte.

Traidores, traidores por todas partes. Tipu los cuenta con los dedos. Purnaiya y Sayyid Saheb. ¡Con qué facilidad podrían haber destruido el forraje, debilitando así los sesenta mil bueyes que acompañaban al ejército de Harris! Pero no, Harris está aquí, prueba de que Purnaiya y Sayyid Saheb no han hecho nada. ¿Y qué decir de Qamar-uddin Khan, ese demonio de cuatro patas? Si hubiera hecho su trabajo, los ejércitos de Floyd y Stuart nunca se habrían encontrado, nunca habrían cruzado el Kaveri. Y las lluvias, ¿cuándo vendrán? ¿El mundo natural también conspira contra él?

Piensa en pedir consejo a Ghaffur, pero Ghaffur ha muerto. Su mejor general, su más viejo amigo, que podía hacer girar un caballo entre sus piernas mientras reía. Muerto ayer de un cañonazo. ¿O fue anteayer? El tiempo se desangra. La realidad permanece: Ghaffur está muerto.

Entretanto, Harris ha enviado sus condiciones en forma de una carta manuscrita, entregada por los vakils de Tipu:

La mitad de Mysore.

Dos *crore* de rupias en seis meses.

Cuatro de sus hijos y cuatro de sus generales como rehenes.

Veinticuatro horas para aceptar.

Tipu se queda mirando la carta que tiene en las manos, la caligrafía inglesa que recorre la página. Un fuego frío penetra en su pecho. No tienen ningún deseo de hacer las paces. No tienen interés en domarlo, como han hecho con reyes más débiles. Él controla los puertos del suroeste, las especias que salen, la riqueza que entra. La única ambición de los ingleses es aplastarlo.

Ghaffur, que siempre sabía cuándo abandonar la fiesta, ha muerto.

El papel tiembla en sus manos.

Se plantea escribir una última carta a sus hijos, igual que Haidar se la escribió a él. Pero entonces recuerda el peso de esa misiva. «Haz esto. Haz aquello. Compra a Francia. Salva Mysore.» Lo ensilló como si ensillara un caballo y luego... bum. Se fue.

No les hará lo mismo a sus hijos. Ninguno de ellos tiene las agallas ni la astucia para fomentar una verdadera rebelión. Les basta con hacerse pasar por rebeldes y eso está bien, cuando se para a pensarlo. En público, le gusta decir: «Mejor vivir dos días como un

tigre que doscientos como una oveja.» Un inconveniente de ser tigre: camina solo.

Deja la carta. No tiene nada más que escribir. Ahora el Todopoderoso sostiene la pluma.

Le dice a Raja Khan que disponga sus aposentos en el *choultry* de las murallas septentrionales. Raja Khan se resiste. El pequeño santuario de piedra está destinado a los viajeros de paso; no es lugar para la realeza. Pero Tipu quiere vigilar el avance inglés y no le importa que sea desde un humilde refugio. Siempre le ha gustado el olor de la piedra, el frío acogedor de una cripta.

EL ASEDIO

La fortaleza ha conocido la violencia a lo largo de su vida. El sultán Tipu se la arrebató al nawab de Arcot, que se la había arrebatado a los peshwa del imperio Maratha, que se la habían arrebatado a los Wodeyar, que se la habían arrebatado a Timmana Nayaka, que se la arrebató a la tierra en algún momento del siglo XIV. Incluso su nacimiento, como lo son todos, fue un acto violento.

Pero nadie ha disparado antes balas de cañón contra los muros. Ningún enemigo ha sabido —como ahora saben los ingleses— que el muro noroeste de la fortaleza es el más débil. Es la clase de información que sólo puede dar alguien de dentro. Y dentro hay muchos que han podido darla.

Así que el cañón dispara y el muro noroeste se deshace como una galleta.

Se colocan minas debajo de la brecha. Estallan cuando los habitantes de Mysore corren a taparla con piedras rotas, sus propios cuerpos convertidos también en escombros.

Por primera vez en lo que lleva de vida, la fortaleza se muestra inestable, desigual. Las tropas de Mysore vigilan la brecha de noche. Si los muros hablasen, dirían que el general Harris tiene al jefe de las tropas, Mir Sadiq, en el bolsillo.

Por la mañana, el ejército inglés entra por la brecha. Vadean el río Kaveri, que tan sólo les llega a la cadera en su punto más profundo.

Les parece increíble estar cruzando el río. Siempre ha parecido imposible hasta que, de pronto, ha dejado de serlo.

Los soldados ingleses apenas tienen fuerzas para mantener las armas levantadas sobre la cabeza. Pero algo distrae su hambre. Contemplan la luz color miel que cae a franjas sobre el agua y bruñe el lecho del río, transformando las piedras grandes y pequeñas en huevos dorados.

Otro milagro: nadie les dispara desde la orilla opuesta. Nadie se resiste a su avance.

Siete minutos después han plantado una bandera en la muralla sur. Ahora la fortaleza es suya. Y también, creen, todo lo que contiene.

Los ejércitos de la Compañía de las Indias Orientales —los dragones ligeros y los regimientos de infantería, los mercenarios suizos y las brigadas escocesas, las tropas cipayas de Madrás y Bengala— inundan las calles. Cebados con descripciones de las mazmorras de Tipu, historias de clavos hincados en ojos inocentes (no hay pruebas de ello, pero las pruebas, de momento, no vienen al caso), disparan a cualquiera que se cruza en su camino. Todo es facilísimo. Ceden los muros de piedra, cede el esternón contra el acero. Miles de habitantes agonizan, cualquiera podría ser el sultán Tipu. No saben qué aspecto tiene, sólo han oído hablar de un hombre gordo de mirada salvaje, boca negra y risa sanguinaria.

Ahí está el palacio de Tipu, con sus altas columnas estriadas y tesoros incalculables para saquear.

Y también para saquear: las mujeres y las niñas de la zenana.

Cuatro serán inmortalizadas en un popular grabado inglés: los labios finos y sonrientes, los torsos retorcidos en protesta contra los soldados que se las llevan. En el grabado, los hombres parecen lujuriosos y lascivos. En realidad, son eficientes en su captura, tácticos y fríos.

De las mujeres, algunas gritan y otras no. Algunas ofrecen joyas a cambio de inmunidad. Una mujer, para quien ofrecer ya resulta inútil, se tambalea al doblar la esquina, sujetando el cordel desgarrado de su falda. Sabe que sobrevivirá a esta noche y a muchas otras. Lo que la sostendrá es la historia que se formará en su cabeza, en la que ella no es un botín de guerra, sino una guerrera caída.

Al anochecer, los vencedores descubren el cadáver del sultán Tipu cerca de la Puerta del Agua. Es Raja Khan quien lo señala con el dedo; señalar y resollar es lo único que puede hacer mientras yace cerca, desangrándose a causa de una herida en el estómago.

Se vio al sultán disparando desde las murallas con una serie de rifles de caza que le entregaban, uno tras otro, sus sirvientes, hasta que un disparo lo derribó. Mientras agonizaba, un soldado inglés intentó robarle el cinturón de la espada. Tipu respondió con una estocada, hiriendo al soldado en la rodilla. Y el soldado le puso una pistola en la sien.

Y así murió el Tigre de Mysore.

Ya difunto yace en un palanquín, el cuerpo aún caliente. Más bajo y de tez más clara de lo que esperaban, viste de manera informal: una chaqueta de lino y pantalones floreados. También es extraña la

expresión de su rostro, transmite una calma apacible que nadie esperaría de un tirano.

Mientras los oficiales examinan el cadáver, un soldado corta una punta del bigote del rey muerto con el filo de su bayoneta. Sonríe tímidamente a sus consternados superiores. «Una pequeña recompensa, señores. Todos lo hacen.»

De las nueve pinturas que imaginan los momentos finales del sultán Tipu, ninguna nos muestra a Abbas, agachado detrás de una columna rota junto a la Mano Maravillosa. Una extraña pareja, estos dos. Y, sin embargo, cada hombre es lo único que el otro tiene, una alianza nacida de la pura casualidad.

Poco antes, Abbas se tambaleaba en un callejón e intentaba encontrar la forma de salir de la fortaleza cuando un cañonazo distante le estremeció todo el cuerpo desde las plantas de los pies. Un caballo pasó a su lado, arrastrando a su jinete por la pierna. ¿Dónde estaba Munir? Munir era su compañero camillero, con el que había practicado una semana entera para encargarse del traslado de los muertos. (De la práctica, sólo recordaba el primer paso: colocar al difunto en una posición que permita levantarlo.) Munir había gritado: «¿Cómo vamos a llevar la camilla si nos han llenado de agujeros?», y huyó de su puesto.

Las prácticas no los habían preparado para la brecha en los muros de la fortaleza. ¿Caos fuera de las murallas? Tal vez. ¿Ganjam invadida? Muy posible. Esa posibilidad había llevado a Tipu a evacuar las zonas industriales, vaciar el arsenal y ocultar todos los suministros para evitar que los fundieran y convirtiesen en munición.

Al prepararse para la huida, Abbas había ayudado a su familia a cargar el carro de bueyes con sus pertenencias. Faruk ya se había ido con su mujer e hijos a la casa de su cuñado en Somnathpur. Junaid había recibido un aplazamiento de su inicio del servicio para poder llevar al resto de la familia a Shimoga, de donde no volvería. Abbas se negó a participar en ninguno de estos planes, por mucho que su madre lo maldijera y llorase y por mucho que sus hermanos amenazaran con dejarlo inconsciente y llevárselo. (Al oírlo, Abbas se había reído; sus hermanos, no.)

—Siéntate a mi lado —le había dicho su padre dando unas palmaditas junto a él en el carro.

Abbas le recordó que no los acompañaba. Su padre le preguntó la razón. Su madre miró a Abbas con los ojos enrojecidos de tanto llorar, con la esperanza de que cambiase de opinión.

Abbas le dijo, como ya le había dicho antes, que se quedaba a servir en el ejército de Tipu.

Su padre se quedó perplejo.

—Pero tú no eres de los que guerrean —murmuró—. No podrías matar ni a una mosca.

Abbas suspiró. Lo que significaba el suspiro no le quedó claro a Yusuf Muhammad, pero vio que su hijo estaba frustrado y supuso que él era la causa, algo que lamentaba porque a quien más quería de este mundo era a su hijo menor. Antes ocultaba su preferencia detrás de una expresión estoica, mientras fingía no ver al chico tallar un pequeño adorno tan exquisito que era digno de exponerse. «¿De dónde sales? —se preguntaba Yusuf en tales momentos, no sin cierto temor—. ¿En qué te convertirás?» Yusuf Muhammad pensó que ahora nunca lo sabría.

Desde el asiento del carretero, Junaid dijo con frialdad:

—Déjalo ir, *abba*.

Yusuf Muhammad apretó con fuerza la mano de su hijo y la soltó.

Abbas se quedó mirando la carreta de bueyes que se alejaba, con Junaid sentado delante y el resto de la familia andando al lado. Sólo Yusuf Muhammad miraba a Abbas desde la parte posterior del carro, y qué aberrante le parecía dejar a su hijo atrás. No apartó la vista mientras Abbas se volvía cada vez más pequeño en la distancia, tan perdido como un niño que necesita la mano de un padre, y rezó para que alguien, quien fuese, se la tendiera.

Un hombre pasa a empujones junto a Abbas sosteniéndose un lado de la cara destrozada, sólo para cruzarse con una bayoneta que lo atraviesa por la parte baja de la espalda; quizá Abbas se lo imagine, pero el ruido que hace es como un pequeño reventón y su propia vejiga se vacía por una acción refleja.

Corre en la dirección opuesta a la del hombre ensartado. No sabe adónde se dirige.

Al doblar una esquina se encuentra a la Mano Maravillosa desplomado contra una pared, ahuyentando un cuervo que parece haberlo confundido con un cadáver. Su turbante ha desaparecido y se le ve una cabeza muy pequeña.

Sus ojos se cruzan con los de Abbas.

—Ayuda —dice en voz tan pausada, tan neutra, que podría estar pidiéndole indicaciones—. Ayúdame, hijo.

Una horda de hombres gritando se acerca a la esquina.

Abbas se arroja sobre la Mano Maravillosa y los dos caen al suelo, Abbas de espaldas al estruendo. Su única esperanza es que los soldados cometan el mismo error que el cuervo y los tomen por un par de cadáveres.

Durante los once segundos siguientes, con la nariz en la barba de la Mano Maravillosa, Abbas deja de respirar.

El clamor aumenta y dobla la esquina, lleno de gritos maníacos y pisadas que retumban en las piedras.

Cuando el ruido ha pasado, Abbas abre los ojos. Está nariz contra nariz con la Mano Maravillosa, cuyo ojo derecho sangra.

—Hijo mío —dice la Mano, cuya fragilidad devuelve a Abbas su fuerza y su decisión.

Se pasa el brazo del anciano por los hombros. Juntos atajan por un callejón, la Mano Maravillosa despacio por su pierna torcida, pero capaz de avanzar. Un olor a quemado y a humo impregna el aire, las paredes se han convertido en una bruma blanca que le nubla la vista y le obstruye los pulmones y, sin embargo, cuando divisa el baniano sabe que la Puerta de Delhi está cerca. Si puede cruzarla con el anciano, conocerán la gloria de otra hora, de otro año, quizá incluso del resto de una vida normal.

Hay chispas y olor a metal, llueven fragmentos de piedra. Arrastrando a la Mano Maravillosa, pasa sobre cuerpos caídos —aquí un brazo, allá una cara— cuyos huesos finos se rompen bajo su peso. Al oír el chirrido de un cohete, tira de la Mano Maravillosa para protegerlo detrás de una losa.

Agachado, asomándose por encima de la losa, ve la Puerta de Delhi. Arrodillado en lo alto, un soldado enemigo apunta con su rifle

y dispara a cualquiera que intente cruzarla. Detrás del soldado, el cielo es una llamarada naranja, una imprecisa posibilidad.

Abbas sujeta con fuerza a la Mano Maravillosa, preparándose para correr.

—Oh —dice el anciano.

Despacio —porque todo parece moverse muy despacio— Abbas lo mira. Pero el anciano se ha soltado y echa a correr, por qué corre, por qué corres, está a punto de decirle cuando el mundo entero recibe una sacudida y él cae derribado al suelo.

Un pitido en los oídos. Sangre en la boca. Está atrapado debajo de algo. Con la mejilla apretada contra el suelo, ve que la Mano Maravillosa se aleja cojeando y llega casi hasta la puerta antes de caer abatido por los disparos.

Todos los sonidos se vuelven distantes, ahogados. Su respiración se reduce a un resuello animal. Pasan por su cabeza visiones del pasado...

Un campo de tulipanes de un rojo intenso. Una bolsita de seda. Una avispa dentro de un higo.

Abba cogiéndolo de la nuca.

Guirnaldas de claveles para una boda.

Un pequeño niño de madera.

Las montañas Brahmagiri. El río Kaveri y todos sus afluentes desembocando en el golfo de Bengala.

Barcos ardiendo en un mar de ceniza.

Las visiones se alejan a medida que la oscuridad lo consume.

La primera lluvia de la estación —la misma lluvia por la que Tipu rezaba, la lluvia que podría haberlo salvado— llega de forma torrencial, desgarrando la tierra y empapando las montañas de fétidos cadáveres. Los relámpagos palpitan en el cielo; los truenos retumban en la tierra. Implacable, la tormenta repliega la podredumbre. No la borra por completo; eso llevará tiempo.

La fortaleza tiene tiempo. La lluvia limpia las grietas entre sus piedras, las brechas en la muralla. El agua se mezcla con sangre y la arrastra a las alcantarillas y canales. La Puerta del Agua se hincha, el río crece. El humo se desplaza a Srirangapatna desde las casas arrasadas y bautiza la ciudad, que a partir de entonces llevará un nombre que sus conquistadores puedan (más o menos) pronunciar: Seringapatam.

Comienza el saqueo. Los soldados se embuten joyas en los bolsillos, en las mangas, en las axilas. Alguien lleva el busto de Luis XVI al hombro, con su fina sonrisa esculpida en porcelana *biscuit*. («Le pedí tropas —le dijo Tipu a Purnaiya cuando llegaron los regalos— y me envía su cabeza.») Cargan cortinas de cretona, sedas flameadas, rubíes arrancados de los remates. Se llevan los cojines de las *howda* o sillas para montar elefantes; también armas de fuego, espadas con joyas incrustadas, mazas de plata, láminas de oro de la mejor calidad. El general Harris ordena que se cierren las puertas de la ciudad para evitar que los soldados escapen con el botín, por lo que éstos lo arrojan por encima de las murallas o montan poleas simples.

Por su parte, Harris monta un patíbulo también simple y ahorca a cuatro de sus propios hombres. Azota a muchos más. Y aunque los

tigres no tenían nada que ver con el robo —simplemente habían estado muriéndose de hambre en sus jaulas—, ese mismo día abren las puertas de su encierro. Bahadur Khan cojea hacia una libertad que conoció veinte años atrás, cuando lo sacaron por primera vez de la selva. Tiene el pelaje sarnoso, las costillas como garras. Levanta la vista al cielo sin barrotes y apenas tiene fuerzas para respirar ese aire antes de que lo abatan a tiros.

La lluvia ha remitido, el orden se ha restablecido casi por completo.

En el patio de armas, delante del palacio personal de Tipu, el general Harris monta un comité de recompensas. El saqueo es el caos; la recompensa es organizada.

Se colocan en fila tres largas mesas donde siete agentes de recompensas y un orfebre hindú estudian cada objeto que se retira de la tosh-khana de Tipu, lo registran en un libro de contabilidad, le asignan un valor y lo adjudican como recompensa a un destinatario según su rango.

Una multitud de hombres blancos espera su turno. Entre ellos está el coronel Horace Selwyn. Lo acompaña Rangappa Rao, su ayudante de campo y cipayo de la Infantería de Madrás.

Parece una forma muy desordenada de hacer las cosas, al menos para Rangappa, o Rum, como lo llaman. Pero Rum se guarda su opinión. Su único trabajo es esperar a que se anuncie el nombre del coronel Selwyn y mantener la calma. Difícil, con el hedor de los cadáveres en el aire, amontonados fuera de la vista pero cuyo olor resulta de lo más acusador.

Desde que se convirtió en ayudante de campo del coronel Selwyn, Rum no tiene amigos entre los demás cipayos. Lo que a veces hace que se sienta solo. Sin embargo, el puesto también tiene sus ventajas. Al menos no es uno de esos desgraciados obligados a amontonar cadáveres. ¡Hay tantos! Dos horas han tardado en acabar con todos. Dos horas.

(Pero no se permitirá compadecerse de esos hombres, claro que no, lleva décadas esperando la caída de Tipu, se ha imaginado una y otra vez clavándole los pulgares en los ojos, hundiendo un cuchillo oxidado en el corazón de esa maldita bola de sebo...)

—¿Crees que a ella le gustaría un broche? —pregunta el coronel Selwyn.

Rum vuelve al presente.

—Mi señor, ¿alguna vez ha visto a lady Selwyn llevando un broche?

El coronel Selwyn entorna los ojos, como si tratara de evocar el recuerdo de su esposa con un broche. Rum no conoce a lady Selwyn, pero a lo largo de sus meses de servicio ha recibido del coronel Selwyn una impresión general negativa.

—Una mujer incorregible —dijo una vez el coronel, inclinado sobre una carta en su escritorio improvisado. Estaban en una tienda a las afueras de Porto Novo—. Acaba de comprar una corbata de madera tallada por Grinling Gibbons. ¿Para qué demonios necesitamos una corbata de madera? Además, no es que me pregunte si puede comprarla. Sólo me informa. Por no mencionar todo lo que no me cuenta. ¡Como ese espantoso cuadro de lady Digby en su lecho de muerte! —El coronel Selwyn se pasó una mano por la cara—. El periódico de Twickenham publicó una caricatura de lady Selwyn y un

servidor sentados en lo alto de una montaña de cachivaches, entre los que había... ¿qué era?... ah, sí: los huesos de un ratón que había pasado por el pie de Shakespeare. Y un grano de la nariz de Oliver Cromwell. ¡Un grano, Rum!

—¿Otra copa, señor? —Rum le sirvió el whisky.

—¡A saber qué más habrá comprado antes de mi vuelta!

El coronel habla de lady Selwyn con severidad, pero en momentos como éste, mientras menciona en voz queda las perlas o los colgantes, Rum se pregunta si este hombre no le tendrá algo de miedo a su mujer.

Hay cosas más importantes a las que temer, piensa Rum mirando las nubes, que parecen a punto de estallar.

Cuando llaman al coronel Selwyn a la mesa del comité de recompensas, le dan a elegir entre un cofre de filigrana de plata tachonado de gemas semipreciosas o dos mangos de palanquín de plata maciza bañada en oro, labrados en forma de cabeza de tigre.

El coronel Selwyn se inclina para observar los objetos. Se imagina cuál será la primera pregunta de lady Selwyn cuando le muestre el cofre o los mangos del palanquín: ¿Qué más se ofrecía? ¿Qué recibieron los demás? Y luego pondrá mala cara porque, después de treinta y tres años de casados, él no le haya traído lo que ella realmente quería: un objeto de un estilo y dramatismo auténticos.

—¿Coronel? —dice el agente, con la pluma sobre el libro de cuentas.

El coronel Selwyn recorre con la mirada los objetos reunidos en la tarima, detrás de los agentes. Broche de turquesa: no. Rociador de

agua de rosas, o lo que sea: no. ¿Telescopio y estuche...?

—¿Y esa cosa? —pregunta, señalando la enorme escultura de madera de un tigre devorando a un hombre.

—¿El Tigre Musical? —dice el agente, frunciendo el ceño—. Pues sólo es madera y cola. Aquí tenemos...

—Un cofre y los mangos de un palanquín, lo sé. ¿Cómo se hace la música?

El agente expulsa aire por las fosas nasales.

—Allan —dice, llamando al agente de la mesa contigua—, ¿cómo se hace la música del Tigre Musical?

—Creo que tiene un órgano dentro —dice Allan.

—¿Y era de Tipu? —pregunta Selwyn.

—Allan, ¿era de Tipu? —pregunta el agente.

—¿De quién iba a ser si no? —dice Allan, que suaviza el tono al ver la cara de pocos amigos de Selwyn—. Disculpe, señor, lo descubrieron en la sala de música. Burdo, en mi opinión.

—Me lo llevo —dice Selwyn—. El Tigre Musical, no los mangos del palanquín o lo que sean.

Y así, por su leal servicio en las guerras entre los británicos y Mysore, el comité de recompensas concede al coronel Horace Selwyn un Tigre Musical. Cuanto más mira Selwyn al tigre, más vértigo nota. Su esposa siente predilección por las historias de cruzados, sarracenos y caballeros, sangre y tragedia. Por una vez, le parece ir un paso por delante de ella.

Una sensación que no durará mucho, pues dos semanas después morirá de disentería y, según sus deseos, será incinerado.

Corresponderá a Rum entregar los restos a la esposa, junto con el uniforme del coronel, su medalla de plata por la batalla de

Seringapatam y una caja de madera de tal peso y proporciones que, por un momento delirante, lady Selwyn creerá que contiene a su marido, listo para salir como un resorte y sorprenderla.

Evaluar los libros de Tipu llevará más tiempo. Se encuentran en la biblioteca, una sala oscura y mohosa en la sección sureste de la veranda superior. La biblioteca está llena de cofres y los cofres están llenos de libros, miles de elegantes volúmenes encuadernados en cuero por orden del sultán. La mayoría conservan el nombre de los propietarios previamente saqueados, los reyes del Decán o de la región carnática, con el sello de Tipu encima. Un equipo de *munshis* examina las páginas y traduce los títulos. De los cuatro mil volúmenes de la biblioteca, ochocientos se enviarán a Londres y Calcuta.

Pero ¿qué ocurre con el resto de los manuscritos considerados en mal estado, carentes de cubiertas o de nombres? ¿Qué pasa con los manuales de jardinería y equitación, los consejos dictados desde el lecho de muerte, las memorias de las mujeres nobles confinadas en la zenana? ¿Qué hay de la poesía de Hafiz y Firdawsi? ¿Y de los tratados persas de magia? ¿Qué será de las crónicas de la vida cortesana, los cuadernos sobre cohetería y botánica? ¿Y la antología de oraciones y amuletos, los antiguos coranes, la introducción a los ragas y raginis? Cabe suponer que la mayoría de estos documentos serán pasto de las llamas cuando, una década después, Wellesley ordene destruir el palacio personal de Tipu.

Tres días después del asedio, los cadáveres se amontonan en carros y se llevan hasta el río.

Los cipayos trabajan sin descanso para despejar el terreno, aunque parece una tarea imposible: hay demasiados cuerpos amontonados sobre otros cuerpos, brazos echados a los cuellos, un mar de hombres y niños.

Cae la tarde. El cipayo más joven, un muchacho de dieciséis años, trabaja deprisa, ya sin paño cubriéndole la nariz porque el hedor lo penetra todo. Lo huele hasta en sueños. Quizá, piensa mientras agarra dos tobillos huesudos, seguirá oliéndolo el resto de su vida. Igual que seguirá viendo siempre esas caras, los ojos insondables, las gargantas abiertas. La mitad inferior de una pierna, cubierta de una ligera pelusa. Los surcos de una uña. Un buitre sacándole las tripas a un hombre.

Presenciar esas cosas y no sentir ni miedo ni asombro, ni siquiera un escalofrío: eso es estar maldito. El cipayo se inclina y se endereza llevando a cuestas una sensación de fatalidad, pues sabe que nunca podrá regresar del lugar donde está ahora.

Empieza a retroceder arrastrando el cadáver por los huesudos tobillos.

Entonces se detiene. Suelta los tobillos. Se queda mirando.

Allí, junto a la Puerta de Delhi, un *jinn* se levanta, tambaleándose, en el campo de cadáveres. Está demasiado lejos para verlo con detalle, pero ¿qué otra cosa podría ser, más que un genio? Un *jinn* con la forma de un joven delgado.

El *jinn* vacila unos instantes. En la luz crepuscular, el cipayo no alcanza a ver si lo está mirando.

El cipayo nunca se ha encontrado antes con un genio, pero su mejor amigo de la infancia creía en ellos y le contó historias increíbles de lo que un *jinn* era capaz de hacer: penetrar dentro de ti por la nariz, controlar tu cuerpo como si fueras una marioneta o matarte por dentro.

El cipayo se arma de valor. Sisea al genio y lo ahuyenta con las manos.

Para su sorpresa, el *jinn* se da la vuelta y se aleja cojeando hacia la Puerta de Delhi. El cipayo lo mira, primero aliviado y luego inseguro; su amigo nunca le habló de genios cojos.

A lo mejor resulta que el *jinn* no es un *jinn*, piensa. A lo mejor lo que él cree que es un genio es un hombre. Un hombre sepultado tres días debajo de un cadáver, un hombre silencioso pero vivo, abrasado por la sed, que ha sorbido agua de los charcos cuando nadie miraba, que se ha orinado encima, que se ha desmayado, ha despertado y ha esperado el momento propicio para levantarse.

Pero ¿quién creería algo así?

El cipayo se queda mirando la figura hasta que desaparece por la Puerta de Delhi, contento de verla partir, aunque seguro de que reaparecerá en otro lugar, con otra forma.

Diario de mi estancia en el mundo líquido

Observaciones y aventuras del marinero Thomas Beddicker

Julio de 1802.— Se dice que los ingleses nacen amando el mar. Algunos afirman que se debe a la fortaleza de nuestro carácter y a nuestras ansias de aventura. Mi madre dice que Inglaterra es una isla pequeña con mal tiempo; es natural que los ingleses sólo deseen escapar.

Mi madre es de Calais. Mi padre era oficial de la Compañía de las Indias Orientales cuando la conoció, le pidió la mano y le ofreció su fortuna. (Ella dice que era hermosísima en aquel entonces.) Sin embargo, cuando se reunieron en Suffolk descubrió que él ya se había gastado gran parte de esa supuesta fortuna. Al cabo de dos meses, mi padre sucumbió a una enfermedad y la dejó con dieciséis años y embarazada.

Mi madre me crió sola, con la misma fuerza de voluntad que la había llevado a Suffolk. Y yo, conocedor de su sacrificio y de sus penurias, me sentí orgulloso de anunciarle, a los diecisiete años, que deseaba ser, como mi difunto padre, marino de la Compañía de las Indias Orientales.

Ella recibió la noticia con un suspiro y dijo: «Deja de tomarme el pelo, Thomas, y pela esas patatas.» Supongo que seguía viéndome como un niño, el mismo que, cuando lo mandaban a buscar algo al sótano, la llamaba a gritos con cada paso que daba en la oscuridad.

Me recordó los peligros que entrañaba: enfermedades, aburrimiento, tormentas, por no hablar de los corsarios holandeses y franceses que, con sus propias compañías desmanteladas, eran unos amargados y unos resentidos del juego comercial. Durante toda mi

joven vida me había contado historias de los más célebres e infames barcos piratas: el *Preneuse* y su cruel capitán Dujardin; el *Confiance*, que surcaba los mares con sus costados negros y amarillos. Ya entonces esas historias me atraían misteriosamente.

Cuando mi madre vio que yo estaba decidido, se me abrazó a los tobillos y me suplicó que me quedara. Sólo me tenía a mí en el mundo. Pero ¿qué es un hombre que sólo tiene a su madre? Estaba decidido a trabajar mucho, a ganarme el aprendizaje y la amistad de los hombres y a ganar lo suficiente para que un día fuese una cocinera quien le pelase las patatas a mi madre.

Y así visité a un banquero amigo de mi padre —un mercader de té afincado en el número 420 del Strand londinense— que me consiguió una plaza en el servicio marítimo de la honorable Compañía de las Indias Orientales. Gracias a su generosidad me contrataron para formar parte de la tripulación del *Peppercorn*, un magnífico velero de unas ochocientas cuarenta toneladas y ciento cincuenta y un hombres a bordo.

Antes de zarpar fui iniciado por mis futuros compañeros. Uno de ellos, William Lowden, me había aconsejado discretamente que llevara un galón de grog al palo de mesana, pues de lo contrario mis compañeros me atarían a las jarcias según era la costumbre. Al principio, los demás se molestaron por la intervención de Lowden, cuya amabilidad me había librado de una buena. Sin embargo, los sorprendí con tres galones en lugar de uno, lo que les agradó y causó buena impresión. Todavía ahora recuerdo a William Lowden dándome una calurosa palmada en la espalda y diciendo: «Este muchacho llegará lejos.»

Navegamos hacia Madrás y Bengala, y ahora nos hallamos en la ciudad portuaria de Pondicherry, donde haremos reparaciones y calafatearemos el casco durante los próximos cinco días.

Apenas hemos visto Pondicherry, pues nuestro tiempo pertenece a la Compañía. A veces los niños negros se detienen en el extremo del astillero para vernos trabajar. Cuando los miramos, gritan y se dispersan como una bandada de estorninos.

Samuel Lowden me desprecia por saludar a los niños y dice que todos son unos ladronzuelos.

Me refiero aquí a dos Lowden muy distintos. Está William Lowden, el camarada que me rescató de una iniciación como es debido, y luego está su hermano mayor, Samuel Lowden, el contramaestre, que no tiene ni una pizca de la bondad de su hermano.

Samuel Lowden no tuvo siempre un carácter tan hosco. Los hermanos Lowden solían entretenernos todos los domingos con sus voces cantarinas. Pero William murió de un absceso cuando cruzábamos el paso de Mozambique y Samuel ya no volvió a cantar nunca más.

Fue la muerte de William Lowden lo que me inspiró a escribir un diario, como hacía él. «Aunque haya ganado poco dinero —me dijo —, tendré un registro de mi paso por el mundo líquido.» Me pareció una buena frase: el mundo líquido. Pero así era William. Todo aquello en lo que ponía su mirada se volvía resplandeciente.

7 de julio de 1802.— Hoy hemos carenado el *Peppercorn*. Me ha sorprendido encontrar a un indostaní entre nosotros. Me han dicho que trabajará como ayudante de carpintero del señor Grimmer, un

irlandés de pocas palabras hasta que toma un vaso de grog y se le oye más que a la campana de una iglesia.

Samuel Lowden estaba furioso y ha dicho, delante del indostaní, que su raza es débil y perezosa, no mucho mejor que la de los mandarines o los hombres de Manila.

—Cincuenta lascares no valen lo que un solo marinero británico —ha proclamado.

El señor Grimmer le ha dicho que se vaya a menear el rabo a otra parte.

O el indostaní no entiende inglés o se hace muy bien el sordo. A mi modo de ver, ha trabajado como el que más sacando de las bodegas la carga, el ancla, la estiba y el resto. Hemos arrastrado veinte cañones a la arena y hemos amarrado los mástiles del *Peppercorn* con sogas.

Entonces ha empezado el trabajo peligroso. Nos hemos puesto en fila y hemos agarrado la soga, el indostaní delante de mí, desnudo hasta la cintura (tenía un tono mulato). Todos hemos hincado los talones en la arena para tirar a la vez, gimiendo y esperando no acabar aplastados como los pobres desgraciados de Java, hasta que, por fin, con una gran succión de agua, el *Peppercorn* se ha inclinado para mostrar su vientre al cielo.

Sólo una vez he sorprendido al indostaní ocioso, y ha sido al reunirnos junto al casco inclinado. Bajo la línea de flotación de la embarcación se veía un bosque denso y goteante de algas y otras plantas marinas, frágiles alas calcáreas de molusco, percebes como relucientes dientes blancos. He visto que el indostaní golpeaba un percebe con la uña. Parecía sentir una profunda curiosidad por su estructura, como si su atención pudiera desvelarle un secreto. El

hechizo se ha roto cuando el señor Grimmer le ha dado un cincel y nos ha dicho a todos que empezáramos a rascarlos del casco, pues si queríamos cumplir con los horarios de la Compañía, no podíamos permitir que semejantes polizones nos retrasaran.

Agosto de 1802.— A las cinco de la tarde hemos levado anclas y hemos desplegado las velas al son de nuestros propios cañonazos. El eco nos ha penetrado hasta los huesos o al menos hasta las suelas de las botas, tan atareados estábamos con las velas y el ajuste de escotas y obenques. El mar estaba revuelto y el viento soplaba del noroeste con fuerza. Normalmente nos acompañaría un convoy de otros barcos porque la unión hace la fuerza, pero, tras la Paz de Amiens firmada entre Francia e Inglaterra, nuestro barco ha zarpado solo.

6.— Adiós al último avistamiento de tierra...

7.— Desenganchamos los anclajes y enrollamos los cables para guardarlos en la bodega...

8.— Hoy estaba fregando la cubierta cuando he descubierto al indostaní desplomado sobre la borda, sujetándose la cabeza como si quisiera mantenerla pegada al cuello. Lleva dos días vomitando. Recuerdo muy bien ese infierno, ya que lo sufrí en mi travesía desde Deptford. Le he aconsejado que mantenga la vista fija en el horizonte y los pies separados a la altura de las caderas. Me ha dirigido una mirada apagada y le he hecho una demostración. «Hazlo y pronto te acostumbrarás al mar», le he dicho.

Se ha enderezado y, sin soltarse de la borda, ha seguido mis sugerencias. «*Merci*», me ha dicho. «*Du rien*», le he contestado, sorprendido y preguntándome si habla más francés. (Soy el único francófono entre mis compañeros.) Pero me he apresurado a seguir fregando antes de que Samuel Lowden pueda acusarme de tomarme libertades con mi tiempo.

10—. Esta mañana Samuel Lowden nos ha despertado bruscamente cortando la soga de nuestras hamacas con su navaja. Al parecer, no nos habíamos levantado en el instante requerido, de ahí la caída. Varios de nosotros nos planteamos quejarnos al capitán Northcote, que es un hombre de buen corazón, conocido por tratar a sus guardiamarinas igual que a sus oficiales. (Aunque no somos guardiamarinas, aún no.) Este plan tiene dos problemas: el capitán Northcote siempre va de aquí para allá, por lo que es difícil hablar con él. (Lo hará a propósito, supongo.) El otro problema es la compasión que aún sentimos por Samuel Lowden.

Cuando William Lowden estaba vivo, veíamos a Samuel Lowden como a un hermano mayor. Podía ser severo con nosotros, pero también jugaba y bromeaba. Ahora se ha endurecido contra nosotros, sus inferiores, y sanciona nuestras más nimias infracciones con rigurosos castigos. Hemos acordado no quejarnos al capitán, pero mi compañero Bunn dice que si el corte de las hamacas es una señal de lo que nos espera, será un viaje doloroso.

1 de septiembre de 1802.— Cinco días de fuertes tormentas. Nunca había trabajado tanto en mi vida, reparando velas rasgadas por el viento hasta que se me han agarrotado los dedos. En la peor noche, sólo he podido aferrarme al mástil más cercano que he encontrado en cubierta mientras nuestro *Peppercorn* se agitaba sobre las olas, tan ligero como el grano de pimienta que lleva por nombre.

En un momento dado, un rayo ha estallado en la superficie del mar como si miles de diminutas cuentas blancas hubiesen caído del cielo. Aunque la tormenta ya ha pasado y el cielo está despejado y azul, cuando cierro los ojos sigo viendo esa sarta de luces, bolas de fuego cayendo y rebotando de un modo inimaginable. Cuando le he preguntado a Bunn si había visto lo mismo que yo, me ha respondido: «Creo que esas luces son las que a ti te faltan, Thomas.»

No sé cuándo adquirí la reputación de tener la cabeza en las nubes, pero no es algo que me guste. Que un hombre esté callado en compañía de amigos no significa que sea dado a ensoñaciones. William Lowden lo entendía. En las guardias nocturnas estábamos tan cómodos hablando como en silencio, y él siempre sabía cuándo cierta sensación de soledad me carcomía por dentro. «¿Mal tiempo?», me decía, refiriéndose a mi ánimo. Pero nunca trató de disuadirme de esos estados porque él los sufría a veces, igual que todos, por mucho que tratemos de disimularlo.

10 de septiembre de 1802.— Esta mañana nos han despertado unos gritos. Era el ayudante del cirujano diciendo que había un boquete en el barco, ¡que el barco se hundía!

El capitán ha bajado a evaluar los daños junto con el primer oficial, el maestro carpintero y los oficiales primero y segundo del carpintero; este último, el indostaní. El resto me lo han contado testigos presenciales:

Con muchos aspavientos, el ayudante del cirujano ha señalado un charco junto a su cama. Se ha arrodillado para buscar en la pared, dejando ver las plantas manchadas de sus pies porque no ha tenido tiempo de calzarse antes de subir corriendo a cubierta. Ha insistido en que se había agujereado durante la noche y ha gritado al indostaní para que lo ayudase a localizar la gotera.

El indostaní ha descubierto una jarra vacía en el suelo.

Todos se han quedado mirando la jarra. Es fácil imaginarse el silencio subsiguiente.

Enseguida se ha comprobado que el ayudante del cirujano había volcado la jarra por la noche, probablemente mientras soñaba con un barco que hacía aguas. Después de unas palabras del capitán Northcote, el grupo ha salido del camarote con el ayudante del cirujano abrazando la jarra vacía contra su pecho. Aunque compadezco al pobre hombre, también le agradezco que nos haya hecho pasar un buen rato.

1 de octubre de 1802.— He sido inconstante a la hora de escribir porque el mal tiempo no me ha dejado ni un momento de asueto. Al menos las tempestades han mantenido alejados a los corsarios, aunque ahora nos hallamos a treinta millas de nuestro rumbo.

Para mi sorpresa, he encontrado a un amigo en el indostaní. Durante las dos guardias nocturnas de esta semana nos han

asignado a sotavento del alcázar. Anoche el cielo estaba tan nublado y sin estrellas que no podíamos vernos la mano al final del brazo. Tampoco podíamos encender una vela, ya que las llamas y los silbatos están prohibidos a partir de las siete de la noche para no llamar la atención de los corsarios. Sin mucho más que hacer, hablamos. El indostaní estaba encantado de poder hablar con alguien en francés. A lo largo de nuestra conversación, ha ocupado las manos tallando un pequeño bloque de madera, y la hoja producía un *ras-ras* que me resultaba agradable.

Abbas, como se hace llamar, era carpintero en el reino del sultán Tipu. (He oído hablar de Tipu el Traidor, por supuesto, pero al no conocer las lealtades de Abbas, me he limitado a asentir.) Mientras estuvo allí, Abbas aprendió francés de un gran inventor llamado Lucien Du Leze. (Pronunció el nombre con expectación como si yo fuera a conocerlo, pero no es el caso.) Desde Mysore viajó quince días —a pie o en cualquier carro que lo llevara— y consiguió llegar a Pondicherry, donde se dedicó a vender baratijas y cajas de teca que él mismo tallaba. Cuando estaba desesperado, mendigaba. Aprendió inglés con un misionero en una iglesia católica, donde también le daban una comida al día siempre que aceptara tomarse de la mano con otros nativos cristianos y rezar. En realidad es mahometano.

Un día, cuando Abbas se hartó de las lentejas aguadas y las manos húmedas, fue a los muelles, estudió los barcos y memorizó las extrañas criaturas talladas en sus costados. Una tenía una cola de pez escamosa y cuerpo de hombre. En la proa de otro había una mujer vestida con una túnica ondeante, los pliegues inmóviles en el aire. Algunos barcos carecían de tales adornos. Muchos mostraban

leones. «¿Es Inglaterra un país de muchos leones?», me preguntó, a lo que respondí que no había ninguno.

Pasó tres días tallando una cabeza de león con tirabuzones de niña, similar a la que había visto en el costado de un barco. Cuando se la llevó al maestro carpintero, el señor Grimmer quedó muy impresionado, sobre todo cuando vio la navaja diminuta que Abbas había utilizado. El maestro carpintero necesitaba un ayudante para el viaje de regreso, ya que el anterior había desertado en Calcuta. (Nunca conocí al desertor, pero no creo que su vida haya mejorado. Sólo la degradación seguirá a alguien tan desleal.)

Y así acabó Abbas carenando el *Peppercorn* en su primer día de trabajo. Tiene un contrato de cinco años, igual que yo.

Nos contamos nuestros mayores deseos. El mío: capitanear un barco de mi propiedad. El suyo: crear algo que le sobreviva y por lo que sea recordado.

Cuando le pregunté qué sería ese «algo», me dio el pequeño objeto que había estado tallando.

—No esto —dijo con timidez.

Para entonces había empezado a clarear. Vi que el objeto era una pequeña ballena, de flancos lisos y aletas perfectas. No sé cómo lo hizo en la oscuridad, pero lo recordaré por ello.

3 de octubre de 1802.— Samuel Lowden me ha acorralado mientras engrasaba un mástil y, fingiendo despreocupación, me ha preguntado qué era lo que me tenía tan conchabado con el indostaní. No he respondido porque la pregunta no parecía una pregunta en absoluto. Aun así, ha insistido en saber de qué

hablábamos. Le he dicho que de nuestras vidas y de nuestras familias, como haría cualquiera que se enfrentara con un compañero a cuatro horas de guardia nocturna y a todo el mundo líquido por delante.

—¿Mundo qué? —ha dicho Samuel Lowden, con una cara como si yo acabase de pedorrear por la boca.

Entonces me ha dicho que los orientales no eran de fiar, que asentían con la cabeza y hacían lo contrario de lo que prometían. Y también que los lascares se estaban convirtiendo en una monstruosidad en las calles de Londres, que mendigaban y se degradaban en nuestra tierra cuando deberían volver a la suya.

Le dije a Samuel Lowden que Abbas no tenía nada que ver con esos orientales porque, para empezar, hablaba inglés y francés...

Ante esta revelación —que Abbas y yo habíamos hablado francés entre nosotros—, Samuel Lowden me ha acusado de tener demasiadas confianzas con el indostaní. «Por el amor de Dios», le he dicho, y entonces me ha amenazado con una docena de azotes por insolente. Solía decir esas cosas de manera jovial cuando su hermano vivía, pero ahora, con ese brillo en su mirada, hay que andarse con ojo.

20 de octubre de 1802.— Tras cruzar sin vicisitudes el ecuador, este sábado se nos ha permitido una noche de celebración. Una vaca y su ternero nos han proporcionado abundante carne para acompañar al cerdo. Ataviados con nuestras mejores galas, hemos alzado nuestras copas mientras el señor Morrison brindaba: «¡Por nuestras queridas y nuestras esposas!» Nuestro compañero más joven, Gordon, ha

gritado la respuesta: «¡Que nunca se encuentren!» Resulta gracioso viniendo de alguien tan joven y bisoño como Gordon, aunque él afirme conocer íntimamente a cierta dama londinense.

Han seguido canciones y representaciones teatrales y las parodias del señor Bazeley, que ha hecho una imitación inmisericorde del ayudante de cirujano, con el trasero en alto mientras buscaba un desgarrón en el barco y dejaba al descubierto el desgarrón en el trasero de sus calzones. Para conseguir la palidez anémica del ayudante, Bazeley se ha empolvado la cara con harina. Al cocinero no le ha hecho ninguna gracia.

Por mucho que disfrute de la carne fresca y el pan —un alivio a la galleta del barco—, no puedo oír una flauta sin pensar en William Lowden. Por la forma en que Samuel Lowden está algo apartado, secándose los ojos con el pulgar, sé que está pensando lo mismo.

21 de octubre de 1802.— Es costumbre que al marinero que cruza el ecuador por primera vez le corte el pelo el ayudante del cirujano. En nuestro barco, ese marinero es Abbas.

Desgraciadamente parece que el ayudante sigue enfadado por la parodia de anoche y se ha desahogado con el pobre Abbas y su cabeza de pelo negro, antes espeso. («¿Corte justo?», le ha preguntado Abbas, a lo que el ayudante del cirujano ha respondido que sería justo lo que se merecía.) Como no tenemos espejos, Abbas me ha pedido que le diga sinceramente qué aspecto tenía. Le he dicho la verdad, que su pelo ha sido sometido a una cosecha desigual. Abbas está ahora de mal humor.

Sinceramente, creo que tiene un aspecto más curtido que antes y algo más desesperado, lo que es bueno porque se parece más al resto de nosotros.

28 de octubre de 1802.— Hoy ha aparecido una embarcación desconocida al NE. Le hemos dado nuestra señal secreta, dos hileras de luces, a lo que la embarcación ha respondido alejándose a toda vela. Eso ha despertado nuestras sospechas y hemos ido tras ella. El capitán ha ordenado despejar el *Peppercorn* para el combate. Como encargado de la pólvora, afortunadamente he estado practicando toda la semana con cartuchos de fogueo. A la una de la madrugada la embarcación ha mostrado una hilera de luces, luego dos, luego tres... la señal adecuada que tendría que habernos dado para empezar. Ha resultado ser la fragata de Su Majestad *Egyptienne*, al mando del honorable capitán Bowser.

El capitán Bowser nos ha informado de que la Paz de Amiens ha terminado. El 19 de mayo, Francia e Inglaterra se declararon la guerra. («Ha sido rápido», he oído decir a Bunn.) El capitán Bowser ha afirmado que tenía más prisioneros franceses a bordo que tripulación, por lo que se veía obligado a reclutar a algunos de nuestros marineros para el servicio naval.

El capitán Bowser y el capitán Northcote han caminado por cubierta. Nos hemos quedado en nuestros camarotes, con la cabeza en alto y la respiración contenida, esperando no salir elegidos. Abbas se ha mantenido recto como un palo junto al señor Grimmer. Una vez le dije a Abbas que, dada la mala reputación de su raza, era poco probable que lo llamaran a filas. Cuando el capitán Bowser ha

pasado delante de él, he rezado para no equivocarme. Sólo ahora, al escribir estas líneas, me doy cuenta de lo mucho que su amistad significa para mí.

Finalmente el capitán Bowser ha elegido a ocho de nuestros hombres para que sirvan a bordo de su fragata. Uno era Gordon, pobre. Parecía muy triste al embarcar en el *Egyptienne*, aferrado a su cofre como el niño que, en algunos aspectos, todavía es.

Con el *Egyptienne* ya lejos e Inglaterra de nuevo en guerra, el capitán Northcote nos ha ordenado revisar los cañones y prepararnos para la defensa.

30 de octubre de 1802.— Vigilancia nocturna con Abbas. Me ha hecho una pregunta sorprendente: por qué Samuel Lowden lo odia tanto.

—¿Cómo sabes que te odia? —le he preguntado.

—¿Me abofetea por amor? —ha sido su respuesta.

Abbas ha citado otros incidentes de malos tratos, la mayoría de naturaleza verbal o casual, que siempre les pasan desapercibidos a los demás. A veces Samuel Lowden le dificulta o impide el paso. En otra ocasión, Abbas encontró una cola de rata en sus gachas y después Samuel Lowden le preguntó si le gustaba desayunar carne.

Le he contado a Abbas algo que me dijo un viejo compañero cuando me quejé de trato vejatorio en mi primer viaje desde Deptford. «A bordo de un barco sólo existen dos cosas: el deber y el motín. Todo lo que se te ordena que hagas es deber. Todo lo que te niegas a hacer es motín. Y el castigo por amotinarse es la horca.»

Entonces nos hemos quedado callados. Nunca he visto a un hombre colgando de la soga y espero no tener que verlo jamás.

Estas penalidades pasarán, le he dicho a Abbas. Dentro de unos meses estaremos en Londres y —se me ha ocurrido la idea mientras hablaba— le he prometido que lo llevaría personalmente a ver al banquero amigo de mi padre, el mercader de té de Strand, para que nos asegure a los dos un mejor puesto en el próximo barco que nos acepte. Siempre he querido ver China y Ceilán, la bahía de Sulu y el estrecho de Bally. Algunos de los barcos que navegan por esos lugares son de más de mil toneladas, con literas de lona y servicio para los oficiales, todas las comodidades posibles. Le he recordado mi objetivo de llegar a ser capitán de barco, que no es un sueño descabellado pues el mismo capitán Northcote es hijo de un cordelero. Invirtió en el *Peppercorn* los ahorros que había reunido durante toda una vida de mucho trabajo y buenas inversiones. Con tanta carga a bordo, la inversión del capitán seguramente se duplicará o triplicará, siempre y cuando lleguemos sanos y salvos a casa.

Le he dicho que si Dios me bendijera con una trayectoria similar, me llevaría a Abbas como primer oficial, porque un capitán necesita oficiales en los que pueda confiar...

Le he preguntado qué opinaba del asunto, pero él estaba concentrado en sus propias preocupaciones. La mayoría de los hombres de sus orígenes habrían agradecido la oportunidad, pero por conmiseración hacia mi amigo lo he dejado estar.

14 de noviembre de 1802.— Por la gracia de Dios hemos pasado la punta de África. Seguimos la misma ruta que el primer europeo que probó estas aguas, un hombre que las denominó el cabo de los Tormentos. Creo que su mayor tormento fue no llegar a la India. Sin embargo, su señor, el rey Juan II, deseaba un término más inspirador —es decir, inspirador para que los marinos se aventurasen— y lo llamó el cabo de Buena Esperanza.

Cuando nuestro convoy ha virado de N a E, el océano ha empezado a agitarse y se ha desatado una borrasca. El capitán Northcote ha decidido encararla de frente y orzar el timón para eludir las fragatas francesas que nos seguían. El mar rompía sobre el *Peppercorn*, pero éste se ha comportado de maravilla, navegando a doce nudos con espuma en la proa y los mástiles doblados hacia atrás.

Esta mañana hemos reanudado nuestro rumbo con velas nuevas. Hay un ambiente de alegría y alivio ahora que nos hemos librado del peligro. Me duele la pierna. Puede que me la haya lastimado al golpearme con algo durante la tormenta, aunque no recuerdo. En la parte interior del tobillo izquierdo tengo un cardenal rojo oscuro, como si alguien me hubiese apretado la yema del pulgar.

20 de noviembre de 1802.— El cardenal se ha extendido por la pierna, aunque no con las tonalidades típicas de un moratón. El dolor es molesto, pero tolerable.

Le he enseñado la pierna al cirujano, el doctor Goodwin, que ha hecho una mueca al verlo.

—Eso no es un golpe —ha dicho—. ¿Ya te tomas el zumo de limón?

Le he dicho que tomaba mi dosis diaria para prevenir el escorbuto, como era menester desde nuestra quinta semana a bordo. El doctor Goodwin no parecía convencido. Me ha dado una dosis de infusión de malta, que según él había funcionado con el capitán Cook.

—Pero Cook está muerto —le he dicho.

—No de la enfermedad —ha respondido el médico secamente, como si yo fuera tonto por no recordar a los salvajes asesinos de Hawái.

Así es como la llamamos: la enfermedad. Una enfermedad demasiado repugnante y vergonzosa para nombrarla. Recuerdo un puñado de marineros que la contrajeron durante nuestra primera travesía. Les apestaba la boca como a muertos vivientes. Las entrañas les traqueteaban al andar, si es que podían dar un paso. Lo peor fue cuando un marinero de nombre Hugh se sentó en la cubierta de popa y se echó a llorar por razones que no supo explicar y lo llevaron abajo, donde murió una hora después.

Al ver mi malestar, el doctor Goodwin me ha dicho que volviera todos los días para tomar infusión de malta, lo que prevendría el contagio. Y también ha mencionado que pronto llegaríamos a la isla de Santa Elena, donde podría poner las piernas en tierra firme. Me ha dicho que la enfermedad es el duelo que siente el cuerpo por su añoranza de la tierra. Por mucho que ansiemos el mar, la tierra es nuestro hogar.

Me tomo sus palabras muy en serio. No molestaré a nadie más con mi sufrimiento.

25.— Seguimos los vientos alisios del SE. Tiempo agradable.

26.— Vientos ligeros del N por la mañana. Abbas ha sido el primero en señalar el cielo. Una paloma ha pasado volando, quizá observando nuestro harapiento grupo y preguntándose por qué nos alegrábamos tanto.

27.— Avistamos la isla de Santa Elena al NO por O.

28.— Fondeamos frente al valle de St. James en Santa Elena. Me he llenado los pulmones de olor a tierra hasta que ya no podían más. Alabado sea nuestro Señor que está en los Cielos.

29 de noviembre de 1802.— No sé cómo describir este día, que ha empezado lleno de esperanza y ha acabado con tanta aflicción.

Santa Elena es una isla de dos volcanes, con Jamestown en el centro. Los colores de Inglaterra ondean en las torres de un hermoso fuerte de piedra. Me he detenido en la orilla para dejar correr la arena negra entre los dedos, pues nunca había visto nada igual.

Durante el día nos hemos reabastecido de agua y provisiones. Después, con algo de tiempo para nosotros, hemos explorado la isla. Marks y Bunn han preferido quedarse en Jamestown y probar su hombría con las Santas, que es como llaman a las putas de la localidad. (Y con razón, porque a la que se acueste con esos dos habría que canonizarla.)

Por la noche, el capitán Northcote nos ha permitido encender una hoguera en la playa mientras él y sus oficiales eran recibidos como compañía por la fragata de Su Majestad *Earl Howe*.

Al principio ha sido muy agradable; teníamos música, historias y arrack, un aguardiente áspero que se extrae de estos árboles verdes y frondosos. He convencido a Abbas de que tomase un sorbo, lo que ha hecho con desconfianza al principio y luego con creciente interés. Pronto se le han llenado los ojos de lágrimas y de sentimientos. Me ha dicho que siempre había trabajado solo o casi solo. Que nunca se había sentido parte de algo tan grande como un barco, de un cuerpo con tantos órganos. ¡Cómo nos echaría de menos! A Grimmer, con sus piernas arqueadas y sus quejas del lumbago. Al capellán, con sus trémulas oraciones. Le he dicho que no nos añoraría por la mañana, porque la resaca seguramente ocuparía todo el espacio de su cabeza.

Entonces me ha agarrado el brazo.

—A ti, Thomas, es a ti a quien más echaré de menos.

Estas palabras me han devuelto la sobriedad, como ha hecho el resto de su confesión, que hasta entonces se había guardado para sí.

Me ha dicho que pretende romper su contrato con la Honorable Compañía de las Indias Orientales y abandonarnos en cuanto lleguemos a Deptford.

Que tiene la intención de llegar a Francia.

Que él nunca ha querido ser marinero, que quiere estudiar con un relojero de la ciudad de Ruan y convertirse en una especie de inventor.

Pasmado, le he dicho:

—Pero te quedan más de cuatro años de contrato.

—Lo incumpliré —ha contestado, encogiéndose de hombros.

—Pero ¿y China?, ¿y Ceilán? ¿Y nuestro próximo viaje? Habíamos hablado de conseguirnos una litera de guardiamarina con camarote, un criado... todas las comodidades...

Me he callado porque él me estaba mirando o, mejor dicho, me miraba la boca.

—Thomas, el aliento te huele a tumba.

Antes de darme tiempo a responder, me ha dado una palmada en el hombro y se ha alejado tambaleándose, en busca de más arrack.

La luna estaba alta. Me he sentado en la orilla negra. La marea me mojaba las piernas y al retirarse ha ablandado la arena que tenía debajo. Nadie ha visto que me apartaba. Ni tampoco han visto la ballena, grande y blanca, a escasa distancia de la orilla.

Qué extraño que se haya acercado tanto a tierra. He pensado en llamar a mis compañeros, pero no: la ballena era para mí, una señal de que no estaba solo.

12 de diciembre de 1802.— Levamos anclas y desplegamos las velas.

13.— Instrucción con cañones y armas ligeras.

15.— Guardia nocturna con Abbas. Una noche larga y silenciosa. Desde nuestra conversación junto a la hoguera en Santa Elena hemos perdido la confianza. Me equivoqué con él, ahora lo sé. Que un indostaní a quien se le ha concedido el honor de ocupar el puesto de un inglés en uno de los navíos de la Compañía nos pague con el

engaño y la deserción... haría rechinar los dientes de cualquier marino.

Pero no tengo ninguna intención de revelar sus planes. Si lo hiciera, el capitán lo colgaría del penol antes de desayunar.

20 de diciembre de 1802.— Hoy han castigado a Mahmud Abbas con doce azotes por insolencia hacia el contramaestre.

Me cuesta imaginar qué puede haber dicho Abbas para merecer semejante castigo, pues es la persona menos insolente del barco. Me ha mirado mientras le ataban los pulgares en alto, como si yo tuviera que explicar algo o intervenir. Pero ¿quién soy yo para dar órdenes al contramaestre? ¿Quién es Abbas para protestar? Los marineros no están hechos de porcelana y aunque Abbas no quiera ser uno de nosotros, debe interpretar el papel. Debe cumplir con su deber ante el mástil, como todos los demás. Un cubo de agua salada en la espalda y la vida continúa.

Pero qué grito que se le ha escapado cuando la sal ha mojado sus heridas. Que Dios lo ayude.

Hay algo más que me inquieta. Durante los azotes, Samuel Lowden tenía una expresión extraña. No fría y dura, como es habitual cuando usa el látigo de nueve colas. Esta vez parecía tranquilo, como si su brazo no estuviera conectado con su cabeza. Y tarareaba para sí. Tarareaba mientras limpiaba un resto de carne de las púas.

22 de diciembre de 1802.— Por la noche me acerco un puñado de arena negra a la nariz. El doctor Goodwin me aconsejó que tomara un puñado de arena de Santa Elena, aunque su aroma no me ha parecido reconstituyente.

23.— Humedad persistente durante toda la noche. Peligroso para los que dormimos con el torso desnudo en nuestras hamacas. He estado tosiendo todo el día.

24.— Varios barriles de cerdo salado se han podrido. Los hemos tirado por la borda.

25.— Navidad. Sopa de patatas y puerros de mi madre. Me llevo una cucharada a la boca y escupo arena negra. Es entonces cuando me despierto y no encuentro ni sopa ni arena, sino sólo un cielo negro y plano y enseguida alguien, tal vez Marks, me dice que por el amor de Dios deje de lloriquear.

27 de diciembre de 1802.— Esta mañana me he caído mientras llevaba el cordaje. El timonel me ha hecho bajar a la bodega, sin preguntarme qué me pasaba ni mirarme la pierna. Supongo que de algún modo lo sabe, al igual que los demás, aunque se mantienen a distancia. Apenas puedo soportar mi propio aliento.

En la bodega me he encontrado a Bunn desplomado contra la pared, con la luz del farol oscilando tenuemente sobre su cara. «Saludos cordiales desde el infierno», me ha dicho. El doctor Goodwin le ha dado cucharadas de infusión de malta. Bunn le ha preguntado si podía tomar zumo de limón frío. Así se lo había bebido

para prevenir el escorbuto en el *Lady Jane* y nadie de ese barco había enfermado. El doctor Goodwin le ha dicho que se tenía que hervir el agua para destruir los contaminantes y le ha dicho a Bunn que dejara la medicina a los instruidos.

El doctor Goodwin se ha dirigido a su siguiente paciente, que estaba encorvado en las sombras. Tenía la camisa abierta en el pecho y las costillas cubiertas de unas llagas rojas y esponjosas.

Era Samuel Lowden. Nunca lo había visto tan desaliñado, pero en sus ojos no había ni sorpresa ni vergüenza.

—Santo cielo, Thomas —me ha dicho—. Estás hecho un desastre.

29 de diciembre de 1802.— Hoy se me ha acercado Abbas después de la comida dominical. Suelo sentarme apartado de los demás y comer rápidamente para que mi presencia no moleste a nadie. Me ha encontrado en la popa, donde me terminaba mi galleta.

Le he preguntado cómo estaba. La rigidez de su postura lo decía todo.

—¿Te tomas el zumo de limón? —me ha preguntado.

Me he dado la vuelta y he asentido. Hemos contemplado las olas apoyados en el pasamanos de la borda.

—Thomas, ¿te he contado que era tallador del sultán Tipu?

Le he respondido que sí. Abbas se debatía entre el silencio y las palabras, como si intentara decidir cuál era la opción más sabia.

Y entonces me ha dicho sin pestañear, en una especie de arrebato, que también había servido en el ejército de Tipu durante el asedio final, con la tarea de trasladar a los heridos y a los muertos.

No había conseguido trasladar a nadie. «Se sacrifica a las cabras con más cuidado», me ha dicho.

Me ha contado que, en el campo de batalla, cayó bajo el peso de un hombre muerto y que se pasó tres días boca abajo con ese cadáver encima. Tuvo visiones. En una, el sultán Tipu se inclinaba hacia él y le tendía una mano. Abbas estuvo a punto de levantar la suya para alcanzarla, lo que habría revelado su posición a los cipayos. Ver a un fantasmal sultán Tipu desvanecerse ante sus ojos... nunca se había sentido tan abandonado o solo.

(Y, sin embargo, me informaba de todas estas penurias en un tono tan distante que no he sabido si creerlo.)

Al final se ha vuelto hacia mí y me ha dicho: «Thomas, siento decepcionarte y agradezco tu amistad. Pero debes entender que no he pasado por todas estas calamidades para servir a los demás. Ahora me sirvo a mí mismo.»

Y luego me ha dejado apoyado en el pasamanos, sin habla.

No recuerdo cuánto tiempo me he quedado allí. Sólo recuerdo que, de pronto, me ha asaltado el dolor. Me he llevado las manos a la cabeza mientras un ariete me golpeaba de parte a parte el cráneo. He creído que había llegado mi hora. Que se me desprendían las entrañas, que los músculos se me despegaban de los huesos y de la piel. Que me deshacía.

Sin embargo, entonces, por algún milagro, me he obligado a levantar la vista.

Allí estaba, a lo lejos, su lomo surcando el agua. La ballena, la mía, blanca y fría.

Ha movido la cola y han saltado monedas de oro de las olas. Allí, allí estaba mi salvación.

La veo siempre que cierro los ojos.

30 de diciembre de 1802.— En el día de hoy, mi compañero A. Bunn ha muerto de la enfermedad y ha recibido sepultura en el mar. No puedo dormir. Marks, que antes me hacía callar, llora silenciosamente en su hamaca.

2 de enero de 1803.— Lluvia constante. Anoche murió el señor Forrest, timonel.

5.— Edward Gammage, ayudante del tonelero, ha muerto a las diez de la noche.

10.— Tiempo tormentoso. Todos los días enferman más hombres. Abbas es el único que camina erguido, intacto. Es extraño pensar que alguien de su raza es más resistente que el resto. Fue Samuel Lowden el primero que me hizo ver esa peculiaridad mientras estábamos en la bodega. Lowden parloteaba, sin que le importase ya si alguien le veía las encías, ahora tan negras como las mías. «Anda como un rajá, lo será muy pronto», me dijo con más perplejidad que amargura.

Creo que Samuel Lowden sigue en la bodega. Cuando lo dejé, había pasado a hablar de los cometas.

11.— Con una tripulación tan debilitada como la nuestra, el barco está muy descuidado. Es triste ver al *Peppercorn* en estas condiciones, cuando siempre lo hemos mantenido en perfecto estado. Apenas tengo fuerzas para sostener el lápiz, pero quiero dejar constancia de que el capitán Northcote ha pronunciado hoy el brindis, aunque hacerlo está por debajo de su rango. Ha levantado su copa, vacilando antes de decir:

—Por los amigos ausentes y los que están en el mar.

Otro ha gritado:

—¡Por los amigos ausentes!

13.— Ayer, una hora después de la medianoche, murió Samuel Lowden, contramaestre. He oído que su sufrimiento empeoró debido a su desesperación por hablar, por decir a todo el que quisiera oírlo que nos habían maldecido, que el indostaní nos había maldecido a todos, que debíamos tirarlo por la borda o acabaríamos todos muertos en el fondo del mar.

Que Dios dé descanso a su alma junto a la de su querido hermano, William.

Hace días que no veo al indostaní.

20.— Madre, qué sueños tengo. Te veo surcando las aguas en forma de ballena, saltando de espaldas con un chapoteo feliz e inmenso. Los dos somos ballenas y nadamos juntos, exploramos las profundidades. Estos sueños parecen más reales que mi propia vida. Anoche alargué el brazo para alcanzar la luna. Era sólida en la palma

de mi mano. Le di un mordisco y se me llenó la boca de patata asada caliente. Mírame, madre, entrando en la oscuridad ya sin miedo.

25 de enero de 1803.— Madre, tenías razón sobre el *Confiance.* Es exactamente como lo describiste. Gavias cuadradas y velas galantes, amarillas y negras. Aguarda majestuoso en el agua, mortífero y bello.

No quiero preocuparte, madre, pero es posible que no vuelva a casa. En caso de que muera, le he pedido al doctor Goodwin que te envíe mi diario para que puedas leer mi testimonio y suplicar misericordia por mi alma.

El *Confiance* nos atacó de noche, al amparo de la bruma marina. Cuando nos dimos cuenta ya era demasiado tarde para maniobrar; la corbeta francesa había inmovilizado nuestro timón. No hubo tiempo de despejar el barco para el combate, ni siquiera para izar nuestros colores.

El *Confiance* nos lanzó una andanada que devolvimos. Durante el combate, de más o menos una hora, nuestros hombres fueron abatidos por decenas. Nuestras velas quedaron reducidas a jirones; las jarcias, cortadas; los mástiles, destrozados. El capitán Northcote

tomó el timón hasta que una bala le arrancó el sombrero de la cabeza.

—Ríndase —gritó el capitán Maquet, comandante del *Confiance*—, o la próxima vez no fallaré.

Y el capitán Northcote se rindió. Había invertido los ahorros de toda su vida en el *Peppercorn* y su carga. No hay palabras para nuestra sensación de derrota.

El capitán Maquet ha subido a bordo con un teniente y un puñado de franceses borrachos que han relevado a los oficiales de sus armas. Maquet tenía un aspecto impresionante con su abrigo de botones dorados y su bastón con punta de plata.

—Sólo pido —ha dicho el capitán Northcote, viendo al enemigo descender por la escalera a la bodega de carga— que se respete la propiedad privada.

El teniente de Maquet ha respondido en inglés:

—Eso depende del buen comportamiento de su tripulación y de su voluntad de servicio.

Maquet nos ha señalado con su bastón de punta plateada.

—¿Hay alguien a bordo que hable francés?

Lo ha dicho en francés. He vacilado de un modo que habrá indicado que lo entendía, porque Maquet no ha tardado en plantárseme delante. Aunque llevaba el sombrero ladeado, no llegaba a ocultarle la oreja desfigurada, que parecía un rebozuelo.

—¡Vaya, qué curioso! —ha dicho en francés—. Te pareces a un guardiamarina que sacamos del *Brunswick* en septiembre del año pasado. ¿Te llamas Dickorie, por casualidad?

Me estaba poniendo a prueba. Me he hecho el loco.

—El pobre Dickorie ha perdido el oído —ha dicho Maquet, mientras me golpeaba con su bastón en un lado de la cabeza.

Me he caído. Me zumbaban los oídos. Una parte de mí, una parte inexpresable, se sentía muy lejos de todo lo que estaba ocurriendo. Otra parte de mí —la parte que no deseaba morir— ha gritado que yo no hablaba francés, pero él sí: lleváoslo a él, a él.

Yo señalaba a Abbas. Él tenía la cabeza ligeramente ladeada, su rostro tan lleno de inocencia como en los momentos previos a que lo azotaran. De haber podido, en ese momento lo habría matado.

El enemigo se ha llevado su botín: cajas de pimienta, té y arroz, ratán, algodón y barriles de vino. También se ha llevado a diez de nuestros compañeros más sanos: cuatro guardiamarinas, el maestro

velero, el cocinero del barco, el maestro carpintero y, por supuesto, Abbas, *le prisonnier indien.* A mí me ha salvado Maquet, que ha dicho: «Miradlo, no durará ni una semana.»

Esta mañana, a las siete, el *Confiance* nos ha dejado y se ha ido navegando hacia el sur, llevándose a nuestros hombres y nuestra carga.

Me han enviado a la bodega con mi ropa de cama. Antes llena de mercancías valiosas, ahora sólo me tiene a mí. Me gustaría ver el agua. Lo único que poseo es la pequeña ballena de madera. «Quiero hacer algo que perdure», me dijo el indostaní. A saber qué será. Oigo los pasos de los hombres arriba en cubierta. El crujido de los costados del barco. Me acerco la ballena a la nariz y me llega el olor de lo que podría ser tilo, abedul o roble. Buen Jesús, haz que me lleve a casa.

RUAN, FRANCIA

1805

1

Una mañana de mayo, Jehanne Du Leze cubre un atril con una tela negra. Lo saca al portal de su casa de entramado de madera, ubicada en la rue Bertaux. Coloca sobre el atril un libro de visitas encuadernado en tela, un tintero y una pluma, antes de volver a entrar, dejando la puerta abierta. Se sienta junto a la mesa del comedor. Han retirado las sillas restantes y en la mesa está el cadáver de Lucien Du Leze o Père Du Leze, como se lo ha acabado conociendo.

Jehanne lo está velando desde el día anterior y ha presenciado el lento hundimiento de los ojos de Lucien en sus órbitas. El algodón impide que las fosas nasales echen espuma. El incienso arde en la repisa de la chimenea para cubrir otros olores.

La gente entra y sale; murmura sus condolencias y trae barras de pan, tarros de *rillette*, lonchas de fiambre y queso. Jehanne les agradece a todos su presencia. A la mayoría ya los conoce, pero todas las caras le resultan extrañas. Están pegadas a un cuerpo que seguirá bañándose, comiendo, estornudando, durmiendo. Observa esos cuerpos anónimos vestidos de fustán negro que se arremolinan alrededor del cadáver y se pregunta si alguna vez ellos también se han planteado dejar de existir.

Isabelle, la hermana de Lucien, la toma de la mano y le dice que ha llegado el coche fúnebre. El cuerpo es introducido en el ataúd de madera, cierran la tapa, los tornillos se fijan en su sitio. Isabelle le ha advertido que ésta será la peor parte, pero a Jehanne no le parece ni mejor ni peor que cualquier otra. Las dos van en el cabriolé detrás del coche fúnebre tirado por caballos, los demás dolientes caminan delante. Al pasar por debajo del Gros Horloge, Jehanne imagina que, desde lo alto de esa torre, la procesión debe de parecer un vertido de tinta negra.

Jehanne no se quita el velo durante todo el trayecto, la única forma de soportar una hora con Isabelle en un espacio reducido. Su tía solloza y se balancea, negando con la cabeza como si discutiera con el alma de su hermano. Nada de servicio, ha insistido Lucien, sólo enterradme. Hasta el último aliento de su hermano, Isabelle ha mantenido una fe inquebrantable en que cambiaría de opinión.

Llegan al cementerio. Un antiguo alumno ha venido desde Normanville para pronunciar un panegírico en forma de soneto que convierte la vida de Lucien en una rima de dudoso gusto:

De los maestros parisinos aprendió
y asombró al rey con su ingenio.
Así que al lejano Oriente lo envió,
¡la aventura se convirtió en destierro!

—¿Hay más? —susurra Isabelle entre lágrimas mientras el poeta pasa la página.

Mas de Père Du Leze Dios se apiadó,

librándolo de la enfermedad marítima,
y una hija huérfana le concedió,
mademoiselle Jehanne, piadosa y legítima.

Al oír su nombre, Jehanne se encoge bajo su tocado.

—Oh, hijo de Ruan, en paz descansa —dice el poeta, cerrando los ojos—, tu nombre será siempre bendecido en alabanza.

Un único aplauso alentador es sofocado al instante.

El ataúd se hunde en la tierra, veteado por una suave lluvia.

Isabelle se muestra autoritaria hasta cuando está de luto. Después del funeral, utiliza todos sus recursos para intentar persuadir a Jehanne de que se mude a su casa de campo en Banneville.

—¿Una mujer sola en esta sordidez? —dice Isabelle mirando el salón de Jehanne.

—Tú has vivido sola todos estos años —responde Jehanne mientras se desabrocha los botones de la pelliza, que arroja sobre el respaldo de un sofá.

Isabelle coge el abrigo y lo deja doblado sobre el reposabrazos.

—Soy vieja. No es lo mismo.

Pero Jehanne rechaza la oferta y sigue rechazándola hasta que Isabelle se marcha en su pequeño cabriolé con la capota puesta.

Paz al fin. Jehanne mete en casa el libro de visitas empapado junto con el atril, la pluma y el tintero. Enciende el fuego. Al colgar las medias sobre la rejilla, la lana desprende vapor.

Se aventura en la habitación de Lucien. Allí está la cama estrecha, la mesa con su jofaina y su aguamanil. La jabonera con un jabón

desgastado por las manos de Lucien. Abre las puertas del enorme armario, que huele a humo rancio y romero. Aparta un panel del fondo. El compartimento oculto contiene dos objetos: un pequeño barril de rioja, que guardaba para una ocasión especial, y una caja de terciopelo que contiene un anillo de ágata.

Desliza el anillo en su dedo: el ágata es un huevo perfecto con un agujero limpio en el centro, regalo del sultán Tipu a Lucien por un trabajo bien hecho. La superficie es lisa, ondulada con estriaciones de color crema y café. En una ocasión, con motivo de su decimonoveno cumpleaños, Lucien se lo quitó del pulgar con fingida majestuosidad y se lo puso a Jehanne en la palma de la mano. Luego le cerró la mano y le besó los nudillos. Ella aún siente el roce de sus bigotes.

Devuelve el anillo al compartimento oculto y se lleva el rioja a la sala, donde se desploma en un sillón de ratán y contempla el fuego que devora la leña. Si Isabelle estuviera aquí, le diría que juntara las rodillas. Si Lucien estuviera aquí, le diría que no escuchara a Isabelle y se sentase como le diera la gana. Pero no hay nadie y, por segunda vez en su vida, Jehanne se siente a la vez muy adulta y muy sola.

En sus primeros catorce años de vida, a Jehanne la criaron las mujeres de su familia, a veces en casa de su abuela o en las de sus tías, siempre dentro de una pandilla de niños alegres y descalzos. De vez en cuando, su padre la visitaba con plátanos o caramelos, la llevaba a una iglesia y ponía a prueba su francés. No tenía ni idea de por qué había decidido que volviera con él a Francia. ¿Para

convertirse en una dama? ¿Para cuidarlo en su vejez? Acribilló a su abuela a preguntas hasta que ésta amenazó con cortarle la lengua. Muchas veces habían amenazado a Jehanne con cortarle la lengua, pero no con las palabras que siguieron: «Eres su hija. Él no te debe ninguna explicación.»

«Él» era Jacques Martine, a quien su abuela jamás llamaba por su nombre y sólo mencionaba desde una distancia formal. Nunca había aprobado a aquel francés melancólico que afirmaba haber sido alcanzado por las flechas del amor, o alguna tontería bochornosa por el estilo, al vislumbrar a la madre de Jehanne en una boda. Sin embargo, el francés había sido lo bastante listo como para saber que si quería persuadir al abuelo de Jehanne bastaba con regalarle elegantes rifles y delicados juegos de porcelana, partidas de *pachisi* y falsas promesas de conversión, hasta que, al final, el viejo dijo: «Bueno, por qué no», y aprobó el matrimonio.

Jehanne había oído que su madre era una belleza con cara en forma de corazón y labios carnosos. «Tienes su sonrisa», le decían sus tías. En consecuencia, Jehanne pasó por una fase en la que sonreía a todos los reflejos —espejos, estanques, las hojas planas de los cuchillos— en busca de la madre que nunca había visto con sus propios ojos. No es que anhelara la belleza materna. Ser bella significaba que un hombre podía separarte de tu familia y depositar una criatura en tu vientre, sólo para que un demonio se deslizara por tu túnel del parto en cuanto naciera el pequeño y te matara. Al menos, ésa fue la historia que le contó a Jehanne una prima sobre su nacimiento. «El único demonio —le dijo su padre cuando Jehanne le pidió que verificara la historia—, fue esa estúpida e inútil partera.»

Para el viaje de Mysore a Pondicherry, Jehanne se había puesto un vestido blanco rígido y zapatos negros apretados como puños alrededor de los pies. En el borde de cada ojo llevaba un trazo del kohl de su abuela y un punto en su mejilla para estropear lo que de otro modo sería hermoso y protegerla del mal de ojo.

Cuando iba de la mano de su padre en el puerto de Pondicherry, sólo podía pensar en la mano de su abuela, callosa y firme; en cómo dolía que la tocara, por muy suavemente que lo hiciera, y cuánto de ese dolor era amor, un amor duro y correoso, muy distinto del lánguido tacto de su padre.

El viaje fue aburrido y la única persona que dio forma a sus días era Lucien Du Leze. A veces se encontraba al anciano sentado en silencio, con los ojos cerrados y la cara vuelta hacia la brisa marina. Aunque era un hombre reservado se ablandaba en su presencia, posiblemente por compasión. Se le ocurrían juegos para entretenerla con la peonza amarilla que ella había traído, como el Doble Giro y Dar al Blanco. «Recuerda que en este juego no hay perdedores —solía decirle él al empezar—, a menos que yo sea el ganador.» Si su padre pasaba por allí, se llevaba a Lucien a dar un paseo, ¡a veces en pleno juego! En esos momentos era cuando más odiaba a Martine. «Es un sin verga», le decía a su espalda; era una palabrota que había aprendido de los marineros y que, según ella, significaba «sinvergüenza».

Poco después de parar en la Isla de Francia, su padre empezó a toser. A la mañana siguiente no se levantó de la cama. Lucien lo ayudó a bajar a la bodega de enfermos, junto con otros inválidos. Al cabo de unos días o quizá fueran semanas, Jehanne no lo recuerda, el capellán balanceaba un pequeño recipiente de humeante incienso

sobre los cadáveres, amortajados con trozos de vela y con los tobillos atados a grilletes. Estaba convencida de que su odio era en parte responsable, de que su resentimiento había debilitado a su padre y había permitido que un demonio entrara por algún orificio, como había ocurrido con su madre, para pararle el corazón.

Apenas recuerda nada más del viaje. Eso es bueno, le decía Lucien, porque se pasó el resto de la travesía enferma y callada, siempre pegada a las paredes. A Lucien le preocupaba que ella también acabase sepultada en el mar.

Algo que la ayudó a salir de la penumbra fue el juguete que Lucien había traído consigo. Era un tigre de madera que le mordía la garganta a un soldado inglés desplomado en el suelo, con la cabeza vuelta a un lado. La madera desprendía un olor misterioso, aún fragante bajo la laca.

Se pasó mucho tiempo mirando aquel juguete, pintado con colores juveniles aunque el tema era para adultos, tanto que se sintió madurar mientras reflexionaba sobre el sufrimiento del hombre cuyo destino era yacer eternamente entre la vida y la muerte, entre una tarima y un depredador, un depredador pavoroso y seductor al mismo tiempo. Ella deseaba intervenir, pero la talla era de una pieza y rechazaba cualquier intervención.

Lo había hecho Abbas, le dijo Lucien. «El mismo que te hizo la peonza, ¿te acuerdas?»

Menuda pregunta. Claro que se acordaba.

Lucien guardó silencio y se quedó pensativo mientras acariciaba la orejita tallada. Luego le dio el juguete y le dijo que lo guardase debajo de su catre, que él había instalado en su camarote. Parecía que su padre y Lucien habían llegado a algún acuerdo para dejar a

la niña al cuidado de Du Leze en el futuro inmediato, lo que, inesperadamente para Jehanne, se prolongaría al resto de la vida de su tutor.

Dos meses después del funeral, Jehanne sale de casa vestida con el abrigo encerado de Lucien y cruza la calle para abrir la tienda. Retira las cortinas negras de los espejos y las ventanas, consciente de que transgrede las convenciones del duelo. Se supone que las mujeres deben guardar luto durante siete años; han pasado sesenta días. Pero no puede soportar ni un momento más el profundo vacío de su casa.

No es que desee más visitas, más palabras insípidas de consuelo. No, prefiere el silencio denso y polvoriento de la tienda de curiosidades, donde cada pieza del excéntrico inventario la ha elegido personalmente ella durante sus viajes bienales a las poblaciones de los alrededores. Ahí está el globo terráqueo confeccionado con conchas de cauri y las mandíbulas de tiburón montadas sobre un gran espejo. Y los relojes de Lucien, resplandeciendo sobre tallos curvos de latón. Hay sombreros y broches diseñados por ella, mariposas en campanas de cristal, escarabajos encerrados en colgantes de resina. Y, cómo no, la marmota disecada que tanto odiaba Lucien. «O se va ella o me voy yo», le había dicho dos días antes de desmayarse y caer de su taburete de madera. Para cuando llegó el médico, ella había conseguido doblarle los brazos sobre el pecho.

La mayor parte de los ingresos procedían del negocio relojero de Lucien. Su última reparación está en la mesa de la trastienda: un

reloj de péndulo con la cabeza de Sócrates, el mecanismo al descubierto y la pipa vacía de Lucien a un lado.

Descubre un pequeño destornillador en un cajón. Se sienta en el taburete y contempla el intrincado encaje de los engranajes. Cuando era más joven lo veía trabajar a menudo, con la pipa apretada entre las muelas, hasta que el mecanismo se ponía a rodar como por arte de magia. ¡Cuánto había deseado aprender, cuánto le había suplicado que le enseñara! En lugar de eso, Lucien la había enviado al convento para recibir clases de sor Marie Angele.

Si se le escapaba una sola palabra en canarés, la regla de sor Marie Angele golpeaba la superficie más cercana con una fuerza espantosa. Con sólo pronunciar árabe, la regla le ponía la palma de la mano de un color rojo amoratado. Cuando cumplió los veinte años Jehanne dominaba el catecismo, el danés, el inglés, el encaje y el bordado, y estaba resignada a no aprender mucho más en lo que le quedaba de vida.

Y ahora aquí está, una mona encorvada con una herramienta en la mano, mirando el reloj como si éste fuera a darle instrucciones.

Isabelle le ha dicho en más de una ocasión:

—¿Por qué tienes que hacerlo todo tan difícil, Jehanne? Múdate conmigo un tiempo y luego ya te encontraremos un lugar.

—Pero ¿qué pasa con la tienda? ¿Y la casa?

—Eso lo decidirá tu marido, querida. Si es que podemos encontrarte uno. Ser mestiza no ayuda. Vamos, no pongas esa cara, Jehanne. Mi madre me decía que yo era delgada como una aguja de tejer, pero no dejé que eso me impidiera encontrar marido.

Jehanne clava la punta del destornillador en la superficie de la mesa. Deja una incisión pequeña y satisfactoria. Apuñala la mesa

dos veces más, lo que resulta menos satisfactorio; pueril, de hecho. Deja la herramienta a un lado y apoya la cabeza en los brazos.

Se incorpora al oír que la puerta de la tienda se abre.

Hay un hombre barbudo en el umbral, sombrero en mano. Lleva el pelo negro peinado hacia atrás y tiene la piel morena. Es un extranjero vestido con ropa local: abrigo negro, pantalón beige y zapatos de hebilla.

Se miran fijamente. A ella le parece que el hombre no se mueve, que ni siquiera respira, antes de preguntar:

—¿Es ésta...? —Traga saliva visiblemente—. Busco a Lucien Du Leze.

Ella ha dado la noticia de su fallecimiento a innumerables personas durante los últimos meses, tan a menudo que el hecho ya le parece carente de emoción. Sin embargo, este hombre —con su cara curtida, sus ojos que podrían agujerear una puerta— la hace vacilar.

Muy despacio, le dice:

—Lucien murió hace dos meses.

—¿Cómo?

—Se desplomó. El médico cree que fue el corazón —añade ella, viendo que el sombrero del hombre cae al suelo y que él no hace ademán de recogerlo—. ¿Monsieur?

El hombre se tambalea y se sujeta al mostrador.

—Disculpe...

Tomándolo del codo, Jehanne conduce al desconocido a la mesa y lo sienta en una butaca de respaldo duro. Él se queda con los ojos clavados al frente, la mirada perdida.

De pronto, el desconocido se pone a hablar, aunque ella no sabe a quién se dirige. Dice que el posadero le había dicho lo de Du Leze, pero que él tenía que asegurarse personalmente. Dice que por la mañana le habían caído dos bellotas en la cabeza y que aunque no debía tomárselo como algo personal, le había parecido un mal augurio, pero siempre se le ha dado mal lo de interpretar las señales, siempre ha tomado decisiones equivocadas, haya señales o no...

—Tome, beba esto. —Ella le pone una copa de peltre delante, esperando que el vino no se haya agriado. Él da un trago y hace una mueca—. ¿Cómo se llama?

—Abbas —responde él con tristeza—. Algunos me llaman Mahmud Abbas.

—¿Abbas? ¿Abbas el del Tigre Musical?

Él levanta la vista hacia ella, sin ver. La barba engaña y, sin embargo...

Jehanne coge la peonza del estante y la deja en la mesa, delante de él.

—¿El mismo que hizo esto? —le pregunta. Abbas parpadea al ver la peonza, con las manos colgando vacías a los costados—. Jugué con ella todos los días en el barco que zarpó de Pondicherry. Era lo único que me alegraba. Lucien y esto.

—¿Puedo tomar más vino?

Ella se lo sirve.

—¿Me recuerdas? Mi padre era Jacques Martine, aunque ahora me llaman Jehanne Du Leze. Nos conocimos en vuestro taller. Y luego nos vimos en el festival.

Al principio él no parece oírla. Luego, después de varios tragos más, la mira con un leve indicio de reconocimiento.

—Jehan —dice, cambiando al canarés—. Jehan a quien le encantan las bromas.

El sonido de su lengua materna la atraviesa como los primeros rayos de la primavera y ablanda el hielo de los últimos seis años.

—*Haudu* —dice Jehanne, y es casi como si sus bocas hubiesen decidido por ellos: nunca volverán a hablarse en ninguna lengua que no sea la suya.

Abbas está demasiado abatido para contar mucho más. Ella le ofrece un almuerzo de pan y queso duro y los restos de la *rillette* de pato y luego ve, preocupada, que él renuncia a la comida a cambio de copiosas cantidades de vino.

Finalmente Abbas empieza a responder a sus preguntas. Jehanne consigue que le diga cuánto tiempo lleva en Ruan (unas noches) y de dónde viene (Saint-Malo).

—¿Por qué Saint-Malo? —le pregunta.

—Es donde vive nuestro capitán. El capitán del *Confiance*.

—¿El barco pirata? ¿Te hiciste pirata?

—Mi plan era llegar aquí para estudiar con sahab Lucien.

—Sí, ése era el gran deseo de Lucien.

—Demasiado tarde —dice Abbas, tragándose el vino como si ya no notara el sabor.

Cuando ella le pregunta cuánto tiempo se quedará en Ruan, él se encoge de hombros, mirando la copa que tiene en la mano. Después se levanta y le dice que va a dar un paseo.

—¿En este estado? —pregunta Jehanne—. Acabarás en el fondo de un pozo. —Lo observa mientras él da una vuelta despacio con el ceño fruncido—. ¿Qué haces?

—Busco mi sombrero.

Ella lo recoge del suelo donde se ha caído y lo aleja de él.

—Es mío —protesta Abbas con voz lastimera.

Jehanne lo convence para que se tumbe en el catre de la trastienda, un colchón de algodón donde Lucien solía descansar las hinchadas rodillas. Un par de horas, insiste ella, hasta que se le haya pasado el efecto del vino. En cuanto Abbas se acuesta, ella le da el sombrero, con el que se cubre la cara. Con voz apagada, dice:

—Has cambiado mucho, Jehan. Pero sigues igual.

Ella aguarda, pues quiere que le diga en qué ha cambiado. Sin embargo, él no tarda en ponerse a roncar.

Abbas se despierta por la noche, pero mantiene los ojos cerrados. No quiere ver las formas aterciopeladas de los relojes, las cortinas y los armarios; no quiere recordar que está más lejos que nunca de su casa.

Dormir no es un consuelo. Cuando bebe tiene sueños vívidos y, como ese vino era malo, los de esta noche son una mezcla de recuerdos espantosos. Pisa caras de cadáveres. Mirando el mar con la espalda descubierta, ve unas esquirlas de luz que le hieren los ojos. Y a Thomas, su único amigo, señalándolo con un dedo acusador como si cortara en pedazos el aire que los separa.

Más tarde, en el *Confiance*, Abbas se había mantenido apartado de sus compañeros, tanto los nuevos como los antiguos. Se sentaba

solo en todas las comidas y se mantenía en silencio durante las guardias nocturnas. Algunos atribuían su mutismo a una inteligencia profunda y esquiva. El señor Grimmer, el maestro carpintero que lo había contratado, se ofendía. «Estamos rodeados de depravación y caos —le confió a Abbas—, ahora sólo nos tenemos el uno al otro.»

Abbas no veía depravación ni caos en el *Confiance*. Veía una tripulación que decidía la mayoría de los asuntos por votación: un voto por cada hombre. Veía al capitán Maquet —el ciudadano Maquet, como se hacía llamar— paseando por el alcázar con el barbero, como si todas las jerarquías hubieran desaparecido. Le contaron que Maquet había sido traficante de esclavos, y que se mostraba tan cortés con su tripulación como cruel con los que llamaba sus *chiens negres.*

Al final fue una votación la que decidió el destino de Grimmer cuando fue acusado de deserción. «¿Ninguno de vosotros va a defenderme?», gritó en su juicio, con las muñecas atadas. Abbas sintió que lo taladraba con la mirada y apartó la vista, igual que todos, incluido Grimmer, la habían apartado cuando Abbas fue acusado de insolencia hacia el contramaestre.

Llevaron a Grimmer a una pequeña isla, deshabitada salvo por los huesos de lo que quizá fueran otros desertores. Lo dejaron sentado en la orilla con las piernas cruzadas y las muñecas desatadas. En su regazo había una pistola con una sola bala en la recámara. Cuando el *Confiance* levaba anclas, Grimmer levantó la cabeza de entre las manos y deseó al ciudadano Maquet un rápido viaje al fondo del mar. Lo dijo con voz tranquila, casi cordial, como si todos fueran a verse pronto.

A medida que avanza la noche, a Abbas empieza a picarle la espalda. Se tumba de costado y se busca las cicatrices, esos caminos enmarañados bajo su piel.

Finalmente, en un arrebato de aburrimiento y repulsa, se acerca a la ventana y descorre la pesada cortina negra. La luna es grande y brillante, plana como una cabeza de clavo sosteniendo el cielo.

Recuerda que, en las noches más calurosas, sus hermanos y él dormían a la intemperie bajo un cielo estrellado. En algún lugar, tal vez, su madre esté contemplando la misma luna, preguntándose qué habrá sido de su hijo menor. La ve claramente cuando, al final del día, se deshace la trenza, ya no tan gruesa como antes, y se acuesta de lado con un brazo doblado bajo la mejilla y el otro sobre el espacio donde antes él había sido tan pequeño que cabía.

Sin embargo, sabe que ahora no hay espacio para él junto a su madre. La cara de su hijo menor, tocada por la muerte, la asustaría. «¿Qué te ha pasado?», le preguntaría, y él no sabría qué responder.

2

A la mañana siguiente Jehanne cruza la calle a toda prisa, aterrorizada al descubrir que las cortinas de la tienda están descorridas. Las había cerrado la noche anterior, antes de irse, para evitar que alguien pudiera contarle a Isabelle que su sobrina alojaba a un hombre de piel oscura. Isabelle, delgada como una aguja de tejer, siempre afilada en sus juicios contra Jehanne. También es el único apoyo económico que le queda.

Entra en la tienda y se detiene. El catre está vacío. El reloj de Sócrates hace tictac en la mesita, en perfecto estado.

Siente pavor: Abbas se ha ido. Hay tantas cosas que habría querido decirle, tantas palabras que bailaban en su boca como nunca lo harían en francés...

—Has venido —dice él a su espalda.

—¡Ah! —Jehanne se da la vuelta y lo ve de pie, con un reloj de bolsillo abierto en la mano.

—*Pardon*. Me siento mucho mejor y he arreglado el reloj de la cabeza.

—Creía que no habías terminado los estudios.

—Puedo hacer reparaciones sencillas. Y si me dejaras...

Abbas baja la vista. Ella nota que él se está armando de valor. Pregúntamelo, piensa Jehanne. Tú sólo pregunta.

—¿Me dejarías quedarme si trabajara aquí para ganarme el sustento?

—¡Pues claro! —dice ella, y luego, con una actitud más reservada —. Hasta que encuentres una situación mejor. Debemos ayudarnos, ya que somos compatriotas.

Él se lo agradece y se retira a su mesa de trabajo, aunque ella lo anima a que desayune primero, que coma lo que queda del queso y el pan que le trajo ayer.

Mientras limpia las ventanas, Jehanne ve el reflejo de Abbas en el cristal. El joven come despacio y con la mirada ausente, esforzándose por masticar la corteza. ¿Dónde está el muchacho orgulloso que le regaló la peonza amarilla? En su lugar hay un hombre de pesados párpados, tan exánime que una mosca podría andarle por la frente sin que se percatara.

Se le ocurre algo para animarlo. Sale y rebusca entre los cuadernos y los planos de Lucien hasta que por fin encuentra la página, ablandada por el paso del tiempo, cuidadosamente recortada de un periódico.

—Mira —le dice a Abbas, dejando el recorte de papel en la mesa, una columna no más alta que su mano—. Es tu tigre.

Abbas entorna los ojos y sigue con la vista las líneas del diminuto texto en inglés hasta que llega a la ilustración. Y entonces deja de masticar. La ilustración lo cautiva.



Entonces a Jehanne se le ocurre que quizá él no lea inglés ni ninguna otra lengua y le explica que el recorte, de un periódico inglés, es la reseña de una exposición londinense que conmemora el quinto aniversario de la caída de Seringapatam y presenta una colección de piezas relacionadas con Tipu perteneciente a lady Selwyn, esposa del difunto coronel Horace Selwyn de Twickenham, «entre los que se encuentran: El escabel de Tipu, el Tigre Musical, algunas armas curiosas y el turbante y el ropaje de guerra que Tipu llevó durante las campañas de Adoni». Se dice que el Tigre Musical fue la principal atracción. Decenas de visitantes hicieron cola para tener la oportunidad de girar la manivela. «Emitía un gemido que podía interpretarse como el gruñido grave del animal o el sufrimiento reprimido de la víctima.» El autor del artículo especula sobre el «ritual nocturno del tirano», que tocaba el Tigre «con el único fin de recrear en su imaginación los agudos sufrimientos que eran su práctica habitual».

Jehanne se detiene, preguntándose si Abbas la está escuchando. Su mirada no se ha desviado de la ilustración.

—¿Cómo ha llegado esto a tus manos? —pregunta él en voz baja.

—Un viejo amigo de Londres envió el recorte. Dice que fue a ver el tigre en persona a la casa de los Selwyn, el castillo de Cloverpoint.

La señora tiene una gran colección de curiosidades orientales y una obsesión particular por todo lo relacionado con el sultán Tipu. Este amigo, el señor Pike, es granjero y caballero, pero no de sangre o linaje noble. Simplemente llegó a la casa, solicitó una visita guiada y ella accedió amablemente. Aunque hay una mala noticia. El señor Pike dijo que el autómata no se hallaba en buen estado. Casi siempre está debajo de una sábana. El mayor deseo de Lucien era ir a verlo él mismo, tal vez hasta ofrecerse a repararlo...

Se interrumpe, incapaz de terminar, y espera que Abbas dé alguna señal de haberla oído. También nota su olor, que es agradable y fuerte y un poco embarazoso, o inquietante, porque le recuerda que ha acogido a un casi desconocido en su vida, un hombre al que sólo ha visto un par de veces y a quien rodea un aire de inestabilidad.

Finalmente, con esfuerzo, Abbas desliza el papel hacia ella.

—Quédatelo —dice Jehanne.

A Abbas se le ilumina el rostro, y por un instante ella vislumbra al niño que conoció.

Abbas apenas traslada unas pocas pertenencias de la posada La Poule Rouge: un cepillo de dientes, una pastilla azul de jabón, un peine y una navaja plegable. El resto de su ropa la guarda debajo del catre, en un cofre de cuero al que llama su «baúl marinero». Cuando Jehanne llega por la mañana, el catre está siempre bien hecho, tan tenso e impersonal como él. Aun así, el simple detalle de verlo sentado en el taburete de Lucien, descuartizando un reloj con pequeñas herramientas, le levanta el ánimo.

Durante sus dos primeras semanas de empleo, Abbas hace lo que puede con un puñado de relojes de bolsillo cuyos desperfectos se ve capaz de subsanar. Limpia engranajes y desmonta mecanismos. Pero el reloj de cuco es otra cosa. Detrás de sus puertecillas hay dos niñas holandesas que deberían salir de su casa a cada hora en punto y encontrarse en el centro, donde se dan un golpecito en la frente antes de volver sobre sus pasos. Sin embargo, las dos niñas holandesas están encerradas en un silencio mutuo.

Busca orientación en los planos de Lucien, pero la escritura a lápiz es prieta y borrosa, imposible de descifrar.

Derrotado, le dice a Jehanne que devuelva el reloj de cuco a su dueño. Lo mismo ocurre con otros relojes de péndulo cuyos propietarios, con toda probabilidad, se dirigirán al otro lado de la ciudad y pedirán ayuda a un relojero rival llamado Godin.

Para ser útil, Abbas corta leña, cuida del pequeño huerto y reemplaza las pizarras del tejado cuando una tormenta las arranca. Cada pocos días visita la tumba de Du Leze para escardar el tomillo en flor y evitar que se expanda a las parcelas vecinas. Una vez, de camino a la sepultura, ve que una mujer muy delgada, vestida de negro, se inclina para poner flores sobre la lápida. Da media vuelta, esperando que la mujer —sólo puede ser Isabelle— no lo haya visto.

Para Jehanne son semanas prometedoras, ya que hace dos ventas. Una mujer compra un sombrero diseñado por ella: satén de color amarillo yema con un remolino en lo alto y una cinta colgando a un lado. Un grabado de un mogol con turbante de uno de los libros de Lucien le ha servido de inspiración. En tono elogioso, la clienta le

dice que le recuerda a una palmera de hojaldre, así que Jehanne le responde que sí, que ésa fue precisamente la inspiración: las palmeras de hojaldre. La clienta se marcha con la sombrerera en la mano. Al cabo de dos días aparece su hermana, pidiendo otro en azul.

Le parece increíble. Sus diseños siempre han tendido a lo excéntrico (pendientes de escarabajo y broche a juego, un cinturón tejido con plumas de pavo real). Para Jehanne, cada uno de esos objetos es una pequeña muestra de rebeldía, una forma de reconocer que su gusto nunca coincidirá con el de las demás mujeres ni falta que le hace. Lo que le sorprende es la alegría que siente cuando la hermana le dice: «Seguro que todas las damas llevarán sus sombreros en la fiesta de santa Josefina.»

El único momento incómodo es cuando alguna clienta ve a Abbas trabajando en la mesita de la trastienda. «¡Ah!», dicen; o: «No me había dado cuenta...», y Jehanne se apresura a explicar que el antiguo alumno de Père Du Leze ha venido desde Mysore para ayudar en el negocio.

—¿Lo sabe Godin? —pregunta madame Boldt.

—¿Qué más da? —responde Jehanne secamente mientras pasa una aguja por una media de lana rota.

Madame Boldt se le acerca y le llena la nariz de su empalagoso perfume floral.

—Godin es miembro del gremio, querida. —Mira un momento a Abbas, que finge no escuchar—. Y el gremio no ve con buenos ojos a los forasteros.

Después de que madame Boldt se marche con su catatónico reloj de cuco, Abbas le pide a Jehanne que le hable más de Godin.

—¿Es un buen relojero? ¿Tiene aprendiz?

—No te acerques a ese hombre —le dice ella—. Es un auténtico sin verga.

—Jehan —dice Abbas haciendo una mueca.

—¿Qué? Es que lo es.

—¿Sabes que un sin verga es...?

—Un sinvergüenza —ella vacila—. ¿No?

Él la mira cada vez más divertido.

—Un sin verga es un hombre que carece de sus partes...

—¡No!

—... íntimas.

Jehanne se lleva las manos a las orejas, pero en su bochorno recuerda al chico de la carnicería al que llamó «sin verga» por su balanza defectuosa y que, desde entonces, evita mirarla a los ojos...

—Ay, Dios —dice bajando las manos, pero Abbas se está riendo, y los dos se olvidan, por ahora, del tema de Godin.

Que algo se ponga de moda lleva su tiempo, se dice Jehanne los días en que nadie pasa por la tienda. Entretanto, toma medidas de austeridad: apenas enciende el fuego, se pone dos pares de medias y rellena sus ropas de luto con lana, subsistiendo básicamente con un pan de doce libras. De vez en cuando se marea.

Una vecina la invita a cenar *boeuf bourguignon*, lo ideal cuando hace frío, pero entonces Jehanne se encuentra en la incómoda situación de tener que devolverle la invitación. Así que, unos días más tarde, empuja un cochecito —que ha cogido del escaparate de la tienda— por un parque lejos de casa, donde nadie la conoce, y

atrapa dos palomas con sus propias manos. Las mete en el cochecito, debajo de la manta, con la esperanza de que nadie la haya visto. «¿Qué más da?», piensa mientras vuelve rápidamente a casa y más tarde, cuando las despluma en la cocina, separa la cabeza del cuello (sangre por todas partes) y las asa con ramitas de romero hasta que adquieren un tono dorado, con la esperanza de que pasen por codornices. La vecina dice que la comida es deliciosa, aunque Jehanne no la prueba.

Ya no le apetece carne de ningún tipo, sólo desea el sabor de la normalidad, la sensación de que la calamidad no está siempre llamando a la puerta. Se convence a sí misma de que el presente es sólo una fase y que algún día volverá a encender el hogar, algún día no tendrá que lidiar con ese hurón de proveedor al que debe pedirle un mes más de aceite a crédito, lo que suman dos; el hombre estará encantado de ayudarla porque eso significa que ella le permitirá meter la mano por debajo del vestido y apretarle repetidamente el pecho derecho como si lo exprimiera. (Eso sólo ha ocurrido una vez, pero el pecho en cuestión sigue atormentado por las uñas del hombre.) Algún día ya no bastará con un apretón, algún día el Hurón exigirá el pago completo más intereses, el tipo de interés por el que ella siente el más absoluto desinterés.

Ese día llega antes de lo que Jehanne esperaba, el primer lunes de junio. Lo oye llamar a la tienda de al lado y corre en busca de un lugar donde esconderse. Cuando Abbas le pregunta qué está haciendo, ella le dice desde debajo del mostrador:

—¡Dile que no estoy! ¡Que sigo de luto!

—Pero si estás aquí...

Jehanne le explica rápidamente, sin omitir detalles, lo que ocurrió la última vez con el Hurón. Abbas la escucha en un silencio sepulcral y luego, cuando ella ha terminado, deja sus herramientas.

—¡Haz lo que te digo! —susurra Jehanne a la espalda de Abbas, pero es demasiado tarde: oye los pasos del Hurón acercándose a la puerta.

Apenas ha puesto un pie en la tienda cuando Abbas lo hace retroceder al escalón insistiendo educadamente en que él, Abbas, se encargará del pago allí mismo, en el callejón que hay junto al local. El Hurón, cordial como siempre, se queda perplejo ante ese desconocido de piel morena, pero se deja guiar fuera, donde Jehanne no puede verlo.

—Te da un aplazamiento —dice Abbas cuando vuelve solo, cinco minutos después. No hablará más del tema, sólo se frota los nudillos y coge las herramientas.

La próxima vez que Jehanne ve al Hurón, está usando la mano izquierda para llamar a una puerta del otro lado de la calle, pues la derecha está tan vendada que no puede ni coger una manzana.

«¿Y si?» es una pregunta que ha empezado a atormentar a Abbas cada vez que pasa el trapo y cada vez que usa el plumero. ¿Y si el próximo cliente que entra con un reloj estropeado es el último al que atenderá? ¿Y si el viejo Dumonde vuelve diciéndole que su reloj de bolsillo va ahora más lento que antes? ¿Y si el misterioso gremio lo expulsa de la ciudad? ¿Y entonces qué?

Un miércoles, Abbas le dice a Jehanne que va a dar su paseo vespertino sin ningún destino en concreto, una mentira que ella

parece aceptar.

Pasa por debajo del Gros Horloge y se acerca al puente que lo llevará al otro lado de la ciudad. Debajo del puente, una cerda negra hoza en un montón de basura con dos cerditos pegados a las patas. Cuando llega a otro lado, pregunta a un hombre cómo se llega a la tienda de monsieur Godin.

Le indican que camine a lo largo del Robec, un arroyo maloliente tan estrecho como los brazos extendidos de Abbas, donde unos tablones permiten que los peatones puedan acceder a las tiendas del otro lado. Tan asombroso como su olor es su color, púrpura en algunas zonas, añil en otras, fétido y bello a partes iguales.

A medida que se aleja del arroyo, el olor disminuye pero las náuseas permanecen. Finalmente llega a la tienda, que tiene acogedoras hortensias rosa en las ventanas. Todo su futuro parece depender de lo que ocurra al otro lado de la puerta.

Al entrar nota que la tienda huele un poco a moho. A su alrededor, en todas las estanterías, hay relojes redondos en cajas cuadradas de madera, con números romanos claros y firmes. Ni asomo de pan de oro ni mitos griegos. Éstos son relojes que detestan las modas. Son relojes simétricos y adustos, que marcan el día y recuerdan a la gente el escaso trabajo realizado y lo mucho que queda por hacer.

Al fondo está Godin, sentado ante una mesa de trabajo cubierta de engranajes de madera. Está removiendo una taza de té con un destornillador y lo mira con desdén mientras sorbe.

Abbas se adelanta, sombrero en mano.

—Buenos días, monsieur Godin.

—Lo eran.

—Perdone que le interrumpa, monsieur.

—Bueno, ¿qué pasa? ¿Te has quedado sin negocios que robar?

Godin deja la taza y se levanta. Aunque es igual de alto que Abbas, su cabeza es imponente por ser un rectángulo perfecto plantado sobre el amplio pedestal de sus hombros. Inspecciona los engranajes de madera, extendidos como galletas recién horneadas sobre su superficie de trabajo; los levanta y los vuelve a dejar en su sitio, como si no se decidiera sobre cuál llevarse a la boca.

—No tengo ninguna intención de robar nada —dice Abbas—. Simplemente he seguido con los clientes que habían sido leales a mi antiguo maestro, Lucien Du Leze. A quien supongo que usted conocía.

—Claro que lo conocía —dice Godin, seleccionando un engranaje inacabado. Se sienta con los hombros encorvados y empieza a afilar los dientes con una lima diminuta—. Un viejo dandi que hacía cosas de dandi. Y ahora aquí estás tú en su lugar, alguien sin formación que le falta el respeto a la Amable Compañía de Relojeros. —Godin sopla sobre el diente recién limado—. Ése es el nombre de nuestro gremio y, para serte sincero, lo aborrezco. Sería de esperar que después de cuatrocientos años pudiésemos votar un nuevo nombre, pero existe algo llamado «reglas».

—Monsieur, mis disculpas si lo he ofendido. Mademoiselle Jehanne, la hija de mi maestro...

—Ah, vamos. Los hombres como él no tienen hijas.

Abbas hace una pausa para contener su enfado.

—Mademoiselle Jehanne está sola. Intentaba ayudarla.

—Qué platónico por tu parte. —Godin deja el engranaje y cruza los dedos—. ¿Por qué has venido, entonces? ¿Absolución? ¿Eso es todo?

—He venido a preguntarle si me aceptaría como aprendiz. Estaba estudiando relojería con Monsieur Du Leze, pero él volvió a Francia antes de que completara mi formación. —Abbas avanza un paso, Godin se aparta y Abbas extiende el recorte del Tigre de Tipu en un extremo de la mesa—. Construimos este autómata, monsieur Du Leze y yo, hace muchos años.

Godin no ha bajado la vista para mirar el recorte; lo que hace es mirar a Abbas con una mezcla de desagrado y burla.

—Quieres que complete tu formación para que puedas convertirte en mi competencia.

—No, monsieur, quiero construir un autómata como éste. —Abbas da unos golpecitos a la ilustración—. Cuando acabe mi formación, si así lo desea, me llevaré mis conocimientos a otra parte. No tengo a nadie en Ruan. Nada me retiene aquí.

Godin observa el recorte con escepticismo. Le hace varias preguntas sobre el tamaño del autómata, su mecánica interna y sus movimientos, a las que Abbas sólo puede ofrecer respuestas incompletas.

Al final Godin aparta el recorte.

—¿Estás diciendo que tú hiciste esto?

—Sí, Du Leze y yo mismo.

—¿Cómo sé que no estás mintiendo?

—Porque le he dicho cómo funciona. Y mi nombre está escrito en los fuelles interiores.

—Y si yo te dijera que mi nombre está escrito en el Gros Horloge, ¿me creerías?

Abbas se lo queda mirando con incredulidad.

—Pero lo hice yo, es mío, mío y de Du...

—Escúchame: el gremio nunca aceptará a un salvaje. Pero a mí, que soy de ideas más abiertas, quizá podrías convencerme si el autómata estuviera aquí, en el escaparate de mi tienda.

Godin señala la ventana, donde aparece su nombre invertido en letras doradas.

—¿Y cómo voy a traerle el autómata, monsieur? ¡Si es tan grande como yo!

—Tráeme los fuelles, entonces. Con tu nombre, demuéstrame que eres quien dices ser. —Godin recoge el recorte entre dos dedos y lo suelta sobre la palma de Abbas—. Pareces un tipo ingenioso. Ingéniatelas para conseguirlo.

Abbas se queda mirando mucho tiempo las pútridas aguas del Robec. Oye un carro traqueteando por las piedras y el balido de una cabra. Alguien murmura: «Pero ¿qué le pasa a ese hombre?»

Las campanas tocan a vísperas. Las mismas campanas que él oía día tras día en las iglesias de Pondicherry, donde se agazapaba en los muelles con la mano alzada como una garra para pedir a los que pasaban. «Demuéstrame que eres quien dices ser.» Pero quién es ya no importa. Sólo lo que tiene a su nombre. Con las manos vacías, él no es nada.

Una gruesa gota de agua le cae en la cabeza. Levanta la vista y ve muchos fantasmas azules moviéndose en las ventanas altas. Enfoca

la vista y se convierten en madejas de algodón secándose en los postes. Y, sin embargo, hay algo en sus ondulaciones azules que evoca los versos de la begum:

Si un artista me eligiera de modelo...
¿Cómo dibujaría la forma de un suspiro?

Suspira con las madejas. Hacer algo tan indestructible como esas dos líneas. Tener ese pequeño poder sobre la muerte.

3

Jehanne sólo vende cuatro de sus sombreros *palmier* antes de que cesen las ventas. Bueno, qué se le va a hacer. Se le ocurre otra idea: pedir un préstamo a Isabelle y convertir la tienda en un café. Subastará todas las curiosidades, además de un buen número de relojes de Lucien. Las ventas y el préstamo servirán para los tres primeros meses. En una hoja de papel grande dibuja la ubicación de las mesas, el mostrador y las estanterías para los recipientes de té y café. Le costará convencer a Isabelle, pero, por una vez, Jehanne se siente segura y fuerte porque ha reparado la falleba de la ventana del dormitorio, ha atrapado el ratón de la cocina y va haciendo malabares con las facturas a medida que llegan.

Y entonces recibe una carta de Isabelle que desbarata todos sus planes.

Jehanne lee la carta dos veces y la arroja a la chimenea, aunque las palabras ya están grabadas en su cabeza. Su tía la reprende por tener «un amante moro», un rumor que se ha extendido por toda la ciudad y que Isabelle ha confirmado con sus propios ojos al pasar con su pequeño cabriolé por la Rue Bertaux una mañana temprano.

> *Me preguntaba por qué llevaba semanas sin tener noticias tuyas y por qué no te había visto en la iglesia. Creí que*

quizá te sentías demasiado afligida para asistir o que habías buscado otra parroquia. ¡Cuán equivocada estaba! Hasta que no pongas fin a esta relación, no cruzaré tu umbral, ni serás invitada a cruzar el mío. Considera mi apoyo, financiero y de otro tipo, revocado.

De pie en la sala, Jehanne bebe el rioja de las ocasiones especiales hasta que se le entumecen los labios. La luz se apaga en los cristales. Se queda mirando la araña de luces; no es la primera vez que mide la distancia con la vista. El año en que llegó. Su año más oscuro. No recuerda que en esa época tuviera añoranza, ni siquiera tristeza, sino una ausencia total de sentimientos y nadie a quien poder describírsela.

Se duerme acurrucada en el sillón de mimbre y, en ese momento perfecto antes de despertarse, oye el tintineo de un mortero moliendo especias, el canto de un gallo, a su abuela llamándola por su nombre para que se despierte y afronte el día.

Por la mañana, Jehanne no ha sacado aún la llave de la puerta cuando Abbas le abre y se aparta a un lado con un amplio movimiento del brazo. Ha extendido un mantel de algodón sobre la mesa de trabajo, donde hay un pastelito de almendras sobre una servilleta junto a una taza con un ramito de violetas.

—He recogido las flores durante mi paseo de esta mañana. Y el pastel está recién salido de la panadería. ¿Puedo? —Le acerca una silla. Ella se sienta lentamente, desconcertada. Abbas elogia el mantel de algodón, festoneado y bordado con hilo de lino y

ribeteado con campanillas—. Lo he encontrado en ese armario. Espero que no te importe. ¿Lo has hecho tú?

Ella asiente.

—Bien —dice Abbas, aparentemente para sí—. Eso será útil.

Como se ha saltado el desayuno —y la cena, ahora que lo piensa —, Jehanne deja a un lado su confusión y se come el pastel. El primer bocado es cálido y mantecoso, pero no puede acabar de disfrutarlo porque también es consciente de que Abbas no aparta los ojos de ella.

—Tengo una propuesta —dice él por fin—. Una forma de asegurar tu futuro y el mío.

A Jehanne se le hace un nudo en el estómago. ¿Una propuesta? Deja el pastel y se limpia las migas de los dedos. No sabe lo que responderá a su propuesta, pero no quiere oírla con los dedos sucios de migas.

—Tiene que ver con el Tigre Musical. El autómata.

Nota el bocado bajándole por la garganta como una bola de algodón.

—¿El autómata? —dice ella—. ¿El Tigre de Tipu?

—Todos estos años he creído que lo habían destruido en el asedio, hasta que me demostraste que todavía existe.

—Sí, bueno. Supuse que sería un consuelo para ti.

—Y así fue. O sea, así será cuando lo recuperemos. —Abbas se sienta frente a ella—. Ésta es mi propuesta, deja que te la explique antes de rechazarla. Podemos llegar a un acuerdo con esa tal lady Selwyn. Tres piezas a cambio del Tigre Musical, dos de ellas falsas, una auténtica.

—¿A qué piezas te refieres?

—A las que satisfagan su gusto por todo lo oriental. Algo como una prenda que perteneciera a Tipu. No será auténtica, claro, tendremos que confeccionarla... pero aún tienes el anillo de ágata del sultán, ¿verdad?

—Claro que lo tengo. Y pienso tenerlo el resto de mi vida.

—O cambiamos nuestros objetos por el autómata y lo traemos de vuelta a Ruan. Cobramos a las visitas, como hace esa lady Selwyn. Ya sabes que los franceses pagarían lo que fuese por ver a un inglés siendo devorado a diario. Y, al igual que lady Selwyn, te irás de gira con el tigre, que se exhibirá en las mismas galerías que expusieron el Flautista de Vaucanson y el Ajedrecista de Maelzel, en los Spring Gardens de Londres, en París, Milán, Ginebra, ciudades que de otra forma nunca llegarías a ver.

Puentes y torres de reloj se elevan en los cielos que Jehanne imagina.

—¿Y tú? ¿Qué ganas tú con esto?

—El autómata demostraría mis habilidades. Con suerte, podría convencer a Godin de que me aceptara como aprendiz. Y tú, Jehanne, ya no tendrías que preocuparte más por el dinero.

—O me encarcelarían por robar. O acabaría muerta en una cuneta. ¿Sabes qué son los bandoleros? Te rajan el gaznate por un tarro de arenques.

—Entonces no llevaremos arenques. —Cuando ella frunce el ceño, él extiende las manos sobre la mesa—. No dejaría que te pasara nada, Jehanne. Eres como una hermana para mí.

—Nunca he tenido un hermano. —Jehanne aparta el pastel—. Parecen ser un incordio.

—¿No quieres más pastel?

—Nunca he sido muy de dulces.

—No es así como te recuerdo.

—¿Y cómo me recuerdas?

—La segunda vez que nos vimos, comías dulces como si estuvieras en un concurso. Y te relamías los dedos.

Jehanne se cruza de brazos.

—Ésa no parezco yo.

—También recuerdo el pañuelo que me diste. Las flores azules eran preciosas, pero tus habilidades no han hecho sino aumentar. —Abbas pasa un dedo por el bordado del mantel sin percatarse de que ella le está mirando la cabeza inclinada, preguntándose qué debe de sentirse al hundir los dedos en su espesa cabellera—. Bordar un cojín te sería fácil, ¿verdad?

—No —dice ella.

La cara de Abbas se ensombrece.

—No pongas esa cara —añade Jehanne—. Decía que no es fácil bordar un cojín. No rechazaba el plan, aunque sí tengo algunas objeciones prácticas...

Pero él ya está estrechándole la mano como si hubieran llegado a un acuerdo.

Dos meses después, en septiembre, Jehanne sale de Ruan en un coche de postas que se dirige al puerto de Calais. Es la primera fase de un viaje de dos semanas hasta el castillo de Cloverpoint.

Ya ha ido en coche de postas antes, acompañada por Lucien en su viaje anual a París, donde solían adquirir mercancías nuevas en mercadillos y piezas de relojes en el Marais. Esta vez siente

profundamente su ausencia. El carruaje está más atestado que antes; no ha podido conseguir uno de los asientos de los extremos, en las ventanas, y va apretujada en el centro de la parte trasera por un precio de treinta *sous*. Un olor agrio impregna el aire. Encima de sus cabezas, una red cuelga del techo combada por el peso de las sombrereras, las capas y una amenazante espada que nadie ha pensado en envainar.

El ambiente parece mejorar cuando se ponen en marcha, entre el tintineo de los cascabeles que adornan las riendas de los caballos. Le gustaría que Abbas estuviera sentado a su lado, o al menos a la vista. Pero él viaja con los otros sirvientes en lo alto del carruaje, en la imperial, haciéndose pasar por su criado.

Y ella, Jehanne Du Leze, se hace pasar por una mujer blanca, tan blanca como una dama que posa para un retrato, sin mácula alguna en su sangre. La mujer sentada en el extremo parece percatarse del engaño y frunce el ceño como esas colegialas que la llamaban «brioche» en verano, por lo mucho que se le oscurecía la piel. Pero entonces la mueca se transforma en un estornudo y la mujer murmura una disculpa desde su codiciada ventanilla.

Jehanne levanta la vista hacia la espada y susurra un rápido «Bismillah ir-Rahman ir-Rahim», una oración que no pronuncia desde hace seis años.

Había tanto que hacer en las semanas previas al viaje que Jehanne apenas se había parado a pensar en todo lo que podía salir mal.

El trabajo comenzó con una carta a lady Selwyn, que Abbas le hizo transcribir siete veces alegando que una *f* se parecía demasiado

a una *s*, o que los números eran demasiado finos, o que a las letras les faltaba seguridad. Sólo dio un gruñido de aprobación al ver el resultado final.

Es posible que lady Selwyn desee añadir a su colección varios objetos que en su día estuvieron en posesión del sultán Tipu. Adquirí estos objetos a través de mi padre, monsieur Lucien Du Leze, un relojero francés que sirvió en la corte del sultán y construyó para él varios relojes de bolsillo y de pared. El sultán Tipu quedó tan satisfecho con el trabajo de mi padre que nos regaló los siguientes objetos:

Dos cojines de howda
Una túnica real usada por el sultán Tipu
Un anillo de ágata que el sultán Tipu llevaba en el dedo meñique

Si lady Selwyn deseara aumentar su colección y la riqueza de Inglaterra con estos objetos, sería un placer visitarla y llegar a un acuerdo.

Para los materiales saquearon el armario de Lucien, donde había chales doblados y telas de su época en Mysore. Seleccionaron una sencilla muselina de color hueso para la túnica de Tipu. (Ella había sugerido seda o algo más regio, pero Abbas negó con la cabeza. Para cualquier otro rey, pero no para Tipu.) Dos chales aterciopelados de color carmesí servirían para confeccionar los

cojines. Jehanne compró varios carretes de hilo de oro con el dinero que le proporcionó Abbas, que desdobló cada billete acartonado como si fuera el último.

Sus días adquirieron un agradable tedio, consumidos por la costura. Abbas había dibujado la forma y la proporción exactas de cada prenda, la insignia real sobre el terciopelo, los diminutos adornos dorados que salpicaban las rayas. Ella estaba asombrada con esos dibujos y deseaba poder manejar su aguja con tanta elegancia como él manejaba la pluma. Cuando por fin le presentó el primero de los cojines terminados, a Abbas se le iluminó la cara. Lo vio recorrer con la mirada el intrincado camino dorado del hilo como si hubiera olvidado sus planes, como si aquel bordado fuese realmente digno de un rey.

Un día después, el evaluado fue él cuando volvió de la barbería.

—¿Qué? —dijo, rascándose con pena las mejillas afeitadas—. ¿Me queda mal?

—No te queda mal. Te rejuvenece.

Él negó con la cabeza.

—No confío en los barberos.

—Qué sé yo —dijo ella dándose la vuelta y llevándose la mano al cuello que se enrojecía por momentos, mientras le recordaba a Abbas que aquello no era una cuestión de vanidad: los sirvientes no llevan barba.

Jehanne siente alivio cuando el postillón detiene el carruaje para alimentar a los caballos. Todos los pasajeros se dirigen al café más cercano, salvo Abbas, que se queda mirando a los animales —de

cabeza gacha y patas mojadas, cubiertas de barro hasta la rodilla— mientras el postillón los desengancha de los arneses.

—¿Sabías —dice Abbas con la cabeza inclinada en actitud de estudio— que, cuando un caballo galopa, cada casco toca el suelo en un momento distinto?

—Sí —dice Jehanne. Él la mira con desconfianza—. Lo sabía.

Abbas se vuelve para mirar de nuevo a los caballos. No es un gran conversador pero es el único que tiene, por lo que Jehanne se queda con él, también mirando.

Le gustaría que Abbas le dijera algo tranquilizador que la distrajera de sus temores. Sigue temiendo a los bandoleros. Teme al cielo y su constante amenaza de tormenta. Teme lo que deja atrás: su tienda, su hogar. Teme que lady Selwyn no haya recibido su carta. Teme que lady Selwyn la acuse de charlatana y le destroce la vida, como sólo los poderosos pueden hacer. Sin embargo, ninguno de esos temores es tan intenso como el miedo a quedarse en casa y aguardar a que el futuro la alcance, un miedo que ella siente como una patada en el trasero.

—Me pregunto qué pensaría Lucien de todo esto —dice Jehanne, esperando atraer a Abbas a la conversación—. Seguro que estaría horrorizado.

—O quizá nos habría acompañado.

—¿Lucien? No me parecía tan aventurero. ¿Y a ti?

—Sólo lo conocí como maestro. Por cierto, un maestro excelente.

Cuando ella le pregunta qué lo hacía tan buen maestro, Abbas mira más allá de los caballos, como si tratara de encontrar una respuesta profunda. Luego, encogiéndose de hombros:

—Tenía fe en mí.

Jehanne se toca la cintura, justo en el pliegue donde se ha cosido el anillo de ágata dentro de la falda. Siente la forma reconfortante a través de la tela, aún lo oye decir: «Tú vales como una sala llena de anillos como éstos.»

—Una dama no debe llorar delante de su criado —dice Abbas.

—No estoy llorando —replica ella, secándose el rabillo del ojo—. Y además tú no eres mi criado.

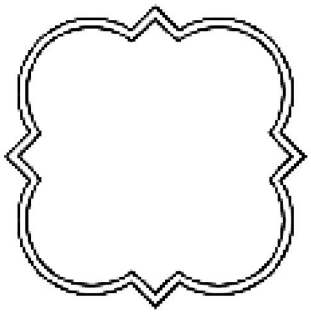
Y ésa es otra de sus preocupaciones, que alguien quiera saber por qué ella, una dama, viaja con un criado y no con una doncella. Si le preguntan, dirá que no es una práctica infrecuente en las colonias, con la esperanza de que el inquisidor no haya estado nunca en ellas.

CASTILLO DE CLOVERPOINT

1805

1

Quien vaya por Clover Lane, el camino que lleva al castillo de Cloverpoint, no verá ningún trébol por ninguna parte. Porque resulta que aquí el nombre *clover*, trébol, procede de la obsesión de lady Selwyn por el cuadrifolio apuntado, que tiene este aspecto:



Lady Selwyn descubrió la forma mientras estaba de luna de miel en Florencia con su marido, lord Selwyn. Visitaban una catedral cuando ella se detuvo ante el *Sacrificio de Isaac* de Brunelleschi. Apenas se fijó en las figuras de bronce, pero sí en la inusual forma que las enmarcaba. Según su guía, el cuadrifolio había llegado a Europa procedente de Oriente a través de la Ruta de la Seda, plasmado en artículos de lujo de terciopelo y seda. Sin embargo, el guía también les dijo que esta variante era una invención europea en la que la orientación de las puntas aludía al crucifijo.

Durante toda la visita, lady Selwyn no dejó de ver esa forma. Su marido acababa de heredar de su tío una casa de campo en Twickenham, a dos horas de Londres. Una casa de listones de madera y yeso, tosca como una calabaza. A sus veinticuatro años, estaba ansiosa por dejar su propia huella en la casa, y aquí estaba, como una señal de sus mismísimos antepasados que habían luchado en *Outremer* durante la Tercera Cruzada.

Así comenzó su incipiente interés por el arte morisco y oriental. El cuadrifolio apuntado estaría en toda la casa, en lámparas y faroles, en la ropa de cama y en los respaldos de las sillas. Incluso lo añadiría al escudo familiar, lo que horrorizaría a la población, que no iba a olvidar sus orígenes burgueses. Todo el mundo sabía que lord Selwyn se había casado con ella por puro y simple interés, por su fortuna procedente de las minas de carbón. Lord Selwyn era hijo del antiguo primer ministro y ya no se beneficiaba de las remesas de su padre ni de las constantes inyecciones de dinero procedente de la plantación de azúcar de Barbados, que un cicatero tío había vendido.

Treinta años después de haber concluido la restauración, el castillo de Cloverpoint se muestra ahora en todo su rejuvenecimiento gótico: ampliado e incrustado de torretas y pináculos, bañado en cal blanca. Nada que ver con las mansiones de las viudas que salpican el Támesis, todas con las mismas columnas serias y las mismas simetrías grecorromanas. En cada una de sus numerosas fachadas hay al menos una ventana con forma de cuadrifolio apuntado.

Una mañana de septiembre, muy temprano, un cuervo ataca la mayor de estas ventanas. Ocurre tres veces: un bárbaro graznido y, segundos después, el brutal golpe del pico contra el cristal.

Rum despierta sobresaltado y se incorpora en la cama. Creía haber oído un disparo. Creía que estaba de nuevo en el campo de batalla, un cipayo en busca de la salida más cercana, que por supuesto nunca existió. Oye al mayordomo corriendo por el pasillo, dando palmas y gritando:

—¡Fuera! ¡Fuera, he dicho!

Otro graznido, otro golpe en el cristal. Rum decide que Fellowes puede encargarse del pájaro. Tratar con aves belicosas es cosa de mayordomos. Rum es secretario personal y administrador de las propiedades de lady Selwyn; ocuparse de los asuntos de la señora es cosa de él.

—Lady Selwyn —saluda Rum cuando entra en el Salón Amarillo.

La señora está sentada en una de las dos butacas que hay junto a la chimenea, con la cara vuelta hacia las crepitantes llamas. A sus setenta y dos años es una mujer avispada y vigorosa que suele vestirse con sus propios diseños, por lo que a veces parece que se ha vestido a oscuras. Hoy lleva una especie de voluminosa capa de crepé de China rosa pálido que flota sobre sus hombros como un par de pulmones voladores.

—Rum, ¿has oído a ese pájaro demoníaco? Fellowes dice que ha rayado el cristal.

—Creo que era un cuervo.

—¿Qué crees que quería?

—Supongo que ha visto su reflejo y lo ha confundido con otro cuervo que lo desafiaba.

—Espero que no sea un mal presagio. —Los ojos de ella brillan como si en parte le atrajera la idea—. Faltan tres días para la cacería. Podría pasar cualquier cosa.

—No pasará nada, lady Selwyn, si evita los saltos.

Ella vuelve la cara al fuego.

—Pero se me dan tan bien...

—Aggie —dice él en voz baja—, ya lo hemos hablado.

Ella suspira y se recuesta. La capa hace ruido al arrugarse.

Rum da la vuelta a un leño. La visión de las llamas lamiendo la madera lo deja pensativo. Reacciona y le da la espalda al fuego, decidido a mantener toda su atención en presencia de la invitada.

Se llama Jehanne Du Leze. Les escribió una carta hace un mes expresando su admiración por la colección de curiosidades orientales de lady Selwyn, entre ellas el famoso autómata conocido como el Tigre de Tipu. «Si lady Selwyn deseara aumentar su colección y la riqueza de Inglaterra con estos objetos, sería un placer visitarla y llegar a un acuerdo.»

Hace algunos años, Rum acompañó a lady Selwyn a Londres con motivo del segundo aniversario del asedio de Seringapatam. Las damas lucían pequeños sombreros redondos con un largo penacho balanceándose delante, al estilo mogol. El servicio vestía túnicas ceñidas con fajas estampadas con rayas de tigre. Por un chelín, la multitud se reunía debajo de un mural pintado en el techo que iba recorriendo las distintas fases del asedio. Aquí estaba el ejército inglés, congregándose alrededor de las murallas del fuerte (ni rastro de cipayos, se percató Rum); aquí Tipu disparaba un rifle a las masas; Wellesley sostenía un farol sobre el cuerpo agonizante de Tipu (sorprendentemente sin camisa, con una espada clavada en su

musculoso torso); el palacio ardía; mujeres nativas de pechos voluptuosos eran transportadas como sacos de grano; la bandera de la Compañía de las Indias Orientales ondeaba en las murallas.

Por dos chelines más, la multitud formaba una cola que daba la vuelta a la manzana para ver de cerca al autómata anunciado como el Tigre de Tipu. La mayoría se acercaban con un temor reverencial y se agachaban un poco para ver dónde el colmillo del tigre se hundía en el cuello del soldado. Varias damas palidecieron y hubo que acompañarlas fuera. Por supuesto, también apareció algún necio que apoyó las manos en las teclas del órgano y cantó «Dios salve a la Reina», como si fuese el inventor de la mismísima ironía.

Durante los festejos, Rum no se apartó de lady Selwyn, que alcanzó cierta notoriedad como propietaria del autómata y como tal atrajo a los fanáticos de Tipu. Uno de ellos intentó venderle un pequeño mechón de pelo en un estuche transparente, jurando que había sido cortado del bigote de Tipu. ¡Qué descaro! Peor aún: lady Selwyn entornó los ojos para mirar bien la bola de pelo y le pidió a Rum que fuese a buscar una lupa.

Lady Selwyn siempre ha sido una persona soñadora, que se deja llevar fácilmente por auras e imaginaciones. Es, en parte, lo que Rum admira de ella.

Él sólo desea protegerla de los que quieren aprovecharse. (Hay estafadores en todas partes y adoptan todas las formas posibles, incluso quizá la de una francesa de caligrafía admirable aderezada con florituras persuasivas.) Pero aunque la francesa no mienta y se trate de las posesiones del sultán Tipu, ¿por qué alguien querría un cojín donde el tirano se tiró sus últimos pedos?

Si por Rum fuera, concedería a la francesa una rápida visita por la casa y luego la mandaría a paseo. Pero lady Selwyn insiste en echar un vistazo a los míticos objetos. «Si son falsos, lo sabré en cuestión de minutos», ha dicho.

A las diez y media, Fellowes aparece en la puerta y anuncia la llegada de la señorita Jehanne Du Leze. Fellowes no mira a Rum y sabe que tampoco le conviene mirar la capa de lady Selwyn. En lugar de eso, le habla a la ventana y luego se aparta.

Y entra ella: una mujer de pelo oscuro con las mejillas ruborizadas como si hubiera llegado corriendo a la casa. Lleva un vestido amarillo abierto en el cuello y en la cabeza un extraño turbantito de un amarillo intenso.

—Mi señora —dice con una reverencia—. *Enchantée.*

—Bienvenida. —Lady Selwyn señala el asiento libre—. Por favor, acompáñeme junto al fuego. Confío en que el viaje haya sido plácido.

—Tan plácido que hasta he podido leer el periódico, madame. Sus carruajes ingleses son muy superiores a los nuestros.

—¿Y cuáles son las noticias de Francia? —pregunta lady Selwyn—. Aparte de lo que esté armando el Pequeño Corso.

—Son tiempos precarios, en efecto, madame. —La francesa se encoge levemente de hombros y luego añade—: Aunque nadie lo diría, con el tiempo que hace.

«*Touché*», piensa Rum, que espera junto al fuego a ser presentado. Las señoras comparan el verano anterior con éste. Rum

observa el bolso de la francesa y ve que no es de seda. No es una mujer con recursos. Sus miradas se encuentran.

—Éste es el señor Rum, mi administrador y consejero —dice lady Selwyn.

—*Enchantée* —dice la francesa, inclinando la cabeza de modo que la cinta que le cuelga del sombrero le cae sobre el hombro. A Rum ese sombrero le parece ridículo, casi repelente.

—Debo decirle que su sombrero es espléndido —dice lady Selwyn.

—*Merci*, madame. —La francesa se toca el borde del sombrero—. Lo he confeccionado yo misma, al estilo mogol.

—¿De veras? —Lady Selwyn se toca el broche de su capa—. Yo he confeccionado este broche con una abrazadera de mis cortinas.

—¡Qué ingenioso, madame!

—Diseño gran parte de mi ropa y todos mis conjuntos de caza. Pero nunca me he atrevido con los sombreros. —Los ojos le resplandecen de inspiración.

—¿Le gustaría probárselo, madame? ¿Le parece adecuado que se lo pregunte?

Lady Selwyn acepta encantada.

—¿Cómo me queda? —le pregunta ladeando la cabeza a Rum, que ni siquiera es capaz de pronunciar con tacto una palabra de desacuerdo antes de que la francesa interrumpa:

—Madame parece una viajera del mundo.

—Ay, cuánto me gustaría viajar. Solía hacerlo con lord Selwyn. Pero me estoy haciendo mayor.

—Y la casa requiere la atención constante de lady Selwyn —interviene Rum.

—Sí —dice lady Selwyn, mirando a Rum—. Eso también.

—Pero ¿qué hay que ver cuando se vive en uno de los países más bellos de Europa? —La señorita Jehanne se alisa los alborotados mechones castaños—. Las casas de campo francesas no tienen ni punto de comparación. Para envidia nuestra.

Sonríe mientras pasa la vista por la habitación hasta detenerla en Rum, que no sonríe en absoluto.

—Me pregunto —dice Rum— si deberíamos ver el asunto de su carta.

—Desde luego. ¿Monsieur? —llama a Fellowes, que está en el umbral—. ¿Sería tan amable de llamar a mi criado?

¿Criado? Rum está asombrado. ¿No una doncella?

Más asombroso si cabe: el sirviente que entra es un joven de piel morena y pelo negro con una rectísima raya al lado. Sostiene un baúl de cuero en los brazos. Rum se lo queda mirando. Lleva seis años sin ver a otro indio. Ha visto africanos en Londres e incluso cometió el error de preguntarle a un turco si era de la India, para ofensa del turco. Pero éste es indio, seguro. Y no sólo indio. Esa nariz, esa nariz carnosa y ancha, es de Malabar o de Madrás. Esa nariz es como la suya.

—Rum —dice lady Selwyn, un poco bruscamente—. ¿Podrías traer la mesita, por favor?

De inmediato Rum va a buscar una mesa esquinera y la coloca ante los invitados. El criado coloca el baúl encima y abre la tapa.

La señorita Jehanne extiende la mano.

—El cojín, Abbas.

Rum, que ha vuelto a su sitio junto a la chimenea, se queda paralizado. *Abbas.* Un musulmán, entonces. De Hyderabad, tal vez...

—Rum —dice lady Selwyn con vehemencia, levantando el cojín—. ¿Qué te parece?

—Mmm —dice él con neutralidad, mirando el cojín y su maraña de bordados dorados.

—Es el emblema de Tipu, en efecto —dice lady Selwyn—. El tigre devorando al pájaro bicéfalo de la dinastía Wodeyar.

—¿Qué dinastía? —pregunta la señorita Jehanne.

—Los *Wo-de-yar.* Uno de los muchos enemigos jurados de Tipu. Bueno, antes de que lo mataran. Ahora hemos instalado a uno de sus hijos en su lugar.

—Un niño de diez años, creo —dice Rum tratando de detectar alguna reacción del sirviente, sea de disgusto o de lealtad. Pero el criado mantiene la misma expresión reservada, incluso cuando saca del baúl una prenda doblada.

—Y esto —dice la señorita Jehanne, desplegando la prenda para que caiga sobre su regazo— se llama *jama.* Es la túnica del sultán Tipu que mi padre le vio llevar en alguna ocasión.

La tela es una muselina blanca desvaída, tejida con rayas traslúcidas y decorada con pan de oro.

—Me atrevo a decir que es un patrón típico de Tipu. —Lady Selwyn examina el reverso de la tela—. A nadie más se le habría ocurrido usarlo.

Finalmente, el sirviente entrega a la señorita Jehanne una pequeña caja de terciopelo que sostiene con ambas manos. Tal como le enseñaron a Rum al presentar un regalo. Dar y tomar con ambas manos.

—¿Me permite? —pregunta la señorita Jehanne, y desliza el anillo en el índice de lady Selwyn.

Lady Selwyn levanta la mano y mira el anillo con expresión soñadora.

—Tiene un aura, ¿verdad?

Ante la mención de las auras, un giro peligroso, Rum decide que es hora de intervenir.

—¿De dónde ha sacado estos objetos, señorita?

Sigue la misma historia de siempre sobre su padre, el relojero, y Tipu, su mecenas. Rum escucha en busca de incoherencias, sin encontrar ninguna.

—Mi padre era un favorito del sultán Tipu y recibió estos regalos antes de volver a Francia. Yo no los necesito, pero preferiría dejárselos a un mecenas que los conservara.

—Por un precio —añade Rum.

—Negociable —dice la señorita Jehanne.

Lady Selwyn acaricia la túnica.

—Fíjate en la confección, Rum.

Rum pellizca la tela.

—Parece un poco gastada.

—Será porque el sultán se la ponía —dice la señorita Jehanne.

Las damas hablan del cojín y la señorita Jehanne afirma que es del palanquín del elefante de batalla de Tipu, quizá el mismo elefante, especulan juntas, que el sultán montó en la batalla de Pollilur...

Entretanto, Rum mira el anillo a contraluz. El ágata es gruesa y está suavemente tallada, con ondulaciones de color caramelo y crema. No es el ágata en sí lo que le interesa, sino el agujero que antes rodeó el dedo más débil del tirano.

—Póngaselo, monsieur.

La voz de la señorita Jehanne parece llegarle desde muy lejos y de pronto Rum se da cuenta de que las dos mujeres lo miran fijamente.

Deja el anillo encima de la mesa.

—No creo que me vaya bien. Dicen que el sultán estaba muy gordo.

Vuelve al lado de lady Selwyn y espera un cambio de tema.

—Bien —dice lady Selwyn—, todo esto es muy interesante. ¿Cuánto tiempo se quedará en el pueblo?

—Sólo unas noches, madame.

Lady Selwyn dice que tendrá que consultar con sus consejeros (Rum sabe que él es el único) y quizá traer a alguien de Londres para tasar el anillo.

—Como desee, madame.

La señorita Jehanne esboza una sonrisa pesarosa, como si fuera consciente de que la respuesta final será negativa.

—No deseo privarle más de su tiempo, pero me gustaría saber... —dice algo avergonzada—. ¿Sería posible visitar la casa? Hemos venido de tan lejos...

—Faltaría más, querida. Antes me encargaba personalmente de guiar las visitas —lady Selwyn se levanta y sigue hablando mientras se dirige al vestíbulo—, hasta que alguien rompió el pico de mi águila romana. Una escultura del siglo I a. C. Y, para ocultar el estropicio, ¡se embolsaron la pieza! Ésa es la razón de que haya cerrado mi casa al público general y sólo reciba invitados selectos. —Lady Selwyn menea la cabeza, como si la naturaleza humana la confundiera—. El problema de la gente es que mira con las manos.

Se detiene al pie de la escalera, bajo el sombrío resplandor de un farol de hierro forjado.

—Quizá reconozca el diseño de la escalera. Me inspiré en la de la biblioteca de la catedral de Ruan.

—¡Ah, sí! Me resultaba familiar. ¿Ha estado en Ruan, madame?

—No, pero vi la escalera en un libro y me gustó mucho. Deseaba una especie de melancolía elegante. —Señala las columnas ahusadas, las ventanas abovedadas con arcos e indica que levanten la vista a la armadura que perteneció a Francisco I y ahora reluce tranquilamente en un nicho del rellano superior—. Me cuesta un poco subir escaleras, así que, ay, aquí termina mi parte de la visita. Rum la guiará para que vea el resto.

La señorita Jehanne vuelve a darle las gracias.

—Le prometo que nosotros sólo miraremos con los ojos.

—¿Nosotros? —pregunta Rum.

La francesa se detiene y mira a su criado, que sigue de pie con la mano en el pilar de la barandilla como si esperase unirse a la visita.

—Yo, nosotros —dice ella, riendo—. A veces me confundo con el inglés.

Le hace una seña a su criado, que duda un instante antes de retroceder a las sombras.

A diferencia de la mayoría de las visitas, la señorita Jehanne hace muy pocas preguntas. Se limita a asentir a todo lo que él dice con una especie de mirada superficial, su entusiasmo atenuado en ausencia de lady Selwyn.

En la biblioteca, él señala los arcos góticos calados de las estanterías.

—Están inspirados en una puerta lateral del coro que aparece en la *Historia de la catedral de san Pablo*, de Dugdale.

—Mmm —dice ella, con la cabeza alzada hacia el techo.

—El techo está copiado del vestidor de la reina en el castillo de Windsor.

—¿Y esas cabezas? —La señorita Jehanne señala el perfil pintado de una cara de tez oscura en el techo, tocada con un sombrero puntiagudo de color rojo—. ¿Quiénes son?

—Sarracenos. Musulmanes. Es un motivo que representa los vínculos ancestrales de lady Selwyn con las Cruzadas.

—Esas cabezas están por todas partes.

Rum señala a los dos caballeros que montan a caballo, antepasados de la familia Selwyn, pero ella se vuelve y extiende el brazo para apoyarse en la repisa de la chimenea.

—¿Señorita?

Con una mano aún sobre la repisa, Jehanne se lleva la otra a la frente.

—Ay, estoy un poco mareada. Demasiado mirar hacia arriba, supongo.

Él le ofrece su brazo y ella lo acepta.

—Viajar puede ser agotador —dice Rum.

—Cierto. No estoy acostumbrada.

—¿Volvemos abajo, señorita?

—No, por favor. No hasta que haya visto el tigre.

Rum la conduce despacio por el pasillo, pasan varios bustos y objetos curiosos y entran en la Sala Pavo Real. Es la favorita de Rum, con las paredes cubiertas de un papel aterciopelado de color azul pavo real, el techo circular y sus fractales y radiales dorados. En

el otro extremo, la vidriera arroja un manto de luz coloreada sobre el único objeto de la sala.

—Éste es el Tigre de Tipu —dice Rum.

El autómata está encima de un largo pedestal y su cola sobresale por el borde. A ojos de Rum, tiene el aire de un viejo armatoste descuidado. Ahí está el agujero donde algún vándalo rompió la manivela en la exposición de Londres. Hay una capa de polvo iluminada por el rojo y el azul de los cristales tintados. La cara del soldado está vuelta hacia la ventana, de modo que el perfil del tigre es el primero en recibirlos.

Casi todas las visitas se acercan boquiabiertas sin despegar los ojos del autómata, pero la señorita Jehanne parece detenerse un momento, como si algo la retuviera. Rum llena el silencio con datos.

—Lo descubrieron las tropas británicas durante el sitio de Seringapatam en 1799. El comité de recompensas obsequió al coronel Selwyn con la pieza por su destacado servicio en combate. —La observa acercarse lentamente al autómata y quitarse uno de sus guantes de encaje. Pone una mano desnuda sobre el lomo y luego sigue con el dedo la forma de una de las rayas hendidas del tigre. Aunque no puede verle la cara, percibe el asombro reverencial de su tacto—. Trágicamente, el coronel Selwyn murió de disentería dos semanas después del fin de la guerra.

Rum espera mientras ella se toma su tiempo rodeando el autómata, agachándose aquí y allá para examinar la cara del soldado o para cerrar la mano alrededor de los registros del órgano.

—Se cree que los mecanismos son franceses —continúa—, pero el exterior es tan tosco que sólo puede ser obra de artesanos locales de Mysore.

—¿Tosco? —dice ella—. ¿Cómo que tosco?

—Las rayas no se parecen en nada a las de un tigre. Ninguna de las figuras tiene apariencia de realidad...

—¿Es ése el propósito del arte? ¿Copiar lo que existe?

Rum tensa la mandíbula. ¿A qué está jugando la francesa?

—¿Bajamos, señorita?

—Quizá sea lo mejor. Me noto muy cansada.

Ella se apoya en su brazo mientras avanzan por el pasillo. Al final de la escalera, se detiene.

—Vaya, me he dejado el guante en la Sala Pavo Real. Monsieur, ¿le importaría...?

La deja apoyada en lo alto de la barandilla y va a recuperar el guante, que encuentra en el suelo, entre la ventana y el autómata. El encaje es delicado, y aún conserva el calor de la mano.

Está a punto de salir de la sala cuando lo oye: una serie de golpes estremecedores. Sale corriendo por el pasillo.

La señorita Jehanne yace inmóvil al pie de la escalera, con la mejilla apoyada en el suelo y los ojos cerrados. El criado está agachado a su lado, presionándole la garganta para tomarle el pulso, los dedos oscuros sobre la pálida piel de ella. Mira a Rum, alarmado.

—Se ha desmayado —dice—. ¿Hay alguna cama donde pueda acostarla?

Fellowes aparece corriendo; ha corrido más en un día que en todo el mes.

—¿Qué ha pasado?

—La señorita se ha desmayado —dice Rum—. Llevémosla a la Sala Holbein.

Por muy flaco que parezca, el criado la levanta sin esfuerzo y sube la escalera, ajustando de vez en cuando el brazo para sujetarle la nuca. Fellowes va a informar a lady Selwyn y a traerle agua de inmediato.

El criado espera a que Rum retire las mantas y la deja bajo las sábanas, cubriéndole rápidamente las pantorrillas enfundadas en medias.

Cuando el criado se aparta, entra lady Selwyn pidiendo explicaciones.

—Pero ¿qué ha pasado? —le pregunta a Rum—. Estabas con ella, ¿verdad?

—La he dejado un momento para ir a buscar su guante a la Sala Pavo Real —dice Rum—. No sabía que ella...

—Mira, está intentando hablar —dice lady Selwyn, inclinándose hacia la francesa—. ¿Señorita Jehanne? —Le toma una mano, pálida e inerte, entre las suyas—. Señorita Jehanne, ¿puede oírme?

La señorita Jehanne parpadea una vez, lentamente.

—*Oui*.

—Tiene los labios un poco azulados. ¿No te parece, Rum?

Rum entorna los ojos pero no ve nada azul.

Entra Fellowes con una jarra de agua y un vaso, que salpica un poco cuando lady Selwyn se lo quita de las manos.

—Tiene que beber, señorita Jehanne. Ven, ayúdame a incorporarla, Rum.

La señorita Jehanne permite que él la incorpore en las almohadas. El esfuerzo parece reanimarla un poco. Entre sorbitos, niega con la cabeza.

—Me siento tan tonta, madame. Llego como su invitada y me marcho como una inválida.

—¿Marcharse? ¿En este estado?

—No la molestaré más, madame. Dentro de diez minutos ya estaré más descansada y podré tomar el carruaje de vuelta al pueblo.

Y aquí la señorita Jehanne hace una pausa y se lleva una mano al pecho, concentrándose un momento en su respiración.

—Ni hablar —dice lady Selwyn, mirándola—. Está demasiado débil. Y el trayecto es muy accidentado.

—La señorita ha dicho antes que es muy plácido —interviene Rum antes de que lady Selwyn lo enmudezca con una mirada.

—Insisto en que se quede —dice lady Selwyn—. Cloverpoint le devolverá las fuerzas.

—No tengo ropa aquí —dice la señorita Jehanne.

—Yo se la puedo proporcionar. O su criado se la puede traer. A él le encontraremos una habitación abajo, en los Claustros, con el resto del servicio.

Después de mucho tira y afloja, está decidido. La señorita Jehanne y su criado se quedarán varios días. Ella dará agradables paseos por los jardines y descansará todo lo que pueda.

Rum sabe que es mejor no cuestionar la decisión de lady Selwyn en presencia de otras personas. También sabe que a veces se siente sola debido a la ausencia de amistades femeninas, pues él no puede proporcionarle los caprichos y chismorreos femeninos exclusivos de su sexo. Y sin embargo... Hay algo en esas dos, en la soltura mutua y repentina con la que se tratan, que lo inquieta. Lo atribuye a su habitual aversión a los invitados.

Esa noche, mucho después de que la señora Chapman se haya marchado y Fellowes se haya acostado, Rum se retira a su alcoba. Se trata de la Sala Blackstone, una habitación de paredes tapizadas con damasco de seda y sillas a juego, y que también contiene una vitrina con una de las curiosidades favoritas de lady Selwyn: una piedra negra —de ahí lo de Blackstone— con la que un nigromante isabelino invocaba fantasmas. («No hay nadie en quien confíe más para custodiarla», le había dicho a Rum, que no podía imaginarse quién iba a querer robar una piedra en forma de losa redonda.) Él hubiese preferido una habitación más humilde, pero en Cloverpoint no hay habitaciones humildes, salvo el sótano abovedado donde viven Fellowes y los otros siete criados. Lady Selwyn lo ha bautizado como «los Claustros».

Tradicionalmente sólo la señora tiene su habitación en el piso superior. Sin embargo, tampoco puede decirse que Rum pertenezca a los Claustros. No es ni un señor ni un sirviente, sino algo intermedio, una característica ofensiva para los ingleses, que se enorgullecen de poner a cada hombre en el lugar que le corresponde.

Sin embargo, Rum opina que su lugar está donde lady Selwyn diga que está. Que es la razón de que vaya a su habitación en plena noche.

Acude los lunes y los viernes. Si lady Selwyn no ha dormido bien o se siente desganada, se salta el postre. Éste es un código que sólo Rum conoce y que significa «necesito dormir esta noche, querido».

Pero eso no es nada habitual y sólo ocurre en épocas de excesiva fatiga. Para ser una mujer de edad avanzada, lady Selwyn tiene apetitos.

La noche en cuestión, Rum entra en la habitación de lady Selwyn sin llamar. Al fondo hay una cama alta con dosel enmarcada por un par de biombos ornamentados. La habitación está a oscuras; junto a la cama, una vela de cera derretida proyecta una luz acogedora. Con cada paso que da, Rum distingue algo más: los oscuros arcos de las cejas de ella, la trenza plateada que le cae por los hombros. Lady Selwyn lleva un caftán crema con costuras doradas y tiene las rodillas recogidas detrás de un libro abierto. Está leyendo; a él le encanta la expresión ensimismada de su cara cuando lee.

Una tabla del suelo cruje bajo su pie, y ella levanta la mirada.

—Querido —le dice, cerrando el libro—. ¿Qué te ha entretenido?

Rum se mete en su lado de la cama, que en su día fue el del coronel Selwyn. La primera vez que Rum reclamó este espacio para sí, hace cinco años, descubrió con curiosidad que apenas sentía culpa alguna.

Ella apaga la vela de su mesilla.

—Pero yo quería verte —dice él.

—Mira con las manos.

El sexo es animado, a pesar de la oscuridad. A Rum le encantan los pechos caídos y separados de ella, el sudor que se acumula debajo, su vientre blando, sus muslos moteados, su garganta. Sumerge la cara en su pelo. Alcanfor, lavanda y algún otro aroma añejo. Lady Selwyn ha echado a perder el alcanfor para él; Rum no puede olerlo sin excitarse. Pero ¿qué hay de malo en ello? ¿Qué puede ser más correcto y afortunado que dos personas que se encuentran en el ocaso de sus vidas, sus cuerpos demasiado viejos como para no ser simplemente sinceros? Lady Selwyn se estremece y luego se echa a reír.

—Chist —le dice Rum, aunque está satisfecho de sí mismo.

El estampado del dosel parece retorcerse cada vez que respira.

—El servicio no puede oírnos desde los Claustros —dice ella.

—Antes me he cruzado con Fellowes, que estaba merodeando. Me ha dicho que había oído un ruido.

—Es un milagro que pueda oír algo con las matas que le crecen en las orejas.

Él se ríe. Ella le acaricia lentamente el pelo del pecho con las yemas de los dedos. Finalmente, lady Selwyn se vuelve a un lado y abre el cajón de la mesita de noche.

—¿Has visto mi *meerschaum*, querido? Ah, aquí está.

La *meerschaum* era la pipa de su padre, un objeto alargado de aspecto rústico con el perfil de un hombre barbudo y hosco en la parte delantera. Es lo único que a Rum no le gusta de ella; ese hábito desagradable y masculino de fumar después de hacer el amor.

Lady Selwyn suelta el humo.

—Sé lo que estás pensando.

—¿Qué estoy pensando?

—Que el rapé sería más femenino, pero el rapé...

—Te hace estornudar.

—Y esta *meerschaum* me acerca a mi padre. —Lady Selwyn fuma con aire contemplativo—. Casi puedo sentir su presencia en la habitación.

—Lo mismo digo —dice Rum secamente.

El aire se impregna de un humo dulzón que adormece a Rum hasta que ella vacía la pipa en un cenicero.

—Dime algo —le dice, cambiando de posición en la cama—. ¿Estás seguro de que esos cojines no son auténticos?

—Es la dama la que no me parece auténtica. Ni el musulmán.

—¿Quién? Ah, el criado... ¿Cómo sabes que es musulmán?

—Son sus nombres, siempre suenan como un elefante que pisotea algo —dice Rum—. Ma-fuz. Mus-tafá.

—¿Se llama Mustafá?

—No, sólo era un ejemplo. ¿Y qué clase de mujer viaja con un criado? Una dama debería viajar con su doncella.

—Una mala mujer. —Baja la mano por el cuerpo de Rum y se la agarra—. Muy mala.

Pero Rum necesita algo más de tiempo para resucitar. Se estremece y le conduce la mano a su pecho. Finalmente lady Selwyn se queda dormida; él lo sabe por el suave susurrar de sus ronquidos. Sale de la cama y, lo más discretamente posible, se pone la bata y se marcha antes de que lo descubra una de las criadas por la mañana.

2

A la mañana siguiente Rum se levanta temprano, mucho antes del desayuno. Se ha detenido ante una ventana de la Galería Larga y mira el prado con la mano apretada sobre la nuca. Anoche debió de sufrir un tirón muscular. (¿Es posible que ya no pueda hacer el amor sin lesionarse? Una idea humillante.) El frío matinal no lo reconforta, ni tampoco la tristeza general de este día gris.

Ya es septiembre. El verano ha sido demasiado corto, aunque más cálido que el año anterior, cuando las nieves de febrero se convirtieron en tormentas de verano, un mes húmedo y gélido tras otro, y luego otro, todo mocos y corrientes de aire, con el sol oculto tras un muro de nubes.

Pero ¿qué era un dobladillo empapado comparado con el sufrimiento de los aparceros de lady Selwyn, cuyas cosechas habían arrasado las inundaciones? Ocurrió en todo el país y, por primera vez desde que se tenía constancia, Liverpool tuvo que importar grano. ¡Importar! El precio del pan se disparó. Uno de los agricultores arrendatarios de lady Selwyn se suicidó, ahorcándose en el granero donde antes ponía el trigo a secar. Años terribles. En uno de sus viajes al pueblo, Rum y lady Selwyn se habían quedado asombrados y horrorizados por la cantidad de mendigos que veían, como un ejército de condenados. Lady Selwyn les dio por la ventana tantas

monedas como pudo, igual que Rum. Después se abstuvieron de seguir haciendo estos viajes mensuales y prefirieron que les enviaran los suministros.

Tal vez fue este período de aislamiento lo que ofendió a la población.

El tiempo había sido frío y lluvioso, ésa era la razón principal de su ausencia. Otro motivo, que sólo sabían Rum y lady Selwyn, era la sensación de que estaba aumentando el malestar de los aldeanos. Rumores de reforma y agitación. Ah, pero eso era problema de Escocia, había dicho lady Selwyn, de Escocia y quizá Northumbria. Ese malestar nunca tocaría sus vidas.

Y, sin embargo, se ha producido un cambio en el ambiente, tan difícil de identificar como de negar.

Con suerte, el sol se abrirá paso entre las nubes a última hora de la mañana, cuando lady Selwyn y él partan hacia el pueblo. Han recuperado esta tradición bimensual, pues es crucial que lady Selwyn vea y que la vean. Él suspira, no le entusiasma que lo vean a él, pero se siente obligado a acompañarla.

Su aliento ha empañado el cristal. Limpia la ventana con su pañuelo y deja un borrón.

Debajo del borrón distingue dos figuras que cruzan el jardín: la señorita Jehanne y su criado. La señorita Jehanne cojea, como es de esperar tras la caída de ayer. Un chal verde le cubre los hombros y una cofia de ala ancha le enmarca la cara.

Se detienen bajo un viejo roble. Ella apoya la mano en el tronco y levanta la vista a las ramas. Está hablando, probablemente con el criado que se encuentra unos pasos por detrás, aunque Rum no puede leerle los labios.

Luego la señorita Jehanne se vuelve para mirar al criado, lo que permite a Rum observarla bien. Espalda recta, rostro sobrio, muy diferente de la alegre versión que ofreció el día anterior. No culpa a la francesa por ello. Lady Selwyn tiene ese efecto en la gente: hace que los demás deseen desesperadamente su aprobación y uno nunca se acuesta sintiendo que la ha obtenido plenamente. Siempre parece que ella está mirando más allá, hacia la posibilidad de algo más emocionante en el horizonte.

Rum se pregunta si el criado no estará un poco enamorado de la francesa. No da esa impresión. En realidad, se le ve sólo vagamente interesado en lo que ella dice e incluso, para sorpresa de Rum, ¡se aparta para mirar el río!

Cuando empezó en casa de los Selwyn, Rum leyó doce veces, de cabo a rabo, *El libro de etiqueta y manual de cortesía para caballeros; guía completa para la conducta de un caballero en todas sus relaciones con la sociedad.* Lo leyó tantas veces que el lomo se rompió y las páginas se desprendieron como hojas viejas. Ahora Rum puede evocar a voluntad la voz autorizada de Cecil B. Hartley. «Recuerde, sin embargo, que "una vez caballero, siempre caballero"». En ninguna parte del libro Cecil B. Hartley permite al servicio apartarse de su señor mientras éste se encuentra hablando. Un criado debe atender a su señor —o, en este extraño caso, a su señora— y prestarle toda su atención.

Aún está reflexionando sobre esta falta de etiqueta cuando la señorita Jehanne se vuelve hacia la casa. Rum se esconde detrás de la cortina, casi seguro de que no ha reparado en él. Vuelve a echar un vistazo y la descubre mirando en la misma dirección que su

criado —hacia el río, entre los árboles—, como si estuviera en compañía de un igual.

—Nos está observando —dice Jehanne, volviéndose hacia el río.

—¿Quién?

—No mires. El indio.

—¿Por qué? —pregunta Abbas—. ¿He hecho algo mal?

—No lo sé, nunca he tenido un criado. Eso ha sido idea tuya.

Contemplan, muy rígidos, el río.

Ella había pensado que un compatriota indio la haría sentir como en casa en este lugar, después de haber pasado la mayor parte de su vida buscando las caras que había conocido en su juventud. Pero no es el caso de este indio. Su cortesía es superficial, su escrutinio es profundo. Aunque Jehanne siente la misma curiosidad por él. La primera vez que se vieron no podía dejar de mirarlo, preguntándose: «¿Eres...?», mientras él miraba a Abbas, claramente preguntándose «¿Eres...?». Abbas había mantenido una expresión fría e indiferente.

—Bien hecho, lo de la caída y demás —dice Abbas.

—Gracias. De nuevo, idea tuya.

—No estaba seguro de que lo harías.

—Ni yo.

Jehanne recuerda el autómata, el dorado desvaído de las rayas, el olor mohoso que le recordaba —o quizá sólo fuese cosa de su imaginación— al tabaco favorito de Lucien. Mientras rodeaba lentamente el tigre, no había dejado de inhalar para retener la fragancia dentro del pecho. Había soltado el aire cuando se apartaron, pero algo se había filtrado en su interior, una necesidad.

El autómata estaba a su alcance, como también el renacimiento de la tienda y una versión de su vida con la que podría convivir.

—¿Y ahora qué? —dice Jehanne.

—Ahora te ganas el favor de *milady* con tus encantos. Gánate su confianza.

—Haces que parezca tan sencillo como darle cuerda a un juguete.

—Está sola, está envejeciendo. Tú eres hermosa y encantadora. ¿Cómo va a ser complicado?

Jehanne nota que el rubor le sube por la garganta. Ve que él se la queda mirando.

—¿Te encuentras bien? —pregunta Abbas.

—¿Por qué lo dices?

—Tienes un sarpullido en el cuello.

Ella se lleva la mano a un lado del cuello.

—No es un sarpullido.

Abbas entorna los ojos.

—Te está subiendo a la cara.

—¿Entramos?

Él da media vuelta para volver a la casa.

—Abbas.

—¿Qué?

—El brazo. Ofréceme el brazo.

Abbas dobla con torpeza el codo, rígido como un perchero. Ella lo acepta. Y así caminan de vuelta a la casa, con los zapatos chapoteando en la hierba.

A medio camino Abbas afloja el paso, obligándola a fijarse en lo que le ha llamado la atención: un joven de menos de veinte años que afila una guadaña con un cuchillo más pequeño. El hombre

tiene las mejillas picadas por la viruela, ojos azul claro y unas cejas tan doradas que parecen casi inexistentes. Les saluda con la cabeza entre pases del cuchillo. A Jehanne cada chirrido le crispa los nervios.

—Echo de menos ese ruido —susurra Abbas.

Jehanne no dice nada y se limita a volverse para mirar al joven, que sigue observándolos.

Rum saluda a los invitados con un gesto que le agudiza el dolor de la nuca. Cuando la francesa le pregunta si está bien, la cara se le ilumina de pronto, llena de entusiasmo e inocencia. Sí, gracias, responde él sin dar más explicaciones, y le dice que lady Selwyn la espera para desayunar en el Salón Amarillo.

—Entonces no la haré esperar —dice la señorita Jehanne con una leve inclinación.

Pasa a su lado, seguida de su criado.

—He pensado que su ayudante y yo podríamos desayunar juntos —dice Rum—. Abajo, en el comedor del servicio.

La francesa mira a su criado decidida a disimular su incomodidad lo mejor posible, pero no es suficiente para Rum.

Después de dejar a Jehanne con lady Selwyn, Rum regresa al pórtico y le sorprende ver a Abbas mirando al frente con expresión soñadora y los brazos cruzados en la espalda, con una mano sujetando el otro codo. Al oírlo, vuelve la cabeza.

—Señor Rum.

—Sí, vamos. ¿Habla inglés?

—Me defiendo.

Mientras cruzan los ventanales y se encaminan a los Claustros, Rum le informa de que los suelos son de costoso pino báltico. Abbas mira abajo. Rum señala los largos techos abovedados, inspirados en los de la nave lateral de la abadía de Westminster. Abbas mira arriba.

—Cuando lady Selwyn organiza fiestas —prosigue Rum, que desea provocar algún tipo de reacción en el joven—, que nosotros llamamos *festivos*, traemos músicos a los Claustros para que sus canciones fluyan a través del techo a la Galería Larga, donde se baila y se festeja.

—¿Nosotros? —dice una voz. Es el más hosco de los lacayos, el señor Flood, que está comiendo tostadas en una de las mesas.

Rum le presenta al invitado secamente. Flood y él no se llevan bien desde que descubrieron una botella de vino en el baúl vacío del lacayo. Al menos eso se rumoreaba. Para cuando Rum se enfrentó al lacayo y al mayordomo, ambos se habían asociado y la empresa Flood & Fellowes negó tener conocimiento del robo.

Flood se limpia las manos con una servilleta.

—¿Ahora lady Selwyn y usted organizan fiestas juntos, señor Rum?

—No, pero si se diera el caso, señor Flood, quizá usted podría proporcionar el vino.

Rum va a la cocina a buscar una bandeja con té y galletas. Cuando regresa, descubre aliviado que Flood se ha ido.

—Ha sonado su campanilla —le dice Abbas.

—Qué lástima —dice Rum mientras sirve el té con una sonrisa conspiratoria. Quiere que el chico se sienta a gusto en su presencia. Dos amigos tomando el té—. ¿Quiere leche y azúcar?

—No, señor. —Abbas cubre su taza con la mano—. No me gusta el té.

—¿Café, entonces?

Abbas acepta un café.

Una vez servidas las bebidas, Rum se acomoda en el banco.

—Aprendí a apreciar el té cuando servía en el ejército, incluso sin leche ni azúcar.

—¿Qué ejército, si no es indiscreción?

—La Honorable Compañía de las Indias Orientales. Infantería Nativa de Madrás. Fui ayudante de campo del coronel Selwyn durante las guerras de Mysore, que terminaron, como usted sabe, en Seringapatam.

—Srirangapatna —dice Abbas en voz baja—. Ése era mi hogar.

Los dos parpadean, mutuamente desarmados.

Abbas rompe el silencio con un ruidoso sorbo de café. Rum se pregunta si no debería tener una conversación seria con el muchacho y darle algunos consejos para que triunfe como sirviente: no sorber, no dar la espalda a un superior, etcétera.

—¿Y usted, señor Rum? ¿De dónde es?

—Indostán.

—Sí, pero ¿qué parte de Indostán?

Rum tarda un momento en responder.

—Bednur.

—¿Bednur? —pregunta Abbas, con cara de asombro—. ¿No se llama Haidarnagar?

—Según Haidar, sí. —Rum sorbe tranquilamente el té—. Aunque es difícil estar al día, ¿no cree? Últimamente una ciudad india cambia de nombre con la misma frecuencia que una dama de vestido.

—Al menos la dama puede elegir.

Rum se encoge de hombros y da un mordisco a la galleta.

—Me marché de allí a los doce años. Apenas me acuerdo. Hice varias cosas y acabé en el ejército. Imagino que no estuvo usted en el asedio.

Abbas niega con la cabeza.

—Bueno, la victoria fue rápida —dice Rum—. Necesaria para deponer a un tirano de proporciones tan inhumanas.

—Con «tirano» se refiere al sultán Tipu.

—En efecto, a él me refiero. Sé que vuestro pueblo le otorgaba títulos grandiosos, como Guardián Divino de los Cielos, de la Tierra y de Todo lo que Hay entre Ambos.

—No tengo pueblo, señor Rum.

Rum se lo queda mirando, curiosamente irritado por esta declaración.

—Eso no puede ser verdad. Todos los hombres pertenecen a un pueblo, aunque sea aquel al que sirven.

Abbas ladea la cabeza.

—¿Usted se considera inglés, entonces?

—En cierto modo sí, por haberme ido de casa a una edad tan temprana.

—¿Por qué se marchó?

La pregunta, tan directa, sorprende a Rum de tal modo que se descubre diciendo la verdad.

—Porque no tenía un hogar al que volver.

—¿Después de la anexión?

Al principio Rum cree que Abbas está bromeando. «Después de la anexión»: qué término tan arquitectónico, ¡qué desalmado! Pero

Abbas, muy serio, espera una respuesta.

—Antes de que Haidar Ali nos «anexionara» —dice Rum—, mi padre era el primer ministro de la reina. Ella estaba dispuesta a luchar por nosotros, pero la situación se volvió desesperada y se escondió. En ese momento, Haidar creyó que lo tenía todo bajo control. Incluso pensó en trasladar la capital a Bednur, tan hermosa era nuestra ciudad, nuestro clima. —La voz de Rum se va distanciando de lo que cuenta—. Una noche, mi padre me llevó a lo más profundo del bosque. Me dijo que, si él no había vuelto por la mañana, me fuera andando hasta la siguiente aldea. Fue la última vez que lo vi.

Un sonido se eleva en el bosque de su recuerdo: el canto crepitante de los grillos que cortaba el aire mientras él esperaba oír los pasos de su padre, esperaba y esperaba.

Abbas también espera, con la atención ansiosa de un niño que desea un final justo para la historia.

—Más tarde —prosigue Rum— supe que mi padre y mi madre fueron ejecutados por conspirar para envenenar a Haidar Ali. Los ahorcaron junto a cientos de otras personas.

Abbas baja la mirada. Rum no dice nada más. Ya ha dicho demasiado, ha expuesto su supurante herida.

—No tendría que haber preguntado —dice Abbas en voz baja—. Perdóneme.

Rum se levanta, recoge la mesa y se marcha antes de que el otro pueda verle el sudor que le perla la frente.

Después de llamar al carruaje, Rum va a buscar a lady Selwyn al Salón Amarillo. Se detiene en el umbral. Las dos mujeres están sentadas junto a la ventana en las sillas Bergère, las mismas que Rum y lady Selwyn habían ocupado el día anterior. Hoy las sillas están más juntas, al alcance de la mano, y una mesita con patas de garra vigila el espacio entre ambas.

Al principio las mujeres no reparan en su presencia. Lady Selwyn está barajando las cartas sobre la mesa y la francesa suelta una exclamación de asombro cuando las cartas vuelan formando un pequeño arco.

—Me lo enseñó mi padre —dice lady Selwyn—. Horace nunca lo aprobó, decía que los trucos de cartas eran para las tabernas.

—Mmm —dice la señorita Jehanne, una chica lista que evita llevarle la contraria al marido muerto—. ¿Lo hace con los pulgares?

—Sí, el truco está en los pulgares.

Mientras las dos mujeres charlan, Rum se queda tan quieto como las figuras masculinas de los marcos dorados que cuelgan de esas paredes, todas posando con un aire de autoridad despreocupada. Uno apoya el brazo en un escritorio y sostiene una pluma en su carnosa mano. Otro sujeta un rifle. Otro luce una gran barriga. Todos son el tipo de hombre que no vacilaría al entrar en una habitación.

—¡Ah, Rum! Buenos días.

Él hace una reverencia.

—Lady Selwyn. Señorita Du Leze.

—Vamos a jugar a las cartas —anuncia lady Selwyn, sonriéndole —. Enseñaré a la señorita Jehanne a barajar, y ella me va a enseñar un baile francés... ¿cómo se llama, querida?

—*La gavotte.*

Rum se vuelve hacia la francesa.

—Me sorprende que sea capaz de bailar, señorita, después de su caída de ayer.

—Me siento mejor con cada hora que paso en presencia de madame —dice la señorita Jehanne.

—Qué milagroso —dice Rum—. Lamentablemente, lady Selwyn ha hecho planes para ir hoy al pueblo.

—¿Ah, sí? —pregunta lady Selwyn.

Rum asiente.

—El carruaje está listo.

Lady Selwyn golpea con una carta el tablero de la mesa.

—¿Por qué no vas sin mí, Rum?

—Pero mañana salimos a cazar zorros y mi señora necesita un sombrero nuevo. Eso dijo usted.

—¡Ay, la cacería! —Lady Selwyn mira a Rum con los labios entreabiertos de una forma que la hace parecer senil—. Se me había olvidado por completo.

Rum se contiene para no preguntarle cómo ha podido olvidarlo; con sólo echar un vistazo a la francesa, se hace una idea. La señorita Jehanne está encantadora esta mañana; el verde de su chal realza el gris de sus ojos.

—Tal vez —dice lady Selwyn— me ponga uno de mis sombreros habituales. O la señorita Jehanne quizá me ayude a confeccionar uno nuevo.

—Ya me imagino las posibilidades —dice la señorita Jehanne.

—Yo también —dice Rum.

—Bien —asiente lady Selwyn con decisión—. Rum, ve tú al pueblo y compra lo que necesitamos.

—Si ése es su deseo, mi señora...

Rum le lanza una mirada expresiva a lady Selwyn, esperando que recapacite sobre sus deseos.

Mientras las señoras juegan a las cartas, Abbas deambula por el terreno en busca de un trozo de madera para tallar. Le abruma una sensación de inquietud. No tendría que haberle preguntado al señor Rum por su pasado, no tendría que haber roto su regla fundamental: No mirar atrás. Adelante, siempre adelante.

Tras posar la mano en un tronco grueso y viejo, alza la vista a las hojas susurrantes. Recuerda a Du Leze, extendiendo la mano para acariciar un racimo de aterciopelados amentos. Abbas encontró ese gesto entrañable y pensó que algún día él también se movería por el mundo con esa desenvoltura. Sólo ahora sabe lo difícil que es cultivar la desenvoltura en un mundo que desconfía de ti.

Un sonido, una especie de *zip zip* al otro lado del tronco, interrumpe sus pensamientos. Ve que un joven encaramado a una escalera poda las ramas muertas con unas grandes tijeras. Abbas lo reconoce: es el mismo que ha visto antes afilando la guadaña. Se dan los buenos días. Abbas le pregunta por el nombre del árbol.

—Castaño —dice el joven, alargando el brazo para arrancar una rama enredada—. ¿No hay castaños allá de donde vienes?

—No.

—¿Qué árboles hay, entonces?

Abbas hace una pausa mientras piensa cómo se dirá en inglés palmera, baniano o higuera.

—No sé decirlo.

El hombre apenas lo escucha, pues está concentrado en arrancar la testaruda rama.

—Que se vaya al infierno —dice, soltando el árbol—. No pienso romperme la crisma por ella.

Abbas le ayuda a recoger las ramas caídas. Trabajan un rato en silencio depositando las ramas en un saco hasta que el hombre le pregunta:

—¿Qué te ha traído a Cloverpoint?

—Mi señora desea vender unos objetos a lady Selwyn.

El hombre levanta bruscamente la cabeza.

—¿Qué objetos?

—Varias cosas que pertenecieron al sultán Tipu, gobernante de Mysore.

—¿Más trastos para su colección? Ya tiene ese tigre de juguete, ¿qué más quiere?

—No soy quién para opinar.

Ni tú, es lo que insinúa Abbas, algo que el hombre parece captar con un resoplido. Se saca una botella plana del bolsillo del pantalón y toma un sorbo con una mueca, luego exhala mirando el jardín, momentáneamente sosegado.

—¿Crees que comprará algo? —le pregunta el hombre.

—Ha mostrado interés.

—Debería mostrar interés en sus aparceros. Tiene un deber para con nosotros.

—Creía que eras el jardinero.

—La granja de mi padre está a poca distancia de aquí; ahora es mi granja, desde que él murió. Sólo hago estos trabajillos cuando estoy apurado.

El hombre se guarda la botella y se seca la frente con un familiar aire de resignación.

No mires atrás. Adelante, siempre adelante. Y, sin embargo, Abbas se descubre diciendo:

—Me recuerdas a alguien con quien navegué.

—¿Eras marinero?

—He sido muchas cosas.

—Por Dios, ojalá pudiese decir lo mismo.

El hombre desplaza la escalera al otro lado del árbol. Abbas le desea buena suerte con el trabajo.

—Hazme un favor —le dice el hombre—. Si ves al señor Rum, dile que a Middle John le gustaría hablar con él. —Se da una palmadita en el bolsillo—. Pero no menciones esto.

El hombre —Middle John— asiente antes de obtener respuesta, como si ya fueran compatriotas; la misma suposición que hizo Abbas con Thomas Beddicker y que no volverá a repetir.

Para cambiar de ambiente, lady Selwyn traslada el juego de naipes al Salón Rojo, su habitación favorita del castillo de Cloverpoint. Las paredes, revestidas de seda roja, transmiten la sensación de estar dentro de un gran corazón palpitante.

Pero la señorita Jehanne no conoce ninguno de los juegos de lady Selwyn, no sabe jugar ni al whist, ni al bridge ni al gin. El único juego que tienen en común —y que lady Selwyn recuerda de

muchos años atrás— es la guerra o, como lady Selwyn lo llamaba en su juventud, el botín.

Las reglas son las siguientes: ambas jugadoras empiezan sin cartas, con el montón entre ellas. A continuación, cada jugadora da la vuelta, por turnos, a la carta superior del mazo. Si dos cartas sucesivas coinciden, la primera en dar un manotazo al montón se queda con todas las cartas acumuladas. La que se queda con más cartas —el botín— gana.

Juegan en agradable silencio. Lady Selwyn mira de reojo el cuadro donde aparece con Horace y que está colgado justo detrás de la señorita Jehanne, en la habitación que él tanto aborrecía. «¿Quién quiere sentarse dentro de un corazón?», solía decirle. Lo cierto es que no tenía ojo para el arte; no era ningún lord Byron. Horace había nacido con la papada de su padre. Ella aceptó la papada, pero su trágica falta de romanticismo, su desinterés por la naturaleza, su intensa fobia a las abejas resultaban más difíciles de digerir. Por no mencionar el hecho de que sus relaciones carnales se producían en un silencio sepulcral...

Lady Selwyn suelta aire por la nariz para alejar el recuerdo.

—¿Lady Selwyn? —dice la señorita Jehanne.

—¿Qué? Ah, nada, sólo estaba... Estaba pensando en su cojín. Anoche consulté mis libros y encontré exactamente la misma insignia.

—De modo que su corazonada era acertada, madame.

—Así es. ¿Ha puesto precio a cada una de las piezas?

—Pues no —dice la señorita Jehanne—. Madame lo sabrá mejor. *Mon dieu*, ¡cómo crece este montón!

Continúan echando carta tras carta hasta que lady Selwyn saca la reina de corazones, que coincide con la reina de picas que hay debajo. Y entonces la señorita Jehanne hace algo extraordinario: en lugar de dar una palmada al montón de naipes, extiende el brazo y le da un manotazo a lady Selwyn en el dorso de la mano.

Lady Selwyn está anonadada. No recuerda la última vez que le pegaron con tanto descaro. Tal vez de colegiala, un golpe en los nudillos. La señorita Jehanne también parece asombrada y se lleva la mano a la boca.

—*Vraiment désolée,* madame. Ha sido sin querer. Es que me enseñaron a jugar así, dando la palmada en las manos.

—¿Tan fuerte? ¿Incluso las señoritas?

—Sí, madame, en el convento.

—Qué pequeñas salvajes —se burla lady Selwyn.

—Pero podemos hacerlo a su manera.

Lady Selwyn se frota la mano, donde aún le cosquillea la piel.

—Creo que me gusta la suya. Es mucho más... estimulante.

Y así siguen acumulando cartas, dando manotazos y riéndose, y sus alegres exclamaciones recorren el pasillo. Al final del juego, ante la insistencia de lady Selwyn, ya se llaman por su nombre de pila: Agnes y Jehanne.

Después de comer se trasladan a la Sala Pavo Real, donde lady Selwyn lee en voz alta la *Poética* de Byron. Se sienta en una de sus sillas especialmente diseñadas con el cuadrifolio tallado en el rígido respaldo. Jehanne ha obtenido el permiso para reclinarse en el

asiento del alféizar con las piernas levantadas. Inclina la cabeza en el cristal para aprovechar la luz.

Lady Selwyn lee un libro tan grande como un misal católico, recorriendo las páginas con el dedo. Jehanne entorna los ojos con aire soñador, como ensimismada en el contorno del tigre, pero en realidad está mirando detrás del autómata, a lo alto de la vidriera. Del postigo cuelga un gancho. Se pregunta si cerrarán los postigos por la noche. De no ser así, sería posible robar el autómata pieza a pieza, bajándolas con una cuerda y una polea por la ventana y trasladándolas a un barco oculto entre los juncos, a orillas del Támesis.

—La veo ausente, querida. ¿No le gusta Byron?

Jehanne vuelve la cabeza.

—Al contrario, estaba fascinada.

Lady Selwyn la mira con escepticismo.

—Me lee el pensamiento, madame. —Jehanne se tira con timidez de la falda—. No tengo cabeza para la poesía. Para serle sincera, prefiero las narraciones.

—¿De quién? Quizá tenga la obra de alguien que le guste.

—Crébillon, Laclos...

—Laclos. —Lady Selwyn levanta las cejas—. He oído que es bastante picante, hasta para los franceses.

—En el convento compartíamos un ejemplar de *Les Liaisons* entre siete chicas.

—¿Las descubrieron?

—No, pero el libro desapareció. Hasta las monjas necesitan entretenerse, ¿verdad?

A lady Selwyn se le escapa una risa, muy a su pesar. Resoplar, lo llamaba de niña, doblada mientras reía con sus hermanos. Fue mucho antes de que entrara en el mundo de las reverencias elegantes y los insultos enguantados. Y, sin embargo, le parece bien, se siente casi cómoda, resoplando delante de Jehanne.

—No tengo nada de Laclos, pero sí algo que creo que le gustará.

Lady Selwyn se niega a darle explicaciones; sólo le ofrece el brazo y la conduce por el pasillo.

Llegan a una puerta estrecha y sencilla que Lady Selwyn abre con una llave que se saca del bolsillo de la falda.

—Sólo yo tengo la llave de esta habitación —le dice, haciéndose a un lado para dejar pasar primero a Jehanne—. Pronto sabrá por qué.

Jehanne se pregunta si no se debería permitir el acceso a las criadas, ya que huele a humedad y el aire está viciado, es casi sofocante. Se acerca al único objeto que ocupa el espacio: un pedestal que sostiene un gran libro de tapa dura. La cubierta tiene el mismo color rojo pardo de los pétalos secos de una rosa. El lomo está suelto y apenas mantiene unidas las páginas.

—Tengo un secreto, Jehanne. —Lady Selwyn apoya la mano sobre el libro, su voz no es más que un murmullo—. Soy novelista.

Jehanne levanta las cejas, esperando la parte más jugosa del secreto.

—Y ésta es mi novela —añade lady Selwyn—. ¿Le gustaría leerla?

—Yo... —Jehanne baja la vista a la novela, que tiene el grosor de dos biblias juntas—. No se me ocurre mayor honor.

—¿Está tratando de engatusarme, Jehanne?

—No, señora...

—Porque quiero su sincera opinión.

—La tendrá.

«Dentro de un año —piensa Jehanne—, o lo que tarde en leer este mastodonte.»

—La he titulado *La lámpara del sarraceno.* Algún día espero publicarla con seudónimo. Si lo que narra se asociara conmigo, sería el fin.

—*Pardon*, ¿el fin de qué?

—¡Caray, Jehanne, de mi nombre! El nombre es lo único que se tiene.

A Jehanne le parece que lady Selwyn tiene algunas cosas más, pero murmura que por supuesto.

—Y, sin embargo, siento que puedo confiarle esto. —Lady Selwyn hace una pausa—. ¿Es así?

La expresión de la dama es tan anhelante, tan inocente y esperanzada, que Jehanne sólo puede asentir y tomar el libro en sus brazos, prometiendo devolvérselo directamente a lady Selwyn —Agnes— en cuanto lea la última página.

La rueda pasa por encima de un socavón y el carruaje da un brinco. Rum aprieta la bolsa de artículos varios que lleva en el regazo. En la botica ha encontrado todo lo que lady Selwyn necesitaba: colorete francés, aceite de almendras, bolsas de polvos y ungüentos faciales, pero ya no quedaba agua de colonia de la que usa Rum. Después de revisar dos veces los estantes, el farmacéutico ha vuelto con un preparado casero en un frasquito que apestaba a cura católico. Rum

lo ha comprado igualmente y ha cargado el total a la cuenta de lady Selwyn.

Rum tiene un olfato muy fino. Puede saber qué cocinero está preparando la cena simplemente levantando la nariz. Por eso le duele, incluso ahora, recordar aquella vez en las afueras de Porto Novo cuando el coronel Selwyn hizo una mueca, olfateó el aire y dijo: «¿Qué es ese olor?», para luego mirar a su izquierda, donde estaba Rum, y añadir tímidamente: «Ah.» De todos modos, Rum agradeció que le informaran de su olor en un momento en que aún era posible hacer algo al respecto, lo que era más de lo que podía decirse del coronel Selwyn, cuyo aliento matutino podía tumbar a un caballo.

La botica sólo ha sido el principio de una tarde desagradable en el pueblo. Se había detenido a comer en The Bell sólo para sentirse el blanco de todas las miradas mientras se dirigía al reservado del rincón. La camarera le había traído asado en lugar de pastel de pollo, una simple equivocación, aunque le pareció que sus disculpas eran muy vagas. Pues nada, pensó, comeré asado. Aunque ya lo había probado en otras ocasiones, esta vez, al hincar el cuchillo en la carne, recordó la primera vez que había visto asar un trozo de carne, el paso del rosa al marrón. Al haberse criado como brahmán, no sabía que la carne cambiaba de color en el fuego.

A Rum nunca le ha gustado recordar el pasado. ¿A qué vienen, entonces, todos esos recuerdos regurgitados?

Ve pasar el campo por la ventana. Abre un periódico y lee medio artículo sobre un político conservador antes de marearse. Algo lo inquieta, una sensación en la boca del estómago le impide sosegarse.

Ese maldito criado. ¿Quién se cree que es para preguntarle por su procedencia? Es algo muy personal. No son íntimos. No están en Indostán. El padre de Rum solía preguntarles lo mismo a todos los viajeros que pasaban por allí —«¿De dónde es usted?»— e iniciaba así un diálogo sobre este o aquel pueblo que estaba cerca de esta o aquella ciudad a orillas de este o aquel río. ¿Por qué necesitaba saberlo su padre? ¿De qué le servían esos mapas mentales? Rum mira por la ventanilla mientras piensa en un hombre cuyo rostro casi ha olvidado, aunque todavía puede sentir el roce de aquella barba en su frente, en lo profundo del bosque, cuando todavía era su hijo.

Para relajarse, prueba una técnica de respiración que aprendió hace mucho tiempo de un empleado madrasí (presiona la fosa nasal derecha con el pulgar e inhala; luego presiona la fosa nasal izquierda con el meñique y exhala). ¿Cómo se llamaba? ¿Chandran? ¿Balan? Un tipo raro. Aunque todo el mundo le había parecido raro durante sus primeras semanas en la sede del Departamento de Aduanas. Y, sin embargo, qué orgulloso se había sentido al copiar documentos importantes para la Compañía Británica de las Indias Orientales, cuánto le entusiasmaba cobrar su sueldo mensual de seis rupias con sólo catorce años, qué seguro estaba de que algún día ascendería al rango de *dubash*.

Sin embargo, con el paso de los años había visto que eran otros hombres los que ascendían a su alrededor, de escriba a *dubash* y luego a *dubash* principal; hombres que se llenaban los bolsillos con la diferencia entre una compra a bajo precio y una venta a un precio elevado. Los hermanos Holland estaban entonces al mando y la corrupción era su sello personal. Sin ningún ascenso a la vista, Rum aprovechó la oportunidad que se le brindaba y se alistó en el

ejército. Estaba harto de encorvarse sobre un escritorio. Entraría en la caballería; ¡aprendería a montar a caballo!

Así que aprendió a montar y ascendió. A veces siente una pizca de orgullo por la vida que se ha labrado, con la ayuda de lady Selwyn. Puede que hoy lo haya abandonado, pero él tiene mucho que agradecerle. Ella le ha dado un hogar.

Sus nervios están algo más calmados cuando el carruaje dobla por Clover Lane, flanqueada de tejos. Y allí está el querido Cloverpoint. Abre la cortina y se asoma. Siempre le gusta echarle una ojeada cuando regresan a caballo, apaciguado por la visión de la casa que crece en la distancia y cuya forma irregular le da la apariencia de algo vivo, aunque durmiente.

Vuelve a ser casi él cuando sale del carruaje, pero entonces oye que gritan su nombre.

Es Middle John, que se acerca con las manos en los bolsillos del chaleco y la cabeza echada hacia atrás como si quisiera mirar por encima a Rum, que es más alto.

—Señor Rum, ¿podemos hablar?

Rum siente una punzada de culpabilidad y se prepara.

Hace una semana Middle John acudió a él diciéndole que un olmo le había aplastado la sembradora y tenía que sustituirla antes de la próxima siembra. Rum accedió a visitar la granja y evaluar él mismo los daños, pero se había olvidado. Rara vez se le olvidan las cosas, pero tiene tantas responsabilidades que puede ocurrir.

—John —dice Rum, saludándolo con una inclinación de cabeza.

—Señor Rum...

—Lo sé, John. La sembradora.

—Nos dijo que se ocuparía esta semana.

—Lo tengo presente. Te lo prometo.

—Las promesas no plantan tréboles, señor Rum. Necesito una nueva sembradora que llegue antes de la época de siembra.

Rum estudia los ojos enrojecidos del joven, el delator aroma a ginebra que lo envuelve.

—Como he dicho, la tendrás si la antigua no puede repararse.

—¡Creo que yo sé mejor que usted la respuesta a esa cuestión! Es la misma maldita sembradora que mi padre utilizó toda su vida. Ahora hay nuevas en el mercado con toda clase de mejoras.

—Te he dicho que pasaré la semana que viene, Townshend. Hoy me necesitan aquí, en la casa.

Middle John se balancea levemente.

—¿Por la invitada francesa?

Rum no responde.

—He oído que va a venderle una nueva tanda de trastos a lady Selwyn para su colección. ¿Le parece que eso está bien, señor Rum, en un momento así? ¿Cuando hay aparceros que apenas se tienen en pie después de las dos últimas temporadas?

Rum la nota bullendo en su interior, esa ira antigua e incomprensible que en general suele reprimir. Pero no hoy.

—John Townshend. —Avanza un paso, baja la voz—. Lady Selwyn no necesita ni tus consejos ni a tu persona. Quedas despedido del servicio.

—¿Porque me he atrevido a hacer una simple pregunta?

—No, porque eres un borracho.

Rum lamenta haber elegido ese verbo; *ser* un borracho es muy distinto a *estar* borracho; lo segundo es un hecho; lo primero, una bofetada.

Y, sin embargo, sorprendentemente, Middle John pone cara de hartazgo, como si la acusación no le importara.

—Al menos tengo algo de integridad —dice antes de ladear la cabeza—. Al menos no soy un intrigante con dos dedos en la bolsa de lady Selwyn.

Middle John avanza un paso y espera, pues los dos saben que sólo puede haber una clase de respuesta.

Abbas lleva un buen rato —once minutos para ser exactos— en el vestíbulo, plantado delante del atril donde se exhibe la corbata de madera tallada. Es la misma cuya compra lord Selwyn había lamentado, preguntándose por qué alguien iba a necesitar una corbata de madera. Lo de necesitar, para Abbas, es lo de menos. Nunca ha visto nada igual aparte de una de verdad: el encaje plisado es tan fino, las perforaciones tan delicadas, el lazo tan liviano y almidonado... todo de madera. ¡Madera! Se atreve a rozar el nudo con la yema del dedo y la emoción le recorre el cuerpo hasta el tuétano.

Es tal su embeleso que no oye la puerta.

—Oh —dice Rum. Abbas retira la mano—. Buenas tardes.

Abbas espera a que lo reprenda por tocar una pieza artística. Se tensa y entonces se da cuenta de que Rum también está rígido y una de sus manos sujeta con fuerza la otra.

—Veo que ya ha conocido nuestra corbata de madera —dice Rum.

—Es increíble.

—Lady Selwyn se la puso una vez, como broma. —Rum se dispone a marcharse con una inclinación—. Bien, que tenga una

buena...

—Señor Rum, ¿sabe qué herramienta usó el tallador?

—¿Herramienta?

—No pudo usar el mazo. ¿Quizá un buril? ¿Una gubia? ¿De qué tipo?

—El hombre que podría decírnoslo lleva varios siglos muerto. Grinling Gibbons. Nació en 1648, murió en 1721.

—Me pregunto qué clase de madera puede ser tan blanda y pálida como ésta...

—No me acuerdo —dice Rum.

Abbas repara en que Rum se sujeta una mano de forma extraña, apretándola contra el cuerpo, y que de pronto se lleva las manos a la espalda.

—Madera de tilo —dice Rum—. Me acabo de acordar. Tan ligera que la corbata tiembla cuando alguien sube la escalera. Se lo mostraré.

Rum se apresura a la escalera y, en efecto, la corbata tiembla ligeramente. Encantado, Abbas casi le grita: «¡Tan ligera como el mismo encaje!», antes de darse cuenta de que Rum se ha ido.

3

Rum se incorpora, frío y empapado en sudor. Le sorprende descubrir que ha anochecido y que al otro lado de la ventana el cielo está oscuro, aunque no tanto como la noche con la que estaba soñando, cuando su padre le hizo jurar que nunca volvería a casa...

Se ha dormido a la hora de la cena, algo que nunca le había ocurrido en sus seis años de servicio.

Le duele la mano, los nudillos están sensibles al tacto. ¿Qué le ha pasado? En innumerables ocasiones le han llamado esto o aquello y él se ha limitado a sonreír y a mover la cabeza ante los insultos. ¿Qué le ha hecho apretar el puño esta vez y enviar a Middle John de vuelta a casa con la nariz ensangrentada? Rum le ha ofrecido una mano para ayudarlo a levantarse, pero Middle John se ha limitado a escupir en la grava y se ha alejado tambaleándose, murmurando que habría consecuencias.

Que es lo que ahora preocupa a Rum.

Middle John es de una clase inferior, pero aquí es la raza la que define el peldaño más bajo del escalafón. En esta tierra, un hombre de piel oscura no es nadie aunque sea hijo de Bednur, esa joya de ciudad ubicada tan profundamente en el bosque que durante años había conseguido escapar a la mirada de los conquistadores; un reino de casas elegantes y calzadas empedradas, de forjas que

fraguaban espadas del acero más ligero y tenaz, una ciudad enriquecida por el sándalo y las especias y custodiada por el fuerte de Shivappa Nayaka, al que se accedía por una escalera de tantos peldaños que subirla era como ascender al cielo.

Una ciudad que ya no puede recordar, no de un modo exacto. Hasta su casa es un borrón rosáceo.

Apoya la cabeza en las manos. Le gruñe el estómago, pero no necesita comida. La necesita a ella.

Tanteando la pared, se dirige a ciegas hacia la puerta de lady Selwyn y aguza el oído antes de abrirla. Está dormida. Se acuesta a su lado. El colchón es tan blando que se siente abrazado por él.

Lady Selwyn se vuelve en la cama.

—¿Rum?

—Sí. Soy yo.

—¿Dónde estabas en la cena? —pregunta ella con voz soñolienta.

—Disculpa, yo... Estaba ocupado con algunos asuntos de la propiedad.

—No te preocupes. Jehanne me ha hecho compañía.

Rum guarda silencio. ¿Jehanne? ¿Cuándo se ha convertido en «Jehanne»?

—Ahora estoy un poco cansada para hacer travesuras, Rum.

—Por supuesto. —Está avergonzado—. Sólo he pensado que podía pasar a ver cómo estabas.

—¿A medianoche? ¿A quién quieres engañar?

El tono burlón de ella le molesta, tanto que le suelta la verdad:

—Hoy le he dado un puñetazo a alguien.

Lady Selwyn se apoya en un codo.

—¿Tú? ¿Has golpeado a alguien?

Rum tiene los ojos cerrados cuando asiente.

Escucha la temerosa pregunta de ella:

—¿A quién?

—Al señor Townshend.

—¡No! ¿Townshend? Pero es viejo, Rum, y amable... Un hombre decente.

—No ese Townshend. Ése está muerto.

—¿Ha muerto?

—Sí.

A lady Selwyn se le nubla la vista un instante.

—Ay, sí. Es verdad que ha muerto, tienes razón. ¿A qué Townshend has pegado?

—A su hijo. Middle John.

—Middle John, claro. Eso tiene sentido. Parece la clase de persona que recibe puñetazos todas las semanas. ¿Cuál ha sido el motivo?

—Me ha insultado. Con una vulgaridad.

—Porque eres oriental —concluye ella, meneando la cabeza—. Es un tonto estrecho de miras. Tampoco me sorprende, hay muy pocas personas con una visión amplia del mundo.

Rum está a punto de explicarle el problema de la sembradora cuando ella añade con ligereza:

—Jehanne la tiene.

Sigue un silencio antes de que él pregunte qué tiene que ver Jehanne con el puñetazo a Middle John.

—Nada —dice lady Selwyn, dirigiéndose al dosel—, pero supongo que yo también debo confesarte algo: le he pedido a Jehanne que lea mi novela.

—¿*El genio de Al Sha'am*?

—Ése ya no es el título y tú lo sabes.

Rum se incorpora para mirarla a la cara. Por un momento, vislumbra en su expresión un raro destello de culpabilidad.

—¿Cómo has podido, Aggie?

—Siento que puedo confiar en ella. Y quiero que alguien la lea, que me dé su opinión.

—Yo la he leído. Una parte.

Rum vacila; es un tema delicado entre ellos. Porque es cierto que ha sido incapaz de leer los capítulos en los que claramente aparece él mismo o su avatar, un genio de cierta edad e «inmenso apetito sexual». En la novela, el genio surge de una lámpara antigua que ha llegado a manos de una tal lady Alexandria Van Den Bosch, señora de la fortaleza de Slyborn. Inician un romance. De los cuarenta capítulos de la novela, el genio aparece en treinta y uno.

—Esto es peligroso, Aggie. Lo leerá y sacará sus conclusiones.

—Como te he dicho muchas veces, tú no eres el genio.

—Se llama Rajma Allabad...

—Te dije que estaba dispuesta a aceptar sugerencias.

—... Y describes su nariz como «ganchuda». —Rum se señala la nariz, algo ganchuda.

—Rum, cariño, escúchame...

Ella le pone una mano en el brazo, pero Rum ya está saliendo de la cama.

—No. Debes recuperarlo. Sea como sea. Si ella se lo mencionase a alguien, nosotros... tú...

Se detiene al ver la cara de irritación de lady Selwyn.

—Le pegas un puñetazo a un hombre y te doy mi apoyo. Confío en una amiga y me regañas como si fueses mi marido.

Rum no responde.

Ella inspira con dignidad.

—Creo que ya hemos hablado lo suficiente. Mañana salimos de caza. Será mejor que descansemos mientras podamos, así que buenas noches.

Se mete bajo las sábanas y le da la espalda.

Mientras vuelve por el pasillo, Rum se enfrasca en un monólogo interior sin más público que los bustos esculpidos y las estatuas de las paredes. «¡Ya ves en qué estado me pones!», le dice al busto de Molière. «Me marcho, estoy harto», le anuncia a la estatua de la señora de Richard West, y se detiene, pues siente haber arremetido contra la pobre señora West. La suya es una de las mejores estatuas de la casa: una joven hermosa envuelta en una túnica griega que avanza un paso como si fuera a bajarse del pedestal. La verdadera señora West murió al dar a luz y el desconsolado esposo encargó numerosas estatuas con su imagen, el semblante sin rastro de dolor. Cuanto más estudia Rum esa cara, más le parece vislumbrar un rictus despectivo en la comisura de los labios, cierta frialdad en su frente inexpresiva.

En alguna parte, detrás de él, un crujido rompe el silencio.

Rum se detiene y se pega a la estatua. ¿Es Fellowes? ¿Qué diablos hace, deambulando a estas horas?

Contiene la respiración y aguarda hasta oír un inconfundible *clanc*, más pesado que un paso. Un ladrón, tal vez. Nunca han tenido ladrones, exceptuando a Flood. Rum siente en su interior toda la furia de alguien cuya propiedad está siendo saqueada. Avanza por el

pasillo hacia los ruidos amortiguados, que parecen proceder de la Sala Pavo Real. Las puertas dobles están entreabiertas. Mira por la rendija y su mirada se detiene en la luz parpadeante de una vela, situada en el alféizar de la ventana opuesta.

En la oscuridad, el autómata tiene una forma extraña. Rum tarda un momento en comprender que alguien le ha quitado la mitad superior. Se le acelera el corazón. Busca al culpable en la sala.

Una figura imprecisa aparece detrás de la mitad inferior del tigre. ¡Es el criado de la francesa! Posa las manos en el borde del autómata y mira de arriba abajo su interior. Después acerca un dedo a los maltrechos tubos de latón con una expresión perdida en la cara.

Abbas introduce las dos manos en la cavidad del cráneo y extrae...

¿Cómo se llamaba?

Sí: el tubo del gruñido.

—*Mashala* —murmura.

Manipula el tubo con cuidado, inclinándolo para examinar el fondo y apoyándoselo contra el pecho para poder pasar un dedo por la piel doblada en acordeón. Y aunque sabe que no debe, aprieta el fuelle. Ah, qué estruendo, y ahí está sahab Lucien gritando en francés mientras la sangre salpica el suelo, diciéndole: «Tendré que coserte.» La aguja entra y sale de su piel con una facilidad espantosa.

Hay un surco diminuto ahí donde le resbaló la gubia. Y, justo detrás de las orejas, las rayas del tigre están pintadas demasiado juntas. Detrás de cada imperfección hay una historia que sólo él

conoce, una historia entretejida con la suya. Ha hecho otras cosas, ha admirado sus propias creaciones, pero nada lo ha alterado tanto, nada lo ha llevado a pensar lo que piensa ahora: «Esto es todo lo que soy. Esto es lo único que puedo ofrecer.»

¿Y si vuelve a Godin con las manos vacías? Entonces él no será nada. Y de nada habrán servido los últimos nueve años.

Un crujido en la puerta. Abbas se agacha.

Espera un minuto entero antes de devolver a su sitio el tubo del gruñido y la tapa del autómata. Sale furtivamente de la sala y se detiene en el pasillo, para que el espía cuya zapatilla asoma por detrás de un pedestal vea que Abbas tiene las manos vacías. Para demostrarlo, se las pasa por el pelo y se alisa la chaqueta. Sin embargo, mientras baja la escalera sabe que el daño ya está hecho y que mañana tendrá que responder por él.

4

Al amanecer, un grupo de criados peina el terreno en busca de zorreras. Las tapan con piedras para que más tarde, cuando los sabuesos los persigan ese mismo día, los zorros no puedan volver a casa.

Mientras los zorros deambulan desprevenidos, Rum recorre el perímetro de su habitación intentando decidir qué hacer con Abbas. No se le va de la cabeza la cara del criado, la reverencia con la que tocaba las entrañas del autómata. (¿Puede ser que se enjugara las lágrimas en algún momento?) Tal vez Abbas había entrado por simple curiosidad, porque quería ver el objeto que se le había negado a su llegada. ¿Por qué molestar a lady Selwyn con esta nadería? Podría sacar conclusiones precipitadas, incluso podría hacer que arrestaran al muchacho. ¿Es la curiosidad razón suficiente para destrozarle la vida a un joven, a un joven que está tan lejos de casa?

Para cuando se ha puesto la ropa de montar, Rum ya ha tomado una decisión. Comentará el asunto con la señorita Jehanne. Hoy debe acompañarla en la cacería, lo que le dará la oportunidad de interrogarla. Tal vez ella le revele algún motivo oculto, si es que es eso lo que esconde tras su fachada de dulce sencillez.

Baja la gran escalera sintiéndose confiado sobre la decisión que ha tomado. A medio camino se detiene. Ahí está Middle John, sosteniendo la gorra con ambas manos, escoltado por Fellowes en el vestíbulo. Tiene la nariz bien vendada y el ceño fruncido, como si intentara desentrañar su confusión mental. Al pasar, ve a Rum en la escalera.

Se detiene un momento todavía con expresión confusa, como si esperase que Rum le diera una solución.

Fellowes abre la puerta, lo que hace que Middle John se ponga la gorra antes de apresurarse a salir.

Después de cerrarla, Fellowes le dirige a Rum una mirada fulminante.

—Lady Selwyn está en la Sala Amarilla —le dice, alejándose antes de que Rum pueda preguntarle nada.

Le resulta extraño encontrarla de pie en el centro de la sala, con esa expresión tan fría.

—No dijiste nada de una sembradora rota —le dice al verlo.

A Rum le sorprende su tono.

—Iba a hacerlo, pero querías hablar de la señorita Jehanne y tu... —Se vuelve un instante hacia la puerta— escrito.

—Mi novela, Rum.

—Townshend no tendría que haber acudido a ti con sus quejas; le dije que me encargaría.

—Ahora ya no hace falta.

Rum le pide una explicación, pero lady Selwyn se niega a seguir hablando del asunto. Tiene que ponerse un traje muy complicado y Jehanne está esperando para ayudarla.

Entretanto, Middle John se ha detenido fuera de la casa, inseguro, con la nariz palpitándole de dolor. Ha venido hasta aquí no sólo para informar a lady Selwyn del asunto del señor Rum y la sembradora, sino para convencerla de que sus aparceros necesitan algún tipo de ayuda para salir del abismo donde se encuentran después de las tres últimas cosechas. Pero ella sólo le ha dejado llegar a la sembradora antes de ponerse a parlotear sobre la dignidad del campesino, sin duda el más perfecto de los seres humanos; luego elogiar a su padre como «la más gentil y bondadosa de las criaturas» y finalmente llamar a su mayordomo para que le ponga algo de dinero en la mano, instándole a seguir los dignos pasos paternos. «No querrás irte a la tumba habiendo hecho tan poco que morir sea tu mayor logro, ¿verdad?» (A lo que, para su gran exasperación, él ha murmurado: «No, mi ama.») «Bien. Supongo que este asunto está zanjado. Dale recuerdos a tu madre.» Y él se ha marchado, acobardado y confundido.

Ay, cómo lo ha enredado ella con sus palabras, de tal manera que sólo ha recordado lo que había venido a decirle después de que esas grandes puertas se cerraran tras él.

Vuelve a mirar hacia la torre, donde, según le han dicho, se encuentra el artilugio más grande de lady Selwyn. El Tigre Musical. Algo que nunca le invitarán a ver.

¿Y por qué no?, piensa mirando fijamente la ventana con forma de trébol, realmente perplejo. ¿Por qué no puede verlo? ¿Por qué algunas personas reciben invitaciones y otras apenas nada?

O lo pueden ver todos o que no lo vea nadie. Esa idea gana firmeza con cada palpitar de su nariz. Todos o nadie.

Más tarde el camino se llena de lebreles, terriers y caballos, junto con una flotilla de jóvenes vestidos con casacas de color rojo. Entre ellos está el único hijo de lady Selwyn, Richard.

¿Cómo describir a Richard Selwyn? Rum lo llamaría aficionado a la arqueología y experto en irritar, pues siempre está criticando Cloverpoint por esto o aquello: desde los excrementos de zorro del patio hasta el roble palustre que le tapa las vistas de la ventana de su habitación. Legalmente hablando, la casa y el terreno pertenecen a Richard, pero él desdeña la idea de vivir en el campo, aunque sólo dos horas en coche de caballos lo separen de Londres. Cuando no está buscando huesos a orillas del Éufrates, vive en su piso londinense.

Rum teme el día en que Richard se retire al campo y reclame Cloverpoint como su hogar. Lo único que Rum puede hacer entretanto es confiar en la protección de lady Selwyn y en el compromiso de Richard con la soltería.

Richard y sus amigos londinenses aguardan la llegada de lady Selwyn montados despreocupadamente en sus caballos blanquísimos, ya que el blanco está de moda en su clase social. Sus chaquetas rojas brillan al sol de primera hora de la mañana. Algunos dirigen miradas curiosas a Rum, pero ninguno se acerca ni se presenta.

Rum aguarda de pie junto a su caballo ruano y sujeta las riendas del poni picazo que montará la señorita Jehanne. Se frota la sien. Lleva un sombrero demasiado estrecho. Ya nota un incipiente dolor de cabeza.

Los hombres ríen a carcajadas por algo que ha dicho Richard. Ha engordado un poco de cara. Es una mejora, piensa Rum, que lo

asemeja a su padre. Con cuánto afecto hablaba lord Selwyn del joven Richard, augurando para él una carrera política, incluso un cargo de primer ministro. «Deberías ver cómo argumenta —le decía el coronel—. Un pequeño abogado en ciernes.»

Richard suspira, mira hacia la casa y luego a Rum.

—¿Qué la entretiene? —pregunta.

Cómo va a saberlo Rum no viene al caso; le asegura a Richard que lady Selwyn llegará dentro de diez minutos.

Un minuto después lady Selwyn desciende la escalinata en todo su esplendor: lleva un enorme galeón como sombrero, chaqueta azul oscuro, polisón de volantes, pantalones y botas de montar.

—Vaya sombrero —dice Richard, desmontando. Se acerca para darle un beso en la mejilla y aguarda a que ella se abra paso a través del velo—. ¿Es eso un sombrero? No importa. Madre, estás radiante.

Casi todos coinciden en que lady Selwyn está radiante; los que no, se limitan a seguir con la boca cerrada. En opinión de Rum, el atuendo irradia excentricidad, pero la última vez que alguien utilizó ese término para describir el estilo de la anfitriona, dejaron de invitarlo a Cloverpoint.

Rum se mantiene algo rezagado y observa a los jóvenes que se agolpan alrededor de lady Selwyn, tan aduladores que no se fijan en la señorita Jehanne hasta que ha bajado la escalera.

—Y ésta —dice lady Selwyn, señalando a su espalda— es mi invitada de Francia, la señorita Jehanne Du Leze.

Los hombres inclinan la cabeza y saludan. La francesa hace una reverencia. El atuendo que parece tan excéntrico en lady Selwyn resulta atrevido y artístico en la señorita Jehanne. No se trata tanto

de su juventud como de la seguridad natural con la que lleva las prendas, mientras que lady Selwyn no deja de tocarse el sombrero como si quisiera asegurarse de que no se ha ido flotando.

—Hemos diseñado los sombreros esta mañana —dice la anfitriona —. Jehanne y yo.

—Menuda colaboración —dice Richard.

—Tienen un aire francés, ¿verdad?

Richard sonríe, pero sus ojos no.

—¿Y cómo os habéis conocido?

—Los detalles después, querido Richard. —Lady Selwyn llama a Rum con un gesto. Rum se acerca con el poni picazo al grupo de tres personas.

Lady Selwyn observa el poni con expresión decepcionada, como Rum se esperaba.

—No es blanco, Rum.

—No, lady Selwyn.

—La señorita Jehanne no va a tirar de un carro de cebollas, ¿verdad?

—No, lady Selwyn.

—¿Y entonces?

—Madre, no culpes a Rum —dice Richard—. No podemos esperar que recuerde todas nuestras costumbres.

Rum deja pasar el insulto velado.

—El señor Dickens no ha podido encontrar un poni blanco con tan poca antelación.

—¿Es eso cierto, señor Dickens?

Las palabras de lady Selwyn caen en el sordo oído izquierdo del señor Dickens, que tiene ochenta y cinco años y monta en su silla

como si lo hubiesen disecado. Antes de que la señora pueda apelar a su oído bueno, interviene la señorita Jehanne.

—Estaré encantada de montar cualquier caballo que pertenezca a lady Selwyn. ¿Me permite, madame?

—Sí, supongo que no debemos perder más tiempo.

Lady Selwyn lanza al ofensivo poni una última mirada de desprecio antes de dirigirse con Richard a su caballo.

—Hace mucho que no salgo de caza —dice la señorita Jehanne después de que Rum la ayude a montar en la silla de amazona—. Gracias —añade, cuando él le entrega el látigo.

—Por el otro extremo —dice Rum.

—¿Qué?

—Está sujetando el látigo al revés.

Mientras ella se apresura a sujetar el látigo por el mango, Rum monta en su caballo.

—¿Saltará los obstáculos, señorita?

—¿Tengo que hacerlo? —Jehanne parece afligida.

—Las damas no suelen saltar; las sillas de amazona carecen de borrén para el salto.

—Ah. —Jehanne observa su silla, intentando identificar el borrén —. Llevo mucho tiempo sin montar. Será como nadar, ¿no es cierto? Nunca se olvida...

—Pronto lo sabremos.

Suena el cuerno. El señor Dickens empieza a cabalgar camino abajo detrás de los perros, cuyas colas apuntan al cielo, seguido por el cazador y la partida de caza. Rum y Jehanne van al final, avanzando lentamente uno al lado del otro.

—He oído que lady Selwyn es una amazona excelente —dice la señorita Jehanne.

—Así es.

—Quiere que la vea saltar, pero con lo rápido que va no estoy segura de que...

—¿Le ha dicho eso? —pregunta Rum bruscamente—. ¿Le ha dicho que va a saltar?

—¿Por qué, qué tiene de malo?

—¿Qué le ha dicho exactamente?

—Que puede hacer que su montura salte sobre vallas y pantanos con igual soltura que los señores de alto rango. Recuerdo esa parte porque rimaba.

—Ay, no.

En efecto, es una de las descripciones favoritas de lady Selwyn sobre su persona.

—Y me ha dicho cuánto deseaba que la viese cabalgando como Artemisa a la caza del zorro.

Rum estira el cuello, pero no ve a lady Selwyn entre los rezagados de la partida de caza. Quiere cabalgar hasta ella y pedirle... —no, exigirle—, bueno, probablemente no exigirle, pero sin duda insistir en hablarle un momento a solas. O quizá hacerle algún comentario indirecto a Richard sobre la miopía de su madre. Seguro que ella lo odiará por eso, pero al menos Richard le exigirá que no salte. Lamentablemente, Rum no puede recurrir a ninguna de estas opciones porque está atado a una francesa con las dotes ecuestres de un perchero.

Entonces se le ocurre algo. Coge las riendas de la señorita Jehanne para detener ambas monturas.

—¿Monsieur...?

—Debe volver a la casa —le dice Rum—. Le diré a lady Selwyn que no se encuentra bien y que no podía continuar.

La francesa esboza una sonrisa tonta.

—Pero lady Selwyn quiere que la vea saltar.

—No está en condiciones de saltar nada. Sólo quiere impresionarla. —Rum se detiene, preguntándose si no habrá hablado demasiado—. Si usted vuelve a casa, ella tendrá menos motivos para arriesgarse.

—¿No es decisión de lady Selwyn qué riesgos desea tomar? —dice Jehanne, ladeando la cabeza en actitud interrogativa.

Rum mira con desesperación a los últimos miembros de la partida de caza, ahora muy alejados, con las colas de sus caballos blancos moviéndose de aquí para allá.

—¿Seguimos? —dice la señorita Jehanne.

—No.

—¿No?

—Preferiría hablar un momento con usted. De su criado.

—Comprendo que le resulte extraño, una dama acompañada de un sirviente masculino. Pero verá, en las colonias...

—Anoche lo vi husmeando en la Sala Pavo Real. La sala que está al lado de la suya, señorita.

Ella parpadea varias veces.

—¿Cuándo?

—En plena noche.

—¿Siempre da usted paseos nocturnos, monsieur?

—Eso no es de su incumbencia. Su criado estaba desmontando el autómata, pieza a pieza.

—Quizá le interesaba su mecanismo.

—A mí me interesan las joyas de la Corona, pero habría consecuencias si las toqueteara en plena noche.

—Pero él no se llevó nada, ¿verdad? —dice acaloradamente la señorita Jehanne—. El autómata está exactamente igual, ¿no es así?

—Está enfadada —dice Rum.

—Pues claro que estoy enfadada, usted acusa a mi criado de robar, algo que él nunca...

—No, está enfadada con él porque lo he descubierto. ¿En qué lo ha metido?

—¿Yo? Eso es ridículo.

—Insisto en que me lo diga ahora mismo, Jehanne Du Leze, si es que ése es su verdadero nombre.

Los labios de ella se afinan en una mueca de desprecio.

—¿Me está amenazando?

—Dígame qué está tramando o acudiré a lady Selwyn.

Para sorpresa de Rum, ella abre mucho los ojos y dice:

—Ooo-ooo-ooo.

—¿Qué quiere decir con «ooo-ooo-ooo»?

—Quiero decir que su amenaza me parece insignificante. En realidad, creo que a Agnes le alarmará saber que usted me está hablando en ese tono. —Jehanne se sienta muy recta en su silla—. Le exijo que me lleve ante ella.

La francesa chasquea la lengua como para animarlo a él o al poni, quizá a los dos.

Los ladridos distantes de los perros rasgan el aire. Los sabuesos han sacado al zorro de su madriguera.

—Será mejor que encuentre el camino de vuelta —le dice Rum.

—Espere, ¿cómo?

—Usted ya sabe cómo, ¿verdad? Es algo que nunca se olvida.

Y se marcha a galope sin ella.

Rum galopa seguro y erguido en su caballo de color, con el viento zumbándole en los oídos. En circunstancias normales, le encanta cabalgar. Disfruta de la sensación de abandono, de peligro, de liberación, de libertad, la sensación de que es un hombre más entre las casacas escarlata, pues la rapidez con la que todos se desplazan por las colinas y los valles les impide distinguir su cara.

Pero éstas no son circunstancias normales. Tiene detrás a una joven astuta que trama a saber qué. Delante está su amada, incapaz de ver las maquinaciones de la joven y los saltos que tiene delante. Tal vez haya sido un error abandonar a Jehanne. Traza un plan: una palabra rápida con lady Selwyn (o dos palabras rotundas y categóricas: «Nada de saltos») y luego cabalga de vuelta hasta Jehanne y la lleva a la casa. Casi seguro que el poni estará comiendo hierba en el mismo sitio cuando él regrese.

Al llegar a la partida de caza, lo atenaza el pánico.

Ahí está lady Selwyn, galopando hacia una valla con el sombrero ondeando como un banderín en la nuca, y no frena al caballo como debería, va a toda velocidad como si la valla fuera imaginaria, y antes de que él pueda pensarlo dos veces, le grita:

—¡Maldita seas, Aggie, salta!

En el último momento, lady Selwyn tira de las riendas, vuela y aterriza suavemente al otro lado de la valla.

En los segundos posteriores, la primera sensación de Rum es de alivio: ella está a salvo.

Lo segundo que piensa es: Yo no.

¿De verdad ha gritado «Maldita seas, Aggie, salta»? Sí. Queda por ver si los demás lo han oído.

Rum se une a la retaguardia del grupo, un poco rezagado, cuidándose de no llamar la atención con su presencia. Por el momento, todos están concentrados en un zorro. Perseguido por los lebreles, ha logrado entrar en su madriguera, aunque a escasa profundidad porque una piedra bloquea el túnel.

Un *terrier* entra en la madriguera y arrastra al zorro por la pata. El zorro, que está sarnoso, jadea y araña la tierra con las patas delanteras. El perro suelta la pata y se enfrentan, intentando morderse, igualados en tamaño. Pero entonces llega una jauría y rodea al zorro, que se encoge pero se mantiene firme, gruñendo hasta que el primero se abalanza sobre él.

Del interior de la refriega llegan los últimos gritos del zorro: una serie de chillidos desgarrados. Los perros, amontonados como cachorros lactantes, muerden pata y cola, pescuezo, trozos de cartílago, dientes y pelaje anaranjado. Finalmente, el cazador ahuyenta a los perros y corta la cola del zorro con su cuchillo. Se la entrega a lady Selwyn.

El resplandor de la adrenalina se desvanece y en la cara de lady Selwyn sólo queda una mueca. La cola parece rala y poco llamativa sin el zorro. Los caballos se mueven, algunos se inclinan para comer hierba.

Entonces se le vuelve a iluminar la cara y mira a su alrededor, sosteniendo la cola algo apartada del cuerpo.

—¿Rum? ¿Dónde está la señorita Jehanne? Quizá le guste ver esto.

Rum se acerca al trote.

—La señorita Jehanne ha vuelto a la casa, lady Selwyn. Se sentía indispuesta.

—¡Vaya, conque ahora mi madre es «lady Selwyn»! —El tono de Richard es cortante—. Hace un momento era «maldita seas, Aggie».

—¡Richard! —exclama lady Selwyn.

—¿No lo has oído, madre?

—Puede... puede que haya oído algo así.

—«Maldita seas, Aggie, salta.» Eso es exactamente lo que ha dicho.

Lady Selwyn se vuelve hacia Rum. Por primera vez parece azorada y eso lo asusta.

—¿Has dicho eso, Rum? —le pregunta, tratando de mantener su autoridad pese al sombrero que le cuelga de la nuca y la andrajosa cola de zorro que lleva en la mano—. ¿Has usado mi nombre de pila?

Los perros jadean. Rum oye los latidos de su propio corazón. Es como si los dos estuvieran interpretando una obra de teatro para los demás hombres, que lo miran con dureza desde todas las direcciones con la intención de comérselo vivo.

Se plantea dar una razón o una explicación pero se detiene, pues sabe que eso no saciará el apetito de los señores.

—Sí, lady Selwyn.

—¿Y?

—Y me disculpo.

—No parece arrepentido —dice Richard.

Rum la sigue mirando. Sabe exactamente lo que quieren los demás: que desmonte, se hinque de rodillas y sonría sumisamente con las manos entrelazadas. Pero lo único que le importa es lo que quiere ella.

Lady Selwyn le habla en un tono firme, aunque mantiene la mirada baja, por debajo del cuello de Rum.

—Vuelve a casa, Rum. Atiende a la señorita Jehanne.

—Sí, mi señora.

Ve que ella da un respingo: si lady Selwyn aborrece una palabra, ésta es, sin duda, «señora».

—Y llévate esto —añade ella, dándole la cola del zorro, aún caliente.

Al principio, al ver que Rum se alejaba galopando, Jehanne se ha asustado. Ahora está aburrida. Es evidente que el poni no tiene la menor intención de alejarse de su festín de hierba, por mucho que Jehanne tire de las riendas.

—Éste debe de ser el caviar de todas las hierbas —le dice.

El caballito sigue mordisqueando.

Lo de chasquear la lengua al señor Rum ha sido un error; ha visto que lo ha ofendido. Pero es que la ha cogido desprevenida. No sabía que Abbas entraría furtivamente de noche en la Sala Pavo Real y sabotearía todo el plan. ¿Y ahora qué? Tendrán que revisar su estrategia, o abandonar y volver a casa.

Golpea los costados del poni con los talones, en vano. Cambia la posición de las caderas y mira abajo, a la dura tierra. ¿Por qué esta

misión requiere que ella siempre se esté precipitando desde diferentes alturas?

—¡Espera! —grita alguien a lo lejos.

Jehanne mira a su alrededor hasta que distingue a Abbas, que se acerca corriendo por la hierba. Aunque tendría que estar enfadada, se anima nada más verlo.

—Deja que te ayude —dice él.

Se acerca y levanta los brazos. Jehanne extiende los suyos para apoyarse en los hombros de Abbas. Está nerviosa, aunque no por el caballo. Las manos de él la sujetan firmemente por la cintura. Jehanne le huele fugazmente el pelo.

Abbas retrocede un paso. Parece sorprendido, a saber por qué.

—Ya está.

—Gracias —dice ella.

Abbas posa una mano en el flanco del poni, que responde moviendo la cola.

—No has llegado muy lejos.

—El señor Rum y yo hemos discutido. Me ha abandonado.

—Sí, lo he visto. ¿Qué ha pasado?

—Te vio anoche con el autómata. Cree que yo te he incitado. Dice que si no lo confieso todo, se lo contará a ella. —Mira a Abbas, que acaricia el costado del poni—. ¿Qué estabas haciendo?

Él abre la boca, vacila.

—Sólo me aseguraba de que todo seguía allí.

—Puede que hayas acabado con nuestras posibilidades.

—No todas. —Se vuelve para mirarla—. ¿Por qué no se lo pides directamente?

—¿Qué? ¿El tigre?

—Dile que es tu único vínculo con tu difunto padre. Dile que le cambiarías la túnica, los cojines, el anillo... las tres cosas por lo que sólo es un gran juguete roto. Pero, cuando se lo digas, asegúrate de que el señor Rum no esté presente.

—Esa mangosta siempre está presente.

—No lo llames mangosta.

—¡Me ha llamado mentirosa! —Se detiene, pensativa—. No soy una mentirosa. Es sólo que a veces la verdad me parece negociable.

(De pronto, la cara de Jehanne le recuerda a esa vez que ella le dijo, con la misma inclinación de cabeza y la misma expresión pensativa: «Mi padre dice que sólo un tonto querría ser juguetero.»)

—¿Qué? —dice Jehanne.

—¿Qué? —dice Abbas.

—Estabas sonriendo un poco.

Él niega con la cabeza.

—Oye, debes apelar a su parte emocional. Las mujeres sucumben fácilmente al sentimiento.

—¿Ha sido ésa tu experiencia con todas las mujeres que has conocido?

—Hablo en serio, Jehanne. Es evidente que te tiene cariño.

—Eso es cierto —admite Jehanne—. Hemos... intimado bastante.

Abbas arquea las cejas.

—¿En serio?

—Sí.

—¿No te parece repulsiva?

—Me parece muy atractiva. Y encantadora, aunque sólo a veces.

—Pero es una mujer.

—Tú eres un incordio y aun así te quiero.

La frase le sale de la boca antes de que pueda agarrarla de la cola. Clava la vista en el suelo y ruega desesperadamente que él no la haya oído, pero el silencio —largo, insoportable— indica lo contrario.

—Éste debe de ser el caviar de todas las hierbas —dice ella por fin, llevándose una mano a la garganta. En voz baja, añade—: No es un sarpullido.

—Lo sé —dice Abbas, la vista también clavada en la hierba—. ¿Volvemos?

—¿Y el poni? Oh, vaya.

El poni sigue almorzando y simultáneamente vacía las tripas. Deciden dejarlo en su agradable estado de despreocupación.

Caminan por el prado a una distancia incómoda. Jehanne se sujeta el sombrero con las manos, pero pronto se da por vencida y se lo quita.

—¿Parezco ridícula? —le pregunta mientras intenta alisarse los mechones sueltos.

—Eso nunca. —Abbas hace una pausa—. Bueno, podrías; pero tendrías que esforzarte.

5

Entre la caza y los festejos hay una pausa en la que los invitados duermen la siesta y los criados hacen los preparativos. Abbas huye de la casa antes de que Fellowes le ponga a pulir la plata. Necesita caminar, desenmarañar sus pensamientos.

Debajo de un abedul encuentra una pluma brillante de dos palmos de largo, gris con motas blancas. El tipo de pluma que Jehanne podría usar en uno de sus sombreros. Hace unos sombreros magníficos. Él disfrutaba en secreto viéndola en la tienda de su padre, cuando giraba en las manos una de sus creaciones con los labios fruncidos por la concentración. «¿Pavo real o faisán?», le preguntó una vez, probando una pluma y luego la otra. «Faisán», le había dicho él. Jehanne asintió y colocó la pluma detrás del grogrén; luego se había apartado ladeando la cabeza, insatisfecha. Y había seguido trabajando, insistiendo y haciendo pruebas de una forma que le resultaba familiar.

Jehanne Du Leze, la Jehan de pelo encrespado y feroz sinceridad, con ese rubor que siempre la traiciona. Ella ha liberado algo en él. Algún rastro del muchacho que fue.

Golpea la pluma en la palma de la mano. Le viene a la cabeza, sin proponérselo, la imagen de un niño pequeño hurgándose los incisivos con el cálamo de una pluma, y de la madre diciéndole:

«*Chi!* ¡Déjala!» Fue semanas antes del asedio. Hace años que no piensa en esa madre ni en el niño, no puede siquiera evocar sus caras, pero la suave mano materna ahuecada en la cabeza del chico... ese gesto él lo recuerda claramente.

Se levanta una brisa que mece las ramas. Abbas murmura una sura para el descanso de sus almas.

Su madre tenía razón: él no es piadoso como Junaid. Ha evitado los rezos, ha pisoteado caras, ha descuidado la peregrinación, ha bebido en exceso y, sin embargo, la peor ofensa que se le ocurre es desperdiciar el don que Dios le ha dado. Ese ardor que le quema por dentro, que le ha traído hasta aquí y que él debe hacer visible a toda costa, no sólo a sus ojos sino también a los del mundo cruel, un mundo que no ayuda a crear vínculos, no a alguien como él.

Le hormiguean las cicatrices. Se frota la espalda en un tronco rugoso.

«Eres un incordio y aun así te quiero.»

Su corazón late amotinado.

Al regresar a Cloverpoint, Jehanne deja un mensaje al mayordomo diciéndole que, lamentablemente, está demasiado agotada para asistir al *festivo.* Fellowes repite su mensaje en un tono de incredulidad, lo que la lleva a pensar que quizá está cometiendo un error.

No, no se ha equivocado, decide más tarde esa misma noche, mientras se sumerge en un baño de agua caliente. Con el trasero dolorido, exhala aliviada mientras sus brazos descansan en los bordes de la bañera de cerámica.

Aún siente las manos de Abbas en su cintura.

«Eres un incordio...»

Se estremece, aunque una parte de ella desearía haberle insistido para que respondiera a su declaración. ¿Qué esconde él detrás de su reticencia?

Se desliza bajo la superficie del agua para dejar de pensar.

Más tarde le resulta imposible conciliar el sueño por la suntuosa música de flauta y el repiqueteo de los pies. Saca la novela de lady Selwyn de allí donde la ha escondido en su bolsa de viaje. Se acuesta con el libro y espera dormirse antes de las diez primeras páginas.

No se da cuenta de que el ruido de la fiesta se apaga. Al final del segundo capítulo ya sabe que la heroína, lady Alexandria, ha rechazado al pretendiente que le ha presentado su madre. Las últimas líneas del capítulo la arrastran al siguiente:

> ... y en la oscuridad de la noche se echó el arco al hombro y se adentró en el bosque, demasiado furiosa para reparar en los peligros que la acechaban.

¿Peligros? Jehanne tiene que saber cuáles son esos peligros. Y sigue adelante y el capítulo dos se convierte en tres, cuatro y seis, cuando lady Alexandria le compra una lámpara mágica a un vendedor ambulante que afirma que se trata de una reliquia de *Outremer* y que data de la Primera Cruzada.

> Guinevere limpió un costado de la lámpara con su pañuelo y creyó ver brillar en su superficie no su propio reflejo, ¡sino las oscuras facciones de un sarraceno! Volvió a pasar el paño y el sarraceno desapareció, pero una sensación mágica se había apoderado de cada rincón de su ser...

Llaman a la puerta. Jehanne se sobresalta, arrancada de su ensoñación. Vuelven a llamar.

—¡Sí, un momento! —Deja la novela a un lado y se anuda la bata antes de abrir.

Es la joven doncella, que le hace una pequeña reverencia.

—Señorita, lady Selwyn desea saber si asistirá a la carrera de patos.

—¿Carrera de patos? ¿Qué es una carrera de patos?

—Una carrera con patos, señorita.

Jehanne espera que la criada le explique por qué precisamente patos de entre todos los animales existentes.

Sin embargo, al parecer la criada sólo espera una respuesta.

—No —dice Jehanne—, estoy un poco cansada después de la cacería.

—Sí, mi señora.

La doncella hace una reverencia y ya está dando media vuelta cuando Jehanne la detiene.

—Un momento. Me gustaría disculparme por escrito.

Saca la túnica del baúl y la dobla para que los brazos se crucen sobre el pecho. La doncella vuelve con papel y una pluma estilográfica.

—¿Sin tintero? —dice Jehanne, estudiando la punta.

—Está todo dentro, señora.

—Qué astuto.

Jehanne escribe una nota rápida y sopla para secarla. Desliza el sobre entre las mangas cruzadas de la túnica, junto con el estuche de terciopelo que contiene el anillo de Tipu.

—¿Puede dejar esto sobre la cama de lady Selwyn? —le dice a la criada, que se aleja con las cosas.

Se queda en el umbral y, mientras la ve alejarse, rechaza la idea de que lady Selwyn sea capaz de robar.

6

Aunque apenas recuerda la noche anterior, lady Selwyn se despierta con la clara sensación de que hizo el más absoluto ridículo.

No debería haber bebido tanto, pero el desafortunado asunto de Rum había fastidiado la cacería, a lo que se sumaba la ausencia de Jehanne. Todo eso la puso de muy mal humor y el licor era la cura más rápida.

Recuerda que fumó su *meerschaum*, bebió whisky caliente y comió demasiadas ostras. Puede que pontificara sobre sus cualidades afrodisíacas. Puede que hasta bailara en exceso con uno de los amigos de Richard, el del pelo ondulado con remolinos cobrizos; sí, fue a él a quien le habló de las ostras, una charla que terminó con ella diciendo con coquetería que también disfrutaba abriéndolas.

El recuerdo la hace retorcerse en la cama.

Por la tarde toma café y pan de centeno en su habitación. Le indica a su doncella que transmita un mensaje a sus huéspedes: está descansando y lamenta no poder despedirse de ellos en persona. Los observa alejarse por detrás de las cortinas. Ahora, por fin, puede dormir.

Se levanta al atardecer, sintiéndose algo recuperada. En realidad está deseando cenar con Jehanne. A menos que a Jehanne no le

haya gustado *La lámpara del sarraceno.* La nota sugiere lo contrario. El papel descansa entre las mangas de la túnica de Tipu, que está doblada sobre su escritorio.

> He pensado que le gustaría pasar una noche con la túnica y el anillo de Tipu. Es lo menos que puedo ofrecerle por permitirme pasar la noche con su novela, que tanto estoy disfrutando.
>
> *J.*

Lady Selwyn ha leído la nota veintisiete veces y aún no sabe cómo interpretar «que tanto estoy disfrutando». ¿Falsa adulación? ¿Hipérbole? ¿Sinceridad? ¿Y si el final la decepciona? ¡La gente tiene opiniones tan suyas con los finales!

Harta de sus propias cavilaciones, se concentra en elegir un vestido para la cena. Quiere tener un aspecto determinado: segura de sí misma, por encima de las críticas. Ninguno de sus vestidos parece transmitirle esa sensación. Los desliza uno a uno por el perchero. Sedas y tafetanes. No y más no hasta que llega al último: el vestido de seda de Spitalfields, con flores pintadas sobre un campo amarillo canario. Bailó con lord Selwyn en el salón Bellavia con ese vestido. Qué segura se había sentido, reivindicada en amarillo. Saca el vestido de las sombras igual que el coronel la sacó de entre el grupo de mujeres que nunca bailaban, la libró de los esnobs londinenses, rebosantes de pedigrí. La miraban por encima del hombro porque no era de su clase. Le miraban las manos como si tuviera hollín en las uñas. Ella tenía mucho más dinero, pero sin un título nunca sería suficiente. Lord Selwyn le preguntó si quería

bailar. Le preguntó si quería casarse con él. Pero no le preguntó nada en la noche de bodas, cuando le dio la vuelta y la tomó como a un animal de granja. ¡Terrible! Ella lloró. Él lo lamentaba, aunque también la hizo sentir como si fuera la única mujer del mundo a quien no le gustaba que la tomasen como a un animal de granja. Bueno, eran jóvenes y no estaban acostumbrados el uno al otro. Con el tiempo encontraron la manera aunque nunca fue del todo bien, para ella nunca fue nada más que un deber.

Así pasaron años solitarios: lord Selwyn se marchó a la India, a luchar en una rebelión tras otra. (Le prometió que no se enamoraría de uno de esos cueros curtidos que pasaban por damas inglesas en aquellas tierras.) La distancia le permitía ver los defectos de su marido con claridad cristalina, y en algunas ocasiones, cuando se sentía particularmente abandonada y molesta, hacía una lista de sus carencias. Distante, insensible, poco entusiasta, duro de oído y, de pronto, muerto. ¡Muerto! Tardó años, muchos días y noches —y días convertidos en noches por el láudano— en asimilar su pérdida.

Pero allí estaba Rum para asegurarse de que no tomaba demasiado, de que no se perdía demasiado. Rum fue paciente. Fue firme con las visitas. Esperó a que ella viese cuán fresco y verde era el mundo después de una tormenta terrible. Le costaba recordar con exactitud cómo surgió su romance, que ya duraba al menos cinco años. Una noche hablaron hasta el amanecer. Sobre todo habló ella: de su infancia, de cosas que nunca le había contado a nadie, ni siquiera a lord Selwyn. Como aquella vez, a los cinco años, que la corsetera vino a ceñirle la cintura. Y ella se quedó ante la ventana con los brazos extendidos, como un pájaro a punto de alzar el vuelo, de viajar, de ver lo nunca visto. Su primer día con corsé fue el

mismísimo infierno, sus ambiciones ancladas en la tierra, sus alas cortadas. «No te muevas —le había aconsejado su madre—. Respira y no te muevas.»

Aunque a Rum no le gustaba hablar de sí mismo, sabía escuchar muy bien. En la cama tomaba el mando y, quizá por su formación militar, era bueno dando órdenes, y lo más sorprendente era que ¡a ella le gustaba obedecer! Hasta le gustaba que la tomase como a un animal de granja, en las circunstancias adecuadas.

¡Era tan maravillosamente confuso, el amor en el crepúsculo de la vida!

Sin embargo, ¿cómo llamaría a lo que ahora siente por Rum? Afecto, seguro. Amor, en cierto modo. Pero ¿se emociona como antes al oírlo llegar por el pasillo? No, se han vuelto demasiado familiares, demasiado rutinarios, se han encaminado al acuerdo tácito de marido y mujer y todas sus nociones propietarias.

Devuelve la seda de Spitalfields al armario; a fin de cuentas, el vestido está pasado de moda, con sus miriñaques y aros, por no mencionar que le viene pequeño. Y entonces se le ocurre una idea.

Desdobla las mangas de la túnica de Tipu con suma delicadeza. Es como si diese la bienvenida a un fantasma y lo invitara a bailar. Se quita la bata, introduce los brazos en las mangas acampanadas, se abrocha los corchetes de plata de la parte delantera y se ciñe la túnica a la cintura. Por último, se coloca el anillo de ágata en el dedo índice, donde mejor le queda. Todo su cuerpo se estremece por la audacia: ella, la hija de un barón del carbón, viste la túnica y el anillo del sultán. Es decir, si es verdad lo que afirma Jehanne...

Al mirarse en el espejo, se queda sin respiración.

Olvida el vestido de seda de Spitalfields. Olvida las cintas y los pendientes. Aquí está la persona que siempre quiso ser de niña. Sin ataduras y destinada a otro lugar. Los pies separados, el puño apoyado en la cadera. Lady Magallanes. Aventurera de pecho plano capaz de moverse como una sílfide de una tierra extranjera a la siguiente, cambiando de forma, lengua y costumbres a su conveniencia, una ciudadana del mundo.

Cierra impulsivamente los ojos y besa el anillo, frío y liso contra sus labios.

Gesticula con la mano donde lleva el anillo de ágata, simulando ser el propio Tipu dando órdenes. «Tráeme mis zapatillas.» «Tráeme su cabeza.» Tiene la visión de que organiza un baile fastuoso, como el del salón Bellavia (¡Orientalia!). Sería un baile de disfraces y el código de vestimenta exigiría modas inspiradas en Oriente, aunque ninguna rivalizaría con la autenticidad de lo que lleva ahora. Su instinto le dice que estos objetos son tan auténticos como los de su colección, incluido el autómata.

No puede esperar para hablar de Orientalia con Jehanne. Pero sólo son las cuatro de la tarde, demasiado pronto. Un paseo por el jardín de recreo, entonces. Se asoma a la ventana con la esperanza de que el jefe de los jardineros se haya marchado porque no soporta las charlas triviales del viejo Hill.

¡Y ahí está Jehanne en el Jardín de las Flores, como si la hubiese materializado con su pensamiento! Ay, pero la acompaña su criado, a una respetuosa distancia. Un bicho raro, ése. No ha recibido una buena formación, a juzgar por cómo lleva las manos en los bolsillos. Cuando lady Selwyn va a llamar a Sally para que la ayude a peinarse, ve algo entre esos dos que la detiene en la ventana.

7

Abbas revisa el plan original en el Jardín de las Flores. En la cena de esta noche, Jehanne intentará persuadir a lady Selwyn de que le cambie el autómata por la túnica, el anillo y los cojines.

En caso de que Lady Selwyn rechace la oferta, Abbas presenta un plan alternativo. Una hora después de la medianoche, Jehanne y él entrarán en la Sala Pavo Real y extraerán del autómata el órgano y el tubo del gruñido. Los desmontarán y se los llevarán a Ruan, donde Abbas volverá a tallar el autómata encajando en su interior las dos piezas, y nadie, salvo ellos, notará la diferencia.

—Por suerte tu habitación está al lado de esa sala, lo que facilitará el traslado... —Abbas se detiene—. ¿Estás bostezando?

—Lo siento. —Jehanne se sacude el cansancio de encima—. Me he pasado toda la noche en vela.

—¿Haciendo qué?

—Leyendo *La lámpara del sarraceno.* Es maravillosa.

—No tienes que ensayar tus halagos conmigo.

—¡No es eso! Es fascinante y trágica, y el final... —Ella se encuentra con su mirada escéptica—. ¿Qué? ¿Sólo tú puedes reconocer una obra de arte?

—Me gustaría saber qué piensas de mis planes.

—Estoy de acuerdo con el primer plan y en contra del segundo. ¿Por qué robar? ¿Por qué no construirlo todo de nuevo?

—Porque nunca he construido un órgano ni un tubo que gruña. Habría aprendido si hubiese completado mi formación... de haber tenido la oportunidad.

Jehanne lo mira. Parece inquieto, tenso.

—Abbas, acordamos que si lady Selwyn rechazaba nuestra oferta, abandonaríamos y volveríamos a casa.

—Eso ya no es una opción para mí.

—Abbas, siempre hay más opciones.

—Tú no lo entiendes.

—Escucha —dice ella—. Tú y yo podemos volver a casa. Y podemos seguir haciendo lo de antes.

—¿Y vivir de qué?

—Ya se nos ocurrirá algo. Ya sabes que soy muy apañada, aunque haya poco con lo que apañarse.

Y, para su propia sorpresa, Jehanne se acerca a Abbas mirándole a los ojos, que a su vez la miran con preocupación o quizá miedo.

—Estamos los dos solos, ¿verdad? —añade Jehanne—. Bien podríamos seguir solos juntos.

Y antes de que ella misma se dé cuenta, le ha puesto una mano en la mejilla. La piel de Abbas es sorprendentemente suave, como si fuese de un barro maleable que pudiera alisarse, si él lo permitiera.

—¿Qué haces? —dice Abbas, y le aparta la mano.

—Pensar en voz alta —responde ella, fingiendo ligereza.

Abbas parece tenso y enfadado.

—Lo dejé todo: mi hogar, mi vida. Mi familia. ¿Y para qué?, ¿para pasar el resto de mis días en un catre en tu trastienda, viviendo de

pan seco y amor? ¿Eso es lo que propones?

Aparta la vista, exasperado, y pasa la lengua por el interior de la mejilla. Jehanne mira fijamente un parterre de campanillas, y sólo eso, mientras él le dice que no puede corresponder a sus sentimientos. Las florecitas blancas se mecen en la brisa.

Jehanne responde en voz baja:

—De acuerdo.

—¿De acuerdo qué?

—Estoy de acuerdo con el plan original, el que acordamos. No con el robo.

Espera que Abbas se retuerza las manos, que se enfurezca, o suplique, o intente apaciguarla.

—Esto no es una negociación —dice él—. Necesitas mi protección para volver a casa.

—No es verdad. Puedo volver sola.

—Pero no lo harás.

Jehanne ha llegado al límite de su paciencia, le arde la cara de furia.

—Bien —le dice. Abbas empieza a hablar, pero ella lo interrumpe —. Una vez en casa, me dejarás en paz. Búscate otro lugar para abrigar tus ambiciones.

—Jehanne, estás disgustada y lo entiendo. Pero cuando reconstruya el autómata, cambiarás de opinión.

—Preferiría hacerlo pedazos.

Jehanne se da la vuelta y echa a andar sola hacia la casa.

8

Lady Selwyn se ha puesto sus joyas favoritas para cenar: unos pendientes y un collar de ojo de tigre, que centellean a la luz de las velas.

Ha pedido una comida de tres platos: sopa de pepino, lomo de cerdo con patatas y de postre un pudin con mucha grasa. Alimentos básicos y nutritivos que deben comerse lentamente. Quiere pasar mucho tiempo con su invitada.

Sin embargo, esta noche Jehanne parece alterada, menos animada, un poco triste. Lady Selwyn se pregunta si tendrá algo que ver con lo que ha presenciado por la ventana unas horas antes. Jehanne y su criado han discutido, o eso parecía. Jehanne ha tocado la mejilla del criado, que le ha retirado la mano. Tras un intercambio de palabras, ella se ha alejado furiosa.

Una pelea de amantes o el inicio de una, supone lady Selwyn. Verlos juntos ha hecho que se le acelere la sangre.

El humor de Jehanne parece mejorar cuando habla de *La lámpara del sarraceno.*

—Me he fijado en que las iniciales que aparecen en la portada son S.L., las de lady Selwyn pero al revés. ¿Es intencionado?

Lady Selwyn no responde, inicialmente confusa, y luego:

—Sí, por supuesto.

Jehanne asiente, satisfecha al ver confirmada su teoría.

—Un secreto sólo para usted. Ya que no puede publicar con su propio nombre.

—Ahora es nuestro secreto.

Jehanne continúa detallando su experiencia con la lectura del libro durante toda la noche; cómo terminarlo fue como despertar de un hechizo, aunque aún no había despertado del todo. Pone una mano sobre la mesa y mira a lady Selwyn a los ojos.

—He devuelto el libro a su habitación, pero realmente merece un lugar junto a todos los demás libros de su biblioteca. Lleve el nombre que lleve.

Lady Selwyn asiente, incapaz de hablar, sabiendo que eso nunca será posible.

—Gracias, querida. —Coloca su mano sobre la de Jehanne—. Ahora dime, ¿qué más has pensado?

Por mucho que Jehanne haya disfrutado con *La lámpara del sarraceno*, le gustaría hacer callar a su autora, que no deja de preguntarle por el efecto de tal o cual palabra y de tal o cual giro, dejando poco espacio para hablar de cualquier otro tema.

Después de cenar, suben a la Sala Pavo Real para beber madeira y oporto. Y para tener algo de intimidad, dice lady Selwyn mientras se sienta en la butaca más próxima al fuego.

Los licores color rubí brillan en las bonitas copas de vino, cuyo tallo es tan fino que Jehanne podría romperlo con los dedos. Toma un sorbo desesperado, como si pudiera encontrar coraje en el fondo

de la copa. Detrás de lady Selwyn ve la cabeza del tigre, su ojo ancho y concentrado.

Lady Selwyn acaba de mencionarle algo sobre el título anterior de la novela, que era *El genio de Al Sha'am*, cuando Jehanne le dice:

—Madame... Agnes, debo confesarle algo...

Jehanne deja la copa con un golpe tan ruidoso que olvida lo que estaba a punto de decir.

—¡Sobre Cloverpoint! —añade. Pequeño carraspeo, respiración profunda—. Agnes, cuando vine a Cloverpoint no tenía más ambición que venderle los objetos que traía conmigo y quizá, con suerte, ver el autómata del que tanto me había hablado mi padre. Nunca imaginé que llegaría a esto, que llegaría a llamarla mi amiga.

Lady Selwyn sonríe, alentadora.

—Que es por lo que siento que puedo serle sincera, Agnes. Cuando vi el autómata, cuando lo toqué, experimenté una extraña sensación, como si el espíritu de mi propio padre palpitara en su interior. Quizá fue eso lo que me dejó sin habla y me hizo perder el equilibrio en la escalera. A lo largo de estos últimos días he sentido crecer dentro de mí una determinación que no sentía desde hacía años. —Jehanne clava la mirada en lady Selwyn—. Agnes, me gustaría llevarme el autómata a Ruan para repararlo y restaurarlo.

Lady Selwyn se la queda mirando.

—¿Y luego qué?

—Después lo exhibiría. Lo compartiría con el público.

—¿Quieres que simplemente te dé el autómata?

—A cambio de los objetos que he traído.

Lady Selwyn se recuesta en la butaca con el ceño fruncido en una expresión de lástima o consternación.

—Ay, querida.

—Sé que sólo soy la hija de un relojero, pero mi padre no era un relojero cualquiera. Él creó el autómata. Él era... —Aquí le sorprende que se le quiebre la voz—. Mi único amigo en el mundo.

—Eso no es cierto, Jehanne —dice lady Selwyn—. Me tienes a mí.

Jehanne levanta la vista, esperanzada.

Lady Selwyn tiene una expresión distante, nostálgica.

—Fue la Compañía de las Indias Orientales la que nos entregó el autómata. Dieron a elegir a Horace entre unos mangos dorados y un cofre de plata con incrustaciones de piedras preciosas. Cualquier mujer de Inglaterra habría deseado hacerse con los mangos de oro o el cofre; habría hecho arrancar las piedras de sus engarces y fundir el oro. Pero ¿sabes qué le dijo Horace a Rum? Le dijo: «Aggie no; porque lo que a ella le interesa es la historia del objeto.» Y ésa fue la razón de que eligiera el voluminoso autómata sin valor inherente, pero tan lleno de historias. —Lady Selwyn se detiene, como si hubiese perdido el hilo de lo que decía—. Por lo que, como puedes ver, el autómata significa una cosa para ti y otra cosa para mí.

Jehanne abre la boca para decir algo, pero lady Selwyn levanta la mano.

—Y ninguno de esos significados importa para el objeto en sí —continúa—. Lo que importa es quién lo cuidará mejor, quién lo protegerá del paso del tiempo y del desgaste. ¿Una francesa con escasos recursos o yo? He puesto el mayor de los cuidados en asegurar la conservación a largo plazo del Tigre Musical.

«Las termitas lo habrían cuidado mejor», piensa Jehanne mientras toma un tonificante sorbo de madeira.

—Sin embargo —prosigue lady Selwyn—, creo que he encontrado un arreglo afortunado para ambas partes.

Casi sin aliento, lady Selwyn le describe el baile de máscaras que piensa celebrar, con el título provisional de Orientalia, donde los invitados irán vestidos con máscaras y prendas orientales (con alguna interpretación creativa, por supuesto) y se presentará como pieza central el Tigre de Tipu, que para entonces se habrá restaurado para que funcione adecuadamente.

—Debes asistir, Jehanne. —El anillo de diamantes de lady Selwyn tintinea en la copa—. Lo podemos planear todo juntas.

—No puedo hacer el viaje otra vez, Agnes. No tan pronto...

—Pues no lo hagas. —Lady Selwyn se levanta y se sienta en el diván, de manera que sus rodillas se tocan—. Quédate conmigo.

—¿Aquí? ¿Cuánto tiempo?

—Tanto como desees. —Lady Selwyn se ríe, hipa y se tapa la boca —. Es cierto que acabamos de conocernos, pero siempre me he guiado por mi corazón y sé que no podremos ser mejores compañeras. ¿Y no te gustaría eso, tener a alguien que te acompañe en estos tiempos difíciles? ¿Alguien que no espere nada de ti, aparte de compartir una buena comida de vez en cuando o un agradable paseo por los jardines? Tus dificultades económicas desaparecerían. Te dedicaré el mayor de los cuidados.

—El mayor de los cuidados —murmura Jehanne, cuya mirada se desvía de lady Selwyn y se posa en la vitrina de la pared, en cuyo cristal ve parte de su reflejo (su mano, su zapatilla) oculto por otros objetos.

—Vacilas. —Lady Selwyn se inclina y baja la voz—. ¿Es por Rum? No tienes que preocuparte por él. Se lo haré comprender. Pero sí

tengo una petición que hacerte. —Mira fijamente a Jehanne—. Espero que despidas a tu criado. Creo que te... distrae demasiado.

—¿Que me distrae, madame?

—Así es, Jehanne. Soy una mujer moderna, pero debes entenderlo: no me gusta compartir.

Jehanne se levanta bruscamente —de forma imprudente, pues se marea un poco— y se acerca al fuego dando la espalda a lady Selwyn. El calor es abrasador. Se esfuerza por recuperar su aplomo y su amabilidad.

—No —le dice dándose la vuelta—. Perdóneme, pero prefiero mis recursos limitados a los suyos.

—Ay, Jehanne, no te enfades conmigo. Si te he ofendido, no era mi intención. ¡Si yo he sido como tú! Soy la prueba de que las personas pueden superar sus circunstancias...

—Nada de lo que diga me convencerá de que me quede aquí.

La fuerza con la que Jehanne pronuncia esta afirmación hace que Agnes se recline en su butaca, estupefacta.

—Bien —dice lady Selwyn, apartando la mirada—. Te he juzgado mal, Jehanne. Te creía con más ambición.

—Su ambición es añadirme a su colección. Como ha hecho con el señor Rum.

—¡Calla! ¡Como si supieras algo de nosotros!

Lady Selwyn tiene una expresión dolorida, traicionada. Jehanne sabe que ha acabado con su amistad, pero ¿qué son los amigos en esta vida?

—Todo este tiempo me has ocultado tu verdadera naturaleza —dice lady Selwyn—. Qué despiadada eres. Deseo que te marches de inmediato, que te marches por la mañana.

Jehanne abandona la sala sin una palabra ni una reverencia. Se va directa a su cuarto, cierra la puerta y se tapa la boca con la mano.

No pretendía atacar así a lady Selwyn. El verdadero objeto de su desprecio es Abbas, aunque duda que pueda decirle algo que consiga herirlo.

Oye un crujido al final del pasillo. Aunque sabe que Abbas no pasea por la planta superior a estas horas, se prepara para una llamada a su puerta. No quiere ver a nadie, y mucho menos a él. Aunque pierda la casa y la tienda, aunque deba mudarse con Isabelle e ir a misa y vestir prendas de fustán negro, no quiere tener nada que ver con él ni con su plan número uno, dos o veinte. Está harta.

Cierra la puerta con el pasador. Se imagina a Abbas intentando girar el pomo, en vano. Retrocederá y entonces, poco a poco, caerá en la cuenta de que ella piensa volver a Francia sola. Un pequeño triunfo y, sin embargo, cuando llega la noche hasta eso la abandona.

En cuanto oye cerrarse la puerta de Jehanne, lady Selwyn se levanta de la silla. El madeira la ha mareado. Si Rum estuviera aquí, la tomaría del brazo antes de que ella pensara en alcanzar el suyo. Rum es su apoyo. El fiel e inquebrantable Rum. Acaricia el brazo de la butaca con el dorso de la mano. Está muy ebria.

Como tal, se entrega a la tristeza familiar de la viudez. Las lágrimas caen, el fuego se difumina. Añora la compañía de su *meerschaum*.

Pide que le traigan la pipa y el yesquero, que Sally recupera de su alcoba sin el menor atisbo de sorpresa o crítica. Sin duda, Sally se lo

contará a los demás, si es que no han descubierto ya su hábito y lo han añadido a la lista de las extrañas costumbres de su señora. No es que a ella le importe demasiado una vez ha avivado el fuego, ha abierto la ventana y ha aspirado el agradable humo de la pipa. El humo sale al aire fresco de la noche y entra el fantasma de su padre, o lo que ella recuerda de él.

«¿Es esto lo que quieres, Aggie? —le preguntó su padre la víspera de su boda—. ¿No ser ni una cosa ni otra?» Le había advertido que no se casara por encima de su posición social, sabía que en tal caso se convertiría en una paria. Pero su padre no la había entendido, no sabía que ella estaba hecha de una madera mucho más fuerte que la mayoría.

Un tronco se ablanda y se quiebra. Sentada junto a la ventana, inclina la cabeza hacia atrás y cierra los ojos sabiendo que esta soledad pasará, mañana o al día siguiente, y apoya la pipa en la rodilla, sin ver las brasas que se desprenden de la cazoleta y caen sobre las cortinas confeccionadas con la mejor gasa inflamable.

9

Una bailarina *nautch* vestida de blanco gira en un lánguido círculo. Baja a la alfombra, donde Abbas está sentado, contemplando sus delicadas manos que se mueven desde la muñeca. Abbas oye el murmullo de una fuente, la serenata de un pájaro. Y un susurro al oído: «Si un artista me eligiera de modelo, ¿cómo dibujaría la forma de un suspiro?» La habitación se está caldeando. La bailarina *nautch* se detiene a su lado. Lleva un hacha al hombro y una mano sobre el mango. Le dice: «*Khuda hafiz*, sabelotodo», antes de levantar el hacha y despedazarlo.

10

Abbas se despierta empapado en sudor. Apenas se ha tranquilizado al verse entero y de una pieza cuando un hombre de cara enrojecida, vestido con camisa de dormir, abre la puerta bruscamente. El hombre grita, da palmas y señala frenéticamente el pasillo, donde otros criados pasan corriendo.

Abbas se levanta de un salto completamente vestido, porque pretendía quedarse despierto y acudir a su cita con Jehanne. El resto del servicio va con el pelo trenzado y en bata, y sus gritos resuenan en los techos abovedados de los Claustros.

—¡Fuego, fuego!... ¡Levantaos!... ¡No hay tiempo para eso! ¡Primero llenad la bomba de agua!

Abbas pasa corriendo y sube la escalera donde, de no ser por el olor a humo, todo parecería tranquilo, silencioso y en orden.

Rum arroja una jofaina de agua sobre la cortina en llamas. Éstas son pequeñas, pero constantes, y levantan una negra columna de humo hacia el techo.

—Aquí, Rum... —Jadeando, lady Selwyn le da el aguamanil que ha ido a buscar a su habitación. El humo se espesa—. ¡Ve a comprobar la bomba de agua!

Tosiendo, sale de la habitación detrás de Rum y se apoya en la pared. ¡Qué repentinamente ha aparecido el humo de un ascua diminuta! Se ha levantado sobresaltada y, tras un instante de conmoción, ha sacado a Fellowes y Flood de la cama.

Ahora se aprieta un pañuelo en la boca y toma aire antes de volver a entrar en la sala para salvar lo que pueda.

Abbas cruza el umbral protegiéndose la cara con el codo. Una pequeña melena de fuego ondea en la cortina, brillante y silenciosa, pero es el techo de humo lo que le sobrecoge.

Ve a lady Selwyn arrojando objetos de las estanterías al cuenco de su falda y luego corriendo al armario de porcelana contiguo, donde lanza sus tesoros por una ventana abierta. Ve el tigre sobre su pedestal, casi puede oler la piel lacada que se diluye con el calor.

Se acerca al autómata con la idea de levantarlo, arrastrarlo, salvarlo como sea, hasta que percibe un movimiento con el rabillo del ojo.

—Jehanne... —dice, pero sólo es su propio reflejo en el espejo de la pared.

Al otro lado de esa pared está la habitación de Jehanne. Pero ¿dónde está ella, dónde está Jehanne? No la ha visto en la escalera, sólo ha visto la puerta cerrada de su habitación, quizá la única puerta cerrada de toda la casa; todas las demás las ha abierto de par en par la gente que huía...

Una terrible sensación se apodera de él.

Sale corriendo de la Sala Pavo Real.

Lady Selwyn oye a los hombres que suben por la escalera con la cuba y la bomba. «¡Haced una cadena! —grita Rum—. ¡Llenad la cuba!» Oye el chapoteo de los cubos de cuero, uno tras otro.

Pero ella sabe que los incendios son animales impacientes. Éste roerá muy pronto los flecos de la alfombra y luego subirá por el pedestal hasta el autómata, cuya madera lacada convertirá la casa en una pira.

Así que se agacha y agarra los flecos de la alfombra sobre la que descansa el tigre, con pedestal incluido. Si consigue tirar de ella, meter el tigre en el gran armario de la porcelana y cerrar las puertas, quizá gane algo de tiempo.

La alfombra sólo se mueve un poco.

Rum grita a tres hombres a cada lado de la bomba para que se pongan en los pedales. Gritará hasta quedarse ronco, el pobre. Pero es un buen hombre. Qué suerte haberle conocido.

El calor le aprieta con cada vez más fuerza el cráneo mientras ella se envuelve los puños con los flecos. «Ven», piensa, dirigiéndose al tigre, al calor, al humo. Sea lo que sea, que venga.

Abbas aporrea la puerta de Jehanne. El pomo quema y no gira. Empuja la puerta con el hombro, le da patadas. Golpea la madera con los puños, gritando el nombre de ella. Busca ayuda, de quien sea. Agarra a Fellowes por el codo, pero Fellowes se zafa de él y corre tambaleándose hacia la escalera, tosiendo con un pañuelo en la boca. No hay tiempo. Abbas da una última patada a la puerta, que se estremece pero no cede. Empieza a comprender su propia

fragilidad, su inutilidad. Corre escaleras abajo, con una única idea: llegar hasta ella.

Rum sujeta el largo tubo conectado a la parte delantera de la bomba y por un momento piensa que todo está perdido; el tubo sólo tiene la longitud de su brazo. Pero entonces sale disparado un milagroso chorro de agua que atraviesa la habitación, en un arco sobre las llamas. Le parece increíble que esa fuerza sostenida de tantos galones corra a través de sus manos.

Detrás se oyen los chasquidos de las manivelas de la bomba, interrumpidos por gritos que piden más cubos, más rapidez. Rum dirige el chorro a las llamas, aturdido por el humo y el asombro.

Abbas corre descalzo por la grava hasta el lateral de la casa que da a la calle. ¿Qué ventana es la de Jehanne? Escalará el muro. Como sea. Lo escalará o morirá en el intento. Aquí hay un emparrado. Empieza a trepar, preguntándose cómo se las arreglará para desplazarse en horizontal, cómo conseguirá pasar de una ventana a otra, cómo golpeará cada una de las ventanas antes de que sea demasiado tarde.

Pero se detiene cuando oye que alguien lo llama por su nombre.

—Abbas, ¿qué haces?

Jehanne está abajo, con los brazos cruzados sobre la bata.

Abbas contempla un instante su cara ceñuda —ay, esa cara— antes de perder pie y caer a través del espacio y del tiempo hasta aterrizar de espaldas con todo el peso del cielo, con todo el peso de

un hombre muerto; un peso que le exprime el aire de los pulmones, que lo empuja a una tumba precoz, y él jadea en busca de agua, de aire, de otro día, de otra estación, cuando una mano se extiende hacia él, una mano que está desesperado y temeroso de aceptar...

—¡Dame la mano!

Rum observa incrédulo la columna de humo, que empieza a diluirse y dispersarse.

Hubo un tiempo en que cuestionó la decisión de lady Selwyn de comprar una bomba de agua; ninguna otra casa de Twickenham tenía un artilugio tan caro y novedoso.

«Tenías razón, Aggie.» Está impaciente por decírselo.

Pero ¿dónde está Aggie?

¿Y dónde diablos está el autómata?

Sólo después de recorrer varias veces el pasillo la encuentra arrodillada en el armario de la porcelana con la frente apoyada en el dorso de las manos, que a su vez descansan sobre el lomo del tigre. Jadea de tal forma que sus hombros suben y bajan. Asombrado, Rum entorna los ojos, que siguen escociéndole por el humo.

En cuanto llega hasta ella, lady Selwyn se desploma en sus brazos.

Rum la coge en brazos y corre escaleras abajo, hacia la puerta, donde el aire fresco, sin duda, la reanimará.

En realidad, Abbas sólo ha caído desde una altura de siete pies y medio antes de aterrizar con un inofensivo *bump*. Jehanne lo ayuda

a levantarse.

—¿Estás bien? —le pregunta con el ceño fruncido—. ¿Qué estabas haciendo ahí arriba? —Ella vacila al ver que Abbas se le acerca—. ¿Qué...?

Se pone rígida cuando él le abraza la cintura y le apoya la frente en el hombro. Nota el peso de la cabeza, la respiración jadeante. Y se relaja y lo sostiene hasta que él se tranquiliza.

—Jehan. Estás aquí —murmura Abbas.

—Pues claro —dice ella ocultando su propio miedo, pues sabe que las cosas podrían haber sido muy distintas.

La han despertado los gritos al otro lado de su puerta y el olor a humo. El pomo de la puerta quemaba y el pequeño cierre que bloqueaba el picaporte no se movía. Entonces ha abierto la ventana y al ver el seto se ha lanzado de pie, pensando que, si tenía que romperse algo, mejor que fuera una pierna. Pero simplemente se ha alejado tambaleándose con una leve cojera y algunas contusiones, ya pensando en Abbas. Ha rodeado la casa para buscar la entrada a los Claustros. Al descubrirlo trepando por el emparrado, ha soltado el aire que no sabía que estaba conteniendo.

Sólo ahora siente el peso de lo que casi ha perdido, la vida que podría haberse esfumado en esa columna de humo. Su vida, por pequeña que sea. Sigue siendo suya.

11

Por primera vez en la historia del castillo de Cloverpoint, se ha alentado a los criados a que duerman una hora, si es que pueden conciliar el sueño.

La Sala Pavo Real está destrozada: los tablones del suelo se ven frágiles y reblandecidos, las cortinas están desgarradas, las vitrinas, hechas añicos, y se han perdido incontables piezas y objetos.

Rum atiende al inspector de incendios y sus hombres, y ordena a Fellowes que les sirva café, agua y algo de desayunar. Luego indica a Palmer que vaya a buscar a Richard Selwyn, al alguacil, al oficial de los juzgados, al maestro de obras y al doctor Stanley. Flood se ha quemado el brazo; varias criadas tienen dificultades para respirar. Rum se nota los pulmones abrasados y se siente vacío por dentro. No le importa. Ni llora ni se lleva las manos a la cabeza. Va de una cara a la siguiente, emitiendo sonidos que no son palabras. Sube la escalera y baja la escalera, retrocede al pasado y vuelve al presente que lo aturde una y otra vez, como un pájaro que se golpea contra un cristal.

Y de pronto se descubre de pie junto al cuerpo de lady Selwyn. Ésta yace en el centro de su cama, parece muy pequeña y sola. Sus párpados tienen un brillo sobrenatural. La señora Chapman y una de las criadas se han encargado de lavarla y vestirla, pero ha sido Rum

quien ha elegido el vestido de satén verde oscuro y los pendientes de ojo de tigre. La señora Chapman le ha dicho que las perlas serían más adecuadas. Él ha insistido, algo enérgicamente. Los ojos de tigre brillan a la titilante luz de las velas.

—He llamado al doctor Stanley —susurra.

Se la imagina respondiendo: «Por dios, Rum. Cada vez que el doctor Stanley entra en una casa, deja un cadáver a su paso.»

—Lo sé. Qué se le va a hacer. Espero que te gusten los pendientes. —Se detiene—. He pensado que debías tener las cosas que más te gustaban. —Se le hace un nudo en la garganta—. Ya que has muerto por ellas.

Le acaricia la mejilla con el dorso del dedo. Tiene la piel fría y rugosa por los polvos de maquillaje. Parecía tan cálida y viva cuando la sacó de la casa y se arrodilló a su lado en el porche, zarandeándola y dándole suaves bofetadas en la mejilla, luego ya no tan suaves, diciendo su nombre una y otra vez hasta que comprendió que lo pronunciaba para él...

Unas pesadas botas suben la escalera. Rum respira, estremeciéndose, y se recompone.

Richard Selwyn se detiene en el umbral. Tiene la camisa de dormir metida a medias en los pantalones. Avanza un paso y su mano temblorosa toca un buen rato la muñeca de su madre.

—¿Quién...? —dice, y luego retira rápidamente la mano—. ¿Quién lo empezó? ¿Fue alguien del servicio?

Rum le dice que lo despertaron los gritos de ella.

—Supongo que fue la propia lady Selwyn; todo pasó muy deprisa.

—¿Y la mujer francesa? ¿Dónde estaba?

—¿Sospecha de la señorita Jehanne, señor?

—Nadie está descartado, Rum. ¿La francesa sigue aquí?

—Sí, señor.

—Entonces quiero que se la interrogue con todos los demás.

—Sí, señor.

Richard mira con cautela el cuerpo de su madre, de la cabeza a los pies. Gira el sombrero que lleva en las manos.

—¿Estabas con ella? —pregunta en voz baja.

—Sí —dice Rum, y añade—: Murió en mis brazos.

Espera a que Richard reaccione. Casi lo desea. Pero Richard sólo le dirige una mirada velada, como si se tratara de un detalle sin importancia.

—Te quiero aquí cuando llegue el alguacil —le dice antes de salir de la habitación.

Richard Selwyn baja rápidamente la escalera con una mueca de desagrado por el olor a quemado del aire, dispuesto a dedicar semanas, incluso meses, a encontrar al culpable. El misterio se resolverá en menos de una hora, cuando el inspector de incendios descubra detrás de las cortinas los restos de una pipa *meerschaum*.

12

Aunque la Sala Pavo Real es la única dañada por el incendio, la vista que Jehanne tiene desde el jardín meridional muestra un Cloverpoint humilde y triste, como si toda la casa se hubiera tambaleado sobre sus cimientos. Pasea mordiéndose el labio inferior, preguntándose a cada pocos pasos: «¿Qué he hecho? ¿De qué ha servido?»

No, su mano no inició el incendio, pero sus palabras fueron tan abrasadoras que mantuvieron a lady Selwyn despierta y sola, fumando hasta que estuvo demasiado aturdida para sostener la pipa.

Y los remordimientos se remontan aún más atrás. ¿Qué la llevó a arrojarse por la escalera el día de su primer encuentro? ¿Qué clase de persona haría algo así?

Una persona que quería desesperadamente alterar las pautas de su propia identidad, una elección que la ha conducido aquí, a la muerte, a la alteración definitiva.

Cuando ya no puede caminar, se sienta en un banco de piedra blanca con forma de concha erguida. Es un mueble poco práctico e incómodo, pero al menos el respaldo curvado amortigua la mayoría de los sonidos, lo que permite a quien lo usa llorar en relativo silencio.

Rum duerme tres horas antes de despertarse sobresaltado, recién salido de una pesadilla en la que toda la casa estaba ardiendo y él iba de habitación en habitación intentando seguir los gritos de Aggie, sin encontrarla nunca.

A última hora de la mañana descubre a Jehanne sentada en el banco con forma de concha de los jardines de recreo. Lleva la cabeza descubierta y un chal sobre los hombros. Al verlo hace amago de levantarse como si quisiera abandonar lo que no es suyo.

Rum la detiene levantando la palma de la mano. Ella se aparta para hacerle sitio.

Como ninguno de los dos desea iniciar la conversación, se quedan sentados escuchando el parloteo de los pájaros. Rum se toca la zona de la frente donde se chamuscó el pelo. No puede dejar de palpar ese punto; es como tocarse el cráneo.

Cuando Jehanne habla, lo hace con voz ronca:

—He oído que lady Selwyn salvó el autómata.

Rum asiente.

—¿Cómo lo hizo?

—Pura voluntad.

—Era una mujer extraordinaria —dice Jehanne.

Levantan la vista hacia la ventana cuadrifolia donde el cristal, invencible e intacto, centellea con el cielo.

—Supongo que le debo a usted la verdad —dice Jehanne.

—Ya no me importa —responde Rum, aunque no de malos modos.

—Tenía razón sobre Abbas, no es mi criado. —Hace una pausa—. Era tallador del sultán Tipu. Él y mi tutor, Lucien Du Leze, crearon el Tigre Musical.

—Vaya por Dios.

—¿Qué?

Rum la mira de soslayo.

—¿De verdad espera que me crea esa baladronada?

Ella frunce el ceño al oír la palabra «baladronada», signifique lo que signifique.

—No espero que me crea. Sólo deseo confesarle que él esperaba... nosotros esperábamos llevarnos el tigre y restaurarlo y...

—¿Hacerse ricos y famosos?

—Sí, suena estúpido cuando se dice así. —Se arranca los conos de polen que se le han pegado a la falda.

—Si no es su criado, ¿qué relación tienen? ¿Qué representa usted para él?

Rum intuye que ha metido el dedo en la llaga cuando ella no responde y despedaza un cono con las uñas.

—Ojalá lo supiera —responde por fin.

Ah, piensa Rum. Ella lo ama.

Jehanne se sacude el polvillo de la falda.

—Tenemos intención de irnos a la posada esta tarde. Dentro de una semana iniciaremos el regreso a casa.

—El señor Palmer puede acompañarlos al pueblo. Lo arreglaré.

—¿Y usted, señor Rum? ¿Se quedará en Cloverpoint?

—Mientras me necesiten. Y después... no sé.

—¿Tiene familia aquí?

Él niega con la cabeza.

Jehanne lo mira prolongadamente y luego dice:

—Siento mucho la pérdida que ha sufrido.

—En efecto, la muerte de lady Selwyn es una gran pérdida para toda Inglaterra. Pero deja el legado de una de las mejores casas de

campo, por no mencionar su colección...

—Monsieur Rum. —Ella posa una mano en el brazo de Rum—. Lo siento por usted.

Él la mira. El dolor lo mantiene inmóvil.

Jehanne le suelta el brazo y se apoya en el respaldo.

—Fue afortunada de contar con alguien tan leal como usted.

Rum no respira. Si respira, llorará y ella podrá ver el interior de esa parte blindada de su corazón. Quizá Jehanne ya pueda verla, con esos ojos grises y penetrantes. Qué podría hacer con esa información, él no tiene ni idea. Pero aquí está, a cielo descubierto, ante ellos. Flexionando las alas. Tanteando el aire.

Rum se levanta bruscamente, le da las gracias y le desea buen viaje.

Se apresura por el jardín y luego cambia de dirección y se aleja de la casa, esperando que Jehanne no esté viendo la trayectoria errática que toma hacia el puente. Se detiene en el centro, se agarra al pretil e intenta controlar la respiración. Se le cierra la garganta. Mueve la cabeza. «Va, hombre», murmura para sí.

A sabiendas de que llegará tarde a presentarse ante el nuevo lord Selwyn, Rum coge una cesta del cobertizo del jardinero y rodea la casa hasta llegar al seto que está justo debajo del armario de la porcelana. Recoge todas las cosas que lady Selwyn tenía en su falda y arrojó por la ventana. Algunas están enteras, otras rotas sin arreglo posible y una lo hace reír enloquecidamente hasta que rompe a llorar: la cabeza de porcelana de un sarraceno, con la nariz rota.

Ruan

Al principio, Abbas reanuda su vida espartana reparando relojes en la trastienda. Es educado con Jehanne y, aunque el recuerdo de él murmurando entre su cabello la sorprende de vez en cuando, la cortesía que le muestra la lleva a pensar que lo único que desea es su amistad, nada más. Pues que así sea, piensa Jehanne.

A veces, cuando no hay nada que hacer ni tienen ingresos, Abbas descansa la boca en la palma de la mano y da golpecitos en el tablero de la mesa con el ceño fruncido de preocupación.

—Podrías volver a tallar juguetes —le sugiere Jehanne un día que está barriendo a su alrededor—. Se venderían bien.

Abbas sorbe entre los dientes al oír esa idea, lo que a ella le encanta. Es un sonido que no oía desde la infancia, casi siempre procedente de una de sus exasperadas tías.

—Tallar juguetes lleva demasiado tiempo, no es rentable.

—Y, sin embargo, aquí estamos. Nos mantenemos —dice Jehanne. Abbas levanta los pies para que ella barra por debajo de la mesa y el taburete—. Estamos bien.

—Por ahora.

—¿Por qué? ¿A qué te refieres? ¿Te vas a alguna parte?

—No —dice Abbas, perplejo ante la voz alarmada de ella—. Me refiero a que sería más fácil si vendiéramos cosas más sencillas de elaborar, que requieran menos tiempo por pieza.

—¿Como qué?

Durante semanas barajan posibilidades. Sombreros. Peonzas. Muñecas. Nada cuaja, pero de todas las ideas Jehanne siempre

vuelve a las muñecas. Le cuenta que de pequeña tuvo una, poco más que un bulbo de muselina relleno, con una boca y dos ojos pintados con kohl, que ella acunaba con devoción mientras imitaba el llanto de un niño de pecho, pues deseaba que pudiera emitir sonidos propios.

Abbas escucha con los dedos entrelazados sobre la cabeza.

—Lucien decía que el sonido lo era todo. Decía que «animal» procedía de otra palabra...

—*Anima*. —Orgullosa, Jehanne añade—: Se me daba muy bien el latín.

—Lucien decía que el sonido es aliento y es vida. O algo así.

Ella sigue el hilo del pensamiento de Abbas. Una muñeca de elaboración rápida que pudiese llorar. Pero ¿cómo?

Abbas se concentra durante días en los cuadernos y planos de Lucien, pasando rápidamente las páginas hasta que encuentra diagramas útiles de fuelles y tubos de gruñidos. Sentada a su lado, Jehanne le traduce lo que él no puede entender, de manera que la enseñanza es mutua e íntima, algo que ella nunca había creído posible.

Abbas interrumpe la reparación de relojes una semana entera y se lanza a diseñar y construir. En la mesa, ante él: sus bocetos, su lápiz, una sierra pequeña, juntas de cuero de varios tamaños y varios cilindros de madera que ha tallado él mismo. Está construyendo un pequeño fuelle, dice, que quepa en el torso de una muñeca de trapo. Le confía a Jehanne la costura de la muñeca y el añadido de extremidades cilíndricas, ojos separados y una boca en forma de O.

Un día, mientras está cosiendo, Jehanne oye un grito que hace que se pinche la mano.

—¡Santo cielo!

Abbas está sonriendo; tiene un pequeño objeto en la palma de la mano.

Algo muy sencillo, o eso parece: un cilindro dentro de otro cilindro con un agujero en el centro de la tapa. Le explica que al dar la vuelta al objeto, el cilindro interno se hunde y el aire fluye arriba, hacia el agujero, y pasa a través de un par de lengüetas ocultas de metal. La llama caja de llanto y dice que irá cosida dentro del torso de la muñeca.

Al cabo de ocho meses ya han fabricado y vendido cincuenta muñecas lloronas sólo en Ruan. Su éxito llama la atención de madame Gardam, una amiga de la tía Isabelle, que desea invertir. Durante el almuerzo con madame Gardam, Jehanne habla sin cesar: le explica que las muñecas lloronas son atractivas por la blandura del cuerpo y las extremidades, más fáciles de fabricar que las muñecas de porcelana (tan anticuadas) y de un tacto mucho más agradable. A lo que, por supuesto, se suma el mecanismo de la caja de llanto, la primera de su género en Francia, creada por el socio de Jehanne, monsieur Mahmud Abbas.

—¿Qué clase de nombre es Abbas? —pregunta madame Gardam, enarcando una ceja.

—Árabe —dice Jehanne, y se apresura a detallar sus planes: una fábrica en Ruan y quizá algún día una tienda en Montmartre...

—Querida mía —dice madame Gardam—. No es necesario que me convenzas. A diferencia de tu querida tía, me importa más el dinero que los árabes. ¿Comemos?

Jehanne siempre recordará esa comida: sopa de hierbas, dos tipos de pescado, ave, pastel de carne, tarta de grosella, cerezas, fresas, uva, higos y bizcocho genovés. Consigue birlar dos o tres trufas cuando madame Gardam está de espaldas y se las guarda en el bolso.

De vuelta a casa en carruaje, mete los dedos en el bolso y se los mancha de chocolate derretido. ¡Y es su mejor bolso! Aunque una nueva vida se despliega ante ella, una vida en la que podrá permitirse un bolso mejor. Quizá. Mordisquea el resto de una trufa, que sabe a compota de chocolate blanco, fresa y champán.

Cuando llega a la tienda, encuentra a Abbas introduciendo una caja de llanto en la espalda de una muñeca.

—¿Y bien? —le pregunta él.

—Ha dicho que las morenas eran bonitas, pero que las rubias se venderán mejor —dice Jehanne, desatándose el sombrero.

—¿Y qué más?

—Me ha preguntado por tu nombre. Le he dicho que era árabe.

—Puedes decirle que soy Jesucristo si así conseguimos que abra la cartera. —Abbas se queda esperando—. ¿Y? ¿Lo hará?

Incapaz de seguir manteniendo la farsa, Jehanne sonríe.

Abbas suelta un suspiro de alivio.

—Bien. Eso está muy bien.

—La única mala noticia —dice ella, mirando dentro de su bolso— es que se me ha derretido el chocolate por todo el forro y... —Jehanne levanta la cabeza y, para su sorpresa, ve que él camina hacia ella, le aparta el bolso y la coge de las manos—... por las uñas.

Abbas la mira durante lo que parece mucho tiempo, estudiando las diferentes partes de su cara. Jehanne está demasiado perpleja para preguntarse qué está mirando él con esa expresión concentrada. Después la besa en los labios, y ella ya no piensa en nada.

Después del beso, la corteja tan lentamente que Jehanne no sabe si la está cortejando. La invita a dar largos paseos, que acaban con el simple roce de los labios de él en sus nudillos. Después Abbas se marcha a la tienda y ella se retira a su habitación, preguntándose cómo interpretar los fuertes latidos de su corazón.

Entretanto, madame Gardam compra una fábrica abandonada y contrata a un equipo para renovar las plantas de producción. Muñecas de trapo en la primera planta, construcción de cajas de llanto en la segunda. Jehanne trae los planos que Abbas ha dibujado minuciosamente; él le ha enseñado a formar a las trabajadoras. Jehanne se da cuenta de que le gusta enseñar a las mujeres. «El cilindro interno debe bajar a la velocidad justa. Si al caer hace ruido, es que el cilindro es demasiado pequeño y hay que empezar otra vez. Precisión, señoras. Debemos ser precisas.» Al principio, la fábrica es una pajarera de quejumbrosos chirridos y chillidos y chasquidos, pero con un poco de algodón en los oídos el ruido es soportable.

Dos semanas después de empezar la producción, una semana antes de que las muñecas se envíen a las boutiques de París, Jehanne se despierta temprano al oír que llaman a la puerta. Abbas le pregunta si quiere dar un paseo.

«Otro paseo», piensa ella. Pero se pone la pelliza y la capota y lo coge del brazo.

El camino hasta la tienda es corto. A través del cristal, en letras doradas, puede leerse:

Jehanne Du Leze.
Juguetes. Sombreros. Creaciones.

—¿Lo has hecho tú? —le pregunta Jehanne, acercándose al cristal. Todavía huele a pintura.

—Sí.

—Pero tu nombre...

—No importa. La tienda es tuya.

Él se pone a su lado junto a la ventana. En el reflejo, Jehanne ve que la mano de Abbas busca la suya.

—Creo que esta ocasión merece un brindis —le dice al reflejo de Abbas, que es lo bastante impreciso para que ella reúna el valor suficiente y añada despreocupadamente—: Tengo brandy en casa.

—¿Tu casa? ¿Ahora?

Ella asiente.

Mientras él se lo piensa, ella imagina que la tierra se abre y se la traga entera, un desenlace preferible a esperar la respuesta de Abbas.

—¿Es adecuado hacer algo así antes de casarse? —pregunta él.

—¿Nos vamos a casar?

—Me gustaría. Contigo. —Abbas traga de forma audible—. Entonces podríamos tomar brandy todos los días. Dos veces al día, incluso.

—Eso suena muy agradable.

Los dos guardan silencio, como si midieran la temperatura de la decisión que acaban de tomar.

—Pero ¿por qué perder el tiempo? —dice él, y ella coincide, y se apresuran a casa de Jehanne.

Jehanne aprendió los rudimentos del sexo en la escuela del convento; no de las monjas, por supuesto, sino de chicas especialmente aventureras, o de chicas con imaginación aventurera. Una de ellas decía que eso olía a setas. Otra afirmaba que en el momento culminante ambas partes sentían la necesidad de orinar. Tales detalles equivalían a un acto que sonaba animal y vergonzoso.

En el sonido que hace Abbas al penetrarla hay algo animal, pero de un modo curioso. A medio camino entre el jadeo y el gemido. Mientras Jehanne reflexiona al respecto, su respiración se vuelve rítmica y extraña, y el deseo brota de su propio cuerpo, ilimitado como la luz...

(Pero se acaba rápido, pues para él ésta es la primera vez desde hace mucho tiempo.)

Un círculo rojo mancha la sábana. El dolor disminuye drásticamente la siguiente vez; Abbas se mueve más despacio y mira cada parte de ella con una franqueza que la abruma incluso más que el sexo en sí. Cuando él se desploma sobre su hombro, Jehanne puede mirarlo libremente: el ceño fruncido, los labios entreabiertos, el rostro de un niño que ha luchado contra el sueño toda su vida y, por fin, puede descansar.

Y así siguen durante meses, aprendiendo los contornos de esta nueva vida, agradecidos y asombrados por esta oportunidad de ser felices. No es que siempre lo sean, pero al menos cada uno sufre una herida que el otro comprende: la separación de su linaje, de su tierra natal. Sólo se tienen el uno al otro y eso a veces puede ser una carga, pero es sobre todo un consuelo.

Abbas se pregunta a menudo qué habrá sido del autómata. Rum estará al corriente, pero durante mucho tiempo el sentimiento de culpa le impide escribirle. Aún recuerda el momento en que se dieron la mano el día de su partida. El aspecto destrozado de Rum cuando se apartó del carruaje. Un hombre desposeído.

Mientras el carruaje se alejaba, Abbas esperaba sentir el duelo de su propia pérdida, pero lo único que experimentó fue una sorprendida sensación de nada. Con el tiempo, se transformó en alivio. Era como haber tirado durante años de una puerta cerrada y descubrir que, en realidad, se abría hacia el otro lado con un simple empujón. Y al otro lado: una nueva vida.

Abbas lleva unas noches quedándose despierto mirando el techo, mientras Jehanne ronca suavemente a su lado. Desde fuera parece totalmente tranquilo e inmóvil. En su interior se agitan la luz y la oscuridad, los viejos recuerdos y las nuevas sensaciones. Algo nuevo se avecina, y ya sea con tinta, cincel o gubia, de momento es ilimitado.

El viaje

Tras un largo invierno y una primavera fría, el verano ha llegado a Twickenham. Los mosquitos zumban en enjambres, las abejas se posan en las flores. Rum se marcha del castillo de Cloverpoint.

Dimitió de su puesto hace dos meses, mediante una carta enviada a la dirección londinense de Richard. El nuevo lord Selwyn lleva semanas sin visitar la casa y prefiere que Rum se ocupe de administrarla y que Fellowes se encargue de la organización doméstica.

Para su sorpresa, Richard escuchó su consejo; fue idea de Rum donar el Tigre Musical al Museo de las Indias Orientales, donde podrían restaurarlo y exponerlo con una placa que reconociera la generosidad de lord Richard Selwyn.

Los conservadores descubrieron dos nombres elegantemente inscritos en la parte inferior del fuelle de la cabeza —*Faite par L. Du Leze & Abbas*— y habían sugerido añadirlos a la descripción. Rum no había reparado en la inscripción antes, aunque tampoco había examinado detenidamente cada pieza. Sólo conocía a otra persona que lo hubiera hecho: el falso criado que se había colado una noche en la Sala Pavo Real.

Había dos explicaciones posibles:

El último día, Abbas había entrado en la sala sin ser visto —no había nadie cerca porque el aire seguía saturado de humo— y había tallado él mismo las palabras. O...

Los nombres estaban ahí desde el principio.

¿Un falsificador o un artista? Cuanto más examinaba Rum las letras, autoritarias, elegantes y perfectamente talladas, más se inclinaba, asombrado, por el artista. Sin consultárselo a Richard, escribió a los conservadores para decirles que lord Selwyn había aceptado su sugerencia de incluir ambos nombres en la placa.

La mañana de su partida, Fellowes se reúne con él en el vestíbulo y le entrega un sobre con el sello de la familia Selwyn. Contiene el sueldo y la indemnización de Rum. Rum toca el relieve del cuadrifolio antes de deslizar el sobre dentro del forro de su chaqueta.

—Lo echaremos de menos —le dice Fellowes, que se ha mostrado un poco más amable desde que conoce la inminente partida de Rum.

Se despiden con una breve inclinación de cabeza en señal de su reconocimiento mutuo y de sus años de servicio. Rum levanta la vista por última vez a la gran escalinata, donde su mirada salta de busto en busto hasta llegar al friso donde los romanos se enfrentan eternamente a los hunos.

Está bajando los escalones de la entrada cuando Fellowes lo llama.

—Supongo que pasará por los acantilados de Dover.

—Creo que sí —dice Rum.

—Mi padre trabajaba en la torre de vigilancia. Yo corría de pequeño por esos acantilados. Nunca me cansaba de mirar el mar desde lo alto. —Fellowes abre la boca un instante sin pronunciar

palabra, y luego dice—: Si por casualidad se detiene allí, podría preguntar por mi madre, la señora Cruickshank.

—¿Cruickshank? ¿Usted se llama Cruickshank?

Fellowes da un respingo y hace un gesto con la mano para que baje la voz.

—Me pareció que Fellowes sonaba más a mayordomo. —Se encoge de hombros—. Nunca es tarde para reinventarse, digo yo.

Por una vez están de acuerdo.

—Les diré a los acantilados que les manda saludos.

El carruaje lleva a Rum a Londres, donde cerca del mercado de Leadenhall cambia al coche de postas de las diez. El aire está cargado de humo y ruido. Pasa Gracechurch Street y Kinghall Street. El puente de Londres. La catedral de Southwark. En la esquina de Kent y Dunton se despide de la ciudad. Vuelven los campos y alguna casa ocasional abraza la carretera.

Se detienen en una posada para comer y darles agua a los caballos y luego continúan por el camino que desde antiguo une Londres y Dover, cruzando el brezal detrás de Greenwich. La campiña se despliega sin una casa a la vista, mares de hierba a ambos lados, aquí y allá un roble o un abedul. Han pasado tres horas desde que salieron de la posada y Rum lleva todo ese tiempo sin hablar. Nadie en el coche de postas le ha dirigido la palabra. Un hombre con la palidez de una patata cocida no deja de mirarlo con expresión recelosa.

A Rum no le importa guardar silencio. Está pensando en lady Selwyn. Era un incordio. Prepotente. Descaradamente grosera, a

veces. Tierna en otras. Más sensual que nadie. Pero esa prepotencia de ella lo ha sostenido todos estos años, ahora lo ve con claridad. Se nota más débil sin esa voz que lo zarandeaba. En cambio, ahora lo zarandea el camino, que le revuelve el estómago mientras cruzan el río Medway.

Pasan por Sittingbourne y Faversham. Luego Boughton under Blean. El camino se estrecha, se ensancha y vuelve a estrecharse como una serpiente que digiere diferentes animales. Llegan a Canterbury por Westgate y se detienen a cenar en una posada.

En su interior, Rum se sienta frente al hombre pálido que se explaya de forma interminable sobre la importancia histórica de Canterbury. Les sirven filetes de ternera, patatas y oporto. El hombre, que se llama Bertie, le pregunta a Rum por sus orígenes.

—Soy de la India.

—Ya me lo suponía.

—¿De dónde es usted?

—¿Yo? —Bertie se ríe, a saber por qué—. De aquí. De Liverpool, más concretamente. ¿Qué le trae a Inglaterra desde tan lejos?

Entre todas las respuestas posibles, Rum no pronuncia la primera que le viene a la cabeza: «Yo estoy aquí porque vosotros estabais allí.»

En cambio, le dice:

—He sido administrador de fincas de lady Selwyn en el castillo de Cloverpoint durante muchos años.

Bertie abre mucho los ojos.

—¡Ésa es una casa magnífica! Es afortunado por trabajar allí.

Rum se permite una modesta sonrisa y un sorbo de oporto. Sí, lo es. Sí, lo fue.

—¿Y adónde se dirige? —le pregunta Bertie.

Hasta entonces, Rum no le ha dicho a nadie cuál es su destino. Ha hablado de un futuro impreciso de viajes y ocio, como si el mundo fuese suyo. No ha sentido que el mundo es suyo desde que tenía cinco años.

Quizá sea el oporto, pero de pronto Rum decide contar la verdad.

—A una ciudad francesa, Ruan. —Bertie mastica sin comprender. Rum añade—: He aceptado otro trabajo, de contable en una juguetería.

—¿Una juguetería? —Bertie frunce el ceño—. Eso es otro cantar, no tiene nada que ver con Cloverpoint.

—A mi edad, no me importa cantar un poco.

Bertie coincide con entusiasmo. Recién enviudado, se dirige al sur de Francia, donde piensa beber moscatel y acostarse con francesas a quienes no les importe yacer con hombres de una cosecha más madura. Y, en efecto, las encontrará, junto con una cepa vírica de sífilis que le roerá el cerebro hasta los nódulos y lo habrá matado antes del Día de Todos los Santos.

—Por vivir cantando. —Bertie levanta la copa.

Rum entrechoca la suya con la del hombre.

El agua resplandece, se agita y le revuelve las tripas. El barco se mueve. Rum cierra los ojos, lo que sólo empeora sus náuseas. Vomita por la borda; sus entrañas están prietas como un puño, luego se relajan, luego se contraen más si cabe.

Cuando ha arrojado todo el contenido del estómago, se siente un poco mejor. También le ayuda tocarse el bolsillo interior de la chaqueta, un recordatorio de que tiene un destino específico en el horizonte. Detrás del sobre de Richard hay una carta de Jehanne Du Leze. La ha leído tantas veces que ya no necesita mirar la página para recordar el párrafo final:

> *Nuestras muñecas lloronas son cada vez más populares y el negocio sigue creciendo por encima de nuestras expectativas. Prevemos la necesidad de un contable en un futuro cercano y preferiríamos que fuese alguien sensato como usted, señor Rum, con su meticulosidad y su actitud. No sé si encontrará unos aposentos tan exquisitos como los del castillo de Cloverpoint, pero sí nos tendrá a nosotros dos, que lo trataremos como a un igual.*

Aquí están los acantilados de Dover, el lugar donde nació el pequeño Cruickshank.

Rum ponía cara de exasperación siempre que Fellowes empezaba a hablar de sus queridos acantilados. Pero ahora lo entiende: son tan admirables como Fellowes decía que eran. Es imposible apartar la vista de la asombrosa roca blanca, de cuyos pliegues marmóreos surgen caras que luego se convierten en otras formas.

Cuesta imaginar que Fellowes tenga otro hogar que no sea Cloverpoint. Sin embargo, los acantilados encajan con su carácter: firmes, serios, tallados en piedra inglesa. Un halcón surca el cielo. Rum imagina al pequeño Cruickshank en calzones, galopando por la hierba. Por fin comprende la profundidad de la añoranza de

Fellowes, y por qué había algo que no alcanzaba a expresar sobre esos acantilados, esa atalaya, el mar.

Otro día, otro puerto. Mientras la torre de vigilancia los guía hacia Bassin du Paradis, Rum reflexiona sobre lo lejos que ha llegado. No sólo la distancia que ha recorrido en los últimos seis días, de Cloverpoint a Calais, sino en los últimos sesenta años. Escribe una biografía mental con estas líneas: «Era inusual para un hombre de su época. Viajó más que la mayoría. Vio muchas de las grandes maravillas del mundo.» Él: un niño, luego un empleado, luego un cipayo, luego un administrador. ¿Y ahora, qué? A medida que el barco se acerca a un muelle donde ningún hombre, mujer o niño espera ni saluda a Rum, se da cuenta —como ya le había ocurrido antes, aunque nunca con tanta intensidad— de que se ha colocado en una posición precaria. Las personas del muelle hablan en francés y en flamenco, un pudín para sus oídos. Al desembarcar por la pasarela, agarrando con fuerza el asa de su pequeña maleta, siente ese antiguo arrebato de pánico. Pánico, pero también admiración. Es una ciudad elegante, nada que ver con las que ha visto en Inglaterra. Los edificios y las casas son de diferentes alturas, desgastados por el tiempo pero señoriales. En el muelle le llama la atención una placa de latón cuyas palabras en francés resultan ilegibles, excepto «Roi... Louis XVIII... pied... 1792». Probablemente fue aquí donde el rey posó por primera vez su pie real al regresar del exilio, mientras Napoleón se pudría en Córcega. Rum toma una bocanada de aire salado, como debió de hacer el rey, y se une a la corriente que se dirige a la aduana.

Londres, Inglaterra

1859

Un hombre entra en el Archivo Oriental de la Casa de las Indias Orientales. Tiembla pese al chal de lana, la corriente de aire penetra en su *kamiz* de algodón. En su mayor parte, la Casa de las Indias Orientales le parece de mal gusto y vulgar, un laberinto de despachos oscuros y empleados de mirada débil. El Archivo Oriental supone un agradable contraste. Observa el alto techo abovedado con sus deslumbrantes tonos azules y dorados. En el centro hay un cuadro de una mujer negra con los pechos desnudos que ofrece una bandeja de perlas a una mujer blanca vestida con toga. El hombre estudia el cuadro tanto tiempo que se le tensa el cuello.

Baja la vista a las paredes, donde los libros del sultán Tipu están pulcramente ordenados en estanterías. El hombre roza con las yemas de los dedos una serie de lomos e inhala su cuero y su polvo, aromas que él consideraba sagrados.

Pide al empleado varios libros que no encuentra en las estanterías por estar en cuarentena para su custodia. Se los dejan en una mesa: *El registro de sueños del sultán Tipu,* un tratado sobre la redacción de cartas y algunos de los coranes personales del sultán. Toca la primera página enmohecida del registro de sueños y busca vagamente su nombre, que no encuentra. Es una decepción leve, pero previsible. A fin de cuentas, Tipu tuvo doce hijos. Él, Ghulam Muhammad, sólo destaca por ser el último que queda con vida.

Pasa las páginas centrales del registro de sueños, cuya sinceridad y vulnerabilidad lo inquietan. Nunca conoció esta versión de su padre. (¿Vacas parlantes? ¿Hombres de grandes pechos?) Se

imagina a un vulgar comerciante hurgando en los secretos de su padre y riéndose. Se le calienta la cara de rabia y vergüenza. Cierra el libro.

Debe serenarse. Dentro de unas horas se reunirá con la reina de Inglaterra para solicitar un aumento de la remuneración mensual de su clan. No desea inspirar compasión, sino transmitir dignidad en nombre de los cientos de descendientes que viven en reclusión forzosa en los suburbios palúdicos de Calcuta.

Para armarse de valor, recurre a un corán que conoce bien porque lo vio muchas veces en manos de su padre. El cuero es de un cálido marrón rojizo. Unas enredaderas doradas florecen en los bordes que enmarcan unas formas decorativas en elegante caligrafía nastaliq. En la parte superior puede leerse: «el Gobierno concedido por Dios». En la parte inferior: «Alá es suficiente.» A lo largo del lomo: «Nadie puede tocarlo excepto los puros.»

La última frase le hace reflexionar. ¿Puede un príncipe que recibe una pensión de los ingleses llegar a ser puro? Su padre habría dicho que no. Mejor vivir dos días como un tigre que doscientos como una oveja, solía decir.

De niño, Ghulam Muhammad le había preguntado a su madre:

—¿Qué soy yo, tigre u oveja?

Nunca olvidó su respuesta, clara y firme:

—Eres un niño.

Un empleado lo acompaña a la salida cuando él vislumbra el Tigre de Tipu agazapado en las sombras de otra sala. El empleado aguarda mientras él lo rodea lentamente, fijándose en los huecos de

los hombros donde los colmillos del tigre se hincan como cuchillos. Ghulam Muhammad sonríe, de nuevo un niño. Recuerda al europeo tocando las teclas. Y había alguien más, ¿verdad? El tallador, sí, que trabajaba con inquebrantable concentración, como si, para que la Tierra siguiera girando, fuera menester que él no dejase de girar esa manivela.

Ghulam Muhammad posa una mano en la planicie que separa las orejas del tigre. Deja que lo recorra una sensación, la de tocar un árbol que creció en Mysore, un árbol que ofrecía sombra a personas que ahora están muertas. Los dos lugares, las dos épocas, vibran en su interior.

Alguien se mueve a su espalda. Se vuelve, esperando a medias ver a su padre con las manos sobre su patka, su atención absoluta.

Pero es sólo el empleado, cuya adusta presencia hace que Ghulam Muhammad aparte la mano.

Había creído que le dolería separarse de las cosas de su padre. Pero al cruzar la sala oscura y salir por las puertas dobles, la luz es un alivio para la vista.

Nota de la autora

El autómata que protagoniza esta novela —el Tigre de Tipu— se construyó por encargo del sultán Tipu a finales del siglo XVIII. En realidad se desconoce quiénes lo crearon, pero el estilo del tallado exterior y la mecánica interna sugieren una colaboración entre artesanos locales y franceses. Me he tomado grandes libertades a la hora de imaginar a estos artesanos y el viaje del autómata.

Las obras de los historiadores Mohibbul Hasan y Mir Hussain Ali Khan Kirmani han sido esenciales para mi interpretación del Mysore de finales del siglo XVIII. También consulté los siguientes libros: *Tipu's Tigers*, de Susan Stronge; *Historical Sketches of the South of India*, de Mark Wilks; *The Old East Indiamen*, de E. Keble Chatterton; *A Master Mariner: Being the Life and Adventures of Captain Robert William Eastwick*, de Robert William Eastwick, y *Strawberry Hill and Horace Walpole*, de John Iddon.

En tres ocasiones he incrustado en la novela las palabras de otros autores, que me gustaría citar aquí.

En *A Master Mariner*, el capitán Eastwick recuerda un consejo que le dieron cuando era un joven marinero, una versión del cual aparece en la novela: «No hay justicia ni injusticia a bordo, muchacho. Sólo existen dos cosas: el deber y el motín. Todo lo que se te ordena que hagas es deber. Todo lo que te niegas a hacer es

motín. Y el castigo por amotinarse en una fragata del rey es la horca.»

También me gustaría citar a Ambalavaner Sivanandan, un activista y escritor británico-esrilanqués, que acuñó la frase: «Nosotros estamos aquí porque vosotros estabais allí.»

Por último, hay un verso que se repite a lo largo de la novela:

Si un artista me eligiera de modelo...
¿Cómo dibujaría la forma de un suspiro?

Este verso se atribuye a Zeb-un-Nissa, poeta sufí y mecenas de las artes, hija del emperador mogol Aurangzeb. Se cree que Zeb-un-Nissa escribió una colección de poemas con seudónimo: *Diwan-i-Makhfi*, o *Libro de la Oculta.* Al incluir sus versos en esta novela, espero invitar a que se investigue una figura, una entre muchas, cuya voz ha precedido a la mía.

Agradecimientos

Doy las gracias a las personas que me han guiado por sus campos de especialización. Todos los errores son míos.

Gracias a Susan Stronge, conservadora jefe del Departamento Asiático del Victoria & Albert Museum, y a Robert Race, fabricante de juguetes y autómatas extraordinarios, que me ayudaron a especular sobre el funcionamiento interno del tigre. Gracias a William Dalrymple por la conversación y las excelentes recomendaciones de libros.

Gracias a los que me mostraron Mysore y Srirangapatna, y que respondieron a cada una de mis preguntas con infinita paciencia: Vinay Parameswarappa, Nidhin Olikara y Pamela Sanath. Mi más profundo agradecimiento a Poorna Kemparajurs y K. G. Anantharaj Urs por indicarme el camino correcto.

Gracias a Alena Graedon y a Joy Johannessen por sus cuidadosos comentarios sobre los borradores iniciales y posteriores. Gracias a Abdullah Elamari por su útil ayuda en la investigación y a Matt Seidel por responder a todas mis preguntas en francés.

Gracias a la Universidad George Mason por concederme el Faculty Research and Development Award que me permitió viajar a Ruan, Londres y Mysore. Gracias a mis colegas y alumnos.

Gracias a mi agente, Nicole Aragi, por su gran corazón y su mano firme. Qué suerte tengo de conocerte. Gracias a Grace Dietshe, Maya Solovej y Kelsey Day. Gracias a Jordan Pavlin por su magnífica orientación editorial y su amistad a lo largo de mi carrera como escritora. Estoy agradecida a todo el equipo de Knopf —y a Isabel Meyers, Josefine Kals y Ellen Feldman— por traer al mundo este libro y tantos otros que admiro.

Gracias a mi red de seguridad de amigos y familiares cercanos y lejanos, especialmente Chintan Maru, Edwin Zhao, Indira Sarma y Shankar Duraiswamy. Gracias a Andrea Olivas y Candice Brown, que cuidaron de mis hijos antes, durante y después de la pandemia, permitiéndome así que pudiera escribir este libro.

Gracias a mi familia de Jackson Heights: Hansraj y Usha Maru, Sheela y Duncan Maru, y Anand y Umed.

Gracias a mis hermanas, Neena y Christine, un aquelarre sin el que no podría vivir. Todas las flores no alergénicas del mundo para Raj, Revi, Mia, Aashiq y Zahra.

Gracias a Luka y Sajan, por recordarme que tengo que jugar.

Gracias a mi padre, Koduvathara James, que, en el momento de escribir esto, acababa de enviarme un mensaje con un detalle que había descubierto sobre el forro de la ropa de batalla de Tipu. Su inquieta curiosidad es una inspiración.

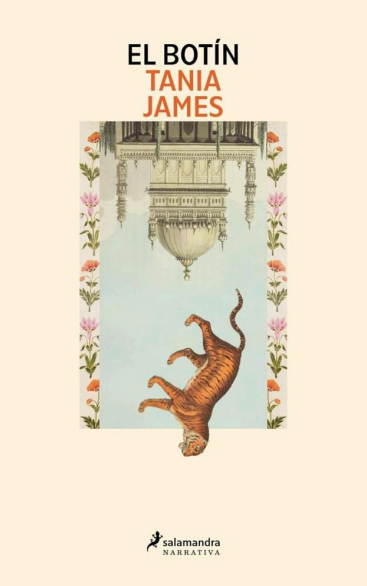
Gracias a mi madre, Mariamma James, que siempre nos ha guiado con amor y valentía y cuya fe en nosotros ha sido fundamental.

Gracias a mi querida abuela, Rachel Kurian, por ayudarnos a crecer y por regalarnos su arte.

Gracias, Vivek, por compartir esta vida conmigo y luchar por el futuro.

Una épica y fascinante novela histórica ambientada en la India, Inglaterra y Francia del siglo XVIII, que sigue el sueño de un joven decidido a dejar huella en el mundo

«Adictivamente absorbente.»
The New York Times Book Review



Con sólo diecisiete años, Abbas ve cómo su talento como tallador de madera llama la atención de Tipu Sultan, que lo recluta para trabajar en el palacio y construir un autómata gigante con forma de tigre destinado a sus hijos. Su destino, y el del tigre de madera que ayuda a crear, reflejará los vaivenes de naciones y dinastías devastadas por la guerra en la India y Europa.

Junto al legendario relojero francés Lucien Du Leze, Abbas perfecciona su arte, aprende francés y conoce a Jehanne, la hija de un expatriado francés. Pero cuando las fuerzas británicas atacan y saquean Mysore, su mundo se derrumba: el tigre autómata es confiscado y llevado a Inglaterra como botín de guerra. Para demostrar su valía, Abbas deberá recuperarlo de una finca en la campiña inglesa donde se exhibe como pieza de una colección de arte saqueado.

A la vez búsqueda heroica, historia de amor, novela de formación y vibrante relato de atracos, *El botín* recorre el sangriento legado del colonialismo a lo largo de dos continentes y sesenta y cinco años. Una hazaña narrativa deslumbrante, imaginativa e irresistible, escrita por una autora en la plenitud de su talento.

La crítica ha dicho:

«Me cautivó desde la primera página. Es una novela magistralmente tramada y profundamente conmovedora sobre la guerra, el desplazamiento, la emigración y un escurridizo tigre mecánico.»
Maggie O Farrell

«Una novela épica que viaja de la India a Europa en compañía de un fascinante elenco de personajes. [ ] Ingeniosamente construida, abarca un romance condenado al fracaso, los horrores del colonialismo y las intrigas palaciegas.»
Daily Mail

«Un objeto fascinante de la vida real, un autómata del siglo XVIII que representa a un tigre mordiendo el cuello de un inglés, inspira esta novela [ ], repleta de las imágenes, los sonidos y los olores de la India, Francia e Inglaterra, y siempre salpicada de un ingenio dickensiano.»
The Washington Post

«Una novela de maravillas, terror y belleza. Me ha fascinado.»
Kamila Shamsie

«El botín es la novela más apasionante y absorbente que he leído en mucho tiempo: un rico tapiz épico que emociona en cada página. No se trata sólo de una escritura brillante; es narrativa de primer orden.»
Rebecca Makkai

«Con una factura elegante y una prosa magnífica, la emocionante aventura de James reflexiona sobre el legado de la opresión colonial y sobre la propiedad de los artefactos históricos saqueados. Muy recomendable.»
Mail on Sunday

Tania James es autora de tres novelas y un libro de relatos. Su ópera prima, *Mapa de los lugares sin nombre* (Salamandra, 2010), fue seleccionada por *The New York Times* como «Editor's Choice» y finalista del Premio DSC de Literatura del Sur de Asia, mientras que El botín fue finalista del National Book Award y del Carol Shields Prize. Sus relatos han aparecido en revistas como *The New Yorker*, *Granta* y *One Story*. Entre 2011 y 2012 fue becaria Fulbright en la India, donde residió en Nueva Delhi. En la actualidad da clases de escritura creativa en la Universidad George Mason y vive en Washington D. C.

Título original: *Loot*

Primera edición: septiembre de 2026

© 2023, Tania James
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2026, Magdalena Palmer, por la traducción
Dibujos de **SRIRANGAPATNA, MYSOR 1794, capítulo 3 y SRIRANGAPATNA, MYSORE 1798-1799, capítulo 2**: Tania James.

Imagen de **RUAN, FRANCIA, capítulo 2**: A Short History of the English People, vol. IV, de John Richard Green, M.A., editado por J. R. Green y Kate Norgate, Nueva York, Harper & Brothers, 1895.

Adaptación de la cubierta de Penguin Random House Grupo Editorial basada en: *The Tomb of Hyder Ali and Tippoo Sultan*, grabado por Thomas Medland (detalle) © The Stapleton Collection/Bridgeman Images; tigre: © Historic Illustrations/Alamy Stock Photo; flores: © V&A Images

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial.

PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 978-84-10340-52-7

Compuesto en: Comptex&Ass., S.L.

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: Salamandraed
X: @SalamandraEd
Instagram: @SalamandraEd
YouTube: PenguinLibros
Spotify: PenguinLibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

El botín

Srirangapatna, Mysore. 1794

- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7

Srirangapatna, Mysore. 1798-1799

- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4

Los últimos meses del sultán Tipu. 1799

El asedio

Diario de mi estancia en el mundo líquido

Ruan, Francia. 1805

- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3

Castillo de Cloverpoint. 1805

- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9

Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Ruan
El viaje
Londres, Inglaterra. 1859
Nota de la autora
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre Tania James
Créditos